

*Del autor de éxitos como
EL DIOS PRÓDIGO y LA ORACIÓN*

TIMOTHY KELLER



LA PREDICACIÓN



Compartir la fe en tiempos
de escepticismo

Table of Contents

Introducción: Los tres niveles del ministerio de la Palabra

Prólogo: ¿Qué es una buena predicación?

Primera parte: Servir la Palabra

capítulo uno: Predicar la Palabra

capítulo dos: Predicar el evangelio siempre

capítulo tres: Predicar a Cristo utilizando toda la Escritura

Segunda parte: Alcanzar a las personas

capítulo cuatro: Predicar a Cristo a la cultura

capítulo cinco : La predicación y la mente moderna (tardía)

capítulo seis: Predicar a Cristo al corazón

Tercera parte: Con demostración del poder del Espíritu


capítulo siete: La predicación y el Espíritu

Apéndice: Cómo escribir un mensaje expositivo

Notas



LA
PREDICACIÓN



Compartir la fe en tiempos
de escepticismo

TIMOTHY
KELLER



ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

La predicación: Compartir la fe en tiempos de escepticismo

Copyright © 2017 por Timothy Keller
Todos los derechos reservados.
Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group
Nashville, TN 37234

Clasificación Decimal Dewey: 251
Clasifíquese: La predicación

Publicado originalmente por Viking con el título *Preaching: Communicating Faith in an Age of Skepticism* © 2015 por Timothy Keller.

Traducción al español: Annabella Valverde

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

Toda dirección de Internet contenida en este libro se ofrece solo como un recurso. No intentan condonar ni implican un respaldo por parte de B&H Publishing Group. Además, B&H no respalda el contenido de estos sitios.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por Biblica, Inc.® Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas bíblicas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión Reina-Valera Revisada 1960, © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas LBLA se tomaron de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas RVC se tomaron de la Reina Valera Contemporánea®, © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas NBLH se tomaron de la Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy®, © 2005 The Lockman Foundation. Derechos reservados. Usadas con permiso.

ISBN: 978-1-4336-4521-1

Impreso en EE.UU.
1 2 3 4 5 * 20 19 18 17

Introducción

Los tres niveles del ministerio de la Palabra

El teólogo australiano Peter Adam sostiene que lo que llamamos *predicación*, el discurso público formal a la congregación reunida los domingos, es solo una forma de lo que la Biblia describe como el «ministerio de la palabra» (Hech. 6:2, 6:4).¹

En el día de Pentecostés, Pedro citó las palabras del profeta Joel, quien había dicho que Dios derramaría Su Espíritu sobre todo el género humano y, por lo tanto, «los hijos y las hijas de ustedes profetizarán» (Hech. 2:17). Gerhard Friedrich, en el *Theological Dictionary of the New Testament* [Diccionario teológico del Nuevo Testamento], afirma que hay al menos 33 palabras griegas en el Nuevo Testamento que suelen traducirse «predicación» o «proclamación». Adam observa que no todas las actividades que estas palabras describen podrían referirse al discurso público.² Por ejemplo, Hechos 8:4 expresa que todos los cristianos excepto los apóstoles iban de lugar en lugar y «predicaban la palabra». Esto no supone que todo creyente estaba de pie y predicaba sermones a las audiencias. Priscila y Aquila, por ejemplo, explicaron la Palabra de Cristo a Apolos en su casa (Hech. 18:26).

Podemos discernir al menos tres niveles del «ministerio de la Palabra» en la Biblia. Pablo exhorta a todos los creyentes a «que la palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros» y «con toda sabiduría enseñándoos y amonestándoos unos a otros» (Col. 3:16, LBLA). Todo cristiano debería poder enseñar (*didaskalia*, la palabra común para instrucción) y amonestar (*noutheteō* una palabra común para la consejería sólida que cambia la vida) para transmitir a otros las enseñanzas de la Biblia. Esto debe hacerse con cuidado, aunque de

manera informal, en conversaciones que por lo general son uno a uno. Esa es la forma más básica del ministerio de la Palabra. Llamémosla «nivel uno».

En el extremo más formal del espectro están los sermones: la predicación pública y la exposición de la Biblia a grupos de personas reunidas, al cual podríamos llamar «nivel tres». El libro de Hechos nos ofrece muchos ejemplos, procedentes del ministerio de Pedro y de Pablo, aunque también incluye el discurso de Esteban, que sin duda resume su enseñanza con un nuevo enfoque. Hechos nos ofrece tantos de estos discursos públicos que casi podríamos afirmar que, desde la perspectiva de Lucas (el autor), el desarrollo de la iglesia cristiana primitiva y el de su predicación fueron una misma cosa.

Hay, sin embargo, una forma del ministerio de la Palabra «nivel dos» entre la conversación informal de todo cristiano y los sermones formales. En un pasaje ignorado, el apóstol Pedro describe el don espiritual de «hablar»:

Cada uno ponga al servicio de los demás el don que haya recibido, administrando fielmente la gracia de Dios en sus diversas formas. El que habla, hágalo como quien expresa las palabras mismas de Dios; el que presta algún servicio, hágalo como quien tiene el poder de Dios. Así Dios será en todo alabado por medio de Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén (1 Ped. 4:10-11).

Cuando Pedro se refiere a los dones espirituales, usa dos términos muy generales.³ El primero es el término para «hablar»: *lalein*. En el resto del Nuevo Testamento, esta palabra puede denotar el hablar cotidiano entre dos personas (Mat. 12:36; Ef. 4:25; Sant. 1:19). También puede referirse al ministerio de la predicación, como en el caso de Jesús (Mat. 12:46, 13:10) o de Pablo (2 Cor. 12:19). ¿De qué está hablando Pedro aquí?

Cuando relacionamos este pasaje con las listas de dones que

presenta Pablo en Romanos 12, Efesios 4 y 1 Corintios 12 y 14, vemos que hay toda una categoría de dones del ministerio de la Palabra que funcionan aparte de la predicación pública a la congregación reunida los domingos. Incluye la exhortación o la consejería personal, la evangelización y la enseñanza a individuos y a grupos. El erudito bíblico Peter Davids concluye que, cuando Pedro escribe sobre el don espiritual de «hablar», «no se refiere a la conversación incidental entre cristianos, ni [...] se refiere solo a las acciones de [los pastores] u otras autoridades de la iglesia», sino más bien a los cristianos con «uno de estos dones verbales» de consejería, instrucción, enseñanza o evangelización. En esta categoría de ministerio, no hablamos de una predicación propiamente dicha, sino de que los cristianos preparan y presentan lecciones y pláticas, y conducen discusiones en las cuales presentan la Palabra de Cristo.⁴

Aunque Pedro no solo se dirige a los que hablan en público, advierte a aquellos que presentan la Palabra a otros, en cualquier manera, que tomen su tarea con seriedad. Añade que, cuando los cristianos enseñan la Biblia, su hablar debería ser «como [...] las palabras mismas de Dios» (1 Ped. 4:11). Davids observa que la pequeña palabra «*como* permite un leve distanciamiento entre su hablar y las palabras de Dios». Ningún cristiano debería pretender que su enseñanza se trate con la misma autoridad que la revelación bíblica; sin embargo, Pedro hace la poderosa y esclarecedora afirmación de que los cristianos que presentan la enseñanza bíblica no solo están expresando su propia opinión, sino que están dando a otros «las palabras de Dios». Al igual que en la predicación pública, los cristianos deben comunicar la verdad como entienden que se revela en la Escritura.⁵ Y, si explican el significado de la Biblia con fidelidad, los oyentes podrán oír que Dios les habla a través de la exposición. No solo estarán escuchando un artificio de ingenio humano, sino, por

así decirlo, las palabras mismas de Dios.

Todo cristiano necesita comprender el mensaje de la Biblia lo suficiente como para explicarlo y aplicarlo a otros cristianos y a su prójimo en contextos informales y personales (nivel uno). Sin embargo, hay muchas formas de llevar a cabo el ministerio de la Palabra en el nivel dos que requieren más habilidades para la preparación y presentación, aunque no impliquen predicar sermones (nivel tres). Hoy en día, el nivel dos puede incluir escribir, crear blogs, dar clases, enseñar a grupos pequeños, aconsejar, moderar foros de discusión abierta sobre temas de la fe, etc.

Este libro pretende ser un recurso para aquellos que comunican su fe cristiana de cualquier manera, en particular, en los niveles dos y tres.

La predicación es irremplazable

Es peligroso, entonces, caer en la creencia no bíblica de que el ministerio de la Palabra es solo predicar sermones. Como afirma Adam, eso «hace que la predicación lleve una carga que no puede soportar; es decir, la carga de hacer todo lo que la Biblia espera de cada forma de ministerio de la Palabra».⁶ Ninguna iglesia debería esperar que toda la transformación de la vida que viene de la Palabra de Dios (Juan 17:17; comp. Col. 3:16-17 y Ef. 5:18-20) se deba estrictamente a la predicación. No puedo esperar que escuchar los mejores sermones me transforme a la imagen de Cristo. También necesito de otros cristianos a mi alrededor que manejen «con precisión la palabra de verdad» (2 Tim. 2:15, LBLA) al animarme, instruirme y aconsejarme. Además, necesito libros de autores cristianos que me edifiquen. Tampoco es correcto esperar que la predicación sea lo único que alcance a aquellos fuera de la iglesia que necesitan oír y entender el evangelio. En mi caso, no encuentro palabras de fe por escuchar una predicación ni a alguien que me hable, sino a través de los libros. (¿Se sorprende alguien por esto?). Debemos tener cuidado al pensar que el sermón del domingo puede

llevar toda la carga del ministerio de la Palabra de cualquier iglesia.

No obstante, pese a la advertencia legítima de Adam contra la sobrevaloración de la predicación en el ministerio de la iglesia, quizás este no sea el mayor peligro para la iglesia hoy. En nuestra época muchos se resisten a cualquier indicio de autoridad en una afirmación; entonces, la alergia de la cultura a la verdad y la gran habilidad que se requiere llevan a que la iglesia no comprenda la naturaleza esencial de la predicación para el ministerio del evangelio.

Edmund Clowney, en su comentario sobre 1 Pedro 4:10, escribe:

Es verdad que todo cristiano debe manejar la Palabra de Dios con reverencia, y buscar la ayuda del Espíritu para darla a conocer. Sin embargo, también hay algunos que tienen dones especiales del Espíritu para la predicación [...] de la Palabra de Dios [...] y] una carga especial para cuidar y alimentar al rebaño de Dios ([1 Ped.] 5:2). Hay cierto riesgo de que, al reaccionar contra el clericalismo, la iglesia olvide la importancia del ministerio de la Palabra de Dios de aquellos delegados a pastorear el rebaño.⁷

Clowney nos advierte sobre los problemas de no ver *ninguna* diferencia cualitativa entre proclamar la Palabra a la congregación reunida y dirigir un grupo pequeño de estudio bíblico. La diferencia entre las dos trasciende los aspectos ceremoniales y logísticos; no es solo cuestión del número de personas presentes, el espacio a llenar o la proyección y la velocidad de la voz. Aquellos que han predicado a una congregación saben que también hay una diferencia cualitativa entre el sermón y un estudio, o incluso entre un sermón y una conferencia. Una mirada rápida a los discursos de Pedro, Esteban y Pablo en el libro de Hechos muestra el extraordinario poder de la predicación cuando se aborda «como [...] las palabras mismas de Dios» y por medio de la autoridad singular que el Espíritu de Dios puede traer en un culto público de adoración.

Aunque siempre será necesaria una infinidad de formas distintas del ministerio de la Palabra, el ministerio público específico de la predicación es insustituible. Adam encuentra un buen equilibrio al afirmar que el ministerio del evangelio de una iglesia debería estar «centrado en el púlpito, pero no limitado a este».⁸

Entonces, hay tres niveles del ministerio de la Palabra, y son todos esenciales y se apoyan entre sí. La predicación pública de Cristo en la congregación cristiana (nivel tres) es una manera única en la que Dios habla y edifica a las personas, y establece las formas más orgánicas del ministerio de la Palabra de los niveles uno y dos. Asimismo, la comunicación hábil y fiel de los niveles uno y dos prepara a las personas para que sean receptivas a la predicación. Este libro está dirigido a todos aquellos a quienes les cuesta encontrar la manera de comunicar la verdad transformadora de la Biblia a los demás en cualquier nivel en una época de creciente escepticismo. También servirá como una introducción y un fundamento para los predicadores y los maestros en particular.⁹

Prólogo

¿Qué es una buena predicación?

*Una de ellas, que se llamaba Lidia, adoraba a Dios.
Era de la ciudad de Tiatira y vendía telas de púrpura.
Mientras escuchaba, el Señor le abrió el corazón para
que respondiera al mensaje de Pablo.*

Hechos 16:14

El secreto de una predicación excelente

Poco después de comenzar mi ministerio de predicación, observé una inconsistencia desconcertante en la respuesta de mi audiencia. Algunas veces, recibía comentarios gratificantes en la semana posterior a un sermón. «Ese sermón cambió mi vida». «Sentí que me estabas hablando directamente a mí. Me pregunté cómo lo sabías». «Nunca lo olvidaré; ¡sentí que venía directo de Dios!». Cuando escuchaba estos comentarios, suponía que había predicado un sermón *excelente*, algo a lo que todo joven predicador aspira.

No pasó mucho tiempo antes de que me diera cuenta de que, sobre el mismo mensaje, otros decían: «Bah». Mi esposa, Kathy, a menudo decía: «Estuvo bien, pero no fue uno de los mejores», mientras que alguien más me expresaba llorando que no sería la misma persona después de haberlo escuchado. ¿Qué conclusión podía sacar? Al principio, comencé a preguntarme si la belleza de un sermón dependería del cristal con que se mirara, pero esa explicación era demasiado subjetiva. Yo confiaba en la opinión de Kathy y en la propia en cuanto a que algunos de mis sermones simplemente estaban mejor elaborados y presentados que otros. Sin embargo, algunos que consideraba mediocres cambiaban vidas, mientras que otros con los cuales me sentía muy satisfecho parecían tener poco impacto.

Un día leí Hechos 16, que relata cómo Pablo plantó la iglesia en

Filipos. En esa ocasión, Pablo presentó el evangelio a un grupo de personas y una de ellas, Lidia, puso su fe en Cristo porque «el Señor le abrió el corazón para que respondiera al mensaje de Pablo» (Hech. 16:14). Aunque todos los oyentes escucharon el mismo discurso, al parecer este solo transformó de manera permanente a Lidia. Este pasaje no sugiere que Dios obre solo a través de un mensaje en el momento de presentarlo o que Él no haya ayudado a Pablo cuando formuló el mensaje previamente. No obstante, me pareció que el texto dejaba en claro que el efecto distinto del sermón sobre los individuos se debió a la obra del Espíritu de Dios. Quizás Pablo pensaba en Lidia cuando describió el acto de predicar como el evangelio que llega a las personas «no solo con palabras, sino también con poder, es decir, con el Espíritu Santo y con profunda convicción» (1 Tes. 1:5).

Concluí que la diferencia entre un mal sermón y uno bueno se encuentra en gran parte en los predicadores, en sus dones y habilidades, y en su preparación para determinado mensaje. Entender el texto bíblico; extraer un tema y un bosquejo claros; desarrollar un argumento persuasivo; enriquecerlo con ilustraciones conmovedoras, metáforas y ejemplos prácticos; analizar de forma incisiva las motivaciones del corazón y las suposiciones culturales; hacer aplicaciones específicas para la vida real... todo esto requiere un trabajo extenso. Preparar un sermón como este requiere horas de trabajo y lleva años de práctica poder elaborarlo y presentarlo con habilidad.

Sin embargo, aunque la diferencia entre un mal sermón y uno bueno es ante todo responsabilidad del predicador, la diferencia entre una predicación buena y una *excelente* yace ante todo en la obra del Espíritu Santo en el corazón del oyente y del predicador. El mensaje en Filipos vino de Pablo, pero su efecto en los corazones vino del Espíritu.

Esto significa que Dios puede usar un mensaje mal elaborado como una predicación excelente, lo cual explica la respuesta de un pastor cristiano veterano cuando se le pidió que comparara a los grandes predicadores del siglo XVIII Daniel Rowland y George Whitefield. Él respondió que, al escuchar a ambos hombres, siempre recibías grandes sermones, pero con Rowland también obtenías un buen sermón, lo cual no siempre era el caso con Whitefield.¹ Más allá de cómo se elaborara determinado sermón, la predicación de Whitefield siempre parecía ir acompañada de una sensación de la presencia y el poder de Dios.

Quizás estés ansioso por aprender «el secreto de una predicación excelente», como si hubiera una lista de instrucciones para la formación de una disciplina. Así podrías predicar casi siempre sermones excelentes, si siguieras las indicaciones al pie de la letra. Sin embargo, no puedo darte esa fórmula, y nadie puede, porque el secreto descansa en las profundidades de los planes sabios de Dios y el poder del Espíritu. Me refiero a lo que muchos denominan «unción». Hablaré de tu papel en esta dinámica en el último capítulo de este libro, pero no hay «pasos prácticos» para garantizarla. Algunos señalarán acertadamente la vida de oración del pastor. «¿No es ese el secreto de una predicación excelente?», preguntarán. La respuesta es sí y no: aunque una vida de oración profunda y abundante es un requisito para una predicación excelente e incluso para una buena predicación, de ningún modo garantiza la excelencia. Nosotros debemos esforzarnos por hacer una *buena* exposición de la verdad de Dios y dejar en Sus manos la manera y la frecuencia en que será excelente para el oyente. «¿Buscas grandes cosas para ti? No las pidas» (Jer. 45:5).

El predicador «absolutamente perfecto»

Esta distinción puede llevarte a suponer que los comunicadores cristianos no deben hacer nada más que explicar el texto bíblico, y que «le corresponde a Dios hacer el resto». Ese es un error peligroso y una simplificación de la tarea de la predicación.

Teodoro de Beza fue un colega más joven y sucesor de Juan Calvino, el fundador de la rama reformada del protestantismo durante la Reforma. En su biografía de Calvino, Beza hace memoria de los tres grandes predicadores en Ginebra durante esos años: Calvino mismo, Guillaume Farel y Pierre Viret. Según Beza, Farel era el más fogoso, apasionado y contundente en la presentación de sus sermones. Viret era el más elocuente, y los oyentes quedaban cautivados con sus palabras hábiles y hermosas. El tiempo pasaba con rapidez cuando él predicaba. Calvino era el más profundo; sus sermones estaban llenos de «las reflexiones más ponderosas». Calvino tenía más sustancia; Viret, más elocuencia; y Farel, más vehemencia. Beza concluyó «que un predicador que combinara a estos tres hombres sería absolutamente perfecto».² Beza reconoció que su gran mentor, Juan Calvino, no era el predicador perfecto. Se había especializado en un gran contenido, pero no era tan hábil como otros a la hora de captar la atención, persuadir y llegar a las motivaciones del corazón. Viret y Farel eran más cautivantes y emotivos.

En el primer manual cristiano de predicación, Agustín de Hipona escribió que las obligaciones de los predicadores incluían no solo *probare* (instruir y probar), sino también *delectare* (fascinar y deleitar) y *flectere* (incitar y mover a las personas a la acción).³ Aunque Agustín condenó el fracaso de las filosofías paganas, creía que los predicadores cristianos podían aprender de sus obras sobre retórica. La palabra griega *rethorike* aparece por primera vez en el diálogo de Platón *Gorgias*, que significa ‘la obra de la persuasión’.⁴ El erudito de los clásicos George Kennedy escribe que, en cierto

sentido, la retórica «es un fenómeno de todas las culturas humanas» porque la mayoría de los actos de la comunicación tiene por objetivo no solo expresar información, sino también afectar las creencias, las acciones o las emociones del que las recibe.⁵ Todos usamos la retórica en cierta medida, incluso si esto significa alterar el volumen, el tono o la velocidad para ser enfáticos. Debemos escoger el vocabulario y las metáforas que esclarecen y compelen, al igual que otras formas verbales y no verbales, para obtener y mantener la atención, y enfatizar ciertos puntos sobre otros.

El mismo Juan Calvino coincide. Al comentar sobre 1 Corintios 1:17, donde Pablo afirma que evita usar «discursos de sabiduría humana», Calvino pregunta «si se referirá a [...] que la predicación del evangelio está viciada si la más ligera tintura de elocuencia y retórica se usa para adornarla». Calvino responde que «lo que Pablo dice aquí, por lo tanto, no debería tomarse como algún menosprecio hacia las artes [retóricas], como si fueran adversas a la piedad».⁶ Pablo está advirtiendo sobre los peligros de su abuso. La retórica puede convertirse en un fin en sí misma, cuando sus formas amenas y agradables oscurecen la simplicidad del mensaje bíblico con una «insensata debilidad por el estilo grandilocuente».⁷ Las largas historias, el lenguaje florido y los gestos dramáticos pueden captar la atención mientras se ignora el mensaje real del texto.

Calvino continúa diciendo que no deberíamos menospreciar las expresiones simples de la verdad ni la oratoria competente, siempre que estén al servicio del texto. «La elocuencia no está para nada en desacuerdo con la simplicidad del evangelio, cuando le da su lugar y está sujeta a este, pero además cuando le rinde un servicio, como una doncella a su señora».⁸ La predicación no debería ser una representación humana que solo entretiene ni una árida recitación de principios. La elocuencia espiritual debería surgir del amor casi

desesperado del predicador por la verdad del mismo evangelio y por las personas para quienes aceptar la verdad es cuestión de vida o muerte.

En definitiva, la predicación tiene dos objetivos básicos: la Palabra y el oyente humano. No es suficiente cosechar el trigo; debe prepararse en alguna forma comestible o no puede nutrir y satisfacer. La predicación sana surge de dos amores: el amor a la Palabra de Dios y el amor a las personas; y de ambos, surge un deseo de mostrar a las personas la gloriosa gracia de Dios. Entonces, aunque solo Dios puede abrir los corazones, el comunicador debe dedicar tiempo y reflexión tanto a presentar cabalmente la verdad como a imprimirla en el corazón y la vida de los oyentes.

Predicar a Cristo

Quizás no haya un pasaje bíblico más importante sobre la predicación que 1 Corintios 1:18–2:5.⁹

Yo mismo, hermanos, cuando fui a anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con gran elocuencia y sabiduría. Me propuse más bien, estando entre ustedes, no saber de cosa alguna, excepto de Jesucristo, y de este crucificado. Es más, me presenté ante ustedes con tanta debilidad que temblaba de miedo. No les hablé ni les prediqué con palabras sabias y elocuentes, sino con demostración del poder del Espíritu, para que la fe de ustedes no dependiera de la sabiduría humana, sino del poder de Dios (1 Cor. 2:1-5).

Pablo afirma: «cuando fui a anunciarles el testimonio de Dios [...]. Me propuse [...] no saber de cosa alguna, excepto de Jesucristo, y de este crucificado» (1 Cor. 2:1-2). En el momento en que Pablo escribía, la única Escritura sobre la cual se podía predicar era lo que conocemos ahora como el Antiguo Testamento. Aun así, ni siquiera de estos textos Pablo sabía «cosa alguna», sino de Jesús, quien no aparece por nombre en ninguno de esos textos. ¿Cómo podía ser?

Pablo entendía que, en definitiva, toda la Escritura señalaba a Jesús y Su salvación; que cada profeta, sacerdote y rey arrojaba luz sobre el supremo Profeta, Sacerdote y Rey. Presentar la Biblia «en su totalidad» era predicar a Cristo como el tema y el contenido principales del mensaje de la Biblia.

La retórica clásica permitía al orador la *inventio*: la elección de un tema y la división de este en sus componentes, junto con argumentos elaborados y artilugios para apoyar la tesis del orador. Para Pablo, sin embargo, siempre había un tema: Jesús. Dondequiera que vayamos en la Biblia, Jesús es el tema principal; e incluso el desglose de nuestro tema no nos corresponde por completo a nosotros, sino que debemos presentar los aspectos o puntos sobre Jesús que el mismo texto bíblico nos da. Debemos «limitarnos» a Jesús. No obstante, puedo hablar desde mis 40 años de experiencia como predicador para decirte que la historia de este individuo no tiene por qué volverse repetitiva: contiene toda la historia del universo y de la humanidad, y es la única solución a la trama de cada una de nuestras vidas.¹⁰

Entonces, Pablo no predicó un texto a menos que predicara sobre Jesús, no solo como un ejemplo para imitar, sino como un salvador: «Cristo Jesús, a quien Dios ha hecho [...] nuestra justificación, santificación y redención» (1 Cor. 1:30).

Pablo veía a Cristo como la clave para entender cada texto bíblico (el primer aspecto de la buena predicación) y también como la clave para imprimir la Palabra en el corazón y la vida del oyente (el segundo aspecto). Escribió: «cuando fui a anunciarles el testimonio de Dios, no lo hice con gran elocuencia y sabiduría». A primera vista, parece argumentar en contra del uso de cualquier destreza en la predicación, pero el resto del Nuevo Testamento (como indica Calvino) hace imposible sostener que Pablo nunca usara la lógica, la argumentación, la retórica o el conocimiento mientras predicaba. En

el libro de Hechos, como veremos, Pablo usa hábilmente diferentes argumentos para distintas audiencias; y en 2 Corintios 5:11 trató de «persuadir» a su audiencia, así que es imposible que no tuviera estrategias para hacer cambiar de opinión a la gente». ¹¹ El erudito del Nuevo Testamento Anthony Thiselton se basa en estudios recientes sobre la retórica clásica para ayudarnos a entender lo que Pablo quiere decir en 1 Corintios al hablar de «palabras sabias y elocuentes». Pablo está rechazando el acoso verbal (el uso de la fuerza de la personalidad o el ingenio y el desprecio mordaz); las declaraciones para incitar el aplauso que se enfocan en los prejuicios, el orgullo y los temores de la audiencia; y las historias o técnicas manipulativas que abruma a la audiencia con demostraciones de destreza verbal, ingenio o erudición. ¹²

Frente a todos estos abusos retóricos, Pablo contrapone el mensaje de «Jesucristo, y de este crucificado», pero considera el significado de este contraste. Pablo ciertamente quiere reorientar el corazón de sus oyentes y cambiar lo que ellos más aman, esperan y en lo que ponen su fe. No obstante, insiste en que este cambio *no* debe ocurrir a través del ingenio humano, sino *solo* mediante una «demostración del poder del Espíritu» (1 Cor. 2:4), lo cual se puede traducir «a través de la clara evidencia presentada con poder por el Espíritu Santo». ¹³ ¿Qué significa esto? Thiselton avanza en el texto y escribe: «como se desprende de 1 Corintios 2:16–3:4, *Espíritu* se define cristológicamente». En este pasaje, Pablo habla del «modesto Espíritu que señala más allá de sí mismo a la obra de Dios en Cristo». ¹⁴ Pablo se compara con el Espíritu Santo, cuya tarea, al igual que la de un reflector, no es apuntar hacia Sí, sino mostrarnos la gloria y la belleza de Cristo (comp. Juan 16:12-15).

Entonces, este es el poder del predicador cristiano. Así se presenta no solamente un discurso informativo, sino un sermón que cambia la

vida. No se trata solo de hablar sobre Cristo, sino de *mostrarlo* a Él, de «demostrar» Su grandeza y revelarlo como digno de alabanza y adoración. Si lo hacemos, el Espíritu nos ayudará porque esa es Su gran misión en el mundo.

Predicar al corazón de la cultura

No hemos agotado la abundante teología de este pasaje sobre la predicación. Cuando Pablo habla sobre la predicación que cambia la vida, no se limita al mundo interno de sus oyentes, sino que considera también la cultura en la cual viven.

Ya que Dios, en su sabio designio, dispuso que el mundo no lo conociera mediante la sabiduría humana, tuvo a bien salvar, mediante la locura de la predicación, a los que creen. Los judíos piden señales milagrosas y los gentiles buscan sabiduría, mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado. Este mensaje es motivo de tropiezo para los judíos, y es locura para los gentiles, pero para los que Dios ha llamado, lo mismo judíos que gentiles, Cristo es el poder de Dios y la sabiduría de Dios (1 Cor. 1:21-24).

El teólogo Don Carson llama a esto una descripción de las «idolatrías fundamentales de la época [de Pablo]». ¹⁵ Aquí, Pablo resume con habilidad las diferencias entre la narrativa cultural griega y la judía. Cada sociedad tiene una cosmovisión, una «historia del mundo» o «narrativa cultural» que moldea las identidades y los postulados de los miembros de esa sociedad. En general, los griegos valoraban la filosofía, las artes y los logros intelectuales, mientras que los judíos valoraban el poder y el conocimiento práctico sobre el pensamiento discursivo. Pablo desafía a ambas narrativas culturales con la cruz de Jesús. Para los griegos, una salvación que no viniera a través del pensamiento elevado y la filosofía, sino a través de un Salvador crucificado era lo opuesto a la sabiduría: era locura. Para los judíos, una salvación que no viniera del poder, mediante un

libertador que derrocara a los romanos, sino a través de un Salvador crucificado, era lo opuesto a la fuerza: era debilidad. Pablo usa el evangelio para enfrentar cada cultura con la naturaleza idólatra de sus seguridades y valores.

Y, después de desafiar a cada cultura, Pablo también discierne y afirma su aspiración esencial. A los oyentes griegos, lo que Pablo les decía era: *Si quieren sabiduría, solamente consideren la cruz de Cristo. ¿No fue acaso el medio para que Dios fuera justo y justificara a los que creen? ¿No es esta la máxima sabiduría?* A los judíos, Pablo les indicó: *Si quieren poder, solamente consideren la cruz. ¿Acaso no permitió que Dios venciera a nuestros más poderosos enemigos (el pecado, la culpa y la misma muerte) sin destruirnos? ¿No es esta la máxima fuerza?*

Así Pablo aclara cada narrativa cultural y luego confronta cada una de sus idolatrías (la arrogancia intelectual de los griegos y las obras de justicia de los judíos) al mostrarles que la manera en que han estado buscando sus bienes más preciados es pecaminosa y contraproducente. Sin embargo, esto no es solo un ejercicio intelectual ni una estrategia retórica ingeniosa; es un acto de amor y preocupación. Somos seres socioculturales y nuestras motivaciones más íntimas están profundamente conformadas por las comunidades humanas de las cuales somos parte. Durante la exposición de un texto bíblico, el predicador cristiano debería comparar y contrastar el mensaje de la Escritura con las creencias fundamentales de la cultura (las cuales suelen ser invisibles para las personas que la conforman), con el fin de ayudarlas a entenderse mejor a sí mismas. Si se hace de manera correcta, puede llevar a las personas a decirse: *Ah, con razón suelo pensar y sentir de esa manera*. Este puede ser uno de los pasos más liberadores y catalizadores en la travesía de una persona hacia la fe en Cristo.

Para alcanzar a las personas, los predicadores del evangelio deben desafiar la historia de la cultura en los puntos de confrontación y, por último, volver a contar la historia de la cultura, por así decirlo, revelando cómo sus aspiraciones más profundas solo pueden satisfacerse para siempre en Cristo. Al igual que Pablo, debemos invitar y atraer a las personas a través de sus aspiraciones culturales, al llamarlas a venir a Cristo, la verdadera sabiduría y justicia, el verdadero poder, la verdadera belleza.

Las tareas de la predicación

¿Qué es, entonces, una buena predicación? Permíteme reunir todas estas ideas en una sola descripción.

Se trata de «[anunciar] el testimonio de Dios» (1 Cor. 2:1): predicar la Biblia, comprometerse con el texto autoritativo. Esto implica predicar la Palabra y no tu opinión. Cuando predicamos la Escritura, estamos hablando «las palabras mismas de Dios» (1 Ped. 4:11). Debes expresar con claridad el significado del texto en su contexto, tanto en su tiempo histórico como dentro de toda la Escritura. Esta tarea de servir la Palabra es por medio de la *exposición*: es extraer el mensaje del pasaje con fidelidad y perspicacia, considerando el resto de la enseñanza bíblica, para no «exponer un lugar de la Escritura de modo que contradiga otro».¹⁶

Además, una buena predicación supone anunciar a tanto «*judíos como griegos*» (1 Cor. 1:24, LBLA, énfasis añadido), es decir, predicar de forma convincente, incluir la cultura y tocar los corazones. Esto se refiere no solo a informar a la mente, sino también a captar el interés y la imaginación del oyente y persuadirlo para que se arrepienta y actúe. Un buen sermón no es como un palo que golpea la voluntad, sino como una espada que corta hasta el corazón (Hech. 2:37). Penetra hasta nuestros verdaderos motivos, al analizarnos y mostrarnos cómo somos (Heb. 4:12). Debe apoyarse en la exposición

de la Biblia, pues las personas no entienden un texto hasta que ven cómo se relaciona con su vida. Ayudar a las personas a que vean esto es la tarea de la *aplicación*, y es mucho más complicada de lo que suele reconocerse. Como mencionamos, la predicación al corazón y a la cultura se relaciona porque las narrativas culturales afectan de forma profunda el sentido de identidad de cada individuo, su consciencia y su comprensión de la realidad. La inclusión de la cultura en la predicación nunca debe ser para mostrarse «relevante», sino más bien para dejar al descubierto los fundamentos de la vida del oyente.

El predicador expositivo Alec Motyer lo resume así. Afirma que no tenemos una, sino dos responsabilidades cuando predicamos. «La primera es con la verdad y la segunda, con un determinado grupo de personas. ¿De qué forma oirán mejor la verdad? ¿Cómo la formulamos y la expresamos para que les quede completamente clara, les sea apetecible, gane el oído más receptivo y [...] evite dolor innecesario?». ¹⁷

Estas son las dos tareas de la predicación, y hay una clave para ambas: predicar a Cristo. Esta no es una tarea distinta para que añadas a las otras dos, sino que es la esencia de cómo llevar a cabo cada una de ellas. Recuerda que la precisión bíblica y la centralidad de Cristo son la misma cosa para Pablo. No puedes predicar debidamente cualquier texto (colocarlo en su lugar correcto en toda la Biblia) a menos que indiques cómo sus temas se cumplen en la persona de Cristo. De la misma manera, no puedes alcanzar y reordenar los afectos del corazón a menos que pases de los principios bíblicos a la belleza del mismo Jesús, al mostrar con claridad cómo esa verdad en particular en tu texto puede practicarse solo por la fe en la obra de Cristo.

Hace tiempo, Kathy me indicó que las primeras secciones de mi

charla podrían ser una buena clase de escuela dominical, pero cuando «llegaba a Cristo» la clase se convertía en un sermón. Quizás quieras que tus oyentes tomen notas de gran parte del sermón, pero cuando llegas a Cristo deseas que *experimenten* aquello sobre lo cual estaban tomando notas.

El famoso predicador británico del siglo XIX Charles Spurgeon insistía enérgicamente en que todo sermón debe levantar a Jesús para que todos los oyentes lo contemplen. Se quejaba de que, a menudo, escuchaba sermones que eran «muy versados, [...] refinados y magníficos», pero se trataban de verdades morales, práctica ética y conceptos inspiradores, y no tenían «ni una palabra sobre Cristo». Haciéndose eco de las palabras de María Magdalena, esto es lo que expresa sobre esta clase de predicación: «Se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. ¡No escuché nada sobre Cristo!». ¹⁸ Tiene razón. A menos que prediquemos a Jesús y no una serie de «principios morales de la historia», principios eternos o buenos consejos, las personas nunca entenderán, amarán u obedecerán verdaderamente la Palabra de Dios. Lo que Spurgeon exige es más complicado de lo que parece y más inusual de lo que pensarías.

Entonces, hay dos cosas que debemos hacer. Cuando predicamos, debemos servir y amar la verdad de la Palabra de Dios, y también servir y amar a las personas que tenemos ante nosotros. Servimos la Palabra al predicar el texto con claridad y predicar el evangelio siempre. Alcanzamos a las personas al predicar a la cultura y al corazón.

Luego, está lo que Dios debe hacer. Él imprime la Palabra en el corazón de nuestra audiencia mediante la «demostración del poder del Espíritu» (1 Cor. 2:4). Según Pablo, puedes predicar con genuino poder espiritual solo si ofreces a Cristo como una realidad viva que pueden encontrar y aceptar aquellos que oyen. Esto significa predicar

con temor y asombro ante la grandeza de lo que tenemos en Cristo. Significa mostrar una transparencia sin artificios, al revelar la evidencia de un corazón que ha sido reparado por la misma verdad que estás presentando. Implica una cierta elegancia y autoridad, y no un deseo inseguro de complacer o actuar. Entonces, tu amor, gozo, paz y sabiduría deben ser evidentes cuando hablas. Debes ser como un cristal transparente a través del cual las personas puedan ver un alma cambiada por el evangelio, de tal forma que ellas lo quieran también y perciban la presencia de Dios.

¿Cómo suceden todas estas cosas? Suceden cuando predicamos a Cristo. Para predicar de verdad el texto y el evangelio siempre, para abarcar la cultura y alcanzar el corazón, y para cooperar con la misión del Espíritu en el mundo, debemos predicar a Cristo desde toda la Escritura.

PRIMERA PARTE

Servir la Palabra

CAPÍTULO UNO

Predicar la Palabra

El que habla, hágalo como quien expresa las palabras mismas de Dios.

1 Pedro 4:11

La exposición de tus palabras nos da luz.

Salmo 119:130

La Palabra de Dios y la habilidad humana

En el primer manual protestante, *The Art of Prophesying* [El arte de profetizar] (1592), William Perkins escribió: «Tan solo la Palabra de Dios debe predicarse, en toda su perfección y coherencia interna».¹ Para muchos, esta puede parecer una observación evidente. Sin duda, un predicador o maestro cristiano debería comunicar la Biblia, afirman. En el momento cultural de Perkins, sin embargo, esto no era evidente. Para muchos predicadores de la época de Perkins, «la gracia [de Dios] no era irresistible. Necesitaba apoyarse en la elocuencia [...]. El fiel necesitaba el poder milagroso de la predicación para respaldar la Escritura».²

En esa época, la predicación en Inglaterra se había llenado de pirotecnia verbal, un denso lenguaje florido, alusiones y citas de las obras clásicas, imágenes poéticas y ampulosa retórica. Sin duda, los predicadores comenzaban con pasajes bíblicos, pero dedicaban poco tiempo a desarrollar los textos. Parecía que pensaban que la Biblia necesitaba mucha ayuda. Se había perdido la confianza fundamental en el poder y la autoridad de la Escritura en sí.

William Perkins y sus contemporáneos reaccionaron contra «la oratoria refinada» de su época. Creían que el principal objetivo de la

predicación se había perdido: debíamos dejar que la Biblia hablara por sí misma, de modo que pudiera derramar su propio poder. La primera parte de la breve obra de Perkins dedica un tiempo sustancial a establecer que la Biblia es la sabiduría perfecta, pura y eterna de Dios, y que tiene el poder de traer convicción a la consciencia y de penetrar el corazón.³ Perkins sabía que lo que el comunicador creía sobre el carácter de la Biblia tenía un impacto importante sobre su manera de abordarla. Como comunicadores de la Biblia, ¿sabemos realmente que la Palabra conlleva la autoridad y el poder propios de Dios? Si lo sabemos, estaremos más enfocados en revelar sus ideas que en usarla solo para apoyar las propias. «La predicación de la Palabra es el testimonio de Dios y la manifestación del conocimiento de Cristo, no de la habilidad humana», argumenta Perkins. Sin embargo, con rapidez, añade: «esto no significa que los púlpitos deban caracterizarse por falta de conocimiento y educación [...]. El pastor debería, y en efecto debe, usar libremente en privado las artes en general y la filosofía, así como emplear una amplia variedad de lecturas mientras prepara su sermón». Estas cosas «no [deberían] exhibirse con ostentación» ante la congregación.⁴

Perkins se refiere a que el propósito de la predicación no es presentar los resultados de tu investigación empírica, razonamiento filosófico o búsqueda académica. Tampoco es intuir una revelación ni una carga (que crees que Dios ha puesto en tu corazón) y luego buscar un texto bíblico que te permita decirles a las personas lo que tú quieres decirles. El propósito de la predicación es predicar la Escritura con sus propias ideas, directrices y enseñanzas. En el proceso, como dice Perkins, podemos y debemos usar todas las «artes» para ayudar a los oyentes a entender lo que quiso decir el autor bíblico. Todo esto se hace en subordinación a la primera gran tarea de la predicación: predicar la Palabra de Dios y permitir que los

oyentes perciban su misma autoridad.

La predicación expositiva y temática

¿Cuál es la mejor manera de hacerlo?

Hughes Oliphant Old ha escrito una serie magistral de siete volúmenes sobre la historia de la predicación.⁵ Old mira la predicación cristiana en cada siglo y cada rama de la iglesia (la ortodoxa oriental, la católica, la protestante histórica, la protestante evangélica y la pentecostal) y, al final del estudio, en iglesias de casi todos los continentes. El alcance y la variedad de su investigación son impresionantes. En su introducción a la serie, nombra cinco tipos básicos de sermones que distingue a través de los siglos, a los que llama expositivo, evangelizador, catequístico, festivo y profético.

Old define la predicación expositiva como «la explicación sistemática de la Escritura hecha en forma semanal [...] en las reuniones regulares de la congregación».⁶ A primera vista, los otros cuatro tipos de predicación pueden parecer bastante distintos uno del otro, pero en un aspecto fundamental son lo mismo. A diferencia de la exposición, estas otras cuatro formas de predicación no están siempre organizadas alrededor de un único pasaje de la Escritura. Esto se debe a que el propósito principal de cada una no es el desarrollo de ideas dentro de un solo texto bíblico, sino más bien la comunicación de una idea bíblica tomada de diversos textos. Old llama a este amplio enfoque predicación «temática» o «tópica». El objetivo del sermón temático puede variar. Quizás sea transmitir la verdad a los no creyentes (predicación *evangelizadora*) o instruir a los creyentes en un aspecto particular de la confesión o teología de su iglesia (predicación *catequística*). La predicación *festiva* ayuda a los oyentes a conmemorar en el año eclesiástico celebraciones como Navidad, Semana Santa o Pentecostés, mientras que la predicación *profética* se

dirige a un momento histórico o cultural en particular.

Entonces, hay dos formas básicas de predicación: expositiva y temática. A lo largo de los siglos, ambas se han utilizado con amplitud y, como demuestra Old, ambas *deben* utilizarse. Por ejemplo, en el libro de Hechos, Pablo hizo una exposición bíblica en una sinagoga, pero empleó la oratoria temática, sin usar para nada la Escritura, en el Areópago. Todos sus puntos eran verdades tomadas de la Biblia, pero el método de presentación fue más como la oratoria clásica, mediante el cual enunció las tesis y argumentó para defenderlas. Para Pablo, no era apropiado ofrecer una minuciosa exposición bíblica a una audiencia que no solo desconfiaba de la Biblia, sino que ignoraba por completo incluso sus supuestos más básicos. Entonces, las oportunidades para evangelizar son un lugar donde puede ser más conveniente usar mensajes cristianos temáticos.

Hay otras ocasiones en que el mensaje básico que quieres compartir es bíblico, pero quizás no sea posible abarcar todo lo que la Biblia expone sobre ese tema a partir de un solo pasaje. Imagina que quieres enseñar a universitarios lo que la Biblia enseña sobre la Trinidad: que Dios es uno y tres. No hay prácticamente un solo texto bíblico que te permita explicar esta profunda doctrina bíblica. Entonces, necesitarás citar varios textos que apoyen la enseñanza. En la predicación expositiva, por el contrario, tu tarea es ir donde el texto individual te lleve. Los puntos del mensaje surgirán conforme se explica el texto y se extrae su significado.

Cabe señalar además que los dos tipos de predicación no se excluyen entre sí, y no es común encontrar formas absolutamente puras de cualquiera de los dos. En realidad, son categorías que se traslapan o dos polos de un mismo espectro. Incluso la exposición más minuciosa de un pasaje versículo por versículo suele referirse a otros lugares en la Biblia que tratan el mismo tema. Por ejemplo, si el

Espíritu Santo aparece en tu texto, quizás necesites explicar Su igualdad divina con el Padre y el Hijo. El Espíritu Santo es una «persona», no una «cosa». Es probable que en tu texto no se mencione nada sobre la personalidad del Espíritu Santo, pero, a menos que des una breve visión general de la doctrina bíblica del Espíritu, el mensaje de tu pasaje será malentendido. Entonces, toda la predicación expositiva es temática en parte. Claro, cualquier sermón temático que es fiel a la Escritura consistirá de varias «miniexposiciones» de varios textos. Es decir, los pasajes de la Escritura que se usan para cubrir el tema deben explicarse dentro de su propio contexto.

La predicación expositiva fundamenta el mensaje en el texto, de modo que todos los puntos del sermón son puntos en el texto, y se enfoca en sus principales ideas. La interpretación del texto se alinea con las verdades doctrinales del resto de la Biblia (es sensible a la teología sistemática). Además, siempre sitúa el pasaje dentro de la narrativa de la Biblia, al mostrar cómo Cristo es el cumplimiento final del tema del texto (es sensible a la teología bíblica).

Argumentos a favor (en general) de la predicación expositiva

Así como en toda la historia de la iglesia ambas clases de predicación han sido necesarias, los predicadores y maestros cristianos de hoy necesitan verlas como formas legítimas que pueden usar con habilidad. Sin embargo, yo diría que la predicación expositiva debería proveer la dieta principal de la predicación para una comunidad cristiana. ¿Por qué? Se me ocurren al menos seis razones, aunque me extenderé en la primera con mayor detalle.

La predicación expositiva es el mejor método para exponer y comunicar tu convicción de que toda la Biblia es verdad. Este enfoque testifica que crees que cada parte de la Biblia es la Palabra de Dios, no solo temas particulares y no solo las partes con las que te sientes cómodo dando tu aprobación. Una confianza plena y una comprensión

profunda de la autoridad y el origen divino de la Biblia son sin duda cruciales para un ministerio de enseñanza y predicación de la Biblia duradero y transformador. Una vez establecido esto, un enfoque expositivo que se sostenga en el tiempo (en el cual te aseguras de sacar el significado de cada texto, fundamentar todas tus afirmaciones en el texto y moverte a través de grandes trozos de la Biblia de forma sistemática) transmitirá mucho mejor a tus oyentes tu confianza en la Escritura.

No es suficiente tener un respeto general por la Biblia que quizás heredaste de tu formación. Como predicador o maestro, encontrarás muchas dificultades en la Biblia; e inevitablemente los autores bíblicos dicen cosas que no solo contradicen el espíritu de la época, sino también tus propias convicciones e intuiciones. A menos que tu comprensión de la Biblia, y tu confianza en su origen divino y autoridad, sean profundas y amplias, no podrás hacer el esfuerzo necesario para entenderla y presentarla de forma convincente. Tu falta de convicción se pondrá en evidencia en tu enseñanza pública, lo que debilitará su impacto. En vez de proclamar, advertir e invitar, estarás compartiendo, cavilando y conjeturando.

Sin duda, existe también el peligro de que un predicador del evangelio de la gracia sea dominante e innecesariamente dogmático en cuestiones donde los creyentes fieles difieren. Abordaremos este asunto más adelante. Aquí, quiero enfatizar el peligro de cometer el error opuesto. No es más eficaz ser apologético e inseguro que ser demasiado polémico y severo. Es importante el equilibrio. Como Timothy Ward escribe, «[si] el predicador ejerce demasiado poder, puede ser combatido. Si es demasiado débil, puede ser ignorado».⁷

Una manera de desarrollar una adecuada confianza en la Escritura es ver lo que la Biblia afirma sobre sí misma. Comienza con un estudio y análisis exhaustivos del Salmo 119, y extrae todo lo que expresa sobre

el carácter de la Escritura y su papel y utilidad en nuestras vidas. Luego, si quieres que tu comunicación dé fruto, hay varios libros y ensayos sobre la autoridad de la Escritura que son esenciales para que leas con cuidado y conozcas bien.⁸ Es importante saber no solo en general que la Biblia es verdad, sino también que, en la Escritura, las palabras de Dios son idénticas a Sus acciones. Cuando Él dijo: «¡Que exista la luz!», surgió la luz (Gén. 1:3). Cuando Dios le cambia el nombre a alguien, esto transforma a la persona (Gén. 17:5). La Biblia no dice que Dios habla y luego procede a actuar, que nombra y luego procede a dar forma, sino que el hablar y el actuar de Dios son la misma cosa. Su Palabra *es* Su acción, Su divino poder.⁹

Entonces, ¿cómo escuchamos hoy la Palabra activa de Dios si no somos profetas o apóstoles que se sentaron a los pies de Jesús? Las palabras de Dios en la boca de los profetas (Jer. 1:9-10), que fueron escritas, *siguen siendo* las palabras de Dios para nosotros cuando las leemos hoy (Jer. 36:1-32). Ward sostiene que es fundamental para el predicador reconocer esto. «La acción dinámica permanente de Dios a través del Espíritu» está «sumamente relacionada al lenguaje y los significados de la Escritura».¹⁰ Es decir, mientras descubrimos el significado del lenguaje de la Escritura, Dios obra con poder en nuestras vidas. La Biblia no es solo información, ni siquiera solo información totalmente cierta. Es «viva y poderosa» (Heb. 4:12); es poder de Dios en forma verbal. Recién cuando comprendemos el significado de las palabras, Dios nos nombra y nos da forma y nos recrea.

Si tú, el comunicador cristiano, conoces y crees esta doctrina de la Biblia, esto tendrá una profunda influencia en tu manera de predicar. Si solo crees que el Espíritu puede, de una manera general, estar presente en la predicación de la Biblia en ciertas circunstancias, entonces es probable que socaves su poder y autoridad cuando

predicas, al poner demasiado énfasis en tus propias experiencias o colocar la autoridad en la tradición y las creencias de tu iglesia y no en la Biblia en sí. O quizás uses la Biblia como una serie de sabios remedios para los problemas sociales contemporáneos y personales. No obstante, si crees que la predicación de la Palabra es uno de los canales principales para la acción de Dios en el mundo, entonces, con gran cuidado y confianza, descubrirás el significado del texto, con plena expectativa de que el Espíritu de Dios actuará en las vidas de los oyentes.¹¹

Por lo tanto, versículos conocidos que afirman que la Palabra de Dios es «como fuego, y como martillo que pulveriza la roca» (Jer. 23:29) no son mera retórica. He visto cientos de casos específicos en los cuales la Biblia en sí misma contenía el poder de penetrar la indiferencia espiritual de las personas de un modo que sobrepasaba mis poderes de oratoria. Pocas veces, incluso vinieron personas enojadas a hablar conmigo porque estaban seguras de que uno de sus amigos me había contado algo sobre ellas y yo las había señalado en el sermón. Con sinceridad, pude decirles que no tenía idea sobre su problema, que era la Biblia en sí misma ejerciendo su poder para poner de manifiesto «los secretos de su corazón» (1 Cor. 14:25). No me gusta que haya oyentes enojados, pero debo admitir que me encantan estas conversaciones.

Entonces, la razón principal a favor de la predicación expositiva es que esta expresa y libera nuestra creencia en toda la Biblia como la Palabra activa, autoritativa y viva de Dios.

Las otras razones para hacer de la predicación expositiva la dieta principal de la iglesia son más prácticas, pero no menos importantes. Una es que un meticuloso sermón expositivo permite que los oyentes reconozcan fácilmente que la autoridad no descansa en las opiniones o el razonamiento del que habla, sino en Dios, en Su revelación a través

del texto en sí. Esto no queda claro en los sermones que apenas hacen referencia a la Escritura y dedican la mayor parte del tiempo a historias, extensos argumentos o meditaciones cavilaciones. El oyente podría zafarse del incómodo mensaje al pensar: *Bueno, esa es tu interpretación*. La exposición sólida y clara, sin embargo, procura mostrar lo que significa el pasaje y demuestra mejor que lo que se dice no es el producto de la opinión o los prejuicios del que habla, sino que surge del texto autoritativo.

La predicación expositiva permite que Dios establezca el rumbo de tu comunidad cristiana. La exposición es una especie de aventura para el predicador. Te internas en un libro o en un pasaje, decidido a someterte a su autoridad e ir a donde te lleve. Sin duda, tienes que escoger qué libros y pasajes de la Biblia predicar, y cualquier estudiante experimentado de la Biblia conoce el contenido esencial de determinadas partes de la Biblia. Sin embargo, con la predicación expositiva, no puedes anticipar por completo lo que tu audiencia oír durante las próximas semanas o meses. Cuando los textos se abren, pueden surgir preguntas y respuestas que ninguno podría haber previsto. Solemos pensar que la Biblia es un libro de respuestas para nuestras preguntas, y lo es. Pero, si de verdad dejamos que el texto hable, tal vez Dios nos muestre que ni siquiera estamos haciendo las preguntas correctas.

Por ejemplo, la gente moderna puede venir a la Biblia buscando respuestas a la pregunta «¿Cómo fortalezo mi autoestima y me siento mejor conmigo mismo?». Sin embargo, en los pasajes bíblicos sobre el pecado y el arrepentimiento, descubrirán que el problema humano más básico es que tenemos una visión demasiado *elevada* de nosotros mismos. Estamos ciegos a las profundidades de nuestro propio egoísmo y damos por sentado que tenemos la sabiduría para manejar nuestras propias vidas. Luego, en pasajes sobre la adopción y la

justificación, las personas descubrirán que, al pedir «sentirse mejor consigo mismas», estaban pidiendo demasiado poco, en comparación con lo que nuestra nueva identidad en Cristo puede ser. En definitiva, desarrollar la Palabra de Dios con cuidado transformará nuestra forma de pensar, de tal manera que veremos la deficiencia de la lista original de preguntas que teníamos.

Una razón afín es que la predicación expositiva permite al texto establecer el rumbo para el predicador también. Ayuda a los predicadores a resistir la presión de adaptar demasiado los mensajes a las preferencias de la cultura. Te coloca frente a temas que preferirías no tocar o que no habrías escogido abordar, puesto que algunas de las posturas de la Biblia, en temas como la sexualidad, son sumamente impopulares en este momento. La predicación expositiva solo te anima a declarar la voluntad de Dios sobre tales asuntos y te obliga a encontrar maneras de abordar y manejar públicamente temas difíciles.

De esta manera, la exposición puede evitar que nos enfoquemos en nuestros propios temas o asuntos de interés o preferencia. Se dice que incluso los mejores predicadores tienen solo una docena de sermones que vuelven a predicar, y simplemente usan los pasajes bíblicos como punto de partida. También se dice que los peores predicadores tienen solo un tema que repiten hasta que vuelven loco a todo el mundo. Esta crítica está más cerca de la verdad de lo que nos gustaría admitir como predicadores, pero solo la disciplina de la predicación expositiva nos dará la oportunidad de escapar de esa trampa.

Por otro lado, una dieta regular de sermones expositivos le enseña a tu audiencia a leer sus propias Biblias, a reflexionar en un pasaje y entenderlo. La exposición les ayuda a poner más atención a los detalles del texto y a entender por qué diferentes frases tienen tal o cual significado dentro del argumento de la Biblia. Así, se harán más

perspicaces y serán lectores más sensibles en sus propios estudios.

Me gustaría dar una última razón para confiar en la predicación expositiva y, teniendo en cuenta lo que acabamos de observar, puede parecer contradictorio. Como vimos, la predicación expositiva continua te mantiene alejado de temas favoritos y te da una mayor variedad de pasajes y temas. Sin embargo, también debería llevarte a ver con más claridad el principal tema de la Biblia. Dos veces en mi vida, hablé con hombres que me explicaron que llegaron a una fe vital en Cristo solo después de haberse convertido en predicadores y, en realidad, se convirtieron por sus propios sermones. También conozco a un ministro que vino a la fe al escuchar las exposiciones de su pastor asociado. ¿Cómo sucedió esto?

En la predicación expositiva, el significado se descubre al considerar el contexto, el contexto y el contexto. Para entender el significado de una oración, debemos preguntar: «¿Cómo encaja este versículo en el resto del pasaje?». Para entender el significado del pasaje, debemos preguntar: «¿Cómo encaja este pasaje en el resto del libro?». Para entender el mensaje del libro, debemos preguntar: «¿Cómo encaja dentro del resto de la Biblia?». Si haces esto semana tras semana, descubrirás el argumento principal de toda la Biblia: el evangelio de Jesucristo. Como el evangelio es la resolución de cada trama y narrativa, y el cumplimiento de todo concepto e imagen en la Biblia, semana tras semana los oyentes y el predicador entenderán cada vez mejor el carácter de la salvación misericordiosa de Cristo. Y ninguno se aburrirá, porque verán el evangelio en toda su gloria infinita, multidimensional y multicolor. La predicación expositiva puede grabar esa realidad en las personas mejor que las otras alternativas.

Los peligros que hay que evitar

La exposición debería ser la dieta principal de la predicación para

toda congregación. Sin embargo, este enfoque también tiene sus peligros.

Uno es que algunos entusiastas de la exposición no están dispuestos a tomar en cuenta la movilidad de nuestra sociedad. Hughes Old nos muestra que la predicación original de la iglesia en los primeros cinco siglos usaba el método de la *lectio continua*: la exposición consecutiva, versículo a versículo, a través de libros completos de la Biblia, lo que hacía que a la congregación le llevara años avanzar a través de grandes extensiones de material bíblico. Con el tiempo, la cantidad de días festivos y sagrados se multiplicaron en el calendario eclesiástico hasta que, en la iglesia medieval, rigió el método de la *lectio selecta*. Esto implicaba que la gente recibía devocionales cortos sobre varios temas en lugar de enseñanza sistemática sólida de toda la Biblia.¹² El ministerio de los conocidos predicadores del siglo xx D. M. Lloyd-Jones, James M. Boice y John MacArthur se caracterizó por dedicar meses o años a tratar libros enteros de la Biblia, analizando hasta el último detalle. Esto llevó a un bienvenido resurgimiento de la predicación expositiva a la vieja usanza.

Hoy muchos creen que esta es la mejor y más pura forma de la predicación expositiva. Sin embargo, en la antigüedad e incluso en tiempos más recientes, la gente pasaba toda la vida cerca del lugar donde se había criado. Un predicador sabía que le predicaría al mismo grupo de personas por años, con pocos cambios en su membresía. Hoy la población es mucho más móvil y los asistentes a la iglesia mucho más pasajeros. En el método de la *lectio continua*, es fácil dedicar un año o más a un solo libro de la Biblia. Sin embargo, si una familia va a estar en tu iglesia dos años, ¿de verdad quieres que aprendan solo de 1 Samuel, o incluso solo del Evangelio de Juan, sin tiempo para el Antiguo Testamento? Uno de los puntos fuertes de la exposición, como hemos visto, es que expone a la congregación a una

gran variedad de enseñanzas y temas bíblicos. Sin embargo, un enfoque consecutivo y estricto de un libro entero de la Biblia garantizará que la mayoría de tu gente se expondrá a menos diversidad de la Biblia.

Incluso D. M. Lloyd-Jones no usaba este enfoque para su congregación durante los domingos por la noche. Esa audiencia estaba llena de no creyentes y de otros que tenían preguntas y eran traídos por amigos cristianos de toda la ciudad. Lloyd-Jones hacía su exposición intencional y extensa de libros de la Biblia los viernes por la noche, para los cristianos que querían una enseñanza más extensa y avanzada.

Aquellos que hablan a congregaciones llenas de personas en diferentes etapas de su fe, y de gente con alto grado de movilidad, harían bien en seguir el ejemplo de los evangélicos anglicanos británicos John Stott y Dick Lucas. Ellos son modelos excelentes de predicación mediante el método expositivo. Los bosquejos de sus sermones siguen las principales ideas del pasaje y ellos son maestros claros, precisos y cuidadosos del texto. Sin embargo, como pastores de congregaciones con alto grado de movilidad en el centro de la ciudad, ellos sabían que muchos de sus oyentes permanecerían allí por un par de años como máximo. Su respuesta fue modificar la *lectio continua*. En lugar de abordar libros completos y largos de la Biblia, ofrecían series expositivas de pasajes consecutivos de libros cortos de la Biblia, abordaban libros más largos sin cubrir cada capítulo o abordaban versículo por versículo a través de un par de capítulos más largos e importantes en un libro.¹³

Si quieres cubrir todas las diferentes partes y géneros de la Biblia (el Antiguo y el Nuevo Testamento, la literatura narrativa y la didáctica, los profetas y los poetas) en un tiempo razonable, tendrás que moverte por toda la Biblia y hacer miniseries expositivas.¹⁴

Este no es el único peligro que viene con el compromiso con la exposición. Mientras que la predicación temática pone más énfasis en recursos retóricos tales como figuras e ilustraciones, lenguaje elocuente y palabras artificiosas, y el uso de la historia, los predicadores expositivos dedican acertadamente más energía a la exégesis del pasaje. Sin embargo, la predicación no es solo explicar el texto, sino también usarlo para apelar al corazón. A menudo, veo a predicadores que dedican tan poco tiempo a la primera tarea que ponen poca reflexión e ingenio en la segunda. Por cierto, algunas escuelas de predicación expositiva desaniman a los predicadores de hacer mucho más aparte de presentar la información de su investigación bíblica. Cualquier otra cosa se considera entretenimiento y espectáculo. Como vimos en el prólogo, esta actitud viene, irónicamente, de una lectura imprecisa de las advertencias de Pablo en 1 Corintios 1 y 2 contra el uso de la «sabiduría humana» en la predicación. Descuidar la persuasión, la ilustración y otras maneras de apelar al corazón socava la eficacia de la predicación, primero, porque es aburrido y, segundo, porque es desleal al propósito mismo de la predicación.

En relación a esto, es peligroso definir la predicación expositiva con demasiada estrechez. Los entusiastas de este método (y yo soy uno de ellos) están ávidos de proteger su calidad, y con toda razón, porque gran parte de la predicación es lamentable. Pero este deseo puede llevar a algunos a definir la exposición en términos muy restringidos.

Algunos afirman que la exposición debe ser un comentario constante versículo por versículo, sin un bosquejo ni títulos en el sermón. Aunque este fue el principal enfoque para predicar en los primeros siglos, durante los últimos siglos la mayoría de los predicadores expositivos han pasado al uso de bosquejos con buenos resultados. Por otro lado, si estamos tentados a insistir (como muchos profesores

de predicación en esta época) en que el comentario versículo por versículo está totalmente equivocado, debemos recordar que tanto Juan Calvino como Juan Crisóstomo, dos de los más grandes predicadores de la historia, usaron ese método. No debemos tratar de definir la predicación con demasiada rigurosidad en cualquier dirección. Algunos expositores avanzan por el texto de forma consecutiva, cubriendo casi todos los versículos, mientras que otros usan bosquejos que extraen las ideas principales del pasaje y lo abordan de forma más selectiva.

Hoy también es habitual definir un sermón expositivo como aquel en el cual «el punto principal del texto es el punto principal del sermón». Esto supone que cada texto bíblico tiene solo una idea o punto principal.¹⁵ Entonces, se dice, el predicador debe estructurar el bosquejo y los puntos del sermón alrededor del tema principal, sin darle importancia a cualquier otro asunto en el texto. Sin duda, en la mayoría de los casos, el mensaje será más claro si el predicador es implacable en mantener el hilo de la presentación y no irse por la tangente, pero esta regla puede aplicarse con demasiada rigidez.

En algunos pasajes de la Biblia, no es fácil distinguir una clara idea central.¹⁶ Esto es especialmente cierto en las narrativas. ¿Cuál es el punto principal de la lucha de Jacob con el Señor en Génesis 32? ¿Cuál es la única razón para incluir las genealogías de Jesús al principio de Su vida en Mateo 1? ¿Cuál es el único punto del relato del hombre muerto que revivió cuando su cadáver entró en contacto con los huesos del profeta Eliseo en 2 Reyes 13? Luego, está el extraño relato de los siete hijos de Esceva (Hech. 19:11-20), que trataron de expulsar un espíritu maligno de un hombre «en el nombre de Jesús, a quien Pablo predica». En un giro cómico, el espíritu maligno les replicó a través del hombre a los presuntos exorcistas: «Conozco a Jesús, y sé quién es Pablo, pero ustedes ¿quiénes son?».

antes de abalanzarse sobre ellos y darles una golpiza. ¿Qué intentaba transmitir Lucas al incluir este incidente en su libro de Hechos? He escuchado varias exposiciones magistrales sobre este pasaje, y todas han estado bien fundamentadas en el texto y no se han contradicho entre sí. Sin embargo, no eran iguales. Múltiples inferencias válidas se pueden sacar de tales narrativas, de las cuales un predicador sabio puede seleccionar una o dos que se adecúen a las capacidades y necesidades de los oyentes.¹⁷

La Biblia es particularmente rica, y esta es la razón por la cual, casi siempre cuando regresas al texto varios años después de haberlo estudiado o predicado, ves nuevas ideas y significados que no habías visto antes. ¡Eso no significa que te deshagas de las notas o la grabación de un sermón anterior! Tu nuevo estudio y enfoque complementarán y refinarán lo que antes entendiste sobre el pasaje. La riqueza de la Escritura significa que siempre hay nuevas cosas para ver y encontrar.

Por eso, Alan M. Stibbs, en su olvidada obra clásica *Expounding God's Word* [La exposición de la Palabra de Dios], define la predicación expositiva como la presentación de las *ideas* (plural) e incluso las *implicaciones* del texto, algo que la confesión de fe de Westminster llama «buena y necesaria inferencia».¹⁸ Él escribe que la predicación expositiva es:

[P]ermanecer en el pasaje escogido y establecer *solo lo que tiene que decir o sugerir*, de modo que las ideas y los principios enunciados con claridad durante el sermón salgan de la Palabra de Dios y se apoyen en su autoridad, y no solo en la opinión [...] de su expositor humano.¹⁹

Habiendo dicho esto, a menudo, el autor bíblico *sí* tiene un tema principal que se hace evidente con el estudio cuidadoso.²⁰ Los predicadores expositivos deben enfocarse en las ideas principales del

texto y no perderse en los detalles o irse por la tangente que desvirtúan lo que expone el autor bíblico.²¹

Defender al león

En este momento, sería natural preguntar cuán eficaz podría ser la exposición cuidadosa de la Biblia en una cultura cada vez más reacia a la autoridad, en particular a la autoridad religiosa. Hace poco, murió Fred Craddock. Fue un gran predicador de la Iglesia Metodista Unida, cuyo libro *As One Without Authority* [Como uno sin autoridad] alejó definitivamente la predicación del protestantismo histórico del método expositivo. Según él, las personas no aceptaban la autoridad de la Biblia ni del predicador para dictarles cómo vivir. Entonces, abogaba por una predicación que consistiera de «historias con finales abiertos» y permitiera a los oyentes «sacar sus propias conclusiones».²²

Esto difiere considerablemente del consejo del predicador bautista del siglo XIX, Charles Spurgeon, quien, como es bien sabido, afirmó:

Me parece que, en algunas épocas, se ha hecho el doble por defender la Biblia que por exponerla, pero, si a partir de este momento toda nuestra fuerza se concentrara en la exposición y en la divulgación de la Palabra, ella se podría defender sola. Yo no sé si ustedes ven ese león, que con claridad está ante mis ojos; varias personas se adelantan para atacarlo, mientras que muchos de nosotros quieren defenderlo [...]. Perdónenme si ofrezco una discreta sugerencia. Abran la puerta y dejen salir al león; él se cuidará solo. ¡Miren, los agresores huyen! Tan pronto como el león sale con toda su fuerza, sus agresores huyen. La forma de enfrentar la infidelidad es propagar la Biblia. La respuesta para cada objeción en contra de la Biblia es la Biblia misma.²³

La Biblia es como un león, afirma Spurgeon, así que no debemos esforzarnos demasiado por describirla, defenderla o argumentar sobre las razones por las que deberíamos creer en ella. En cambio,

Spurgeon te anima a dedicar tu energía solo a predicarla, a exponerla de verdad a las personas en su forma más clara y vívida. Entonces, el poder extraordinario y la autoridad de la Palabra serán evidentes, incluso en los contextos antiautoritarios, entre las personas más escépticas. Sé que esto es verdad.

CAPÍTULO DOS

Predicar el evangelio siempre¹

Cuando un hombre es impulsado a actos de obediencia por el temor a la ira de Dios revelada en la ley, y no impulsado a estos actos por creer en Su amor revelado en el evangelio; cuando teme a Dios por Su poder y justicia, y no por Su bondad; cuando considera a Dios más un Juez vengador que un Amigo y Padre compasivo; y cuando contempla a Dios más como terrible en majestad que como infinito en gracia y misericordia; este hombre muestra que está bajo el dominio, o al menos bajo la presencia, de un espíritu legalista.

John Colquhoun²

El mensaje de la Biblia

Para entender y explicar cualquier texto de la Biblia, debes ponerlo en su contexto, lo cual incluye colocarlo dentro del *contexto canónico*: el mensaje de la Biblia como un todo. ¿Cuál es el mensaje? Desde la perspectiva del Antiguo Testamento, es que «¡[l]a salvación viene del Señor!» (Jon. 2:9). Nosotros estamos demasiado caídos para salvarnos a nosotros mismos, demasiado defectuosos para mantener nuestro pacto con Dios. Será necesaria una intervención de gracia radical, y puede venir solo de Dios mismo. En el Nuevo Testamento, vemos *cómo* la salvación viene del Señor. Es solo mediante Jesús. «Y les dijo: Esto es lo que yo os decía cuando todavía estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo que sobre mí está escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió la mente para que comprendieran las Escrituras» (Luc. 24:44-45, LBLA). Jesús declaró a Sus discípulos que, hasta que

no entendieran quién era y a qué había venido, no podrían entender la salvación de Dios ni la Escritura en sí misma.³

Entonces, mostrar cómo un texto encaja en todo el contexto canónico es mostrar cómo este señala a Cristo y a la salvación del evangelio, la gran idea de toda la Biblia. Siempre que expliques un texto bíblico, no has terminado hasta que demuestres cómo este explica que no podemos salvarnos a nosotros mismos y que solo Jesús puede hacerlo. Esto quiere decir que debemos predicar a Cristo desde cada texto, lo cual equivale a afirmar que debemos predicar el evangelio siempre y no solo conformarnos con ideas generales o moralizadoras.

Es mucho más difícil eludir esto en la enseñanza y la predicación de la Biblia de lo que puedes pensar.

Los dos enemigos del evangelio

Una clásica formulación del evangelio y su relación con la vida es esta: que somos salvos a través de Cristo, solo por la fe, pero no por una fe que permanece sola. La verdadera salvación siempre conduce a las buenas obras y a una vida cambiada.

Esta formulación del evangelio se enfoca en el papel de nuestras «buenas obras» y nuestro carácter moral. Primero, precisa que esas cosas no desempeñan ningún papel en nuestra aceptación delante de Dios. Romanos 4:5 (NTV) afirma que somos «pecadores» cuando Dios nos justifica y nos acepta a través de la fe. No es nuestra conducta moral ni la calidad de nuestra fe lo que fundamenta nuestra aceptación. Dios no considera en absoluto ninguna de estas cosas. Más bien, la fe nos une a Cristo, de modo que Su justicia e historial son ahora legalmente nuestros. Dios nos ve «en Cristo» (Fil. 3:9). Como resultado de la fe salvífica, el Espíritu Santo siempre opera una transformación interna del corazón, de modo que deseemos obedecer a Dios y comencemos hacerlo por gratitud y amor (Sant. 2:14-19).

Desde la Reforma protestante, se ha entendido que hay dos errores al

parecer opuestos en los que puedes caer y que pueden hacer que no logres comprender el evangelio bíblico y su poder. Se llaman «legalismo» (la idea de que podemos ganarnos el favor de Dios y Su bendición por nuestra bondad) y «antinomianismo» (la idea de que podemos relacionarnos con Dios sin obedecer Su Palabra y Sus mandamientos). Ambas palabras, derivadas de los vocablos del latín y el griego para «ley», ignoran un aspecto esencial de cómo funciona el evangelio.

El legalismo es más que la creencia consciente de que «puedo ser salvo por mis buenas obras». Es una red de actitudes del corazón y el carácter. Es la idea de que el amor de Dios por nosotros está condicionado por algo que podemos ser o hacer. Implica que yo ofrezco ciertas cosas (mi calidad ética, el mantenerme relativamente alejado del pecado, mi fidelidad a la Biblia y a la iglesia) para apoyar la obra de Cristo y contribuir a la buena voluntad de Dios hacia mí. Un espíritu legalista conduce a ser poco generoso, severo y demasiado sensible a la crítica, profundamente inseguro y resentido con otros, porque nuestra «percepción de la identidad y dignidad personal se ha entrelazado con el desempeño y el reconocimiento, en vez de estar anclada y cimentada en Cristo y Su gracia inmerecida».⁴

El antinomianismo es más que solo la creencia formal de que «no tengo que obedecer la ley de Dios». Es la idea de que, dado que Dios me ama sin tener en cuenta mi pasado, no le importa cómo vivo desde el punto de vista moral. Es la actitud de «Dios me acepta así como soy; solo quiere que sea yo mismo». A menudo, esta idea puede extenderse a que la única manera de ser una persona libre es desechar la creencia en Dios por completo.

El lugar más conocido donde estos dos modos de pensar se enuncian es el libro de Romanos. En Romanos 1:18-32, Pablo muestra que, como los gentiles paganos no tomaron en cuenta la ley de Dios (y, por

tanto, estaban contra la ley), habían perdido toda relación con Él. Luego, en Romanos 2:1–3:20, Pablo argumenta que los judíos que respetaban la ley y creían en la Escritura también estaban alejados de Dios. ¿Por qué? Porque confiaban en guardar la ley y no en la gracia de Dios para su relación con Él y, por tanto, eran legalistas. Buscaban su «propia justicia» que procede de obedecer la ley (Fil. 3:9 comp. 3:3-6). Por fuera, eran justos, pero internamente tenían pretensiones de superioridad moral y no dependían de Dios para la salvación como debían. Por lo tanto, ambos rechazaban la gracia y la salvación de Dios en diferentes maneras, lo que dio lugar a la dura apreciación de Pablo de que: «no hay un solo justo, ni siquiera uno; no hay nadie [...] que busque a Dios» (Rom. 3:10-11).

Hay enormes diferencias externas entre las personas irreligiosas (que tal vez denuncien y socaven en voz alta las normas morales tradicionales) y las personas que son sumamente morales, religiosas y que creen en la Biblia, pero que confían en su cualidad ética para relacionarse con Dios. Sin embargo, Pablo afirma que ambos funcionan como sus propios salvadores espirituales, lo que revela que las diferencias internas son mínimas.

Los comunicadores bíblicos debemos siempre tener en mente estos dos puntos de vista cuando predicamos y enseñamos. Los textos individuales suelen contener exhortaciones sobre cómo los creyentes deberían vivir; y, considerados al margen del resto de la Biblia, podrían apoyar el punto de vista legalista. Otros pasajes describen la provisión elemental de la salvación por parte de Dios y Su amor incondicional, lo cual, por separado, podría dar la impresión de que la gracia gratuita no conduce a un cambio de vida. En *The Art of Prophesying* [El arte de profetizar], William Perkins escribe que «los predicadores necesitan conocer la verdadera relación entre la ley y el evangelio».⁵ La ley puede mostrarnos nuestra necesidad del evangelio

y luego, una vez que hemos aceptado la salvación de Dios por la fe, se convierte en el camino para conocer, servir y crecer a la semejanza de Aquel que nos salvó. Es fundamental en nuestra predicación que no solo les digamos a las personas todas las maneras en que deben ser morales y buenas, sino que relacionemos estas exhortaciones con el evangelio. Tampoco deberíamos solo decirles una y otra vez que pueden ser salvados solo por la gracia gratuita sin mostrarles cómo la salvación cambia nuestras vidas.

Perkins no quiere decir que podemos simplemente poner cada versículo en una categoría u otra: aquellos que te dicen qué hacer y los que te dicen que somos salvados sin importar nuestro historial. Da un ejemplo de dos textos que, podrías decir, «unen todo»: Juan 14:21 y 14:23.⁶ Allí, Jesús dice a Sus discípulos: «El que me ama, obedecerá mi palabra, y mi Padre lo amará, y haremos nuestra vivienda en él». Estos textos ponen de manifiesto que el evangelio transforma la obediencia a los mandamientos de Dios de un medio legalista de adquirir la salvación a una respuesta de amor por una salvación que se ha recibido. La obediencia a la ley de Dios, que emana del evangelio de la gracia, llega a ser una manera de conocer al que nos salvó a un costo infinito para Sí mismo, de parecernos a Él, de deleitarnos en Él y de amarlo. Entonces, Juan 14 no es un simple pasaje de la «ley» ni uno del «evangelio y no de la ley».

Rara vez, un pasaje muestra tan bien la relación de la ley con el evangelio como Juan 14. En general, el texto que estás predicando enfatizará la ley o el evangelio de la gracia, y por eso siempre debes poner el texto en el contexto de toda la Biblia, es decir, del mensaje del evangelio.

Gemelos no idénticos del mismo vientre

Una de las claves para hacer esto es entender la raíz subyacente del legalismo y el antinomianismo. Debido a las grandes diferencias

externas entre ellos, estamos inclinados a pensar que son opuestos. Si lo hacemos, de manera instintiva e inadvertida, trataremos de sanar a uno con una dosis del otro, y eso puede ser letal.

El teólogo Sinclair Ferguson analiza el diálogo entre la serpiente y los primeros seres humanos en la historia de la caída, en Génesis 3. Él señala que, en el mandato original de Dios, «No coman de ese árbol», el Señor no les dijo por qué. No les prohibió comer del árbol porque sería malo para ellos en cierta forma. Su falta de explicación fue un llamado a obedecer por amor y confianza en Dios, por lo que Él era. Entonces, el mandato buscaba no solo la observancia de cierta conducta, sino una determinada actitud y relación con Dios. Esa relación fue la que atacó la serpiente.

En Génesis 3:1, la serpiente dijo que Dios les había prohibido que comieran del fruto de cualquiera de los árboles del jardín, algo que Dios no había hecho. Luego, en Génesis 3:5, la serpiente afirmó que la desobediencia a Dios sería liberadora, lo cual no fue así. No obstante, la humanidad le creyó a la serpiente y este veneno espiritual, esta «mentira de la serpiente», nos quedó profundamente grabada con su afirmación de que Dios «era en realidad restrictivo, engreído y egoísta»,⁷ y que no se podía confiar en que deseara lo mejor para nosotros. La serpiente dio a entender que, si le obedecíamos cabalmente, seríamos desdichados. Ferguson escribe: «La mentira fue un ataque a la generosidad y la integridad de Dios. No se podía confiar en Su carácter ni en Sus palabras. Esta, en realidad, es la mentira que los pecadores han creído desde entonces: la mentira del Padre falso en quien no se puede confiar porque no nos ama».⁸ Esta mentira ha «entrado en el torrente sanguíneo de la raza humana» como una afección cardíaca crónica, «profundamente arraigada en el alma humana».⁹ Entonces en el fondo de nuestro ser, ya sea que sigamos las leyes de Dios o no, los seres humanos no confiamos en la buena

voluntad de Dios para con nosotros.

A partir de esta idea, Ferguson hace una notable afirmación. Esta mentira de la serpiente (de que no podemos confiar en la bondad de Dios ni en Su compromiso con nuestra felicidad) es la raíz tanto del legalismo como del antinomianismo. Son «gemelos no idénticos que salen del mismo vientre».¹⁰ El legalismo surge de la creencia de que tendremos que sacar a la fuerza y a regañadientes la bendición de Dios con toda clase de observancias y obras. «La esencia del legalismo se basa [...] en una visión distorsionada de Dios [...]. Dios se vuelve un policía exacerbado que da Su ley porque quiere quitarnos y destruir nuestro gozo».¹¹ El antinomianismo concibe al mismo Dios mezquino y duro, cuyos mandamientos no se pueden ver como algo que se da para nuestro beneficio. En ambos casos, se ve a la ley de Dios no como una expresión de Su amor por nosotros, sino como una carga, un medio necesario para aplacar a una deidad indiferente. Ambos modos de pensar comparten la misma incomprensión del gozo de la obediencia. Lo ven como algo impuesto por un Dios cuyo amor es condicional y quien no está dispuesto a bendecir. La única diferencia entre las dos concepciones es que la legalista asume la carga con desaliento, mientras que el antinomianista la rechaza y la desecha. Ambos ven a Dios desde la misma perspectiva. Entonces, podemos concluir lo siguiente:

[E]n esencia, el legalismo es la manifestación de una disposición limitada del corazón hacia Dios, que lo ve a través de una lente [...] que oscurece [...] Su] santo amor. Esta es una enfermedad fatal [...]. Este mismo punto de vista sobre Dios [...] es el origen del antinomianismo.¹²

Aquí es donde este asunto afecta tu predicación. Si piensas que el legalismo es solo un énfasis excesivo en la ley, entonces pensarás que el antídoto es hablar menos sobre la obediencia y más sobre la

aceptación y el perdón. Si crees que el antinomianismo es solo un excesivo relajamiento hacia la moralidad y la ley, supondrás que el remedio es hablar menos sobre la misericordia y la aceptación, y más sobre la justicia de Dios y los santos mandamientos. En resumen, tratarás de curar a uno con una dosis del otro. Eso será un desastre porque ambos tienen el mismo origen. Proviene de la creencia de que Dios no nos ama de verdad ni desea nuestro gozo, y de la incapacidad de reconocer que «tanto la ley como el evangelio son expresiones de la gracia de Dios».¹³ Tanto para el legalista como para el antinomianista, la obediencia a la ley es solo la manera de conseguir cosas de Dios, no una forma de llegar a Él, de parecernos a Él, de conocerlo, complacerlo y amarlo por quién es Él.

Como el legalismo no comprende la gracia de Dios, altera el correcto funcionamiento de la ley como una guía para nuestras vidas, una manera de llegar a ser nosotros mismos y de complacer a Dios; y la convierte en un gravoso sistema de salvación a través del cual se obliga a Dios a que nos bendiga. La única cosa que demolerá el legalismo no es solo el principio abstracto de que «eres aceptado y perdonado», sino una nueva comprensión de la bondad de Dios y el elevado costo de Su amor en Jesucristo.

Como el antinomianismo no comprende el amor y la gracia de Dios, también considera la ley como un obstáculo para la libertad y el crecimiento personal más que como el gran medio por el cual Dios te hace crecer en ambos. Entonces, es un error solo insistir en el antinomianismo con declaraciones sobre la justicia y la santidad inflexibles de Dios. Nuestros corazones solo usarán esto para alimentar la mentira de la serpiente sobre la severidad del carácter divino. En cambio, el valiosísimo amor en Jesucristo, quien satisfizo la ley justa de Dios en Su vida y muerte, debe enaltecerse y comprenderse para combatir las falsedades venenosas en nuestras

almas. Ferguson concluye que, tanto el legalismo como el antinomianismo, en principio requieren el mismo tratamiento: una nueva visión de la belleza de Dios mismo y de Su gracia gloriosa, gratuita y valiosísima. Tanto el legalismo como el antinomianismo se curan solo con el evangelio.

El evangelio está diseñado para liberarnos de esta mentira [de la serpiente], pues revela que, subyacente y manifiesto en la venida de Cristo y Su muerte por nosotros, está el amor de un Padre que nos da todo lo que tiene: primero, Su hijo para que muera por nosotros y, luego, Su Espíritu para que more dentro de nosotros [...]. Hay solo una genuina cura para el legalismo. Es la misma medicina que el evangelio prescribe para el antinomianismo: la comprensión y la experiencia de la unión con Jesucristo. Esto nos conduce a un nuevo amor por la ley de Dios y a la obediencia a esta.¹⁴

La comprensión de la afinidad de estos «gemelos» no podría tener mayores implicaciones prácticas para los predicadores. Si piensas que el *verdadero* problema del mundo es el legalismo, quizás tengas un pie en el antinomianismo. Si crees que el *verdadero* problema de las personas es el antinomianismo, quizás tengas un pie en el legalismo.

Dos razones por las que deberíamos predicar a Cristo siempre

Entonces, para predicar el evangelio en una forma penetrante, no solo debes hablar sobre un concepto abstracto de perdón y aceptación. Es necesario que le muestres a tu audiencia a Jesús y todo lo que vino a hacer por nosotros. Predicar el evangelio es predicar a Cristo siempre, a partir de cada pasaje.

Solo si predicamos a Cristo siempre, podremos mostrar cómo la Biblia encaja como un todo.

Cuando Jesús se reunió con los dos discípulos en el camino a

Emaús, descubrió que habían perdido la esperanza porque Su Mesías había sido crucificado. «—¡Qué torpes son ustedes —les dijo—, y qué tardos de corazón para creer todo lo que han dicho los profetas! [...] Entonces, comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (Luc. 24:25-27). Más tarde, Jesús se apareció a los apóstoles y a otros discípulos en el aposento alto y les explicó lo mismo, es decir, que Él es la clave para entender «la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos» (Luc. 24:44). Jesús atribuyó la confusión de los discípulos a su incapacidad de ver que el Antiguo Testamento trata sobre Él y Su obra de salvación.

A los escritores apostólicos se los conoce por su interpretación «cristocéntrica» de las Escrituras hebreas. A menudo, citan los salmos como las palabras de Cristo, y no solo los salmos «mesiánicos» o «reales», donde el que habla es sin duda una figura mesiánica. Por ejemplo, Hebreos 10:5-7 cita el Salmo 40:6-8 como algo que Cristo pronunció «al entrar en el mundo».

A ti no te complacen sacrificios ni ofrendas; en su lugar, me preparaste un cuerpo; no te agradaron ni holocaustos ni sacrificios por el pecado. Por eso dije: «Aquí me tienes — como el libro dice de mí—. He venido, oh Dios, a hacer tu voluntad».

Pero, cuando consideramos el Salmo 40, no vemos absolutamente nada que indique que el que habla es Jesús o alguna figura mesiánica. ¿Por qué el autor de Hebreos supone que el Salmo 40 es sobre Jesús? Lo interpreta así porque sabe lo que Jesús dijo a Sus discípulos en Lucas 24, que toda la Escritura es en realidad sobre Él. La Biblia es en última instancia una sola gran historia que culmina en Jesucristo.

Dios creó el mundo y nos creó a nosotros para servirlo y disfrutarlo a Él y al mundo que había hecho. Pero los seres humanos dejaron de

servirlo; pecaron y se dañaron a sí mismos y a la creación. Con todo, Dios prometió no abandonarlos (aunque estaba en todo Su derecho), sino rescatarlos, pese a la culpa y la condenación bajo la que estaban, y a su corazón y su naturaleza irremediabilmente viciados. Para esto, lo primero que hizo Dios fue llamar a una familia para que lo conociera y lo sirviera. Luego, hizo crecer a esa familia hasta transformarla en una nación; entró en una relación personal y en un pacto vinculante con ellos; les dio Su ley para guiar sus vidas, la promesa de bendición si la obedecían y un sistema de ofrendas y sacrificios para afrontar sus pecados y faltas. Sin embargo, la naturaleza humana está tan trastornada y es tan pecaminosa que, pese a todos los privilegios y a los siglos de paciencia de Dios, incluso Su pueblo del pacto (que había recibido la ley, las promesas y los sacrificios) le dio la espalda. Parecía que se había perdido la esperanza para la raza humana. Pero Dios se hizo carne y entró al mundo del tiempo, del espacio y de la historia. Llevó una vida perfecta, pero después fue a la cruz a morir. Cuando fue levantado de entre los muertos, se reveló que había venido a satisfacer la ley con Su vida perfecta, ofrecer el sacrificio final, cargar con la maldición que nosotros merecíamos y así asegurar las bendiciones prometidas para nosotros por la gracia gratuita. Ahora, aquellos que creemos en Él estamos unidos a Dios pese a nuestro pecado, y esto cambia al pueblo de Dios de una nación-estado a una nueva comunidad internacional y multiétnica de creyentes de cualquier nación y cultura. Ahora, lo servimos a Él y a nuestro prójimo mientras aguardamos, con la esperanza de que Jesús retorne y renueve toda la creación, y arrase con la muerte y el sufrimiento.

¿Qué es todo eso? Es una historia, un argumento narrativo unificado, que se resuelve y tiene su clímax en Jesús. Los discípulos conocían las historias de cada profeta, cada sacerdote, cada rey, cada libertador

desde Gedeón hasta David. Conocían sobre el templo y los sacrificios. Pero aunque sabían todas las historias secundarias, no podían, hasta que Él se los mostró, ver *la* historia sobre el máximo profeta, sacerdote, rey, libertador, el templo y sacrificio supremos. Ellos no pudieron ver de qué se trataba toda la Biblia.

Trata de leer solo un capítulo de una novela de Charles Dickens o Víctor Hugo sin leer nada antes o después en el libro. ¿Podrías comprender y apreciar el capítulo? Sin duda, conocerías algo sobre los personajes y algún relato relativamente completo de una acción o trama secundaria que podría estar ocurriendo dentro de la porción del libro que has leído. Pero mucho del contenido sería incomprendible porque no sabrías lo que sucedió antes, y muchas cosas que el autor realiza en este capítulo serían invisibles si no vieras cómo se desarrolla la historia. Algo así es leer y predicar un texto de la Biblia y no mostrar cómo este señala a Cristo. Si no ves cómo el capítulo encaja en toda la historia, no entiendes el capítulo.

Entonces, predicar a Cristo siempre es la manera de mostrar a las personas cómo encaja toda la Biblia. Como se ha visto, sin embargo, el predicador tiene dos responsabilidades no solo ante la verdad de la Biblia, sino además ante las necesidades espirituales de los oyentes. Y, por cierto, predicar a Cristo siempre es la única manera de ayudar realmente a las personas a cambiar desde el interior.

Cualquier sermón que indica a sus oyentes solo cómo deberían vivir, sin poner ese estándar en el contexto del evangelio, les da la impresión de que podrían arreglárselas solos si realmente se esforzaran. Ed Clowney señala que, si contamos una historia *particular* de la Biblia sin ponerla en *la* historia global de la Biblia (sobre Cristo), en realidad cambiamos su significado para *nosotros*. Se vuelve una exhortación moral a «esforzarnos más» y no un llamado a vivir por la fe en la obra de Cristo. En definitiva, hay solo dos

formas de leer la Biblia: *¿Se trata en esencia sobre mí o sobre Jesús?* Es decir, ¿se trata sobre lo que debo hacer o sobre lo que Él ha hecho?

Si, en mayor o menor medida, creo que a través de esfuerzos morales (como vivir una vida casta, rendir mi voluntad a Dios, ayudar al pobre, convertir a otros a la fe) puedo asegurar el favor de Dios por mis oraciones o ganar Su bendición, entonces mi motivación para hacer estas cosas es una mezcla de temor y orgullo. El temor es el deseo de evitar el castigo y obtener alguna defensa y ventaja con Dios y otros. El orgullo es el sentimiento de que, como soy tan decente y cabal, «no soy como otros hombres» (Luc. 18:11), sino que estoy por encima de ellos. Al fin y al cabo, todo lo bueno que hago, lo hago por mí mismo. Mis acciones de servicio para Dios y mi prójimo son maneras de usar a Dios y a mi prójimo para construir mi propia imagen, para asegurarme el respeto y la admiración de otros y ganar influencia sobre Dios, de modo que Él esté en deuda conmigo. Irónica y trágicamente, toda mi bondad es por mí, y alimento así mi egocentrismo pecaminoso, la máxima idolatría, en medio de mis esfuerzos por llevar una vida buena y moral.

Esta manera moralizante de vivir es como estar en el extremo de un yoyo. Si siento que alcanzo mis objetivos y cumplo con las normas, me vuelvo autosuficiente; creo que tengo derechos y soy menos paciente y misericordioso con otros. Si fracaso de cualquier forma, caigo en el autodesprecio, porque mi identidad está basada en mi propia imagen como una mejor persona que otras. Esta existencia moralizante del yoyo es transcultural, dicho sea de paso. Las personas en las culturas tradicionales adquieren su identidad y autoestima por estar a la altura de las expectativas familiares y enorgullecer a la familia. Las personas en las sociedades individualistas occidentales adquieren su identidad y autoestima a través de la expresión personal,

de la identificación y el logro de sus sueños y deseos. Tan radicalmente diferentes como parecen estos dos modos de pensar, ambos son estrategias de autosalvación, y el evangelio desafía tanto a uno como al otro.

¿Qué pasa si estás predicando un texto sobre José cuando este resiste la tentación de la esposa de Potifar, o sobre Josías cuando lee la olvidada ley de Dios a la nación reunida, o sobre David cuando encara con valentía a Goliat, y comunicas la enseñanza para la vida (como huir de la tentación, amar la Escritura y confiar en Dios ante el peligro), pero terminas el sermón allí? Entonces, solo estás reforzando la condición defectuosa de la autosalvación en el corazón humano. Tu sermón se interpretará como una exhortación a que los oyentes procuren la bendición de Dios mediante una vida correcta. Si no encajas *siempre* con énfasis y claridad ese texto en la salvación de Cristo y no muestras cómo Él nos salvó al resistir la tentación, satisfacer la ley a la perfección y enfrentar a los gigantes del pecado y la muerte (todo por nosotros, como nuestro sustituto), entonces solo estás confirmando a los moralistas en su moralismo.

Únicamente si insistimos en el evangelio, en que somos pecadores amados en Cristo (tan amados que no tenemos por qué perder la esperanza cuando obramos mal, tan pecadores que no tenemos derecho a sentirnos envanecidos cuando obramos bien), podemos ayudar a nuestra audiencia a escapar del mundo espiritualmente bipolar del moralismo. Y las personas seculares, incluso si están en contra del moralismo, necesitarán escuchar la crítica en su contra en nuestra predicación por dos razones. Una es que no considerarán el cristianismo auténtico, a menos que vean que no es idéntico al moralismo. La segunda es que toda persona que comienza a sentirse atraída hacia Dios automáticamente avanza hacia Él esperando tener una relación moral. El evangelizador del siglo XVIII George Whitefield

predicó sobre esta advertencia en uno de sus sermones. Podemos elegir un lenguaje menos teológico o arcaico, pero debemos comunicar este concepto básico de las cosas.

Cuando una pobre alma despierta, [...] entonces la pobre criatura, habiendo nacido bajo el pacto de las obras, vuela otra vez a este pacto. Y así como Adán y Eva se escondieron entre los árboles del jardín y cosieron hojas de higuera para cubrir su desnudez, el pobre pecador, al despertar, vuela a sus deberes y sus obras para esconderse de Dios, y trata de coserse una justicia propia. Dice: «Ahora seré muy bueno, me reformaré, haré todo lo que esté a mi alcance y, ciertamente, así Jesucristo tendrá misericordia de mí». Pero [...] nuestras mejores obras no son más que pecados espléndidos [...]. Tiene que haber una convicción profunda antes de que podamos abandonar el fariseísmo; es el último ídolo que se saca del corazón [...]. Y tal vez puedan decir ahora de corazón: «Señor, ¿puedes en tu justicia condenarme por las mejores obras que realicé?». Si no dejan a un lado el yo, pueden hablarse a sí mismos de paz, pero no tienen paz [...]. Tienen que apropiarse, por fe, de la justicia de Jesucristo y entonces tendrán paz.¹⁵

La única manera de evitar lo que Whitefield describe (la persona que está buscando espiritualmente una relación con Dios y que cae en la trampa universal de la religión moralizadora) es predicar a Cristo a partir de cada texto de la Biblia, es predicar el evangelio siempre.

Dos peligros que hay que evitar

1. Predicar un texto, incluso sobre Jesús, sin predicar en realidad el evangelio

Si encuentras un ensayo sobre «predicar a Cristo a partir de todas las partes de la Biblia», esperarás que aborde cómo ver a Cristo en el Antiguo Testamento. Pero es posible predicar el Nuevo Testamento, incluso pasajes de los Evangelios sobre Jesús, sin predicar el evangelio.

Hace algunos años, leí dos sermones sobre Marcos 5 escritos por dos predicadores diferentes sobre la sanación del endemoniado. Sin duda, ambos sermones eran sobre Jesús, pues el texto es un relato de un episodio de Su vida. El primer sermón tenía varios puntos excelentes. Hablaba de Jesús como Cristo el libertador. El hombre torturado del pasaje está desnudo, encadenado. Está separado de toda comunidad humana, gritando en su agonía. Cristo toma a este hombre encadenado y lo libera; toma a este hombre solitario y lo hace apto otra vez para que viva entre los hombres. El hombre deja de gritar por su agonía y se llena de paz. Ahora está en su sano juicio. Entonces, el mensaje del sermón era, en esencia, que tú vienes a Jesús y no importa cuál sea tu problema; Él puede arreglarlo. Puede sanarte de cualquier mal que te aqueje. Si tienes una baja autoestima, Jesús te mostrará cuánto te ama. Si tienes adicciones, te liberará de esas ataduras. Bueno, todo esto es absolutamente cierto (mientras no generes falsas expectativas de una santificación fácil e instantánea). Y nunca querría predicar ese texto sin mencionar a Cristo como un libertador.

Sin embargo, leí el segundo sermón poco después y en este, cerca del final, el predicador formulaba una pregunta importante. Decía que la desnudez, las cadenas, el aislamiento, el desvarío y los gritos de este hombre son un retrato de todos nosotros. Todos somos pecadores y la Biblia afirma que estamos espiritualmente esclavizados al pecado, a los ídolos y al «príncipe de la potestad del aire» (Ef. 2:2, LBLA). Necesitamos ser trasladados del reino de la oscuridad al reino de la luz. Todos estamos en esta condición; el caso del endemoniado es solo más evidente y doloroso. Él y nosotros estamos en esta condición como pecadores. Entonces, Jesús lo libera. Y esta es la pregunta: *¿Por qué Jesús puede perdonarlo y restaurarlo?*

El predicador contestó que la razón por la cual Él podía perdonar a este hombre y a nosotros viene al final de la vida de Jesús. En ese

punto, vemos a Jesús desvestido, como un prisionero, solitario y crucificado, fuera de la puerta de la ciudad, que clama: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Esa es la respuesta. Jesús pudo sanar al endemoniado aunque este era un pecador porque, al final, tomó su lugar. Jesús es nuestro sustituto. Pudo venir a la vida de este hombre y sanarlo porque murió por él, pagó el castigo y esencialmente cargó con todas estas cosas. Él fue desvestido para que nosotros pudiéramos ser vestidos. Fue lanzado en la más profunda desesperación y agonía para que nosotros pudiéramos conocer el amor y el perdón de Dios, y tuviéramos paz interior.

El contraste entre los dos sermones era extraordinario. Ambos eran sobre Jesús, pero solo uno exponía el evangelio con claridad. El primero podía dar la impresión de que la salvación consistía en sanar tus heridas y que la manera de obtener esa sanidad era solo pedirle a Jesús que entrara y satisficiera tus necesidades. No se exponía con claridad el tema del pecado y la gracia. No había necesidad de la cruz ni se dejaba claro el evangelio. El segundo sermón sí lo hacía. La miseria del hombre endemoniado se usó para retratar vívidamente el dolor y la agonía que cayeron sobre Jesús en la cruz. Una enseñanza central del Evangelio de Marcos es que Jesús es nuestro sustituto. Él dio Su vida en rescate por nosotros (Mar. 10:45).¹⁶ Ese sermón leía este episodio del endemoniado teniendo en cuenta el gran tema del evangelio de todo el libro.

Después de eso, no es difícil trazar la aplicación práctica para la audiencia. Reconocer Su muerte sacrificial es lo único que puede quebrantar el poder del pecado en nuestras propias vidas. Eso es lo que nos revela la maldad de nuestros esfuerzos para salvarnos a nosotros mismos, y es lo que los hace innecesarios. Y cuando dejamos de tratar de salvarnos a nosotros mismos, entonces las cosas que nos impulsan y que nos esclavizan ya no pueden hacerlo más.

Es posible predicar el Nuevo Testamento y no predicar realmente a Cristo y Su obra salvífica. Pensamos que nuestro problema es cómo llegar a Cristo en determinado salmo o en 2 Reyes. No, el problema es mucho más grande. Predicar a Cristo significa predicar el evangelio. Predicar el evangelio es predicar a Cristo y Su obra salvífica y Su gracia, y podemos fallar en esto en cualquier parte de la Biblia.

2. Predicar a «Cristo» sin predicar en realidad el texto

Hay otro error en el cual podemos caer. Es posible «llegar a Cristo» tan rápido al predicar un texto que no somos sensibles a las particularidades del mensaje del texto. Saltamos sobre realidades históricas hasta Jesús, como si los pasajes del Antiguo Testamento hubieran tenido poca importancia para sus lectores originales. Ferguson escribe que este error «puede producir una predicación distante e insensible a la rica topografía de la teología bíblica».¹⁷

El resultado será este: como no le dedicamos tiempo al texto, la manera en que se describe a Jesús parecerá lo mismo semana tras semana. Jesús no será la resolución ni el clímax del tema particular teológico y la respuesta al problema práctico específico. Pero, si profundizas en el contexto histórico original, habrá tantas maneras diferentes de predicar a Cristo como temas y géneros y mensajes en la Biblia.

Hay muchos pasajes en los profetas, por ejemplo, donde Dios habla de que enviará a un rey e instaurará una justicia completa e imparcial. Isaías 11:3 dice que este rey: «no juzgará según las apariencias, ni decidirá por lo que oiga decir». Rectificará los agravios e impartirá justicia al oprimido y al débil. Isaías 11:1-16 habla de un «vástago» justo (Jer. 23:5) que hará todo esto, y esta persona suele verse como el Mesías. Los lectores originales de Isaías quizás entendieron que estaba hablando de un futuro gran rey. Los predicadores de este

capítulo tenderán a presentar con rapidez todas las maneras en que las descripciones de Isaías 11 encajan con Jesús y Su obra de salvación. Sin embargo, los oyentes originales primero escucharon una afirmación resonante sobre la importancia de la justicia social, de no oprimir al pobre, de vivir con generosidad. Al pasar al futuro demasiado rápido y no permanecer lo suficiente en el tiempo del autor (y sus oyentes), el predicador puede pasar por alto mucho del significado del pasaje.

Entonces, tenemos que alcanzar un equilibrio: no predicar a Cristo sin predicar el texto y no predicar el texto sin predicar a Cristo. Charles Spurgeon relató la historia de un viejo pastor galés que una vez amonestó a un ministro más joven sobre su sermón después de escucharlo.

—Fue un sermón sumamente deficiente —le dijo al joven.

—¿Por qué piensa que fue un sermón sumamente deficiente?

—fue la respuesta.

—Porque no dijo nada sobre Cristo.

—Bueno, Cristo no estaba en el texto; nosotros no debemos predicar a Cristo siempre, sino predicar lo que está en el texto.

El intercambio continuó:

—¿No sabe, joven, que desde cada pueblito, villa y aldea en Inglaterra hay un camino que llega a Londres?

—Sí —dijo el joven—.

—¡Ah! —exclamó el viejo ministro—. Por ello, desde cada texto en la Escritura hay un camino a la metrópolis de la Palabra, que es Cristo. Y, mi querido hermano, al llegar a un texto, tu obligación es decir: «Entonces, ¿cuál es el camino a Cristo?», y luego predicar un sermón que recorra el camino hacia la gran metrópolis: Cristo. —Y añadió—: Aún no he encontrado un texto que no tenga un camino a Cristo en él y, si alguna vez encuentro uno, abriré el camino; cruzaré cualquier obstáculo, pero llegaré a mi Maestro; pues un sermón no hace

ningún bien a menos que haya un sabor de Cristo en él.¹⁸

Esta ilustración es bastante útil. Estirémosla un poquito y apliquémosla a nuestra predicación:

Conoce el punto principal del autor y pasa tiempo allí. *Primero (para extender nuestra metáfora), debemos identificar la «calle o avenida principal» del pueblo.* Es decir, deberíamos asegurarnos de identificar la idea central y el mensaje del texto para los oyentes originales, los «residentes del pueblo». Algunos textos tienen un punto único y simple, mientras que otros son un poco más complejos, al igual que algunos pueblos tienen una amplia calle principal y otros tienen un par de arterias principales que pasan a través de ellos. Conócelos; viaja por ellos; no te vayas del pueblo demasiado pronto. Profundiza en el texto y asegúrate de conocer lo que quiso decir el autor a sus oyentes. Así estarás seguro de mantenerte fiel a lo que Dios está diciendo. Si hay tiempo, incluso dales un vistazo a algunas calles laterales. Algunas veces, encontrarás tiendas interesantes. Pero nunca te alejes demasiado de la calle principal, no sea que ya no puedas encontrar tu camino de regreso a tiempo.

Segundo, como sugiere Spurgeon, de una u otra forma, toda calle principal se conecta a un camino que sale desde el pueblo hacia Londres. Encuentra cómo la calle principal se conecta con el camino hacia Londres. Sin duda, no todo camino que sale del pueblo va para Londres. Si tomas el camino equivocado, quizás acabes teniendo que tomar un atajo por la propiedad o los campos de alguien para llegar a Londres. ¡Eso es arduo y quizás ilegal! De la misma manera, no cualquier cosa en el texto que te recuerde ligeramente a Jesús es una manera de llegar a Jesús. Si el texto del Antiguo Testamento es sobre el templo, entonces puedes predicar a Cristo como el Templo final (Juan 2). Así es como la calle principal de ese texto se conecta con Jesús. Sin embargo, no puedes decir cualquier cosa que se te ocurra.

Quizás el cordón rojo que Rahab ató a la ventana (Jos. 2:18) te recuerde la sangre de Cristo, pero eso no significa que sea lo que representa. A partir del punto principal de cada texto, hay alguna forma de predicar a Cristo con integridad. Señala ese camino y viaja por él antes de terminar tu sermón.

CAPÍTULO TRES

Predicar a Cristo utilizando toda la Escritura

Cuando alzaron la vista, no vieron a nadie más que a Jesús.

Mateo 17:8

La clave para predicar siempre el evangelio es predicar siempre a Cristo, y la clave para eso es encontrar cómo un determinado texto encaja en todo el contexto canónico y participa como un capítulo en el gran arco narrativo de la Biblia, que es cómo Dios nos salva y renueva el mundo a través de la salvación por la gracia gratuita en Su Hijo, Jesucristo.

Para ayudarnos a distinguir maneras de predicar siempre a Cristo, tenemos muchos buenos autores y libros.¹ Cada uno tiene su propia lista de categorías para distinguir y predicar a Cristo a partir de los textos.² Hay también más dimensiones y maneras de hacerlo de las que podemos cubrir en un capítulo.³ Hablando como un practicante más que como un teórico, a continuación, hay seis formas básicas de hacerlo.

Predica a Cristo a partir de cada género o sección de la Biblia

Si lees *Look to the Rock* [Mira la Roca] de Alec Motyer, *An Introduction to the Old Testament* [Una introducción al Antiguo Testamento] o *The Unfolding Mystery* [El misterio revelado] de Ed Clowney, llegarás a tener una buena idea de cómo cada parte de la Biblia apunta a Cristo en su manera particular. Él es la esperanza de los patriarcas. Es el ángel del Señor.⁴ Luego, muévete a Éxodo y hasta

Deuteronomio. Él es la roca de Moisés. Es el que cumple la ley, tanto la ceremonial (porque nos hace limpios en Él) como la moral (porque Él obtiene la bendición mediante Su vida perfectamente justa). Cristo es el Templo final. Ahora, ve a la historia de Israel después de Moisés. Jesucristo es el comandante del ejército del Señor (Jos. 5). Es el verdadero Rey de Israel; ciertamente, es el verdadero Israel. Él cumple todo lo que Israel debía hacer y ser. A continuación, considera los salmos, los cantos de David, en los cuales Jesús es el dulce cantor de Israel (Heb. 2:12). Luego, pasa a los profetas, donde Cristo es el Rey prometido (Isa. 1–39), el siervo sufriente (Isa. 40–55) y el sanador del mundo (Isa. 56–66). Dirígete a Proverbios y descubre que Él es la verdadera sabiduría de Dios. Para aquellos que son salvos, la cruz es la sabiduría de Dios (1 Cor. 1:22-25).

Cada género y parte del Antiguo Testamento tiene la mirada puesta en Cristo y nos comunica quién es Él en alguna forma en que otros no lo hacen. Por ejemplo, Ray Dillard, uno de los autores de *An Introduction to the Old Testament*, una vez me dijo que una de las principales preguntas que surgen de continuo en los libros históricos, desde Jueces hasta 2 Crónicas, se refiere a la naturaleza del pacto. El pacto es este: «Haré de ustedes mi pueblo; y yo seré su Dios» (Ex. 6:7). La pregunta es esta: teniendo en cuenta los constantes fracasos del pueblo para cumplir con sus promesas del pacto de servir a Dios, ¿es el pacto condicional o incondicional? ¿Acaso para Dios es condicional («Porque has quebrantado el pacto, te desecharé, te maldeciré y te abandonaré para siempre») o incondicional («Aunque me hayas rechazado, nunca te abandonaré, sino que permaneceré contigo»)? ¿Cuál es? Ray afirmaba que cualquiera que lea con detenimiento el Antiguo Testamento encontrará que a veces parece que Dios estuviera declarando que es condicional, mientras que otras veces parece que estuviera asegurándole al pueblo que es incondicional. Este misterio es una de las mayores tensiones que

impulsan la acción dramática. Puesto que Su pueblo lo ha abandonado, ¿los abandonará Dios también?

Parece que no hay una respuesta sencilla que no comprometa algo que conozcamos de Dios. ¿Su santidad cederá ante Su amor, de modo que pase por alto el pecado; o Su amor será aplastado por Su santidad y Su justicia, de modo que deje caer el mazo divino? En cualquier caso, pareciera que Dios no es tan amoroso o santo como, en otras partes, se revela a Sí mismo. ¿Ves la tensión del argumento en la historia?

Entonces, llega Jesús y, cuando le vemos clamando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?», nos damos cuenta de la respuesta. ¿Es el pacto entre Dios y Su pueblo condicional o incondicional? Sí, sí. Jesús vino y cumplió las condiciones de modo que Dios pudiera amarnos incondicionalmente.

Vemos una tensión similar en el libro de Isaías. La primera parte del libro describe una figura real que ha de venir y enderezará las cosas. Sin embargo, la última parte del libro describe a un siervo sufriente, santo y perfecto, que lleva el pecado del pueblo. ¿Cómo puede ser que estas dos descripciones apunten al Mesías? Cuando llega Jesús, lo entendemos. Todos los aparentes hilos sueltos y las afirmaciones contradictorias del resto de la Biblia encuentran sentido en Jesús.

Predica a Cristo a través de cada tema de la Biblia

La Biblia está llena de temas que abarcan todos o la mayoría de las secciones y los géneros. Si encuentras cualquiera de los temas siguientes, que se abren paso a través de todo el canon, pasando a través de tu texto específico, puedes sencillamente «tirar del hilo» y mirar dónde empieza y su cumplimiento en Cristo ahora y en el último día.

El reino. Fuimos hechos para obedecer y servir a nuestro verdadero

Rey. El pecado es rebelión contra el verdadero Rey, pero Romanos 1 afirma que todos debemos adorar y servir *algo*, por lo cual somos esclavos de las cosas creadas hasta que rompamos su dominio sobre nosotros. ¿Qué rey es lo suficientemente poderoso para liberarnos de estas ataduras y esclavitud? Solo el mismo Dios, que regresa a la tierra. Jesús es el verdadero Rey y Su muerte y resurrección pusieron fin al poder del pecado y de la muerte sobre nosotros. Por eso, servirlo es perfecta libertad.

El pacto. Fuimos hechos para relacionarnos con Dios. Fuimos creados para relaciones de pacto, relaciones que son más íntimas porque son más vinculantes. Fuimos hechos para ser Su pueblo y Él nuestro Dios. Si guardamos el pacto, hay bendición de amor, unidad y paz. Si lo quebrantamos, hay maldición de separación y soledad. ¿Cómo puede Dios ser santo y seguir siendo fiel a Su pueblo? Solo mediante la muerte de Jesús en la cruz, donde se cumplen el amor y la ley, donde el Señor se vuelve el siervo perfecto y cumple el pacto de manera perfecta y plena a nuestro favor.

El hogar y el exilio. El mundo fue creado para que fuese nuestro hogar, el Edén, un lugar de *shalom* y plenitud. Pero, debido a nuestro pecado, todos estamos en el exilio. El mundo en el que vivimos ya no nos satisface. ¿Quién puede llevarnos a casa, traernos paz y satisfacción? Solo Cristo, quien fue exiliado por nosotros, enviado a la tierra desde el cielo, llevado fuera de la puerta de la ciudad y abandonado por todos, para morir en la cruz. Sin embargo, gracias a todo lo que Él hizo, el mundo volverá a ser nuestro hogar, los nuevos cielos y la nueva tierra donde more la justicia (Apoc. 21–22).

La presencia de Dios y la adoración. ¿Cómo pueden los pecadores separados de Dios estar en Su presencia vivificante y experimentar gozo? Estamos diseñados para tener comunión con Él y vivir en Su presencia, pero Él es santo. ¿Cómo pueden los pecadores imperfectos

acercarse a Dios? La espada ardiente que custodiaba el camino hacia la presencia de Dios cayó sobre Jesús, y ahora el camino está abierto (Gén. 3:24; Heb. 10:19-22).

El descanso y el sábat. Estamos inquietos y agotados porque «trabajamos para trabajar», la agotadora tarea de tratar de adquirir una identidad a través de los logros y el desempeño. Pero, en Jesús, descansamos de ese trabajo y descubrimos la aceptación incondicional de Dios porque Jesús experimentó la soledad cósmica del abandono de Dios.

El derecho y el juicio. Necesitamos que se preserve el derecho en el mundo, pero eso nos plantea un enorme problema. Si no hay juez, ¿qué esperanza hay para el mundo? Pero, si *hay* un juez, ¿qué esperanza hay para nosotros? Oh Señor, si guardaras un registro de los pecados, ¿quién quedaría en pie? (Sal. 130:3). Sin embargo, hay algo asombroso: Jesucristo es el juez de toda la tierra, quien vino por primera vez no con una espada en la mano, sino con clavos que atravesaban sus manos; no para traer juicio, sino para sufrir el juicio por nosotros. Jesucristo es el juez que *fue* juzgado, de manera que todos los que creen en Él puedan enfrentar el día del juicio futuro con confianza. En aquel día, puesto que somos perdonados, Él podrá acabar todo mal sin acabar con nosotros.

La justicia y la desnudez. En el principio, no teníamos nada que esconder de la vista de Dios o de nadie. Cuando perdimos nuestra justicia original, tuvimos que cubrirnos y escondernos de los ojos de otros (Gén. 2:24–3:24). Ahora, necesitamos que la gracia de Dios cubra nuestra vergüenza y nuestra culpa. Puesto que Jesús fue desvestido en la cruz, nosotros podemos ser vestidos con el manto de la justicia (Isa. 61:10).

Predica a Cristo a partir de cada personaje

principal de la Biblia

Todos los personajes y líderes principales de la Escritura apuntan a Cristo, el supremo líder que llama y forma un pueblo para Dios. Todos los líderes ungidos en la Biblia (cada profeta, sacerdote, rey y juez que propician la «salvación», liberación o redención de cualquier clase) apuntan a Cristo, en sus fortalezas e incluso en sus deficiencias. Incluso sus deficiencias muestran que Dios obra por gracia y usa lo que el mundo ve como insignificante y débil. Los «marginados» sociales y morales que Dios usa (como Rahab, Rut, Tamar y Betsabé [Mat. 1:1-11]), en particular aquellos en la línea de la «simiente» prometida, apuntan a Él. Cristo es el cumplimiento de la historia de los jueces que muestran que Dios puede salvar no solo mediante muchos (Otoniel) o pocos (Gedeón), sino también a través de uno solo (Sansón). Jesús es el juez hacia el cual apuntan todos los jueces (puesto que Él administra justicia), el profeta hacia el cual apuntan todos los profetas (ya que Él nos muestra la verdad), el sacerdote hacia el cual apuntan todos los sacerdotes (puesto que Él nos lleva a Dios) y el Rey de reyes. Juan Calvino escribe: «Por lo tanto, cuando oigas el evangelio que presenta a Jesucristo, en quien todas las promesas y los dones de Dios se han consumado», recuerda esto:

Él [Cristo] es Isaac, el Hijo amado del Padre, quien fue ofrecido como sacrificio, pero no sucumbió al poder de la muerte. Es Jacob, el pastor atento, quien cuida con amor a las ovejas que protege. Es José, el hermano bueno y compasivo, quien, en su gloria, no se avergonzó de reconocer a sus hermanos, por más despreciable y vil que fuera lo que habían hecho. Él es el sacerdote y obispo Melquisedec, quien ha ofrecido un sacrificio eterno de una vez por todas. Es el soberano legislador Moisés, que escribió Su ley en las tablas de nuestros corazones mediante Su Espíritu. Él es Josué, el fiel capitán y guía, quien nos muestra el camino a la tierra prometida. Él es el victorioso y noble rey David, quien subyugó con su mano todo poder rebelde. Es el glorioso y

triumfante rey Salomón, quien gobernó su reino en paz y prosperidad. Él es el fuerte y poderoso Sansón, quien, por Su muerte, aplastó a todos Sus enemigos.⁵

Un inventario más moderno es el siguiente:

Jesús es el verdadero y mejor Adán, quien *pasó* la prueba en el huerto y cuya obediencia se nos imputa (1 Cor. 15).

Jesús es el verdadero y mejor Abel, quien, a pesar de haber sido asesinado sin culpa, Su sangre clama por nuestra absolución, no nuestra condenación (Heb. 12:24).

Jesús es el verdadero y mejor Abraham, quien respondió al llamado de Dios y dejó la comodidad y lo conocido, y «salió sin saber a dónde iba» para constituir un nuevo pueblo para Dios.

Jesús es el verdadero y mejor Isaac, quien no solo fue ofrecido por Su padre en el monte, sino que fue de verdad sacrificado por todos nosotros. Dios dijo a Abraham: «Ahora sé que me amas porque ni siquiera te has negado a darme a tu único hijo, a quien amas». Podemos decirle a Dios: «Ahora sabemos que nos amas, porque ni siquiera te negaste a darnos a tu único hijo, a quien amas».

Jesús es el verdadero y mejor Jacob, quien luchó con Dios y recibió el golpe de la justicia que nosotros merecíamos, de modo que nosotros, al igual que Jacob, recibamos solo las heridas de la gracia para despertarnos y disciplinarnos.

Jesús es el verdadero y mejor José, quien, a la mano derecha del Rey, perdona a aquellos que lo traicionaron y lo vendieron, y usa Su nuevo poder para salvarlos.

Jesús es el verdadero y mejor Moisés, quien se para en la brecha entre el pueblo y el Señor, y media un nuevo pacto (Heb. 3).

Jesús es la verdadera y mejor roca de Moisés, quien, después de ser golpeado con la vara de la justicia de Dios, ahora nos da agua en el desierto.

Jesús es el verdadero y mejor Job, el que sufrió y es de verdad inocente, quien intercede por nosotros y salva a Sus amigos insensatos (Job 42).

Jesús es el verdadero y mejor David, cuya victoria se convirtió en la victoria de Su pueblo, aunque ellos nunca levantaron una piedra para conseguirla.

Jesús es una versión verdadera y mejor de Ester, quien no solo arriesgó perder un palacio terrenal, sino que dejó el supremo palacio celestial; no solo arriesgó Su vida, sino que la dio para salvar a Su pueblo.

Jesús es el verdadero y mejor Jonás, quien fue lanzado a la tempestad para que nosotros pudiéramos ser rescatados.

Profundicemos en uno solo de estos ejemplos: Jesús como el «verdadero Jonás». Al final de Marcos 4, vemos a Jesús que calma la tempestad y Su reprensión: «¿Todavía no tienen fe?» (Mar. 4:40). Sería fácil predicar esto inadvertidamente con cierto sentido moralizador. Podríamos solo sacar la lección de que necesitamos trabajar en nuestra fe y confiar en Dios cuando las cosas se ponen mal. En última instancia, eso sería solo un sermón de cómo hacerlo: cómo tener fe y resistir en las tempestades. No nos mostraría el evangelio con claridad.

No obstante, en Marcos 4, el autor resume de modo intencional el episodio de Jonás.⁶ Usa palabras y frases casi idénticas. Tanto Jesús como Jonás están en una embarcación. Ambos están en medio de una tempestad que se describe en términos similares. Las dos embarcaciones están llenas de otras personas aterradas ante la posibilidad de la muerte. Ambos grupos despiertan enojados al profeta que duerme y lo reprenden. Las dos tempestades son calmadas de forma milagrosa y los compañeros se salvan. Y en ambas historias, los hombres terminan *más* atemorizados después de que la tempestad se calmó que antes. Las características parecen idénticas, con una

aparente excepción bastante importante. Jonás es sacrificado al ser lanzado a lo profundo del mar, en medio de la tempestad, y satisface la ira de Dios para que los otros sean salvos... pero este no es el caso de Jesús.

O ¿los relatos son acaso diferentes en ese punto? No, no lo son. Como Jesús dice en Mateo 12:41, Él es el último Jonás, quien fue arrojado a lo profundo de la justicia eterna por nosotros. ¿Cuán irónico es que, en Marcos 4, los discípulos le preguntaran: «¡Maestro! [...], ¿no te importa que nos ahogemos?» (Mar. 4:38)? Ellos creían que Él se quedaría dormido en medio de su necesidad más grande. En realidad, fue todo lo contrario. En el huerto de Getsemaní, *ellos* son los que se dormirían. Ellos de verdad lo abandonaron. Sin embargo, Él los amó hasta el final. ¿Lo ves? Jonás fue arrojado por la borda por su propio pecado, pero Jesús fue arrojado a la peor tempestad por *nuestro* pecado. Jesús pudo salvar a los discípulos de la tempestad porque fue arrojado a la peor tempestad.

Ahora, veamos... Al no presentar una mera exhortación a confiar más en Dios, sino comprender cómo el texto nos remite a la obra salvífica de Jesús, no solo tenemos un gran cuadro del evangelio de la salvación, sino que al final también tenemos una razón más poderosa y transformadora para confiar en Dios. Ahora también tenemos una aplicación práctica para los oyentes, basada en la obra salvífica de Cristo, no en nuestros esfuerzos. Sería así: ¿estás en medio de alguna clase de tempestad en tu vida? ¿Has orado y sentido que Dios está dormido? No lo está. ¿Cómo lo sabes? Porque enfrentó la peor tempestad y la soportó por ti, así que puedes estar seguro de que Él no te abandonará en tus tempestades muchísimo más pequeñas. ¿Por qué no confiar en Aquel que hizo eso por ti?

Si no entiendes cómo la tempestad de Marcos 4 apunta hacia la obra consumada de Cristo, entonces terminarás casi regañando: «¡Ten fe en

medio de tus tempestades! ¡Ten fe en Jesús! ¡Él no te decepcionará!». Pero debes profundizar en el evangelio para estimular en el corazón la fe en la obra de Cristo, mostrar a las personas lo que Él hizo por ellas. En realidad, eso le *infundirá* confianza al sermón. De lo contrario, lo único que harás es apelar a la voluntad, al repetir: «Sean fieles».

Predica a Cristo a partir de cada imagen principal en la Biblia

Hay muchas imágenes o «tipos» que apuntan a Cristo, que no son personas, sino objetos y patrones impersonales. Muchos de estos símbolos describen vívidamente la salvación por la gracia que encuentra su cumplimiento en Cristo. La serpiente de bronce en el desierto y el agua de vida de la roca golpeada sin duda nos remiten a Cristo (¡como afirman Juan y Pablo!). Además, todo el sistema de sacrificios y del templo en realidad apunta a Él; sabemos esto porque así nos lo dice el libro de Hebreos. Absolutamente todo el sistema ceremonial, desde las leyes para la limpieza del altar, los sacrificios y el mismo templo, revela quién es él y lo que ha hecho. Tanto las leyes del sábat como del jubileo apuntan a Cristo. Él las hizo obsoletas. Jesús es el sacrificio hacia el cual apuntan todos los sacrificios (Heb. 10). Jesús es el pan sobre el altar en el templo (Juan 6), la lámpara del lugar santo (Juan 8) y el templo mismo (Juan 2), ya que es el mediador de la presencia de Dios con nosotros. Jesús cumple todas las leyes ceremoniales de limpieza sobre los alimentos y la purificación ritual (Hech. 10 y 11); cumple la circuncisión, una representación de cómo fue separado de Dios. Ahora somos limpios en Él (Col. 2:10-11). Jesús es el cordero pascual (1 Cor. 5:7).

Muchas otras imágenes no pueden llamarse símbolos ni son de modo estricto temas teológicos, pero son ideas o temas concretos que se repiten y tienen relación con Jesús. Te daré un ejemplo: el trabajo. En el principio, Dios creó el mundo a través del trabajo. Génesis 3

muestra que la maldición del trabajo se refiere a trabajo duro y difícil. Cuando Jesús vino, afirmó: «Mi Padre aún hoy está trabajando, y yo también trabajo» (Juan 5:17). Y nosotros somos salvos a través del trabajo de Jesús, no del nuestro. Esto no suele clasificarse como un tema intercanónico como el reino, el pacto o el exilio. Es solo una imagen recurrente del trabajo e, incluso en esto, Cristo es el clímax de la imagen; Él es el supremo trabajador, por así decirlo.

Aquí hay otro ejemplo: el árbol de la vida. La Biblia empieza y termina con el árbol de la vida, en Génesis y Apocalipsis. En el principio, perdimos el árbol de la vida, perdimos el paraíso. Al final, mediante la obra de Jesús, recuperamos el árbol de la vida, el cual ahora está en medio de la ciudad de Dios. Entonces, este árbol representa la vida y la vitalidad eternas, a diferencia de la decadencia y la muerte que actúan en nosotros. Ahora, este árbol aparece solo en otro lugar en la Biblia, en el libro de Proverbios. En este, la sabiduría en sí es el árbol de la vida. El crecimiento en la sabiduría se entiende como el crecimiento en el conocimiento de Dios, en el conocimiento de nosotros mismos y de un carácter y relaciones piadosos, lo que nosotros llamaríamos «crecimiento espiritual» o el «fruto del Espíritu». Entonces, Proverbios señala que es posible, de algún modo, comer de este árbol ahora en una experiencia de crecimiento espiritual. El Nuevo Testamento nos muestra cómo. El Espíritu nos une con Cristo por la fe, y ahora «la vida actúa dentro de nosotros» incluso cuando la muerte está todavía actuando en nuestros cuerpos. Pero ¿cómo es posible todo esto? Gálatas 3:13 nos recuerda que, cuando Jesús fue crucificado, fue hecho maldición porque fue «colgado de un madero».⁷ George Herbert lo expresa de forma intensa en *The Sacrifice* [El sacrificio] cuando describe a Jesús hablando desde la cruz. Declara: «Vosotros, todos los que pasáis, contemplad y ved; el hombre robó el fruto, ahora yo debo subir al árbol; un árbol de

la vida para todos, pero no para mí. ¿Alguna vez hubo desolación como la mía?». ¿Qué está diciendo Jesús? Puesto que Jesús fue clavado en el árbol de la muerte, nosotros podemos tener el árbol de la vida. Herbert nos conmueve aún más cuando dice que Jesús convirtió la cruz en un árbol de vida para nosotros, a un costo infinito para Él.

Predica a Cristo a partir de cada argumento de liberación

Debemos notar el patrón *narrativo* de la vida a través de la muerte o del triunfo a través de la debilidad, que en tantas ocasiones es la manera en que Dios actúa en la historia y en nuestras vidas. Notemos que, por ejemplo, en la historia de Naamán, todos los que tenían poder o reconocimiento del mundo no tenían idea sobre la salvación, mientras que los siervos o los subalternos mostraron sabiduría. Este es un patrón importante en la Biblia, un patrón del evangelio, un evento de la gracia o un argumento. Al predicar, puedes pasar del evento de la gracia a la obra de Cristo. Por ejemplo, pocos han considerado a Ester o a Rut como «tipos» de Cristo, pero, para redimir a la gente que amaban, ellas corrieron el riesgo de la pérdida e hicieron muchas cosas que reflejan cómo Cristo nos trajo la salvación. Otro patrón importante de un evento de la gracia es el «orden» del Éxodo y la entrega de la ley. Dios no les dio primero la ley a los israelitas y luego los liberó. Primero, liberó al pueblo y luego le dio la ley. Por eso, nosotros no somos salvos *por* la ley, sino *para* la ley. La ley es la manera en que regulamos nuestra relación de amor con Dios, no cómo la ganamos. Todo esto indica que la manera definitiva en que somos salvos no es por la ley, sino por la fe en Cristo.

Para tomar otro ejemplo, consideremos la historia de David y Goliat. ¿Cuál es el significado o la intención de ese relato para nosotros? Sin referencia a Cristo, la historia puede predicarse con las

siguientes premisas: «Cuanto más grandes sean [los gigantes], más dura será su caída, si vas a la batalla con fe en el Señor. Quizás no seas realmente grande y poderoso, pero con Dios a tu lado puedes vencer gigantes».

Si yo leo la historia de David y Goliat tan solo como un ejemplo, entonces es en realidad sobre mí. Yo debo reunir la fe y el valor para luchar contra los gigantes en mi vida. Pero, si creo que la Biblia se trata del Señor y Su salvación, y leo el texto sobre David y Goliat teniendo eso en cuenta, entonces resaltan muchas cosas. El punto central del pasaje es que los israelitas *no* pudieron enfrentar al gigante. Necesitaban un sustituto, quien resultó ser no una persona fuerte, sino una débil. Y Dios utilizó la debilidad del libertador como el medio para lograr la destrucción de Goliat. David triunfó a través de la debilidad y su victoria se le imputó a su pueblo. En su triunfo, ellos triunfaron.

¿Cómo no puede uno reconocer a Jesús en esta historia? Jesús enfrentó a los máximos gigantes (el pecado y la muerte) no a riesgo de Su vida, sino a expensas de ella. Sin embargo, triunfó a través de Su debilidad y, ahora, Su triunfo es nuestro; Su victoria se nos imputa. Hasta que no vea que Jesús luchó contra los verdaderos gigantes por mí, nunca tendré el valor de luchar contra los gigantes cotidianos (el sufrimiento, el desaliento, el fracaso, la crítica, las privaciones). ¿Cómo podré luchar contra el «gigante» del fracaso, a menos que tenga una profunda confianza en que Dios no me abandonará? Si veo a David solo como un ejemplo, la historia nunca me ayudará a luchar contra el fracaso/gigante. Pero, si veo que David apunta a Jesús como mi sustituto, cuya victoria se me imputa, entonces puedo hacerle frente al fracaso/gigante. En Jesús, yo soy amado y aclamado por Dios. Ningún logro terrenal puede aproximarse a eso. Ya no me paraliza el fracaso porque triunfó en Jesús, nuestro verdadero David. A menos

que primero crea en aquel a quien David *señala*, nunca seré como David.

No solo las historias de individuos nos remiten a Cristo. El propósito redentor de Dios es redimir un *pueblo* y renovar la *creación*. Por tanto, todos los grandes eventos en la historia de la formación del pueblo de Dios también nos remiten a Cristo.

A través de Jesús, son creadas todas las personas (Juan 1). Por eso, la historia misma de la creación señala hacia la nueva creación en Cristo. Jesús sufrió la tentación y el período de prueba en el desierto. Por eso, la historia de la caída señala hacia la prueba superada y la obediencia activa de Cristo. La historia del éxodo señala hacia el verdadero éxodo que Jesús encabezó por Su pueblo a través de Su muerte (Luc. 9:31).⁸ Él no solo los sacó del cautiverio político y económico, sino del cautiverio del pecado y la muerte en sí mediante Su muerte y resurrección. El deambular en el desierto y el exilio a Babilonia señalan hacia la carencia de vivienda fija de Jesús, Su deambular en el desierto y la tentación que enfrentó allí, que culmina en Su sufrimiento como el chivo expiatorio fuera de la puerta de la ciudad. Él experimentó el máximo exilio que satisfizo la justicia de Dios plenamente.

Jesús es literalmente el verdadero Israel, la descendencia (Gál. 3:16-17). Es el único que es fiel al pacto. Jesús es un remanente de uno; satisface todas las obligaciones del pacto y gana las bendiciones del pacto para todos los que creen. Cuando Oseas habla sobre el éxodo de Israel desde Egipto, dice: «de Egipto llamé a mi hijo» (Os. 11:1). Oseas llama a Israel «mi hijo». Pero Mateo cita este verso para referirse a Jesús (Mat. 2:15) porque Jesús es el verdadero Israel.

Predica a Cristo a través del instinto

Aunque deberías emplear muchas de estas maneras de predicar a Cristo a partir de toda la Escritura, una fórmula demasiado rígida (o

conjunto de fórmulas) resulta predecible. A menudo, la línea desde el texto hasta Cristo se percibe mejor por intuición y no por un método definido. Sinclair Ferguson afirma:

[Quizás la mayoría] de los predicadores excepcionales de la Biblia (y de Cristo en toda la Escritura) lo son por instinto. Pregúntales cuál es su fórmula y lo que obtendrás será una expresión en blanco. Los principios que usan los han desarrollado de manera inconsciente, mediante una combinación de habilidad natural, don y experiencia como oyentes y predicadores. A algunos podría costarles preparar una serie de conferencias sobre cómo abordan la predicación. ¿Por qué? Porque lo que han desarrollado es un instinto; predicar bíblicamente se ha vuelto su lenguaje natural. Son capaces de usar la gramática de la teología bíblica, sin reflexionar sobre qué parte del lenguaje están usando.⁹

Mi amigo y profesor del Antiguo Testamento Tremper Longman me dijo una vez que leer la Biblia se parece a mirar la película *The Sixth Sense* [Sexto sentido]. Esta tiene un sorprendente final que te obliga a regresar e reinterpretar todo lo que viste antes. La segunda vez que la miras, no puedes *dejar de pensar* en el final mientras miras el principio y la mitad de la película. El final aclara todo lo que aconteció antes. De la misma manera, una vez que conoces cómo todas las líneas argumentales de todas las historias y los puntos culminantes de todos los temas convergen en Cristo, sencillamente no puedes dejar de ver que cada texto es al final sobre Jesús.

Entonces, a veces no puedes evitar pensar en Cristo aunque el texto que estás considerando no parezca ser específicamente una profecía mesiánica, un personaje importante que prefigura a Cristo, un tema intercanónico o parte de una imagen o metáfora bíblica clave. Sin embargo, no puedes dejar de ver a Jesús.

Aquí tienes un pasaje oscuro de la Biblia donde esto sucede. Al final de Jueces, en los capítulos 19 al 21, leemos sobre una terrible historia

de un israelita que actúa de modo cobarde con una concubina, una esposa de segunda clase, por así decirlo. El hombre llega a un pueblo donde hay unos rufianes de la tribu de Benjamín que lo amenazan y, para salvarse, les ofrece a esta mujer para que hagan lo que quieran con ella. Él se va a dormir y, durante toda la noche, los hombres la violan y abusan de ella. Por la mañana, el esposo sale de la casa y la encuentra en el umbral muerta. Furioso, se lleva su cuerpo a la casa, lo corta en varios pedazos, y envía cada uno de estos pedazos a las otras tribus de Israel para que se enardecen y vayan a la batalla contra la tribu de Benjamín por esta atrocidad. Convenientemente, el esposo evita mencionar su propia cobardía. La consiguiente guerra civil es sangrienta y devastadora.

¡Qué pasaje más desolador y terrible! ¿Cómo podrías predicar a Cristo utilizando este pasaje?

En realidad, hay más de una manera de hacerlo. Coloca este pasaje en el contexto del tema de todo el libro. ¿Cuál es el tema del libro de Jueces? La respuesta a esa pregunta es más fácil de encontrar que en muchos otros libros porque el narrador termina el relato de este evento, y de todo el libro de Jueces, con esta oración: «En aquella época no había rey en Israel; cada uno hacía lo que le parecía mejor» (Jue. 21:25). El desorden social y la degradación moral pusieron de manifiesto la necesidad desesperada de un buen gobierno. Como indica la mayoría de los eruditos bíblicos, el autor de Jueces está argumentando a favor de la monarquía y, junto con el libro de Rut, apuntan al rey David. Sin embargo, conocemos la historia de Israel y la humanidad más allá de David y sabemos que, por más grande que haya sido David, no podía curar a las personas de sus pecados y rebeliones. Se necesitaría del Rey supremo para cambiar de verdad los corazones. Entonces, al encajar este texto en su contexto canónico completo (en particular, el tema intercanónico del reino), nos muestra

a Jesús. ¿Así es como predicas a Cristo con un texto tan terrible? Sí, pero no es la única manera.

¿Cómo no ver, incluso en esa fosa oscura, un reflejo de algo más allá? Cuando vemos a un hombre que sacrifica a su esposa para salvar su propia vida (un mal esposo), ¿cómo podemos no pensar en otro hombre (el verdadero Esposo) que se sacrificó a Sí mismo para salvar a Su esposa? Jesús se dio a Sí mismo por nosotros, la iglesia, Su esposa (Ef. 5:22-33). Este es un verdadero esposo que nunca abusará de nosotros. Es más, Él se sometió al abuso para hacernos completos.¹⁰ Todos los matrimonios humanos en la Biblia nos remiten al matrimonio de Dios y Su pueblo, de Cristo y Su iglesia, y esto significa que todos los malos matrimonios nos harán pensar y anhelar el amor conyugal supremo de Jesús.

Este es otro ejemplo de predicar a Cristo a partir de un texto aunque no encaje en una categoría tradicional tipológica de Cristo. Considera las bienaventuranzas (las declaraciones que comienzan con: «Dichosos los...») en el Sermón del Monte (Mat. 5:1-10). La mayoría de los eruditos afirma con razón que las bienaventuranzas no representan diferentes grupos de personas (los pobres en espíritu, los que lloran, los humildes, los que tienen hambre y sed de justicia, los compasivos, los de corazón limpio), sino que son una lista de las características de un grupo de personas, los discípulos de Jesús. Si nosotros nos humillamos en espíritu, lloramos por nuestros pecados, si somos y hacemos estas cosas, entonces somos verdaderamente Sus discípulos. Por lo tanto, si estamos predicando sobre las bienaventuranzas, sería fácil caer solo en meras exhortaciones morales. «Sean de esta manera, esfuércense, y serán discípulos de Jesús».

Pero, si tienes el instinto al cual nos hemos referido, podrías considerar esas bienaventuranzas, esas descripciones y recompensas,

y te darías cuenta de que describen al mismo Jesús. Y cuando reflexionamos en esto, vemos cómo lo que Él hizo nos da lo que cada bienaventuranza promete.

¿Por qué tú y yo podemos ser tan ricos como reyes? Porque Él se hizo absolutamente pobre en lo espiritual. ¿Por qué tú y yo podemos recibir consuelo? Solo porque Él hizo luto, lloró desconsolado y murió en la oscuridad. ¿Por qué tú y yo heredaremos la tierra? Porque Él fue humilde; porque fue como un cordero ante Sus esquiladores. Lo despojaron de todo, incluso echaron suertes sobre Sus ropas. ¿Por qué tú y yo podemos ser llenos y saciados? Porque en la cruz, Él dijo: «Tengo sed». ¿Por qué tú y yo obtenemos misericordia? Porque a Él no se le concedió ninguna: ni de Pilato, ni de la muchedumbre, ni siquiera de Su Padre. ¿Por qué tú y yo algún día podremos ver a Dios? Porque Él fue puro. ¿Sabes lo que significa la palabra *puro*? Significa de una sola mente, de un solo parecer, especialmente enfocada. Entonces, ¿por qué algún día veremos a Dios? Porque Jesucristo se hizo el firme propósito de subir a Jerusalén y morir por nosotros (Luc. 9:51).¹¹ Tú y yo podemos ver a Dios porque, en la cruz, Jesús no pudo verlo.

Cuando tú ves que Jesucristo fue pobre en espíritu *por ti*, eso te ayuda a hacerte pobre en espíritu ante Dios y decir: «Necesito de tu gracia». Y una vez que la obtienes y estás lleno, entonces eres compasivo, te conviertes en alguien que trabaja por la paz, encuentras a Dios en oración y esperas algún día por la visión beatífica, ver a Dios tal como es (1 Jn. 3:1-3). Las bienaventuranzas, casi como todo en la Escritura, nos llevan a Jesús mucho más de lo que creemos.

SEGUNDA PARTE

Alcanzar a las personas

CAPÍTULO CUATRO

Predicar a Cristo a la cultura

Y mientras él hablaba de esta manera, Festo dijo con una voz fuerte: «Pablo, has perdido la cabeza. Tu gran conocimiento te ha vuelto loco». Pero él contestó: «No he perdido la cabeza, excelentísimo Festo, sino que estoy hablando palabras ciertas y sensatas».

Hechos 26:24-25¹

La locura del cristianismo

Terry Eagleton, el teórico y crítico literario británico, escribe que «las sociedades se vuelven seculares no cuando prescinden de la religión por completo, sino cuando esta ya no las conmueve».² Eagleton cree que las sociedades occidentales se encaminan en esta dirección a una u otra velocidad. Según su definición, una sociedad en la que aún hay ateos hostiles y enojados contra la religión no ha avanzado muy lejos hacia el secularismo. En esta época, vemos cada vez más individuos que no exhiben hostilidad hacia la religión, pero sí indiferencia. Han aumentado estos que «se abstienen»; no necesariamente son ateos, pero no se sienten parte de ninguna institución religiosa o incluso tradición. No ven la necesidad de explorar posibles soluciones religiosas para cualquiera de sus problemas. No creen que las personas necesiten a Dios para tener un fundamento que les dé significado o propósito, para tener un fuerte sistema moral, para aspirar y alcanzar la grandeza o solo para tener una vida feliz y plena.³

Esta es una situación nueva. Durante más de 1000 años en las sociedades occidentales, las creencias cristianas han sido el «contexto general» de casi todos los oyentes de cualquier expositor cristiano. La

predicación y las presentaciones del evangelio podían construirse sobre estos conceptos y contar con una recepción al menos respetuosa. Desde mediados del siglo xx, eso comenzó a cambiar. Grandes segmentos de la población, incluso en Estados Unidos, por primera vez comenzaron a adoptar un punto de vista secular sobre la vida, que por décadas había sido principalmente el área de la élite intelectual europea.

Cuando Pablo predicó el evangelio a las élites imperiales, llamó a su mensaje «cierto y sensato», pero a los oyentes les pareció que estaba loco. Hoy, lo que los cristianos piensan que es cierto y sensato parece ser absoluta locura a una parte cada vez mayor de la población.

¿Cambio o desafío?

A través de siglos de hábito, la mayor parte de la predicación y el hablar cristiano todavía supone que los oyentes tienen la comprensión fundamental de la realidad que se tenía en el pasado. Incluso las iglesias más enfocadas en la evangelización continúan alcanzando en su mayor parte a las personas con formas de pensar tradicionales porque esperan que, cuando comuniquen el evangelio, sus oyentes tengan la huella histórica del cristianismo. Pero cada vez menos encuentran los mensajes comprensibles, mucho menos persuasivos. ¿Cómo comunicamos la fe cristiana en esta época cada vez más secular, mientras respetamos todo lo que exploramos en la primera parte de este libro?

Muchos afirman que lo que se necesita es un cambio en el *modo* de nuestra comunicación. Deberíamos abandonar el sermón como un «monólogo» y cambiar hacia debates interactivos, donde todos los participantes descubran sus respectivos caminos. Un problema con esta postura es que el monólogo está en su pico de popularidad como medio de comunicación. Las *TED Talks* [Charlas TED]⁴ y muchas otras similares están en pleno apogeo; y en 2008 uno de cada cuatro

norteamericanos adultos escuchó al menos un sermón a la semana difundido en Internet.⁵ La forma del sermón no está muerta, y muchas predicciones de su inminente desaparición quedaron en el pasado.⁶

Otros que todavía apoyan el modo clásico del discurso público proponen que nuestras corrientes culturales requieren un cambio en el ámbito del *contenido*. Andy Stanley sostiene que la predicación expositiva bíblica funcionó en un tiempo en que nuestra sociedad coincidía en la importancia y la verdad de la Escritura. Según él, eso no funciona ahora. En vez de comenzar con la Biblia y terminar con la aplicación práctica, como sucede con el sermón tradicional, deberíamos comenzar con una necesidad humana actual o una pregunta contemporánea y luego introducir la Biblia como una respuesta y una solución. Stanley pregunta: «¿A qué extremo estás dispuesto a llegar para crear un sistema de entrega que conecte con el corazón de tu audiencia? [...] ¿Estás dispuesto a abandonar un estilo, un enfoque, un sistema que fue diseñado en otra era para una cultura que ya no existe?». ⁷

Para una postura contraria, podemos pasar a P. T. Forsyth, un pastor congregacionista y teólogo escocés de principios del siglo xx. Él sostiene que, cuando la iglesia fue más eficaz en la historia, «ella no dirigió el mundo ni lo reflejó, sino que lo confrontó». ⁸ «El predicador cristiano no es el sucesor del orador griego, sino del profeta hebreo —escribe Forsyth—. Una cosa es tener que incitar o persuadir a las personas a que hagan algo. [...] Otra es tener que inducirlos a confiar en alguien y renunciar a sí mismos por Él. [...] El orador provoca a los hombres [a la acción], *el predicador los invita a ser redimidos*». ⁹

Este antiguo debate estará siempre con nosotros: ¿deberían los predicadores o maestros cristianos cambiar a causa de la cultura o desafiarla?

Adaptarse para confrontar

No es cierto que la exposición bíblica se desarrolló solo en un período cuando todos eran cristianos. Hughes Old demuestra que la predicación expositiva fue la norma durante los primeros cinco siglos de la vida de la iglesia, en un tiempo en que la sociedad no solo no era cristiana, sino a menudo anticristiana de forma virulenta. Los predicadores no comenzaron con un problema contemporáneo e introdujeron la Biblia para abordarlo, aunque eso sería lo que habría dictado la sabiduría retórica dominante de la época. Por lo tanto, es equivocado concluir que la predicación expositiva solo pertenece a una sociedad que defendía el cristianismo.¹⁰

Tampoco es correcto pensar que la exposición de la Biblia no puede tener un fuerte enfoque en la necesidad humana. Casi todos los textos de la Biblia abordan temas existenciales directa o indirectamente. Sin embargo, si comenzamos con nuestras preguntas y solo entonces buscamos la Biblia para las respuestas, damos por sentado que estamos haciendo las preguntas correctas, que entendemos debidamente nuestra necesidad. No obstante, no solo necesitamos la prescripción de la Biblia para nuestros problemas, sino también su diagnóstico. Incluso podemos tener enfermedades de las que no estamos al tanto. Si no comenzamos con la Biblia, con certeza arribaremos a conclusiones superficiales, poniendo las cosas a favor de nuestros propios prejuicios y suposiciones.

No hay necesidad, entonces, de enfrentar las metas de la exposición de la Biblia con las del cambio de vida. De manera similar, las dos posturas de «adaptarse a la cultura» y «confrontar la cultura» no se excluyen entre sí tal como pareciera ser. P. T. Forsyth declara que la predicación no debería «reflejar» al mundo, sino «[confrontarlo]».¹¹ Sin embargo, para que no saltemos con nuestra imaginación al estereotipo de la predicación como arenga, notemos que, en su conferencia «The Preacher and the Age» [El predicador y la época],

Forsyth de inmediato añade un matiz. Él observa cómo Juan el Evangelista confisca la palabra pagana *logos*, una palabra con una carga filosófica y cultural en esa sociedad. Los filósofos griegos creían que había un orden cósmico detrás del mundo material. Juan lo usó para declarar que Jesucristo es el poder y el significado detrás del cosmos. Fue un osado movimiento retórico que llenaba un concepto cultural existente con un nuevo significado, pero usó sus anteriores asociaciones para dirigir a las personas hacia el evangelio.¹²

¿No habría sido mejor que Juan se apartara de las categorías culturales griegas dudosas y solo afirmara que «Jesús es el Hijo de Dios»? La respuesta es que, al tomar los términos propios de los griegos, el escritor del Evangelio estaba haciendo uso de las más profundas aspiraciones de sus lectores. En cuanto a estas esperanzas culturales, lo que Juan estaba diciendo era: «Sí, pero no, pero sí». Sí, los cristianos coinciden en que la historia no es al azar y que el mundo no es un absurdo, que hay un *logos*, un propósito y un orden detrás de todo. Además, sí, si te alineas con ese orden, vivirás bien. Sin embargo, no, no es algo que puedes encontrar mediante el razonamiento filosófico porque no es una «cosa» en absoluto; es un *Él*. Jesucristo es el Dios creador, que vino en carne. Finalmente, sí, es posible alcanzar el sentido supremo de la vida. Lo que buscas con tanta pasión está allí, y tus deseos pueden ser satisfechos si entras en una relación de reconciliación con el que te creó y quien gobierna el universo.

Juan no solo comunicó a los filósofos paganos que ellos estaban equivocados por completo y necesitaban creer en la Biblia y no en lo que creían. Les mostró, primero, que algunas de sus intuiciones sobre el universo eran correctas, como por ejemplo que el universo no existe al azar ni es autónomo, sino que está guiado con propósito por un principio sobrenatural, el cual debe descubrirse. Segundo (y esta es

la parte «pero no, pero sí» de su discurso), les mostró que la realidad detrás de esta aspiración está encarnada solo en Cristo.

Esto es, a fin de cuentas, confrontación: un llamado a arrepentirse y creer. Los primeros comunicadores cristianos no buscaron solamente responder a las preguntas de la cultura, porque, cuando eso es lo único que haces, esas preguntas marcan el rumbo y definen los límites de lo que es importante y de lo que no lo es. Sin embargo, aunque no permitieron que los demás determinaran lo que enseñarían, tampoco ignoraron ni condenaron el vocabulario y los conceptos de la cultura. Entendieron y afirmaron las esperanzas, los temores y las aspiraciones de las personas. Los primeros comunicadores cristianos conocían íntimamente la cultura y hablaban en términos comprensibles, sin importar cuán alarmantes fueran. Reformularon las preguntas de la cultura, reestructuraron sus preocupaciones y redirigieron sus esperanzas. Como enuncia Forsyth, ellos «convirtieron» su cultura; influyeron con el evangelio en la cultura, de modo que esta cambió de manera radical. No es que Juan simplemente confrontó la cultura o se adaptó a ella, sino que la adaptó con el fin de confrontarla en la forma más amorosa y convincente. Como expresa Forsyth, respecto a la iglesia primitiva, «[p]ero [...] si ella [la iglesia] tomó prestado el pensamiento, la organización y los métodos del mundo, [...] solo estaba apropiándose de las escaleras por las que escapó del mundo, y se resistió a sus normas. Usó la aleación [...] para alcanzar sus propósitos».¹³

Comunicación contextual

Esta comprensión de la predicación es un aspecto que los misiólogos llaman «contextualización».¹⁴ Implica identificarse con la cultura a la vez que se la desafía. Significa oponerse a los ídolos de una sociedad mientras se muestra respeto por sus miembros y por muchas de sus esperanzas y aspiraciones. Supone expresar el evangelio de manera

que no solo sea comprensible, sino también convincente.

El erudito del Nuevo Testamento Eckhard Schnabel demuestra que Pablo adaptó deliberadamente la predicación del evangelio a las diferentes culturas de sus oyentes con el fin de confrontarlos.¹⁵ En cada contexto, Pablo variaba no solo su vocabulario y estilo vocal, sino también cómo expresaba la emoción y usaba la razón, cómo empleaba las ilustraciones y las figuras retóricas, y cómo argumentaba. El apóstol razonaba y buscaba convencer a sus oyentes en vez de solo contradecirlos.¹⁶

Podemos distinguir varias cosas que Pablo hacía en aras de la persuasión. Usaba vocabulario y temas familiares, no desconocidos. En su discurso en Atenas, por ejemplo, Pablo describió a Dios en formas que muchos paganos podían aceptar (Hech. 17:22-23,24-28).¹⁷ Citó autoridades que sus oyentes respetaban. Sin duda, citaba la Biblia al hablar a los judíos o a los gentiles «temerosos de Dios», o a los convertidos al judaísmo. Pero, cuando se dirigió a los filósofos en el Areópago, citó a Arato, un autor pagano (Hech. 17:28). Pablo siempre escogía «elementos de contacto»: puntos de coincidencia y afirmación de algunas de las preocupaciones, las necesidades y las esperanzas de la audiencia.¹⁸ En Atenas, escogió cinco ideas sobre Dios tomadas de la Biblia, con las cuales los filósofos estoicos presentes podían estar de acuerdo y proceder desde allí.¹⁹

Por último, Pablo también seleccionó lo que Schnabel llama «elementos de contradicción»,²⁰ los cuales nunca son secundarios a los elementos de contacto. Es más, el apóstol solía usar su punto de coincidencia *como* el punto de contradicción. Cuando Pablo citó a Arato, que declaró: «Porque somos descendientes de Dios», Schnabel escribe que esto «puede entenderse como una acomodación a las convicciones filosóficas de la audiencia de Pablo».²¹ Sin embargo, en

la siguiente oración, Pablo argumentó: «Por tanto, siendo descendientes de Dios, *no* debemos pensar que la divinidad sea como el oro, la plata o la piedra: escultura hecha como resultado del ingenio y de la destreza del ser humano» (Hech. 17:29, énfasis añadido).²² En síntesis, Pablo tomó algunas de las creencias correctas de sus oyentes y las usó para criticar sus creencias erróneas a la luz de la Escritura. Les mostró que sus creencias fallaban la prueba de sus propias premisas.²³ Pablo se adaptó con el fin de expresar amor y confrontar, las dos cosas al mismo tiempo.²⁴ Al afirmar los mejores impulsos de las personas, al reconocer puntos de vista donde fuera posible, al adoptar conceptos y maneras de razonar que los demás pudieran entender, Pablo no solo pretendía refutar, sino también respetarlos.²⁵

Pablo contextualizaba de manera deliberada y constante.²⁶ No presentaba las buenas nuevas desde el principio y posponía las malas noticias hasta cierto momento en el futuro, sino que entrelazaba la confirmación y la confrontación para evitar que sus oyentes se distrajeran y se resistieran a la fuerza del llamado de la Palabra a sus mentes y corazones. Entonces, vemos la respuesta de Pablo a la cuestión de adaptarse a la cultura o confrontarla. La respuesta es «un poco de ambas», o alguna posición intermedia. Nosotros adaptamos y contextualizamos *para* hablar la verdad en amor, es decir, para expresar interés y confrontar.

Hay muchos excelentes ejemplos de contextualización en la historia de la predicación cristiana. Un ejemplo aleccionador es el que nos ofrece el teólogo norteamericano Jonathan Edwards. En 1751, se trasladó de Northampton a Stockbridge, que todavía estaba en el estado de Massachusetts, Estados Unidos, pero era donde terminaba el territorio colonizado, y allí predicó a los mohicanos y a los mohawk.²⁷

Solo unos pocos sermones han sobrevivido de sus años en Stockbridge, pero todos los eruditos que los han estudiado han notado algo evidente: Edwards modificó muchísimo su enfoque en sus sermones con respecto a los años anteriores.²⁸ Usó un nuevo conjunto de imágenes y metáforas que encajaran mejor con su audiencia. Cambió el bosquejo tradicional de su sermón, de uno que dependía más de la retórica clásica (un enfoque más deductivo que comenzaba con una tesis y luego la analizaba y la defendía) a un enfoque más inductivo que comenzaba con preguntas y reunía las ideas en una conclusión. Edwards sin duda tomó en consideración que sus oyentes habían sufrido mucha opresión y maltrato, por lo cual sus mensajes transmitían consuelo y solaz más a menudo que sus sermones anteriores. Mucho más sorprendente es cómo usó la narrativa mucho más que antes. De manera magistral e intencional, Edwards contextualizó el evangelio.²⁹

Observa que afirmé que él fue intencional y hábil en la contextualización, no que simplemente la llevó a cabo, porque la contextualización es inevitable. En el momento en que abres tu boca, muchas cosas (tu cadencia, acento, vocabulario, ilustraciones y modo de razonar y de expresar emociones) te hacen culturalmente más accesible a algunas personas y obligan a otras a esforzarse para entenderte o incluso prestarte atención. Nadie puede presentar un enunciado de la verdad bíblica sin el aspecto cultural.³⁰

Ahora bien, aunque insoslayable, la contextualización está plagada de peligros, y en ambas direcciones. Si contextualizas en exceso y comprometes el verdadero contenido del evangelio, atraerás una multitud, pero nadie cambiará. Eso es ni más ni menos que un abandono del deber del predicador. En esencia, estarás confirmando a las personas en su presente curso de vida. Por otro lado, si no contextualizas bien, no contextualizas lo suficiente, de modo que tu

comunicación del evangelio es innecesariamente ajena y distante a la cultura de los oyentes, descubrirás que nadie estará dispuesto a escucharte. Sin duda, eso significa que nadie será cambiado por el evangelio, por más valiente que seas al comunicar la verdad.

No hay manera de evitar este aspecto importante de la comunicación del evangelio. Pablo y Edwards nos enseñan cómo contextualizaron en sus propias épocas y lugares. Para nosotros, la cuestión es cómo comunicar la fe cristiana en una época secular cada vez más hostil a la creencia en Dios y en el cristianismo en particular.

Permíteme presentar seis buenas prácticas para predicar y alcanzar una cultura.

Usa un vocabulario accesible o bien explicado.

Cita autoridades respetadas para fortalecer tus tesis.

Demuestra un entendimiento de las dudas y las objeciones.

Confirma para desafiar las narrativas culturales básicas.

Presenta ofrecimientos del evangelio que ejerzan presión en los puntos sensibles de la cultura.

Haz un llamado a responder al evangelio.

Usa un vocabulario accesible o bien explicado

Como hemos visto, Pablo y Juan fueron cuidadosos en el uso de los conceptos y los temas que eran accesibles a sus oyentes. Antes, nuestras iglesias evangélicas operaban en sociedades en las que el vocabulario cristiano no era por completo ajeno a cualquier oyente. Eso está cambiando con rapidez y quiere decir que no deberías usar constantemente términos teológicos sin explicar, tales como *hermenéutica*, *escatológico*, *pacto*, *reino* o incluso *teológico*. Si lo haces, no solo las personas ajenas a la fe estarán confundidas, sino que los cristianos percibirán que no tienen que traer a sus amigos que no están familiarizados con esta jerga a escucharte. Si el término es lo suficientemente importante, deberías explicarlo con regularidad y proponer una definición accesible que cites con frecuencia.

Por ejemplo, podrías decir que un *pacto* es una combinación

impresionante de ley y de amor. Es una relación mucho más íntima y amorosa de lo que podría crear un mero contrato legal, aunque más duradera y vinculante de lo que podría ofrecer solo el afecto personal. Es un vínculo de amor que se hace aún más íntimo y sólido porque es legal. Es lo opuesto a la relación entre un consumidor y un vendedor, en la que el vínculo se mantiene solo si sirve a los intereses de ambas partes. Un pacto, por el contrario, es entregarse de manera completa, permanente y solemne uno al otro. Esta definición apela a las personas de la modernidad tardía que valoran el amor, pero las desafía también porque se niegan a enfrentar la ley, la autoridad y el compromiso que implican el amor, el gozo y la libertad. Una vez que has explicado el concepto bíblico de pacto en términos culturalmente accesibles, no tienes que repetirlo en su totalidad a la congregación en cada ocasión. Expresiones abreviadas como «más íntima y amorosa que un mero contrato, más responsable y obligatoria que una mera relación» pueden suplir y hacer recordar a los oyentes la explicación más completa que han escuchado antes, al igual que despertar el interés en los recién llegados.

Deberías ofrecerles a los oyentes definiciones teológicas en su propio lenguaje. El predicador escocés del siglo XIX Robert Murray M'Cheyne habló sobre la doctrina compleja de la doble imputación, la cual propone que nuestros pecados son puestos sobre el Señor y Su justicia es transferida a nosotros, y expresó: «Él es el Salvador que operó nuestra salvación al morir. No solo sufrió todo lo que nosotros deberíamos haber sufrido, sino que obedeció todo lo que tendríamos que haber obedecido».³¹ Es posible tomar la máxima de Lutero sobre la justificación, que somos *simul justus et peccator* (aceptados como justos, pero al mismo tiempo pecadores), y consignarlo así: «Un cristiano es más imperfecto y pecaminoso de lo que hubieras creído jamás, pero, al mismo tiempo, más amado y aceptado de lo que

hubieras esperado jamás».

Evita la jerga y los términos de la subcultura evangélica que son arcaicos, sentimentales o que no son fáciles de entender para los que son ajenos a la fe. Algunos términos, como *tibio*, *guerra espiritual*, *recaída*, *ver fruto*, *abrir puertas*, *caminar con el Señor* y la usada en exceso *bendición* tienen trasfondo bíblico, pero pueden convertirse en algo trillado. También nos hemos acostumbrado a un lenguaje empalagoso y elaborado cuando oramos, el cual usa en exceso frases como «verdaderamente Dios Padre», «me has librado de eso» y «tan solo quiero reiterar», y que pueden salir en avalancha al hablar en público y al orar. Hay también una versión de lenguaje evangélico de una generación más joven, como «el predicador me llegó» y «eso fue cosa de Dios», y el uso excesivo de términos como *pasión* y *apasionado* en la misma forma que las personas mayores usan el término *bendición*.

Por favor, entiende que no estoy tratando de transmitir mis gustos lingüísticos personales. El asunto es mucho más importante que las preferencias generacionales o regionales, o que alguna clase de mercadotecnia que dicte que ese vocabulario no pasa la prueba con los no cristianos. Un lenguaje como este se usa para marcar el terreno; es una manera de decirles a los demás que eres parte de un grupo específico, pero ellos no. Los recién llegados con certeza recibirán ese mensaje, por más que no te des cuenta. A menudo, el lenguaje que usan los miembros del grupo incita a la hipocresía porque ofrece un atajo para sonar espiritual sin tener de verdad un corazón lleno de amor y alegría.

Hay una clase más de terminología que debemos evitar: el lenguaje «nosotros-ellos», que habla con desprecio de los no creyentes o de otras religiones o denominaciones, o simplemente caricaturiza o margina las posiciones de las personas que no comparten tus

creencias y tus puntos de vista. De nuevo, no se trata de controlar el mensaje para que llame más la atención; lo importante es la integridad y el testimonio. Muéstrate como un miembro del cuerpo de Cristo al hablar con generosidad de aquellos en otros sectores de la iglesia. Y muéstrate como un miembro de la amplia comunidad humana en la cual resides. Cuando ores y cuando hables, menciona las necesidades y las preocupaciones del vecindario, la ciudad y la región, no solo las de la comunidad cristiana. Habla a menudo sobre el servicio al pobre, al marginado y a los que no son parte de tu comunidad, así como a sus líderes. Enseña que los cristianos comparten una membresía común en la ciudad terrenal, no solo la ciudadanía en los cielos.³²

Cita autoridades respetadas para fortalecer tus tesis

Si estás predicando o hablando a personas que tienen fuertes dudas sobre la Biblia, deberías reforzar los puntos que has expuesto del texto bíblico con material de apoyo proveniente de fuentes en las que tus oyentes confíen. Como es bien sabido, el mismo Pablo hizo esto en Hechos 17:28, al citar al escritor pagano Arato frente a una audiencia de filósofos paganos que, de otra manera, no le hubieran concedido a la Biblia ninguna autoridad.

Muchos se muestran reacios a la idea de complementar la Biblia. ¿Deberías predicar solo el texto y dejar que la propia autoridad de la Biblia penetre en las personas y las convenza? La Biblia sin duda tiene un poder único, divino y vivo, una persuasión penetrante que emana de Dios mismo (Heb. 4:12). Sin embargo, citar a algún otro filósofo o intelectual no es esencialmente diferente de usar ilustraciones de la vida cotidiana para reforzar la enseñanza bíblica. Ningún predicador tan solo lee las declaraciones bíblicas a las personas; todos los maestros y los comunicadores recurren a las anécdotas, los ejemplos, las historias y otros relatos que convencen a

los oyentes y los hacen entender las verdades bíblicas.

Si estás predicando sobre el primer mandamiento («No tengas otros dioses además de mí») o Efesios 5:5 (que llama «ídolatra» al avaro) o cualquiera de los varios cientos de lugares en la Biblia que hablan de los ídolos, podrías citar a David Foster Wallace, novelista posmoderno ya fallecido. En su discurso en la ceremonia de graduación del Kenyon College, argumentó con fuerza y elocuencia que «todos adoramos. La única opción que tenemos es elegir qué adoramos».³³ Él continúa diciendo que todos tenemos que «sacarle provecho al sentido profundo de la vida», y lo que uses para llevar a cabo eso (ya sea dinero, belleza, poder, intelecto, o alguna otra cosa) impulsará tu vida, porque es en esencia una forma de adoración. Él enumera por qué cada forma de adoración no solo te hace frágil y te agota, sino que puede «comerte vivo». Si puedes presentar el argumento de Wallace para apoyar la enseñanza bíblica fundamental, incluso la audiencia más secular hará silencio y seguirá escuchando lo que digas después.

Si estás enseñando sobre absolutos morales, en cualquiera de los cientos de textos bíblicos que declaran que la Palabra de Dios tiene autoridad sobre la opinión y la legislación humanas, podrías citar a Martin Luther King Junior, con buenos resultados.³⁴ En su *Letter from Birmingham Jail* [Carta desde la cárcel de Birmingham], él cita a Agustín y a Tomás de Aquino para argumentar que las leyes humanas son solo justas cuando concuerdan con «la ley moral o la ley de Dios, [...] la ley eterna».³⁵ El ejemplo personal y el argumento de King desarmar a los oyentes seculares y casi garantizan que consideren tu tesis.³⁶

Cuando prediques sobre el Salmo 19, Romanos 1 o muchos de los salmos, textos en los cuales la creación declara la existencia y la gloria de Dios, podrías citar a Leonard Bernstein, que admitió que,

cuando estaba en la presencia de música maravillosa y gran belleza, podía sentir el «cielo», un orden detrás de las cosas, «algo en que podemos confiar, que nunca nos decepcionará».³⁷ Si estás enseñando sobre casi cualquier pasaje sobre el pecado y la rebelión humana, pero en especial textos como Romanos 8:7, que habla de la hostilidad natural de nuestro corazón hacia Dios, harías bien en citar un extraordinario pasaje escrito por el filósofo ateo Thomas Nagel, que con toda franqueza confesó: «No solo se trata de que no crea en Dios y de que, naturalmente, espere estar en lo cierto. ¡Es que espero que Dios no exista! No quiero que exista un Dios; no quiero que el universo sea así. [...] Supongo que este problema de autoridad cósmica no es nada extraño».³⁸

Si estás predicando sobre Satanás, no te quepa duda de que tus oyentes comenzarán a poner los ojos en blanco con exasperación. Puedes citar a Andrew Delbanco, un erudito secular de la Universidad de Columbia, en cuyo libro *The Death of Satan* [La muerte de Satanás] argumenta que «en nuestra cultura existe un abismo entre la cualidad fácilmente perceptible del mal y los mecanismos intelectuales de los cuales disponemos para lidiar con él».³⁹ Él sostiene que muchas personas seculares, por motivos comprensibles, atribuyen la maldad humana a la privación psicológica o a las condiciones sociales y, con ello, trivializan los terribles males que las personas son capaces de realizar. Delbanco relata la historia de Franklin D. Roosevelt que, al igual que muchos otros de las élites en Estados Unidos durante el holocausto, «no dio prioridad al rescate» de las víctimas. Al final de la guerra, cuando las evidencias de las atrocidades llegaron a ser demasiado grandes como para no creerlas, el presidente leyó a Kierkegaard y manifestó que, por primera vez, el filósofo cristiano le había dado «algunas nociones para entender aquello que hay en el hombre y que ha hecho que se comporte de

manera tan perversa». ⁴⁰ Delbanco asevera que los liberales seculares (un grupo del cual se considera miembro) han perdido todo concepto de «maldad radical». Si hablas del demonio a una audiencia secular, debes usar fuentes como estas, que desplacen la postura de la incredulidad irónica que, de lo contrario, asumirían al escuchar esta enseñanza bíblica.

Si estás predicando sobre el pecado original, podrías citar a C. E. M. Joad, un ateo intelectual británico que llegó a creer en Dios después de la Segunda Guerra Mundial. «Como rechazábamos la doctrina del pecado original, los de la izquierda estábamos siempre decepcionados, decepcionados por la negativa de las personas a ser razonables [...], por la conducta de las naciones y los políticos [...], sobre todo, por el recurrente hecho de la guerra». ⁴¹

Esta es una parte fundamental de la predicación al corazón de la cultura. No es garantía que persuadirás a una audiencia escéptica, pero contribuirá a que no te den la espalda casi de inmediato. Con frecuencia, genera un mayor respeto por la sabiduría y, con el tiempo, por la autoridad de la Biblia. ⁴²

Demuestra un entendimiento de las dudas y las objeciones

El predicador cristiano deber ser un crítico del ateísmo. Sin embargo, no hay virtud en ser una persona poco comprensiva. ¿Los que dudan se alejan porque sienten que eres indiferente, arbitrario, despectivo con sus puntos de vista, o se sorprenden (incluso se impresionan) por la precisión e imparcialidad con que describes sus propios problemas según el cristianismo? ¿Piensan que puedes expresar sus puntos de vista escépticos igual de bien (o incluso mejor) que ellos mismos? Los comunicadores cristianos deben mostrar que se acuerdan (o al menos entienden) muy bien de lo que es no creer y, al mismo tiempo, afirmar que es posible llegar a tener la seguridad de la realidad y del

amor de Dios. Deben hacerlo expresando esas dudas y objeciones con comprensión y respeto, en una forma coherente, y mostrar que las han considerado largo y tendido. Es imposible fingirlo; esto viene solo de pasar tiempo con personas que no creen, así como de leer las mejores fuentes que critican el cristianismo.⁴³

Debemos estar dispuestos a dedicar el tiempo necesario a escuchar con cuidado las preguntas, preocupaciones y expectativas de los demás para que, cuando hablemos, estemos tan compenetrados con sus puntos de vista que ellos sientan la fuerza de nuestras exhortaciones y argumentos. Cuando 1 Pedro 3:15 afirma que debemos estar siempre «preparados para responder a todo el que les pida *razón* de la esperanza» (énfasis añadido), según la estudiosa del Nuevo Testamento Karen Jobes, Pedro está diciendo que «los creyentes deben poder relacionar la fe cristiana con los no creyentes al abordar sus preguntas en términos que ellos encuentren significativos».⁴⁴

¿Cómo demuestras esta postura dentro de tu enseñanza o predicación? La primera tarea es siempre estar al tanto de tus propias suposiciones y ser transparente al respecto. No exhortes sobre el punto D, si sabes que este punto está basado en creer A, B y C, sin aludir a ellos. Es como si dijeras: «A algunos de ustedes podría resultarles inverosímil *eso* porque no creen *esto*, pero les pediría que lo tengan en cuenta...». Muestra a la audiencia que estás al tanto de sus problemas y preguntas respecto a lo que acabas de decir y que has pensado detenidamente sobre las resoluciones y las respuestas.

Otra manera es incluir directamente a los que tienen dudas al final de tu mensaje. En la conclusión, cuando estás en la aplicación del sermón, al instar a ciertas formas de pensar y de vivir a la luz del texto, podrías entrar en un breve diálogo con ellos. Di: «Si no eres creyente o no estás seguro sobre lo que crees, me gustaría que pensaras sobre esto...».

Dirigirte a cualquier grupo de personas de manera directa y amable les muestra que sabes que están allí. Puedes incluso dedicar uno de los puntos o subpuntos de tu mensaje a sus dudas y preocupaciones. Cuando escribas el sermón, ten presente las objeciones que tendrían los escépticos a la enseñanza de un texto determinado. Luego, toma un momento para dirigirte a ellos desde un razonamiento que exprese las implicaciones de estar de acuerdo o en desacuerdo con tal enseñanza. Podrías afirmar: «Sé que lo que acabo de expresar puede parecerte escandaloso, pero con todo respeto te pido que consideres esto...». A menos que estés hablando en un lugar donde la mayoría son escépticos o seculares, no deberías permitir que estos puntos dominen tu mensaje. Deberías incorporar estos «paréntesis apoloéticos» quizás solamente una vez en un sermón, y no cada vez que prediques.

Estos paréntesis apoloéticos deberían abordar lo que algunos llaman «creencias vencedoras». Se trata de ideas que, si se aceptan, hacen que la persona piense: *Si esto es verdad, entonces el cristianismo no puede ser verdad*. Algunas creencias vencedoras comunes incluyen: «No puede haber solo un camino hacia Dios»; «No podemos creer en un Dios que envía a las personas al infierno»; «La ciencia ha refutado lo sobrenatural», y «La Biblia tiene muchas partes ofensivas y obsoletas que ya no podemos aceptar». Si ignoras la realidad de estas «creencias vencedoras» y predicas como si las personas no las aceptaran, entonces para muchas de ellas gran parte del contenido de lo que dices será inconcebible.⁴⁵

De nuevo, la manera básica de manejar las objeciones es coincidir sinceramente con las creencias de tus oyentes en algún momento, pero luego cuestionar una segunda creencia errónea sobre la base de la primera. Es decir: «Si crees *esto*, ¿por qué no creer *aquello*?». Esto forma una alianza entre la Biblia y una de las propias creencias de los oyentes, que puede de modo poderoso mover a la gente a aceptar otras

cosas que declara la Biblia.

Si estás tratando de convencer a los oyentes seculares de que hay algo más que este mundo material, podrías citar la observación de Annie Dillard en *Pilgrim at Tinker Creek* [Peregrino en Tinker Creek] de que, aunque somos parte de la naturaleza, en la que es común que el fuerte domine al débil, nosotros nos negamos intuitivamente a aceptar esto como un patrón para la conducta humana. «O este mundo (mi madre) es un monstruo, o yo soy un fenómeno».⁴⁶ Pero ¿cómo podemos considerar el mundo natural anormal y *antinatural* a menos que exista algún estándar sobre la naturaleza, un estándar sobrenatural? Si no piensas que tu creencia en los derechos humanos es una ilusión, si crees que el genocidio del más débil por parte de personas más fuertes es real y universalmente malo (el punto de contacto), entonces ¿por qué no creer que hay absolutos morales en algún ámbito más allá de este mundo (el punto de confrontación)?

Si estás hablando sobre la autoridad de la Biblia, podrías hablar sobre la importancia de tener una relación de amor personal con Dios. Sabemos que, en las relaciones mutuas de amor, ambas partes deben ser agentes activos que puedan contradecirse al igual que afirmarse entre ellas. Si a la persona A nunca se le permite expresar una opinión contradictoria a la persona B, entonces la persona B tiene una relación de poder con la persona A, pero no una relación personal. Ahora bien, si escoges creer solo aquellas cosas de la Biblia con las que coincides, ¿en qué sentido tienes a un Dios que puede contradecirte? Solo si tu Dios puede declarar cosas que te perturban, sabrás que tienes un Dios real y no solo una creación de tu imaginación. Entonces, una Biblia autoritativa (el punto de contradicción) no es el enemigo de una relación de amor personal con Dios (el punto de contacto). Es la condición previa.

Esta es otra manera de hablar sobre una Biblia autoritativa a las

personas a las que les resulta ofensivo parte de su contenido. «En cada cultura, hay buenos y malos elementos. ¿No es así? Ninguna cultura es perfecta o tiene toda la verdad, ¿de acuerdo?». Este es el punto de contacto, la creencia moderna tardía de que ninguna cultura tiene toda la verdad. Aquí, entonces, es donde el punto de contradicción podría construirse sobre el punto de contacto. «Ahora, en aras de la discusión, imagina que la Biblia no es el producto de alguna cultura humana o grupo de autores, sino que es una revelación de Dios mismo. Si ese fuera el caso, entonces tendría que ofender las sensibilidades culturales de cada persona *en algún punto*. No importa quién seas; vives en una cultura imperfecta que moldea tus creencias, y la Biblia, si fuera la revelación autoritativa de Dios, tendría entonces que ser ofensiva para ti *en algún punto*. Como este es el caso, afirmar “la Biblia me ofende en este punto” no es un argumento en su contra. Eso es precisamente lo que deberías esperar».

El filósofo cristiano Miroslav Volf, en *Exclusion & Embrace* [Exclusión y aceptación], argumenta que la creencia en un Dios de juicio (un punto de contradicción) es un medio crucial para la no violencia (un punto de contacto). Hablando como un croata cuyo pueblo experimentó las limpiezas étnicas de la década de 1990, Volf propone que «la práctica de la no violencia *requiere* creer en la venganza divina». Si las víctimas de la violencia creen que no hay Dios o que no hay Dios que traerá una justicia final sobre la tierra, se sentirán justificados (o al menos tendrán un incentivo) para tomar las armas en venganza. Entonces, Volf sostiene que la única manera de «impedir que recurramos a la violencia por mano propia» es creer por completo que solo Dios tiene ese derecho y que Él ajustará cuentas algún día.⁴⁷

Si salpicas tu predicación con estas observaciones interesantes, concisas y penetrantes, no solo animarás a tus oyentes seculares a

regresar, sino también motivarás a los cristianos a traer a sus amigos para que te escuchen y darás a los creyentes una serie de minicursos sobre cómo manejar sus propias dudas y contestar las preguntas de sus amigos sobre su fe.

Confirma para desafiar las narrativas culturales básicas

Tu predicación debe abordar las objeciones directas y comunes al cristianismo. Sin embargo, incluso más fundamental que abordar estas objeciones es tratar las culturas narrativas fundamentales de tu época. A diferencia de las objeciones expresadas, los pueblos en la cultura son apenas conscientes de estos temas básicos. Hay cosas que «todos conocen», premisas que parecen tan evidentes como para ser casi invisibles e incuestionables para aquellos que las sostienen. Suelen expresarse en eslóganes o «truismos» epigramáticos que se pronuncian para terminar las discusiones; es decir, se piensa que están más allá de toda discusión. «Cada uno tiene derecho a su propia opinión» o «Tienes que ser tú mismo» son dos entre muchos ejemplos.

Estas narrativas son en realidad una oportunidad para el comunicador cristiano, puesto que la mayoría de las personas (entre ellas, personas seculares) nunca han reflexionado mucho en sus creencias ni han buscado su justificación. Cuando articulas y estableces las profundas convicciones subyacentes detrás de los eslóganes, casi de inmediato parecen menos inevitables. A menos que las desafíes y las contrastes con los grandes temas y ofrecimientos de la Biblia, tanto los creyentes como los no creyentes de una cultura estarán inconscientemente influenciados por ellas. Debemos aprender a presentar los temas bíblicos, las doctrinas y las verdades correspondientes, de tal manera que las narrativas culturales seculares sean tanto apreciadas como desafiadas.

Podríamos llamar a este enfoque «acusación empática» porque, particularmente en Occidente, muchos temas culturales se originan en

la enseñanza bíblica. Esto es así aunque cada uno de estos temas culturales se ha distorsionado lo suficiente a través del mestizaje con creencias anticristianas que puede alejar a sus seguidores (algunas veces, muy lejos) de la verdad. Como declara el filósofo canadiense Charles Taylor, tenemos que «criticar estas prácticas desde el punto de vista de su *propio* ideal motivador». Cada una de las narrativas aspira en parte a algo bueno, y debemos apreciar esto. Con toda razón, la gente quiere ser libre; quiere justicia; quiere una sociedad realmente abierta y pluralista. Sin embargo, debemos mostrarle que solo en Cristo pueden satisfacerse de manera apropiada estas aspiraciones. Taylor concluye que «en vez de descartar esta cultura por completo, o respaldarla como es», deberíamos mostrar a sus miembros «lo que en realidad implica lo que ellos aprueban. De eso se trata [...] la tarea de la persuasión».⁴⁸

¿Cómo lo logramos? En el próximo capítulo, daré algunos ejemplos de cómo llevarlo a cabo en la cultura secular occidental de la época presente. Como un pequeño avance, debemos primero describir bien las narrativas, hacerlas «visibles» a los oyentes. Luego, debemos usar la Biblia para identificar lo que podemos afirmar y apreciar sobre la narrativa. Después, al usar las propias voces respetadas de la cultura, debemos desafiar la narrativa de varias maneras. Debemos mostrar que la mayoría del resto del mundo y otras culturas no consideran esta creencia como algo evidente. Actuar como si «todos creen esto» es, por lo tanto, etnocéntrico. También debemos mostrar que la narrativa es demasiado simplista, que no explica las complejidades de la vida real y que requiere saltos de fe tan grandes (o más grandes) que los requeridos por la religión.

Presenta ofrecimientos del evangelio que ejerzan presión en los puntos sensibles de la cultura

No es suficiente solo confirmar y luego desafiar una narrativa o creencia cultural. «Sí, pero no» son solo los primeros dos actos de los tres del proceso de contextualización activa. Para completar el proceso en nuestra predicación, debemos enseñar en el punto de esta narrativa en particular cómo el cristianismo ofrece recursos superiores no solo para explicar, sino además para satisfacer la aspiración o para abordar el asunto. Solo en Cristo, cualquier argumento cultural puede tener un final feliz; solo Él proporciona el final «pero sí» que cumple el texto bíblico y llega a lo profundo del corazón de las personas. Para aquellos que buscan la sabiduría, Cristo es la verdadera sabiduría de Dios. Para aquellos que buscan el poder, Él es el verdadero poder de Dios.

El evangelio ofrece muchas cosas: perdón, comunidad, significado, contentamiento, identidad, libertad, esperanza, vocación. Los comunicadores cristianos deben considerar cómo organizar y articular estos grandes ofrecimientos para aplicar la fuerza de manera frontal en los «puntos sensibles» de la cultura. Hay puntos delicados, por así decirlo, donde las personas que no creen en el cristianismo o en Dios se sienten acorraladas, como los pies en un par de zapatos demasiado pequeños, por su visión del mundo. Estos son los puntos donde lo que profesan y afirman que creen sobre el mundo no se ajusta a sus intuiciones o experiencias.⁴⁹ Los predicadores deben conocer esos puntos delicados y presionarlos con preguntas, ofrecimientos, ilustraciones y ejemplos para que la tensión se haga más severa y las incongruencias más perturbadoras.

Por ejemplo, cuando prediques sobre el perdón, señala el trabajo de los sociólogos que argumentan que nuestra cultura moderna, que promueve la asertividad y la autoestima, hace que el perdón sea especialmente difícil. Después, enseña que el evangelio nos brinda la gratitud y la humildad que necesitamos para perdonar y ser

perdonados.⁵⁰ Cuando prediques sobre la comunidad, recurre a la investigación que revela cómo el compromiso de la sociedad contemporánea con el individualismo socava los vínculos comunales y la vida social. Luego, muestra cómo el evangelio nos provee grandes recursos para la comunidad.⁵¹ Puedes aplicar patrones similares con muchos otros temas bíblicos como la satisfacción, la libertad, la esperanza y el llamado.

Haz un llamado a responder al evangelio

Después de todo esto, puede surgir esta pregunta: ¿cómo podemos dedicar todo este esfuerzo a las narrativas culturales y el pensamiento secular, y aun así predicar el texto y edificar a los creyentes? ¿Estamos dando demasiada importancia a los no creyentes?

La respuesta tiene dos aspectos. Es un error pensar que los creyentes fieles de nuestra época no están profundamente moldeados por las narrativas de la modernidad. Sin duda, lo estamos y, cuando revelas estas narrativas e interactúas con ellas en el curso de la predicación de la Palabra, puedes ayudarlos a ver dónde ellos mismos han sido más influenciados por la sociedad que por la Escritura y darles medios importantes de comunicar su fe a otros. Es una manera importante de edificar a los creyentes.

Sin embargo, el secreto para dirigirse al mismo tiempo a los creyentes y los no creyentes (e incluso a los subgrupos dentro de las culturas) es apuntar al corazón y hacer un llamado a responder al evangelio en tu predicación. Es *imposible* dirigirse a cristianos y no cristianos a la vez si malinterpretas la versatilidad y la centralidad del evangelio para la vida. El evangelio no es solo el medio por el cual las personas se convierten, sino además la manera en que los cristianos resuelven sus problemas y crecen. El típico enfoque hacia el evangelio es verlo solo como el «ABC» de la doctrina cristiana, la verdad mínima que se requiere para ser salvo, la prueba de admisión,

el punto de entrada. Luego, se entiende que progresamos en la vida cristiana a través de la aplicación de otros principios bíblicos más avanzados. Si ese fuera el caso, entonces no podríamos realizar la evangelización y la formación espiritual al mismo tiempo. Pero el evangelio no solo es la manera en que nos salvamos, sino que es siempre la solución para todo problema y la manera de avanzar en cada etapa de la vida cristiana.

Veamos un ejemplo de mi propio ministerio. Muchos cristianos en mi congregación son asiáticos y se sienten presionados por las expectativas de sus padres de que tengan éxito. A menudo, sienten que les están fallando. Sin embargo, muchos jóvenes profesionales anglosajones de nuestra iglesia han crecido en una cultura mucho más individualista y, en muchas formas, luchan con el enojo y la amargura hacia sus padres porque sienten que los han decepcionado y les han fallado. ¿Cómo podría tratar esta gama de motivaciones en un solo sermón? Puedo hacerlo al recordarles que el único amor de padre que no podemos perder (y el único amor de padre que debemos tener) se encuentra en el Padre celestial, que nos aseguró a través de la obra salvífica de Jesucristo. Aunque era el Hijo de Dios, fue echado fuera y olvidado para que tú pudieras ser incorporado a la familia de Dios. Cuando te das cuenta de lo que Él hizo por ti, el amor del Padre se convierte en lo más precioso y real para ti.

Cuando eso sucede, si estás amargado porque no tuviste el amor de tus padres, puedes perdonarlos porque ellos no te han empobrecido; eres rico en amor paternal. Y aquellos de ustedes que sienten que les han fallado a sus padres pueden descansar porque tienen la aprobación del único Padre cuya opinión cuenta.

Cuando el predicador encuentra el remedio para los problemas de los cristianos con el evangelio (no al pedirles que se esfuercen más, sino al señalarles una fe más profunda en la salvación de Cristo),

entonces los creyentes son edificados y los no creyentes escuchan el evangelio, todo al mismo tiempo. Esto es cierto con cualquier tema. Si estás pidiendo a los cristianos que sean generosos con su dinero, debes abordar sus temores y su corazón duro al señalarles a Jesús, que siendo rico se hizo pobre, de modo que, a través de Su pobreza, nosotros pudiéramos ser ricos (2 Cor. 8:9). Si estás ayudando a los cristianos a manejar la oración no contestada, no solo les digas: «Confíen en el Señor» (lo cual, por sí solo, es de uso limitado para los cristianos y es ajeno para los no cristianos), sino que señala a Jesús, quien oró con profunda tristeza agónica en el huerto de Getsemaní y Su oración fue rechazada; pero, como confió en Su padre a pesar de todo, nosotros somos salvos.

Si resuelves los problemas de los cristianos con el evangelio cada semana, entonces las personas seculares no solo lo escucharán de una manera un poco diferente en cada ocasión (y así tendrán una visión más completa del evangelio), sino que también verán cómo la fe en Cristo de verdad funciona y propicia cambios en la vida. Es esencial que lo vean. Así serán evangelizados con gran eficacia, no de manera superficial, incluso mientras los cristianos están siendo edificados.

CAPÍTULO CINCO

La predicación y la mente moderna (tardía)

La única predicación actualizada para cada momento es la predicación de esta eternidad, la cual se nos abre solo en la Biblia: lo eterno del amor santo, la gracia y la redención, la moralidad eterna e inmutable de la gracia salvífica por nuestro indeleble pecado [...]. Permite [al predicador] que exponga el problema [...] con poder [...], pero permítele que responda con la respuesta final que Cristo dejó. [...] Pues Él es la respuesta que anhelaban.

P. T. Forsyth ¹

¿Cómo podemos comunicar el evangelio de Jesucristo a nuestra cultura moderna? Uno de los primeros escritores que respondió a esta pregunta fue P. T. Forsyth, cuyo clásico *Positive Preaching and the Modern Mind* [La predicación positiva y la mente moderna] se escribió en 1907 y todavía es pertinente. Forsyth identificó un tema clave de la modernidad: los que vivimos en la era moderna creemos que «somos nuestra propia autoridad». Esta es «la versión popular [de la mente moderna] con la que el predicador tiene que lidiar». ² Forsyth fue un pionero al identificar una de las principales narrativas de la modernidad y presentar una manera para deconstruirla desde adentro.

Aunque Forsyth fue un visionario, las cosas han cambiado en el siglo que transcurrió desde que escribió. ³ Muchos han catalogado estos cambios como «el giro posmoderno». Según se nos dice, la era moderna colocó su confianza en la razón y la ciencia, mientras que la época posmoderna está marcada por una pérdida de la noción de que

podemos alcanzar un orden racional y controlable o llegar a una certeza de cualquier tipo. Se registra un giro hacia la experiencia y la apertura. Esto es cierto, pero ignora que, bajo las discontinuidades con el pasado moderno, hay continuidades incluso más fuertes.

Quizás la idea básica de la modernidad, como Forsyth la veía, es la anulación de toda autoridad fuera de uno mismo. A inicios de la modernidad, desde el siglo XVII hasta el siglo XIX, se nos dijo que dejáramos a un lado toda tradición y creencia religiosa, y llegáramos a la verdad solo a través de la razón. Este fue un movimiento sin precedente hacia el individualismo: la idea de que cada persona tenía dentro de sí misma la capacidad de descubrir la verdad, sin la ayuda de la sabiduría antigua o la revelación divina. En el pasado, aún se creía que había absolutos morales y leyes naturales que tenían que seguirse, pero ahora, se afirmó, nosotros podríamos descubrirlos por nuestra cuenta mediante nuestros poderes individuales de observación.

Desde la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, hemos entrado en una época en la que toda la cultura atribuye mucha más importancia y poder al individuo que nunca antes. Ya no pensamos que tenemos el poder solo para *descubrir* la realidad moral y la verdad; pensamos que tenemos el poder para *crearla*. Una famosa frase en un dictamen de la Corte Suprema de Estados Unidos, en el caso *Planned Parenthood vs. Casey*, capta bien este principio: «Un elemento central de la libertad es el derecho a definir el propio concepto de la existencia personal, del significado, del universo y del misterio de la vida humana».⁴ Ahora creemos que no hay un «orden cósmico externo [...] al que debemos ajustarnos», sino que la verdad puede «construirse según la voluntad del individuo».⁵ Hemos pasado de la visión antigua de que deberíamos «ajustar el alma a la realidad» hasta llegar a una época donde «sometemos la realidad a nuestros deseos

[del alma]». ⁶ Lo que tenemos ahora no es tanto un retorno de la modernidad, sino una intensificación de sus patrones más profundos. ⁷ Entonces, sería mejor hablar de nuestra época como moderna tardía y no posmoderna.

A inicios de la era moderna, la religión todavía era vista como algo bueno, o al menos favorable. Había todavía una opinión general de que la sociedad debía construirse sobre normas morales compartidas a las que las personas deberían someterse, y la religión era una de las cosas que ayudaban a las personas a vivir según esas normas morales. Eso ha cambiado. El profesor de humanidades de la Universidad de Columbia Mark Lilla escribe que, cuando Jesús le declaró a Nicodemo en Juan 3 que tenía que «nacer de nuevo», lo que «parece estar diciéndole a Nicodemo es que debe reconocer su propia insuficiencia; tendrá que darle la espalda a su aparente vida feliz e independiente, y renacer como un ser humano que entiende su dependencia de algo mayor. [...] Eso parece un desafío radical a nuestra libertad, y lo es». ⁸ Lilla está asumiendo la autonomía sobre la cual la modernidad tardía deposita sus esperanzas. Ante esto, la religión es ahora casi el más grande enemigo. Por eso, para muchos hoy, las creencias religiosas parecen tan inconcebibles que las consideran una locura.

¿Cómo entonces predicamos a la mente de la modernidad tardía? La clave para predicar a una cultura, como hemos afirmado, es identificar las narrativas culturales básicas. A estas pasaremos ahora.

La red de creencias ocultas de la secularidad

La mente moderna tardía se presenta de la siguiente manera. Hemos llegado a comprender que no necesitamos a Dios para explicar el mundo que vemos; la ciencia lleva a cabo esa tarea por nosotros. No necesitamos a Dios ni a la religión para ser morales, para amar y trabajar por un mundo mejor, o para tener significado y lograr nuestro

cometido en la vida. Lo que necesitamos es ser libres para vivir la vida como mejor nos parezca y trabajar juntos para hacer del mundo un lugar mejor y más justo para vivir. La religión se interpone; limita nuestra libertad para vivir como deseamos y nos divide de manera que no podemos trabajar juntos.

El filósofo Charles Taylor llama a esto «historia de la sustracción» de la secularidad. Según se afirma, la ciencia y la razón objetiva han simplemente sustraído a Dios de la imaginación de la gente moderna y han dejado atrás la secularidad. Esta historia opera objetivamente, sin necesidad de la fe y las creencias; nos libera de los juicios de valor, de la intolerancia y los prejuicios; ofrece apoyo moral para la igualdad, los derechos humanos y la mejora de la humanidad; y promete una vida de significado personal, libertad y paz interior, todo basado solo en el capital humano. Taylor no lo cree así. En *A Secular Age* [Una era secular], sostiene que las personas con mentalidad secular no son más objetivas, sino que han adoptado una nueva y elaborada red de creencias alternativas sobre la naturaleza de las cosas que no son evidentes a todos, que no son más empíricamente comprobables que cualquier otra creencia religiosa, que requieren enormes saltos de fe y que están sujetas a su propia variedad de problemas y objeciones.⁹

Es antinatural no creer en Dios. Mark Lilla escribe que, para la mayoría de los seres humanos, el interés profundo en lo sobrenatural, la vida después de la muerte, la transcendencia y Dios «es algo natural; la indiferencia a estas cosas es lo que debe aprenderse».¹⁰ Consideremos la perspectiva moderna tardía sobre la humanidad misma. Muchas personas en el mundo secular sostienen que somos un complejo de diversas sustancias químicas sin alma, que el amor es solo una reacción química que ayuda a las personas a transmitir sus genes, que cuando los seres amados mueren solo cesan de existir, y

que no hay bien o mal fuera de lo que escojamos sentir en nuestra mente. El universo es solo un frío e inmenso mecanismo y la ciencia solo es una manera de descifrar cómo funciona el reloj gigante. «La razón [entonces] no puede ofrecernos dicha plenitud eufórica, un sentido de comunidad, o enjugar las lágrimas de los que lloran».¹¹ Esta perspectiva del cosmos contradice muchas de nuestras más profundas intuiciones sobre el amor, el propósito y la naturaleza de los seres humanos. Debemos sostener que somos producto de un universo impersonal, pero estar comprometidos con los derechos humanos. Taylor y otros explican que llevó muchas generaciones construir una forma para que los seres humanos se aclimataran a tal forma contradictoria de vivir.¹²

Lo que es singular sobre la modernidad tardía en el mercado de la historia de las cosmovisiones es lo siguiente. Las culturas no seculares son explícitas sobre su fe, y sus miembros reconocen la naturaleza de la fe de sus convicciones. Sin embargo, muchas personas de la modernidad tardía no ven o admiten los saltos de fe que están tomando. Sus compromisos son, en la terminología de Michel Foucault, «lo impensado»: creencias que no parecen ser creencias, pero que son incuestionables y evidentes.¹³ «Lo impensado» se hace conocido en la forma de dichos o eslóganes, que se expresan como axiomas irrefutables y ponen fin al debate, pero que no contienen ninguna justificación.¹⁴ Por ejemplo, Taylor cita un estudio realizado por Alan Ehrenhalt en Chicago en la década de 1950, en el que indica:

La mayoría de nosotros en Estados Unidos cree unas pocas proposiciones simples que parecen tan claras y evidentes que casi no necesitan ser expresadas. Poder elegir es algo bueno en la vida. La autoridad es inherentemente cuestionable; nadie debería tener el derecho de decir a otros qué pensar o qué

hacer. El pecado no es personal. [...] Los seres humanos son criaturas de la sociedad en la que viven. [...] Estas son ideas poderosas. Todas tienen cierto aire de verdad.¹⁵

Sin duda, estas ideas tienen profunda resonancia en nuestra cultura, pero Taylor presenta por qué, si se reflexiona en alguna de ellas, debemos concluir que «es absurdo adoptar alguna de estas [...] proposiciones como verdades universales [...]. Para tener alguna clase de sociedad en la que se pueda vivir, tienen que restringirse algunas elecciones, deben respetarse algunas autoridades y tiene que asumirse alguna responsabilidad individual».¹⁶

Para predicar a la persona no religiosa, debemos resistirnos a la comprensión secular de uno mismo. La secularidad no es simplemente la ausencia de creencias. Los cristianos aceptan a menudo esta afirmación y responden presentando sus pruebas y mostrando su buena fe racional. *No tan rápido*, indican Taylor y muchos otros. La secularidad tiene su propia red de creencias que debería abrirse al análisis. Eso es lo que haremos ahora.

Al hacerlo, deberíamos tener en cuenta algo que se tocó al final del último capítulo. Estoy hablando como si la mente cristiana fuera distinta de la mente moderna tardía. Sin duda, es distinta, pero deberíamos reconocer que todos los cristianos que viven en la época moderna tardía están de alguna forma moldeados por las siguientes narrativas. Eso no siempre es malo porque, como veremos, las narrativas se fundamentan en alguna medida en las ideas cristianas y, por tanto, son en parte correctas. Sin embargo, los creyentes cristianos en las sociedades occidentales suelen estar demasiado influenciados por estas narrativas, y sabemos la razón: están tan generalizadas y se sienten que son tan evidentes que *aquellos que las sostienen no las ven como creencias*. Entonces, nosotros «las hacemos visibles» no solo para abordarlas y refutarlas frente a los no creyentes, sino además

para ayudarnos como creyentes a evitar que nos moldeen demasiado.

Las narrativas de la modernidad tardía

Entonces, ¿cuáles son las narrativas culturales básicas o «lo impensado» de la mente moderna tardía? Describiré cinco narrativas distintas: creencias particulares o argumentos sobre la racionalidad, la historia, la sociedad, la moralidad y la identidad humanas. Sin embargo, primero describiré con brevedad de dónde vienen.

En su capítulo «The Impersonal Order» [El orden impersonal], Taylor muestra que estas cinco narrativas culturales del modernismo tardío surgieron en un principio del cristianismo y su interacción con el paganismo clásico de la antigüedad.¹⁷ Como respuesta a los puntos de vista de los filósofos griegos sobre el mundo material, la historia y la naturaleza humana, los maestros cristianos dieron nuevas respuestas a partir de la Biblia y la doctrina cristiana. Las diferencias entre el cristianismo y el paganismo corren a lo largo de lo que Taylor llamó los cinco «ejes».

La razón básica para el cambio, según muchos estudiosos, es que antes del cristianismo casi todas las culturas tenían una visión fundamentalmente impersonal del universo. Los griegos creían que el *logos* detrás del universo era un principio impersonal y lógico. Las culturas orientales creían que toda la personalidad individual era una ilusión temporal. El cristianismo, en manifiesto contraste, veía el universo como el acto creativo y de amor de un Dios trino, que hizo a los seres humanos con identidades eternas para que tuvieran una relación personal con Él. Todas las ideas cristianas anteriores surgen de manera natural de la idea de que el propósito de todas las cosas era la «comunidad» con el Dios personal.¹⁸

**Antes de que emergiera el
cristianismo**

**Después de que el cristianismo
llegara a Occidente**

El cuerpo y el mundo material son menos importantes y reales que el ámbito de las ideas.

El cuerpo y el mundo material son buenos. Mejorarlos es importante. La ciencia es posible.

La historia es cíclica, sin ninguna dirección.

La historia avanza.

Los individuos no son importantes. Solo el clan y la tribu importan.

Todos los individuos son importantes, tienen dignidad y merecen nuestra ayuda y respeto.

Las elecciones humanas no importan; estamos predestinados.

Las elecciones humanas importan y nosotros somos responsables de nuestras acciones.

Las emociones y los sentimientos no deberían explorarse, solo superarse.

Las emociones y los sentimientos son buenos e importantes. Deberían entenderse y orientarse.

Ninguna de estas ideas (la bondad de lo material, el avance de la historia, la dignidad de los individuos, la importancia de las elecciones y el valor de las emociones) tiene sentido en un universo impersonal y, por tanto, nunca se habían planteado. La gran crítica de Nietzsche al humanismo secular moderno ataca la ironía de este punto: aunque ninguno de estos ideales morales (en esencia cristianos) se deriva de manera racional de un universo impersonal, la modernidad tardía los ha heredado, intensificado y hecho absolutos, y los ha desconectado de cualquier fundamento trascendente. Ha creado una base para el desarrollo de valores morales que son el fruto de las ideas cristianas y ha cortado la raíz. Ahora todos estos ideales deben mantenerse frente a lo que se cree que es un universo completamente impersonal, incluso más impersonal que aquellos en los que creían las sociedades antiguas porque no tienen un aspecto espiritual o sobrenatural.¹⁹

Las posturas de la modernidad tardía sobre estos cinco temas incluyen las narrativas culturales básicas de la modernidad tardía, o «los impensados».

1. *La narrativa de la razón.* Los filósofos griegos veían el mundo material (que incluye el cuerpo) como subordinado, insignificante e irreal, pero el cristianismo los veía como las buenas creaciones de Dios, con una realidad propia, objetiva y dependiente. Muchos han reconocido que esta perspectiva cristiana de un mundo hecho por un ser racional y personal era fundamental para el desarrollo de la ciencia moderna.²⁰ Sin embargo, la modernidad tardía tomó la perspectiva cristiana y la amplificó para afirmar que el mundo natural es la única realidad. Cree que todo tiene una causa y una explicación físicas (incluso el amor y los sentimientos morales son funciones de la química del cerebro), y que la prosperidad material es la única prosperidad posible. Esta perspectiva provee la razón para la cultura de consumo y la tecnología de esta época, que sostiene que nuestros problemas cederán ante las soluciones tecnológicas si dedicamos suficiente tiempo, dinero y esfuerzo a descubrirlas. Esta narrativa utópica es todavía bastante poderosa en nuestra cultura. La razón humana independiente y objetiva puede resolver lo que nos aflige. La psicología y la medicina nos ayudarán a corregir y superar los problemas emocionales y físicos; no necesitamos medios espirituales para eso. La sociología nos ayudará a crear una sociedad justa; no necesitamos a un Dios que nos dé la virtud divina para eso. La tecnología descubrirá las soluciones para el hambre, el envejecimiento, la pobreza y las catástrofes ambientales. Los seres humanos pueden vivir vidas saludables y justas bastante bien (si no mejor) tanto sin religión como con ella, así que la religión debería mantenerse en privado.

2. *La narrativa de la historia.* Los antiguos veían la historia como

cíclica y eterna, mientras que los cristianos entendieron que estaba bajo el control de Dios, quien la desplazaba deliberadamente a través de la luz y la oscuridad hacia un gran punto culminante e irreversible. La modernidad tardía tomó la idea del progreso histórico (de allí, el término «progresivo»), pero independiente de cualquier idea de control divino. Ahora, la historia se ve como el avance automático en cada etapa. Hoy, por tanto, juzgamos mediante lo que C. S. Lewis llamó «esnobismo cronológico», es decir, «la presunción de que cualquier cosa que haya pasado de moda está descalificada por ese motivo [solamente]».²¹ Muchos de nuestros funcionarios públicos ahora condenan acciones o posturas como «irrelevantes para el siglo XXI», como si cada capítulo de la historia fuera, por definición, mejor que el anterior. Todo lo que sea nuevo es considerado automáticamente mejor.

3. *La narrativa de la sociedad.* Los antiguos veían al individuo como menos importante que la tribu o el clan y nunca llegaron a pensar que cada individuo de cualquier raza, clase o condición merecía nuestra ayuda y respeto por el simple hecho de ser humano. El cristianismo, sin embargo, vio a cada persona como creada a la imagen de Dios y, por tanto, poseedora de una dignidad inalienable. La secularidad occidental ha ido más allá y es radical y progresivamente individualista. El propósito más elevado de un orden social, según esta narrativa, no es promover los intereses de algún grupo ni algún valor o virtud particular, sino más bien dejar libres a los individuos para que vivan como quieran sin obstáculos, al margen de cualquier relación comunal, siempre y cuando no perjudiquen la libertad de alguien más de vivir como desea. La elección llega a ser el único valor sagrado y la discriminación, el único mal moral.

4. *La narrativa de la moralidad o la justicia.* Los antiguos creían que estábamos predestinados. El orden detrás del universo era

inexorable; podíamos aprender a someternos a este con estoicismo y valentía o estrellarnos contra sus rocas. El destino quiso que Edipo matara a su padre y se casara con su madre, y eso le sucedió a él, pese a todos sus esfuerzos por evitarlo. El cristianismo, por el contrario, vio el universo no como un orden impersonal, sino como uno hecho por un Dios personal, que creó a los seres humanos como agentes morales responsables y a quien le importa cómo nos comportamos. La secularidad moderna tardía es sumamente moral en muchas formas. Está más comprometida con la justicia social, la benevolencia universal y los derechos humanos que cualquier otra civilización. No obstante, insiste en que, al ir en pos de estos objetivos, no nos alineamos con las normas morales de Dios, sino que determinamos las normas por nuestra cuenta. Nuestros ideales morales no se basan en ningún absoluto en el universo; están determinados por nuestras propias elecciones. En la película de Woody Allen *Bullets over Broadway* [Balas sobre Broadway], Rob Reiner interpreta a un artista que declara: «La culpa es la basura de la pequeña burguesía. Un artista crea su propio universo moral». Eso resume bien lo que Taylor llama nuestra narrativa «de autoaprobación moral».²²

5. *La narrativa de la identidad.* Las culturas antiguas (y algunas culturas tradicionales de hoy) creían que los fuertes sentimientos individuales y el propio interés deberían reprimirse en favor del cumplimiento de los deberes hacia la familia y la tribu. En estas culturas, tu autoestima venía del honor que te otorgaba la comunidad cuando canalizabas tus deseos por su bienestar. El cristianismo puso mucho más valor en las emociones y las intuiciones, y no les dio a la familia y a la sociedad semejante control absoluto sobre los individuos. Enseñaba que nuestros sentimientos deberían examinarse y que nuestro más grande amor y lealtad deberían dirigirse a Dios. Sin embargo, la secularidad occidental ha revertido el antiguo

planteamiento. Nuestra identidad ahora no se descubre hacia afuera (en nuestros deberes o roles en la sociedad), sino solo hacia adentro, en nuestros deseos y sueños. Desde este punto de vista, nuestra autoestima viene de la dignidad que nos otorgamos cuando expresamos y alcanzamos nuestros deseos, al margen de lo que nuestra comunidad podría afirmar. Debemos «ser nosotros mismos», sin considerar las expectativas sociales. La principal narrativa heroica de nuestra sociedad es la del individuo que se defiende y es congruente consigo mismo por encima de la oposición de la sociedad.

Estas cinco narrativas funcionan como verdades evidentes por sí solas; suelen expresarse en simple eslóganes que parecen no necesitar justificación una vez declarados. «Mantén tus opiniones religiosas en privado». «Yo soy libre de hacer lo que deseo, siempre y cuando no perjudique a nadie». «¿Qué derecho tienes de indicarles a los demás lo que es bueno o malo para ellos?». «Tienes que ser tú mismo y no preocuparte por lo que digan los demás». «No querrás estar en el lado equivocado de la historia».

Entonces, ¿cómo deberían los predicadores y los maestros cristianos abordar estas narrativas culturales básicas? La integridad, la humildad y el amor nos exigen que, con sinceridad y reconocimiento, afirmemos mucho de lo que estas narrativas contienen, puesto que vemos sus claros orígenes en la cristiandad. Con todo, debemos mostrar sus peligros y fallas, cómo convierten en absolutos (y, en esencia, deifican) muchas cosas buenas en ausencia de la fe en el Autor de todas las cosas. Además, debemos ofrecer los beneficios del evangelio en cuestiones donde estas narrativas no logran cumplir su premisa.

Cómo abordar la narrativa de la identidad: el yo soberano

Muchos sostienen que la más importante de las narrativas de la modernidad tardía es la de la identidad: que debemos descubrir nuestros deseos y anhelos más profundos y entonces hacer todo lo que podamos para alcanzarlos, sin importar los obstáculos o la oposición. El sociólogo Robert Bellah ha llamado a esta narrativa «individualismo expresivo»;²³ yo la llamaré el «yo soberano».

Debemos empezar por reconocer el gran bien introducido por el énfasis moderno en el individuo. En el pasado, grandes cantidades de personas estaban atrapadas en una determinada condición social en sociedades con jerarquías rígidas donde las personas tenían que permanecer para siempre en los peldaños más bajos de la escala social, solo porque se consideraba que era su deber y su lugar.²⁴ Mi abuelo nació en Italia en 1880. Le informaron que sus únicas opciones eran ser sacerdote, entrar al ejército o continuar el negocio familiar. Él no quiso invertir su vida en ninguno. Como reacción, emigró a Estados Unidos y entró por la isla Ellis a una sociedad más individualista, donde pudo moldear una vida que se ajustaba a sus aspiraciones personales.

La cristiandad ha visto siempre la importancia del corazón y sus afectos. Las *Confesiones* de Agustín representaron una innovación en la historia del pensamiento humano: un profundo examen de las motivaciones y los deseos internos. A diferencia de los pensadores de la antigüedad clásica, los cristianos consideraban las emociones como algo que no debía ignorarse o solo reprimirse, sino que debía examinarse y reorientarse hacia Dios. Gran parte de la comprensión moderna de los sentimientos y el *yo* ha surgido de estas raíces cristianas.²⁵

Sin embargo, la nueva narrativa moderna tardía va más allá de la mera comprensión y orientación de nuestras propias pasiones a su entronización. Las palabras de la canción *Let It Go* [Libre soy] de la

película *Frozen* de Disney captan la esencia de este concepto. La canción es interpretada por un personaje que está determinado a dejar de «ser la chica buena» que su familia y la sociedad habían querido que fuera. En cambio, ella «sería libre» y expresaría lo que estaba reteniendo adentro.²⁶ Para ella, no hay ni mal, ni bien, ni reglas; elige una «libertad sin vuelta atrás». Este es un buen ejemplo del individualismo expresivo que describió Bellah. La identidad no se alcanza, como en las sociedades tradicionales, al canalizar nuestros deseos personales por el bien de nuestra familia y la gente. En cambio, definimos nuestra identidad solo al hacer valer nuestros deseos individuales frente a la sociedad, al expresar nuestros sentimientos y cumplir nuestros sueños, sin importar lo que diga la gente.

Hay muchos problemas graves con el *yo soberano* como una filosofía de vida. Para empezar, supone que sabemos lo que queremos, que nuestros deseos internos son coherentes y equilibrados. La modernidad te indica que descubras tus deseos más profundos y los satisfagas, pero nuestros deseos más profundos a menudo se contradicen entre sí. Un deseo de una carrera estelar con frecuencia estará en conflicto con el deseo de una relación. Además, nuestros sentimientos cambian de continuo. Entonces, una identidad que se basa en nuestros sentimientos será inestable e incoherente.²⁷

Un problema incluso más grave es que una identidad que se basa en expresarnos, sin escuchar lo que dicta el exterior, es en realidad una ilusión. Una exponente popular del «yo soberano» fue Gail Sheehy, en libros como el influyente *Passages* [Pasajes] de 1976. Ella insiste en que solo puedes ser tú mismo cuando puedes mirar a tu interior y expresarte al margen de cualquier «valoración o reconocimiento externos».²⁸ Esto es a todas luces imposible.

Imagina un guerrero anglosajón en Gran Bretaña en 800 d.C. Tiene

dos fuertes impulsos y sentimientos internos. Uno es la agresión. Le gusta destruir y matar personas cuando le muestran falta de respeto. Al vivir en una cultura de deshonra y honor con su ética de guerrero, se identificará con ese sentimiento. Pensará: *¡Ese soy yo! ¡Eso es lo que soy! ¡Eso es lo que expresaré!* El otro sentimiento es una atracción por gente del mismo sexo. En cuanto a eso, él pensará: *¡Ese no soy yo! ¡Controlaré y reprimiré ese impulso!* Ahora, imagina a un hombre joven paseando por Manhattan hoy. Tiene los dos mismos impulsos internos, igualmente fuertes, igualmente difíciles de controlar. ¿Qué pensará? Considerará la agresión y pensará: *Esto no es lo que quiero ser*, y buscará librarse de eso con la terapia y programas para el manejo de la ira. Sin embargo, considerará su deseo sexual y concluirá: *Eso es lo que soy.*

¿Qué nos enseña este experimento de reflexión? Ante todo, revela que no obtenemos nuestra identidad solo desde el interior. Más bien, obtenemos algún tipo de tamiz moral interpretativo y pasamos a través de este nuestros sentimientos e impulsos. Este tamiz nos ayuda a decidir los sentimientos que constituyen el «yo» y deberían expresarse, y los sentimientos que no forman parte del «yo» y no deberían expresarse. Entonces, este tamiz de creencias interpretativas (no una expresión innata y pura de nuestros sentimientos), es lo que da forma a nuestra identidad. A pesar de las protestas en contra, sabemos por instinto que nuestro interior más profundo es insuficiente para guiarnos. Necesitamos algún estándar o norma que, desde afuera, nos ayude a poner en orden los impulsos en conflicto de nuestra vida interior.

¿Y dónde obtienen nuestro guerrero anglosajón y nuestro hombre moderno de Manhattan sus tamices? De sus culturas, sus comunidades y sus historias heroicas. En realidad, ellos no solo «eligen ser ellos mismos», sino que están filtrando sus sentimientos, desechando

algunos y aceptando otros. Están escogiendo ser, pensar y sentir lo que sus culturas les indican que pueden ser, pensar y sentir. Al fin y al cabo, una identidad que se basa independientemente en tus propios sentimientos internos es imposible.

La realidad es que no podemos otorgarnos dignidad tanto como no podemos definir nuestra propia identidad. En verdad, van juntas. En *The Need for Recognition* [La necesidad de reconocimiento], Charles Taylor cita el libro de Gail Sheehy y su consejo de que no debemos preocuparnos por lo que otros piensen, sino que debemos pronunciar el veredicto de trascendencia sobre nosotros mismos.²⁹ Taylor sostiene que esto también es imposible.³⁰ Es imposible tener relevancia a través del autorreconocimiento; debe venir en gran medida de otros. Al fin y al cabo, no puedes nombrarte a ti mismo ni bendecirte a ti mismo. No puedes pensar: *No me importa que todos los que conozco piensen que soy un monstruo. Me amo y eso es lo único que importa.* Eso no nos convencería de nuestro valor, a menos que estuviéramos mentalmente enfermos. Necesitamos a alguien de afuera que nos diga que somos de gran valor y, cuanto mayor es el valor de la persona que nos lo dice, más poderoso es ese reconocimiento para la formación de nuestra identidad. Entonces, si pretendemos autenticarnos y validarnos a nosotros mismos, nos colocaremos en una espiral infinita de engaño que nos conducirá al narcisismo o al autodesprecio.

La arraigada necesidad de afirmación externa y reconocimiento, junto con la negación presente de esta realidad de la naturaleza humana, pone una enorme presión sobre el yo moderno tardío. En las sociedades tradicionales, si eras solo un buen hijo, cónyuge o padre, estabas haciendo todo lo que tu sociedad exigía. Eso podía ser asfixiante y limitante, pero la escala para el reconocimiento no era demasiado alta. Sin embargo, el proceso moderno de formación de la

identidad te indica que salgas y que hagas algo de ti mismo de la nada. Debes identificar tus sueños (en especial, los más vívidos) y alcanzarlos, o sentirás que has fracasado. Esa perspectiva destroza a los que están en muchos segmentos de nuestra sociedad donde el dinero, la belleza, el poder, el éxito, la sofisticación y el amor romántico se han vuelto no solo buenas cosas, sino factores necesarios para la identidad.³¹

Y aquí es donde la oferta del cristianismo puede reconocerse como liberadora. En términos bíblicos, somos socialmente interdependientes y seres valiosos porque fuimos hechos a la imagen del Dios trino: la *imago dei*. Esto quiere decir que nuestro valor es *inherente* (viene del simple hecho de ser humano) y *contingente* (nos recuerda cuán dependientes somos de Dios). Es una identidad que no se obtiene; se recibe. Asimismo en el evangelio, en la obra de Cristo, esa identidad es bautizada en algo todavía más grande. No se obtiene por nuestro desempeño de los roles sociales, ni por nuestro cumplimiento de las normas morales y religiosas, ni por nuestro éxito y avance en nuestra posición social. Es el máximo reconocimiento: la aprobación de Dios como Él nos ve en Jesucristo. Es «ser encontrado en Él, no tener un historial propio que procede de mi comportamiento y esfuerzo, sino que es por la fe en Cristo, la justicia que viene de Dios sobre el fundamento de la fe» (Fil. 3:9, paráfrasis mía).

Puedes predicar sobre el enfoque cristiano respecto a la identidad a partir de muchos textos bíblicos y temas.

La mejor manera es sacar las implicaciones de tres de los beneficios cruciales de la salvación de Cristo: la justificación como legalmente justo, la adopción en la familia de Dios y la unión con Cristo, estar «en Él». Cada uno de estos grandes temas teológicos tiene inmensas implicaciones para nuestra identidad, ya que son cuestiones que recibimos, en lugar de obtenerlas, y cada uno desafía y a su vez

satisface las aspiraciones modernas tardías para la identidad. Por ejemplo, un cristiano, por así decirlo, llega a tener una autoestima mucho más elevada mediante una autoestima mucho más baja. Solo si nos arrepentimos y admitimos que somos mucho peores de lo que jamás imaginamos podemos llegar a ser justificados, adoptados y unidos con Cristo, y por tanto mucho más amados y aceptados de lo que jamás esperamos. La identidad cristiana produce entonces una profunda humildad aun cuando nos concede un amor infinito y un sentido de valor. De esta manera, la identidad cristiana analiza y a la vez completa los deseos modernos de identidad.

Hay otros temas bíblicos que se relacionan con esta narrativa. Dios nos llama por Su nombre (Isa. 43:7; 2 Crón. 7:14; Mat. 28:19). La pregunta de la identidad no es «¿quién soy?», sino «¿de quién soy?». Puesto que la identidad siempre viene del elogio y reconocimiento de alguien externo, quien sea o lo que sea esa fuente tiene el título de propiedad de nuestro corazón. Nosotros le pertenecemos. Como obtendremos su aprobación solo si cumplimos, nuestro valor propio oscilará desenfrenadamente según nuestro desempeño. Seremos esclavos. Solo si Dios nos nombra y lo servimos, seremos libres de la esclavitud porque nos concede amor sobre la base del comportamiento de Jesús, no el nuestro. Si Él nos nombra, si somos Suyos, podemos finalmente descansar en nuestra identidad como Sus hijos.

El interés moderno de tener una identidad única también se aborda en la enseñanza bíblica. La Biblia enseña que Dios nos da nuestro propio nombre (Isa. 62:2; Apoc. 2:17), el cual se desarrolla poco a poco a través de nuestras vidas, a medida que el Señor nos muestra las diferentes cosas que nos ha llamado a hacer por Él en el mundo (Ef. 2:10). Hay algunas obras que solo nosotros podemos hacer, algunas manos que solo nosotros podemos sostener, ciertas heridas

que solo nosotros podemos curar, gracias a la identidad única que Él está formando en nosotros. Además, a diferencia de las personas de otras culturas, las de la edad moderna pueden identificarse con la enseñanza bíblica de «quitarse el ropaje de la vieja naturaleza» y «ponerse el ropaje de la nueva naturaleza» (Ef. 4:22-24). La narrativa cultural simplista es que deberíamos solo expresar nuestros deseos más profundos. En realidad, sabemos que hay algunas cosas en lo profundo de nuestro corazón que nos impiden transformarnos en aquello para lo cual fuimos creados. Entonces, el proceso de santificación, de crecimiento a la semejanza de Cristo, es además el proceso de llegar a tener la identidad que Dios quiso para nosotros.

Cómo abordar la narrativa de la sociedad: la libertad negativa absoluta

¿Qué aspecto de la narrativa de la sociedad moderna tardía podemos afirmar desde la Biblia? Mucho. Como Taylor sostiene, la doctrina fundamental protestante de que somos salvos solo por la fe (no solo por ser miembros de una iglesia ni por expresar el orden cósmico a través de la participación responsable en una clase o casta social) significa que cada persona tiene que tomar una decisión consciente y deliberada de creer. Por tanto, la importancia en Occidente de la libertad individual y la elección personal (a diferencia de los compromisos definidos cultural o tribalmente) surgieron de la teología protestante.³²

Sin embargo, la intensificación de esta narrativa moderna tardía va más allá del revolucionario concepto bíblico de libertad. La libre elección sin límites se ha vuelto casi sagrada. Los filósofos lo llaman «libertad negativa» (libertad *de* las restricciones), que contrasta con la «libertad positiva» (la libertad *para* emprender algún buen objetivo). La libertad negativa absoluta se convierte en el principal bien moral, de modo que «el [único] pecado que no se tolera es la

intolerancia».³³ Esto plantea muchos problemas, tanto filosóficos como prácticos.

Uno es que la sacralización que hace esta narrativa de la elección personal erosiona la comunidad y fragmenta la sociedad. Recuerda la cita de Taylor de que «para tener alguna clase de sociedad en la que se pueda vivir, tienen que restringirse algunas elecciones, tienen que respetarse algunas autoridades y tiene que asumirse alguna responsabilidad individual».³⁴ Los sociólogos han documentado el crecimiento de la desvinculación cívica y política de los adultos más jóvenes.³⁵ Cuanto más apuestan las personas a la comprensión moderna tardía del *yo soberano* y su hermano menor, la *libertad negativa absoluta*, menos sienten que son una parte leal del gran cuerpo político.

Otro problema con esta narrativa de la libertad es la inviabilidad de lo que se ha llamado el «principio del daño». Taylor lo resume así: «Nadie tiene el derecho de interferir conmigo por mi propio bien, sino solo para impedir que haga daño a otros».³⁶ El principio del daño parece convertir la libertad de elección en un absoluto de autocorrección. Según este punto de vista, una sociedad no necesita establecer ningún principio moral; puede ser «libre de valores». Cada quien es libre de vivir de la manera que escoja, siempre y cuando no limite la libertad de otra persona. Sin embargo, el talón de Aquiles de esta teoría es la suposición de que todos sabemos cuál es el «daño» o de que podemos definirlo sin recurrir a creencias profundas sobre el bien y el mal.

Una persona afirma que no le causa daño a nadie que un hombre consuma pornografía en privado en su propia casa. Sin embargo, otros responden que la pornografía moldea cómo ese hombre habla y actúa con otros, en particular con las mujeres. Debajo de estas diferentes conclusiones sobre el daño, yacen diferentes puntos de vista sobre la

manera buena o mala en que los individuos se relacionan con la comunidad. Es decir, cualquier decisión sobre lo que daña a otros se basa en puntos de vista específicos de la naturaleza humana, la felicidad, lo bueno y lo malo, cada cual es un asunto de fe. Por lo tanto, incluso si todos coincidimos en que la libertad debería restringirse si daña a otras personas, como no podemos ponernos de acuerdo en lo que el daño implica, el principio es inútil en la práctica.

La narrativa de la libertad también empobrece la búsqueda del significado en la vida. Al científico de Harvard Stephen Jay Gould, se le preguntó: «¿Qué sentido tiene la vida?», y él respondió: «Estamos aquí porque un peculiar grupo de peces tenía una curiosa anatomía, una aleta que pudo transformarse en patas para las criaturas terrestres. [...] Podemos anhelar una “mejor” respuesta, pero no la hay. Esta explicación, aunque aparentemente perturbadora, es en última instancia liberadora. [...] Nosotros mismos debemos construir estas respuestas».³⁷ Si no hay Dios y no hemos sido puestos aquí con algún propósito, entonces no hay significado «descubierto» para la vida; no hay propósito que existiera antes que nosotros, para el cual hayamos sido hechos y al que debemos ajustarnos. Esta ausencia nos libera, afirma Gould, para decidir qué tiene significado para nosotros. Tal vez descubramos que edificar casas, pintar cuadros o criar una familia nos infunde un propósito. Esos son los significados que elegimos.

Sin embargo, el filósofo Thomas Nagel indica que los significados creados son menos *racionales*, en principio, que los significados descubiertos. Según Nagel, la mayoría de nosotros coincidiría en que solo tenemos significado si sentimos que estamos marcando una diferencia, que lo que hacemos importa. No obstante, sostiene que, si no hay Dios y escribes una «gran obra de literatura que continúa leyéndose por miles de años», igualmente «al final el sistema solar se enfriará o el universo se reducirá paulatinamente y colapsará, y todo

rastros de tu esfuerzo se desvanecerá. [...] Si consideras la perspectiva global [...], no importaría si nunca hubieras existido». ³⁸ En otras palabras, si no hay Dios o cualquier cosa más allá de este mundo material, entonces al final no importará si fuiste bueno o cruel o un asesino. No habrá nadie que lo recuerde. Eso quiere decir que puedes vivir una vida con sentido solo si tienes *cuidado de no pensar* en las implicaciones de tu visión del universo. Esa no es una manera racional de vivir. Los creyentes religiosos, sin embargo, sacan un mayor sentido de la vida cuanto más piensan en las implicaciones de su visión del universo. Según su visión, las acciones correctas de hoy tienen un valor eterno.

Luc Ferry, otro ateo, señala un aspecto relacionado: estos significados creados no solo son menos racionales, sino también más egoístas. Podemos decidir entregar nuestras vidas al servicio de las necesidades médicas de la gente pobre, pero ¿qué trascendencia tiene esto dentro de un contexto secular? La respuesta correcta, según la narrativa de la libertad, es que no lo hacemos porque estamos obligados, sino porque decidimos que esta actividad fuera significativa para nosotros. Sin embargo, argumenta Ferry, eso quiere decir que, en realidad, estamos ayudando a los enfermos por *nuestro* bien, no por el de ellos. Lo hacemos porque nos hace sentir dignos e importantes. ³⁹ Los significados creados por uno mismo se aproximan terriblemente a vivir para uno mismo.

La última razón por la que, a fin de cuentas, esta narrativa no funciona es que la idea moderna de la libertad es una ilusión. Recuerda que el concepto moderno de libertad es la libertad negativa absoluta, la ausencia de restricciones. Mientras menos limitaciones tenga sobre mis deseos, decisiones y acciones, parecería que soy más libre. Sin embargo, esto no hace justicia a la complejidad de las dimensiones de la libertad y las realidades de la vida encarnada y

comunal.

Un hombre de 60 años tiene un fuerte deseo de comer alimentos grasos, pero, si ejerce con regularidad su libertad de sucumbir a ese deseo, su vida se restringirá de alguna manera. Debe escoger perder una libertad menos importante (comer estos alimentos que disfruta) en función de una libertad más grande (salud y larga vida). Si quieres las libertades que vienen con ser un gran músico, la habilidad de conmover a las personas con tu música y ganar un buen sueldo para tu familia, tendrás que renunciar a tu libertad de hacer otras cosas, con el fin de practicar durante años ocho horas diarias. Entonces, la libertad no es solo la ausencia de restricciones, sino que consiste en encontrar las restricciones correctas y liberadoras. En otras palabras, debemos aceptar pérdidas de la libertad táctica con el fin de obtener las ganancias de la libertad estratégica. Solo puedes crecer cuando pierdes algunas clases inferiores de libertad para ganar clases superiores. Entonces, no existe la libertad negativa absoluta.

La prueba suprema de que la narrativa de la libertad no funciona es el amor. Ninguna relación de amor puede crecer a no ser que cada persona sacrifique alguna libertad con el fin de servir al otro; pero estas restricciones, si se aceptan de manera recíproca, conducen a diferentes liberaciones de la mente y el corazón que solo el amor puede aportar. La mayoría de las personas afirmará que se siente más «cómoda consigo misma» cuando se siente amada de verdad y ama a otra persona, pero eso requiere renunciar a la libertad de la completa autonomía. Como hemos visto, la narrativa moderna tardía de la libertad socava la comunidad humana en general. Sin embargo, es principalmente corrosiva para el matrimonio. Una persona de la modernidad tardía, controlada por las narrativas de la libertad y la identidad, quiere una esposa que «me acepte como soy» y no te exija que cambies ni requiera que sacrifiques ninguno de tus numerosos

deseos, intereses y sueños. Esta clase de matrimonio es una ficción; no existe.⁴⁰

Esta es la mejor manera de abordar la narrativa de la libertad en tu predicación. Demuestra que, a nivel humano, el amor no crece ni sobrevive junto al egoísmo de la concepción de la modernidad tardía de la libertad y la elección. Esto surgirá cuando prediques sobre las relaciones de amor en textos como 1 Corintios 13 y Colosenses 3. Y, si experimentamos esto en el ámbito humano, será aún más cierto en nuestra relación con Dios. En el matrimonio, perdemos nuestra independencia con el fin de obtener una nueva libertad; entonces, si nos entregamos a Dios, nuestro verdadero amor, seremos más libres de lo que podemos imaginar. Seremos libres de temores, inseguridades y vergüenza. Seremos libres para perdonar, amar a otros y enfrentar el sufrimiento como antes no podíamos hacerlo.

Incluso el tema del reino de Dios, cuando se predica de manera apropiada y completa, desafía directamente y a su vez satisface el deseo moderno tardío de libertad. En la vida cotidiana, podemos ver cómo las disciplinas (las «pérdidas» de libertad, como ensayar y hacer dieta) conducen a otras clases de beneficios de libertad. También vemos cómo, cuando los empleados se someten al liderazgo de un gerente excelente o los miembros de un equipo a un gran entrenador, todos en el equipo se dan cuenta del potencial de esta persona y progresan. Someterse a las reglas correctas y al líder correcto puede llevar a toda suerte de grandes libertades. Si este es el caso, entonces ¿cuánto más liberador será someterse al verdadero Rey de nuestras almas? Cuando la Biblia habla del regreso de Dios a juzgar la tierra, incluso el orden creado es liberado de la corrupción (Sal. 96:11-13; Rom. 8:20-23).

Esto apoya la famosa afirmación de Jesús, de que conocerlo nos hace «libres» (Juan 8:31-36), es decir, que «la máxima esclavitud es

[...] la rebelión contra el Dios que nos ha hecho. El amo déspota no es César, sino el ignominioso egocentrismo, una devoción maligna y esclavizante a las cosas creadas a expensas de la adoración al Creador». ⁴¹ Los pasajes sobre la liberación del pecado, en Romanos 6–8 y Gálatas 4–5, pueden cubrir los mismos temas, al igual que la enseñanza de Santiago 1–2 sobre cómo la libertad viene de la obediencia a la ley. Explica también la afirmación del Antiguo Testamento de que la obediencia a la ley es liberadora y debemos escogerla con libertad (Sal. 119:32) y que, a su vez, ella nos libera (Sal. 119:45). ⁴²

Cómo abordar la narrativa de la moralidad o la justicia: la moralidad que uno mismo aprueba

Las personas seculares se enfurecen cuando los cristianos las llaman «relativistas», y con razón. A diferencia del pasado, «ahora vivimos en una cultura sumamente moral» en la que «el sufrimiento y la muerte a causa de la hambruna, las inundaciones, los terremotos, la pestilencia o la guerra pueden despertar [...] amplios movimientos de compasión y solidaridad práctica» de formas inauditas en el pasado o en otras partes del mundo. ⁴³ En el pasado y en muchas partes del mundo hoy, la vida humana se consideraba algo sin valor y el individuo no contaba para nada. Por fortuna, Occidente secular es diferente. Y los cristianos deberían estar agradecidos por esto.

No obstante, es necesario plantear la siguiente pregunta a la gente de la modernidad tardía: *¿Por qué deberíamos reformar el mundo y respetar los derechos de los demás?* Según la visión moderna de las cosas, no podemos fundamentar la moralidad fuera de nosotros mismos (ya sea en la voluntad de Dios, en el karma o en algún ámbito cósmico de los ideales morales). En esto, la mente moderna tardía se diferencia de toda religión o cultura de la historia. En realidad, para distanciarse de opiniones anteriores, la mayoría de la gente secular

preferiría afirmar que está comprometida con la *justicia* y no con la *moralidad*. Debemos ser nuestros propios «legisladores de significado»,⁴⁴ de modo que los ideales seculares de justicia y moralidad son *aprobados por nosotros mismos*.⁴⁵ Esta puede ser la más problemática de todas las narrativas básicas de la modernidad tardía. No tiene fuentes morales ni fundamentos en qué basar sus ideales. Esto conduce a tres problemas principales.

El primero es la *motivación* moral. ¿Por qué deberíamos interesarnos por los pobres y hacer justicia? La motivación de los cristianos para la reducción de la pobreza, la desigualdad y el sufrimiento es el *agape*, la extensión del amor radical que hemos recibido de Dios y que ofrecemos a otros. Ahí yace la fuente moral de la benevolencia cristiana. No obstante, ¿cuál es la motivación de la benevolencia secular?

Una motivación general, sostiene Luc Ferry, es un «sentimiento de satisfacción y superioridad cuando contemplamos [...] las sociedades conservadoras».⁴⁶ En otras palabras, basamos nuestra autoestima moral en ser más liberales o tolerantes en nuestros valores que los demás. Esta no es solo una motivación frágil y egoísta, sino que hace a nuestra filantropía «vulnerable a la volatilidad de la atención mediática y a las distintas maneras promocionadas para hacernos sentir bien».⁴⁷ Como estamos haciendo el bien a los demás para aumentar nuestro sentido de valía y superioridad, nuestra benevolencia se convierte fácilmente en indiferencia ante las decepciones del servicio y la ayuda a otros en la vida real.⁴⁸ Por el contrario, el *agape* cristiano motiva la benevolencia a través de nuestra humillación, al mostrarnos que somos pecadores amados, de manera que dedicarnos a los demás no se basa en un sentido de superioridad, sino en haber entendido nuestra propia carencia.

Otra posible motivación secular para la benevolencia no está en la

lista de la caridad paternalista, sino que es un simple enojo ante la injusticia. «Luchamos contra la injusticia que clama [...] pidiendo venganza. Nos mueve una apasionada indignación contra estas cosas: el racismo, la opresión, el sexismo...». ⁴⁹ Esto, sin duda, requiere la demonización de algunas personas con el fin de ayudar a los demás. Cualquier filósofo de la tradición de Nietzsche aprovechará cualquier oportunidad de exponer este motor motivacional. Nietzsche insistía en que la benevolencia y el activismo de justicia social en la sociedad moderna son en gran medida alimentados por el odio y el desprecio por los demás. ⁵⁰

El segundo problema es la *obligación* moral. Un eslogan que expresa esta narrativa cultural es «Dios no es necesario para que vivas una vida moral que incluye trabajar por el bien de todos». Dos libros recientes que defienden esto son *Good Without God: What a Billion Nonreligious People Do Believe* [El bien sin Dios: Lo que creen millones de personas no religiosas] y *Atheist Mind, Humanist Heart* [La mente atea y el corazón humanista]. ⁵¹ Estos afirman claramente que los ateos y los no religiosos pueden ser, y son, personas sumamente morales: viven con integridad, ayudan a otros con sacrificio y viven expresando amor y justicia.

Cuando las personas seculares afirman que la conducta moral es posible sin Dios, tienen toda la razón. Desde un punto de vista cristiano, alguien que no cree en Dios es capaz de amar a su prójimo y hacer muchas cosas que demanda la ley de Dios. Esto es cierto no solo en la teoría, sino en la experiencia cotidiana; todos conocemos personas no religiosas que son generosas, morales y amorosas. Desde un punto de vista secular, los sentimientos morales pueden venir de muchas fuentes. Pueden ser producto de mi biología evolutiva o una función de mi trasfondo cultural, o pueden ser solo el producto de mi temperamento específico y de mis elecciones.

Pero, aunque sin duda hay sentimientos morales y conducta moral sin Dios, ¿cómo puede haber *obligación* moral? ¿Con qué criterio puedes afirmar: «No debes hacer X, por más que te parezca bien»? En la moral que uno mismo aprueba, puedes sentir que X está equivocado y refrenarte de hacerlo; pero entonces, por ejemplo, ¿con qué criterio puedes decirle al gobierno de algún otro hemisferio que tiene que conceder a las mujeres la igualdad de derechos? ¿Por qué deberían tus sentimientos e intuiciones morales sobre un asunto invalidar los de ellos? Todos tenemos valoraciones morales internas. ¿Qué sucede cuando las tuyas son distintas a las de personas de otras culturas o a las de tus vecinos o parientes? La única manera de pasar de los sentimientos morales a la obligación moral es recurrir a alguna fuente moral o norma de lo que está bien y mal que esté fuera de las culturas o de los individuos y que valide, invalide o modifique sus sentimientos morales internos conflictivos. Cada cultura hasta la nuestra ha tenido esta clase de mecanismo, una manera de apelar a las personas a que vivan como deberían, porque toda cultura siempre ha tenido algún consenso sobre una fuente moral ajena a ella misma. Sin embargo, el sistema moderno tardío no la tiene.

A esta altura, la secularidad está indefensa ante el mensaje fundamental de Friedrich Nietzsche. Él sostenía que el mundo está lleno de destrucción, caos, sufrimiento, explotación y brutalidad. Ahora bien, si este mundo natural es lo único que hay, entonces no puede haber nada «por encima» de esta vida; no hay una norma por la que juzguemos algunas partes de la vida como buenas y correctas, y otras partes como malas y equivocadas. No puede haber nada superior a esta vida, lo que significa que no hay ideales morales mediante los cuales juzgar o corregir algo en esta vida. Nietzsche argumentaba sin descanso que el humanismo secular era demasiado cobarde para reconocer las implicaciones de su visión secular del universo. Si

todas nuestras creencias morales son solo el producto de la biología evolutiva, entonces, aunque algunas cosas puedan *parecer* malas, no son malas en realidad. Puede parecernos que está mal que el pobre se muera de hambre para que otros acumulen riqueza y poder, pero no hay manera de afirmar que esto *en verdad* sea incorrecto, incluso para las personas que no sienten que está mal. Podrías expresar que es poco práctico (aunque muchas personas lo refutarían), pero no que sea inherentemente malo. Sin una fuente moral externa, la única manera de resolver estos conflictos inevitables entre los ideales morales, según Nietzsche, es el ejercicio del poder. Esto significa decir a otros que algo es bueno solo porque yo lo digo y tengo el poder para obligarlos a obedecer.

Esto nos conduce al último grave problema de la narrativa moderna de la moral. Mari Ruti, profesora en la Universidad de Toronto, expresa brevemente la profunda tensión en el pensamiento moral secular. Escribe: «Aunque creo que los valores se construyen socialmente, en lugar de ser dados por Dios, [...] no creo que la desigualdad de género sea más defendible que la desigualdad racial, pese a los esfuerzos constantes de convertirla en una “costumbre” específica de la cultura, en lugar de un ejemplo de injusticia».⁵² Observa que ella expresa que todos los valores morales están contruidos socialmente por los seres humanos, que no se anclan en Dios. Sin embargo, declara que su comprensión cultural (occidental) de igualdad *debe* ser acatada por todos. No da las razones para ello; solo lo afirma.

Este es un ejemplo destacado de lo que Taylor llama la «extraordinaria dificultad para expresarse [...] de la cultura moderna», que viene del punto de vista de que «las posiciones morales no están de ninguna manera basadas en la razón o la naturaleza de las cosas, sino que, en última instancia, cada uno las

adopta porque se encuentra atraído a ellas». ⁵³ Si propones una postura de que determinada conducta está mal y debe pararse, no hay manera de justificar o incluso de tener una conversación al respecto con alguien que está en desacuerdo. Lo único que puedes hacer es hablar más fuerte que la otra persona.

En su artículo «Conditions of an Unforced Consensus on Human Rights» [Condiciones para un consenso no forzado sobre los derechos humanos], Taylor presenta este dilema occidental. Puesto que la modernidad secular cree que sus valores no han venido de la cristiandad, sino que son producto de la razón objetiva, no puede pedir a ninguna otra sociedad que adopte los derechos humanos sin primero decirle que es retrógrada y que necesita abandonar el hinduismo, el islam, el budismo o su religión tribal y volverse secular. Taylor escribe: «Un obstáculo en el camino a [...] la mutua comprensión viene de la incapacidad de muchos occidentales de ver su cultura como una entre muchas». ⁵⁴ Los secularistas occidentales insisten en que su punto de vista sobre la igualdad de derechos es evidente para cualquier persona racional, pero las culturas orientales no están de acuerdo. Los ideales seculares de la benevolencia y los derechos universales «distan mucho de ser evidentes». ⁵⁵ Debido a que la gente verdaderamente secular no puede admitir que la fuente de sus valores morales fundamentales está en la historia cristiana, esto la convierte en tiránica.

Una de las mejores maneras en que el predicador cristiano puede abordar esta narrativa es identificar las visiones morales cristianas de donde se derivan muchos ideales morales seculares. Por ejemplo, el énfasis bíblico sobre la preocupación por el pobre y el marginado está presente en todos lados. La literatura sapiencial de Job, los Salmos y Proverbios habla sin cesar sobre vivir justamente, dar prioridad a los demás y preocuparse por las necesidades y los

derechos de los pobres.⁵⁶ Los profetas como Amós enseñan que Dios hace responsables a las naciones de responder a estándares de justicia social (Amós 1:1–2:3). Génesis 1 y 9 enseñan que todo ser humano está hecho a la imagen de Dios. Es siempre bueno presentar cómo la retórica y la acción del movimiento de los derechos civiles se basaron en gran medida en el concepto de que toda persona está hecha a la *imago dei*.⁵⁷ Sin embargo, frente a cualquier disyuntiva, es esencial enseñar cómo esta idea moral cristiana emana de la naturaleza de Dios y el mundo que Él ha creado, y concuerda con ellos. De esta manera, estás haciendo el trabajo de Nietzsche (!) al recordar a las personas de dónde vienen estas ideas y cómo tiene sentido solo en un universo personal, creado por Dios.

Es además importante para el predicador cristiano enseñar a su audiencia que la experiencia del *agape*, la gracia inmerecida de Dios en Cristo, lleva inevitablemente a una vida justa y compasiva. Santiago 2:14-17 nos indica que es imposible ser de verdad salvo por gracia mediante la fe y no tener compasión por el pobre. Santiago 1:9-11 señala que el evangelio humilla al rico y lo despoja de su arrogancia, y afirma al creyente más pobre y lo libra de su baja autoestima. El evangelio es social y motivacionalmente transformador.⁵⁸ Los oyentes seculares se sorprenderán al escuchar esto y a menudo reconocerán que, en comparación, sus propias motivaciones para hacer justicia son bastante más superficiales y negativas.

Otro tema bíblico importante que aborda esta narrativa es la enseñanza sobre la resurrección. Los cristianos no solo tienen una motivación más profunda para hacer justicia, sino además una esperanza más fuerte. Al final de los tiempos, según la Biblia, no viviremos para siempre en un ámbito inmaterial, sino que este mundo será renovado; tendremos cuerpos resucitados y toda injusticia,

sufrimiento, enfermedad y muerte serán eliminados. Como observamos antes, en los escritos de Miroslav Volf, creer en el día del juicio final, cuando todo lo malo será corregido, puede ser un poderoso incentivo para evitar la violencia y la venganza, y vivir en paz ahora, con la certeza de que al final se hará justicia en la tierra.

Por último, habrá algunas ocasiones en que, como vimos en el último capítulo, puedas usar «paréntesis apoloéticos». En esas ocasiones, puedes, en pocas palabras pero con claridad, señalar que las historias seculares de justicia no tienen fuentes morales fuera de sí mismas; que, si no existe Dios, Nietzsche tiene razón y no hay buenas razones para indicar a los demás que deban vivir desinteresadamente.

Cómo abordar las narrativas de la historia y la razón: la ciencia como la esperanza secular

Las narrativas de la historia y la razón se relacionan en cierto modo. Todavía existe una poderosa narrativa en nuestra cultura que afirma que la ciencia y la tecnología traerán un mejor futuro. Silicon Valley [centro líder de innovación y desarrollo de alta tecnología en Estados Unidos] es el epicentro de esta clase de pensamiento, con muchas «voces proféticas» que indican que, en el futuro, los problemas del envejecimiento, la enfermedad, la pobreza y la desigualdad serán resueltos o transformados.

No obstante, hay una fuerte reacción en nuestra cultura contra esta clase de optimismo. Una cantidad considerable de películas recientes retratan un futuro distópico, en el cual la civilización queda diezmada. Hay un pesimismo generalizado de que la tecnología está destruyendo nuestra privacidad, nos está deshumanizando y haciéndonos más vulnerables al futuro terrorismo y la explotación a una escala sin precedentes.

La respuesta cristiana a esto es que la idea moderna del avance histórico ha sido demasiado optimista sobre la historia y la naturaleza

humanas. Da por sentado que lo nuevo es siempre mejor, pero el sentido común nos dice que no es así. La historia es absolutamente inadecuada como guía moral. Los nazis estaban seguros de que ellos estaban «del lado correcto de la historia», igual que los comunistas. Sin duda, en la primera mitad del siglo xx, quizás la mayoría de los intelectuales occidentales pensó que el socialismo o el comunismo constituían «el lugar donde se dirigía la historia». Por otro lado, muchos en nuestra época se sienten demasiado pesimistas. Han rechazado la idea del progreso inexorable y la han cambiado por la idea opuesta de que la historia es, en palabras de Macbeth, «un cuento contado por un idiota, lleno de ruido y de furia, que no significa nada».

La respuesta cristiana a la visión demasiado optimista o demasiado pesimista del modernismo tardío sobre la historia es señalar la resurrección. El cristianismo es, al mismo tiempo, mucho más pesimista sobre la historia y la raza humana que cualquier otra cosmovisión y mucho más optimista sobre el futuro del mundo material que cualquier otra cosmovisión. Nuestro futuro es un universo material renovado con cuerpos resucitados; pero, por supuesto, la resurrección viene siempre después de la muerte y la destrucción. No hay razón para que los cristianos crean que cada década y etapa de la historia será mejor que la anterior, sino que creemos que todo conducirá de manera inevitable a un final glorioso.

Entonces, la perspectiva cristiana sobre la historia evita la utopía y el optimismo exagerado de la modernidad, pero también el pesimismo y el hastío de la distopía.

Los predicadores cristianos deberían abordar la narrativa de la razón de manera similar. Creer que todo tiene una explicación científica y que todos los problemas tienen una solución tecnológica es desalentadoramente ingenuo, y en el pasado tales sueños utópicos

han sido siempre decepcionantes. Casi siempre que los predicadores y maestros cristianos lleguen a un pasaje sobre la profundidad y la complejidad del mal (el mal sistémico y colectivo [«el mundo»], el mal interno [«la carne»] o el mal sobrenatural [«el diablo»]), deberían aprovechar la oportunidad para abordar esta narrativa cultural y enseñar que la psicología, la sociología y la tecnología nunca podrán, por sí solas, solucionar todos nuestros problemas, así como la razón no puede, por su cuenta, discernir los significados de las cosas.⁵⁹

La sabiduría es otro tema bíblico para que los predicadores cristianos introduzcan en este punto. Job 28 es un magnífico poema que aborda de frente la narrativa de la tecnología moderna. Celebra la tecnología humana de la minería y la artesanía del metal, pero luego pregunta: «Pero ¿dónde se halla la sabiduría? [...] [N]o se encuentra en este mundo» (Job 28:12-13). El conocimiento no es lo mismo que la sabiduría. El conocimiento supone datos y hechos, pero la sabiduría implica conocer cuál es la manera buena y correcta de vivir. La sabiduría aporta una comprensión de la naturaleza de la realidad que la ciencia no puede darte. La literatura sapiencial de la Biblia provee a los predicadores cristianos muchos temas y pasajes ricos para abordar con consideración la fe moderna tardía en la ciencia.

No te intimides

La idea de «enfrentarse» a las narrativas culturales básicas de la secularidad puede parecer intimidante. Aquellos que promueven la sabiduría de esta época, que desprecian a los cristianos por estar «en el lado equivocado de la historia», parecen estar muy seguros. Sin embargo, los predicadores y los maestros cristianos no deberían sentirse avergonzados o amenazados. Trata de recordar que estás en desacuerdo con un sistema de creencias mucho más que en guerra con un grupo de personas. Las personas de esta época son víctimas de la

mente moderna tardía, más que sus autoras. Desde este punto de vista, el evangelio cristiano se parece más a un escape de la prisión que a una batalla.

Pablo exclama: «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el erudito? ¿Dónde el filósofo de esta época? ¿No ha convertido Dios en locura la sabiduría de este mundo?» (1 Cor. 1:20). En su época, la cruz y la expiación no tenían sentido dentro de las cosmovisiones reinantes. Los filósofos trataron a Pablo con desprecio en el Areópago, en Hechos 17, y casi nadie creyó su mensaje. Sin embargo, responde la pregunta: ¿Dónde está ahora la sabiduría de ese mundo? Se acabó; desapareció. Ya nadie cree en esas cosmovisiones. Siempre será así. Las filosofías del mundo vendrán y se irán, surgirán y caerán, pero la sabiduría que predicamos, la Palabra de Dios, seguirá aquí.

CAPÍTULO SEIS

Predicar a Cristo al corazón

Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.

Mateo 6:21

La importancia del corazón

Es fundamental predicar bíblicamente y predicar a las narrativas culturales, pero esto no es suficiente. A menos que la verdad no solo sea clara, sino además *real* para los oyentes, entonces las personas no la obedecerán. La predicación no puede ser solo precisa y sana. Debe captar el interés y la imaginación de los oyentes; debe convencer y penetrar en sus corazones. Es posible solo afirmar y confrontar y sentir que hemos sido «valientes para la verdad», pero si somos secos o tediosos, las personas no se arrepentirán y no creerán la doctrina correcta que presentemos. Debemos predicar para que ocurra como en el primer sermón en Pentecostés, en el cual, después de oírlo, los oyentes «se compungieron de corazón» (Hech. 2:37, RVR1960).

Los lectores modernos de la Biblia casi siempre entienden mal el término *corazón*. Lo pasan a través de su tamiz contemporáneo y concluyen que se refiere a las emociones. Pero la Biblia a menudo habla sobre *pensar* con el corazón o *actuar* con el corazón, lo que no concuerda con nuestro concepto moderno en absoluto. Los antiguos griegos tampoco tenían una comprensión bíblica del corazón. La virtud era para ellos un asunto del espíritu sobre el cuerpo, y eso implicaba que la razón y la voluntad debían triunfar sobre las ingobernables pasiones físicas. Hoy nosotros continuamos enfrentando la mente con los sentimientos, pero hemos invertido radicalmente el antiguo orden. Las emociones son el «verdadero» yo, en lugar de los

pensamientos racionales.

La perspectiva bíblica del corazón es «ninguna de las anteriores». En la Biblia, el corazón es el asiento de la mente, la voluntad y las emociones, todo junto. Génesis 6:5 (LBLA) afirma sobre la raza humana «que toda intención de los pensamientos de su corazón era sólo hacer siempre el mal». Un comentarista escribe: «El *leb*, o el “corazón”, es el centro de la personalidad humana en la antropología bíblica, donde se originan la voluntad y el pensamiento; no es solo la fuente de las emociones, como en español».¹

Sin duda, el corazón produce las emociones, como el gozo en Deuteronomio 28:47, la tristeza en 1 Samuel 1:8, el enfurecimiento en 2 Reyes 6:11, la angustia en Juan 14:1 y el amor en 1 Pedro 1:22. Pero el corazón también piensa (Prov. 23:7; Dan. 2:30; Hech. 8:22) y quiere, hace planes y toma decisiones (Prov. 16:1, 9). Es la fuente de todas nuestras palabras (Mat. 12:33-34; Rom. 10:9). De manera más fundamental, el corazón pone su confianza en las cosas (Prov. 3:5). Bíblicamente, entonces, los «afectos» del corazón significan mucho más que el afecto emocional. El corazón confía y se compromete con aquello que más ama (Prov. 23:26).

La Biblia no conoce el dualismo entre «mente» y «corazón». Génesis 6:5 afirma que los pensamientos, los actos y los sentimientos del corazón surgen de la inclinación del corazón mismo. Mateo 6:21 es un versículo clave aquí: «Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón». Respecto a este versículo, un comentarista afirma que el corazón es el «centro de la atención y el compromiso de una persona».² Lo que valoramos y apreciamos en nuestro corazón, «con sutileza, pero infaliblemente, controla la dirección y los valores de toda la persona».³

Con razón, la Biblia declara que Dios ignora los aspectos externos y mira con mucha atención el corazón (1 Sam. 16:7; 1 Cor. 4:5; Jer.

17:10). Con razón, los profetas afirmaron que la obediencia a la ley e incluso la alabanza a Dios con la boca no significan nada sin un corazón entregado a Dios (Isa. 29:13; Jer. 12:2). Por eso, expresaron que la meta no es la mera observancia de la ley, sino un cambio del corazón, que la ley esté «[escrita] en [el] corazón» por el renacimiento espiritual (Jer. 31:33).

Cualquier cosa que capte la confianza y el amor del corazón controla los sentimientos y la conducta. Lo que más quiere el corazón, la mente lo encuentra razonable, las emociones lo consideran valioso y a la voluntad le resulta factible. Es fundamental, entonces, que la predicación conmueva el corazón para que deje de confiar y de amar otras cosas más que a Dios. Lo que transforma a las personas en lo que son es el orden de sus afectos: lo que aman más y lo que aman menos. Eso te define de modo más fundamental que incluso las creencias con las que mentalmente estás de acuerdo. Tus afectos muestran en qué crees de verdad, no lo que dices creer. Las personas, por tanto, cambian no solo al cambiar su modo de pensar, sino al cambiar lo que aman más. Tal cambio requiere nada *menos* que cambiar tu modo de pensar, pero implica mucho más.

Entonces, la meta del sermón no puede ser solo aclarar y hacer comprensible la verdad a la mente, sino además hacerla apasionante y real para el corazón. El cambio ocurre no solo al dar a la mente nuevos argumentos, sino al alimentar la imaginación con nuevas maravillas.⁴

La predicación y los «afectos»

Una de las contribuciones más perdurables de Jonathan Edwards es la psicología de la religión que se encuentra en su obra *The Religious Affections* [Los afectos religiosos]. En vez de aceptar la típica división occidental de «voluntad» frente a «emociones» (y así, la división del alma en tres partes: pensamientos, sentimientos y

voluntad), Edwards postula solo dos facultades. La primera es el «entendimiento», nuestra habilidad de percibir y juzgar la naturaleza de las cosas. A la segunda, la llama «inclinación», ya sea a que nos agrade o nos desagrada, a amar o a rechazar lo que percibimos. Edwards llama a esta inclinación la «voluntad» cuando participa de la acción, y el «corazón» cuando siente la belleza de lo que se percibe por medio del entendimiento. Los «afectos» son lo que Edwards llama las «manifestaciones [más] enérgicas e intensas» de esta facultad. En la Biblia, se llama «el fruto del Espíritu»: amor, gozo, fervor, gratitud, humildad.

Estos afectos están, sin duda, cargados de emociones, pero no son idénticos a ellas. Los afectos son la inclinación de toda la persona cuando percibe la belleza y la excelencia de algún objeto. Cuando nuestro corazón se inclina al objeto del amor, nos impulsa para obtenerlo y protegerlo. Las emociones pueden causarse por una variedad de estímulos físicos y psicológicos, y a menudo son efímeras, lo que da como resultado una conducta con pocos o ningún cambio. No obstante, los afectos son más duraderos y suponen las convicciones de la mente y cambios en las acciones y la vida. Edwards se niega a suponer una oposición entre el entendimiento y los afectos. Es decir, si una persona declarara: «Sé que Dios se preocupa por mí, pero sigo paralizado por el temor», Edwards replicaría: «Entonces, eso significa que no *sabes* de verdad que Dios se preocupa por ti. Si lo supieras, el afecto de la confianza y la esperanza fluirían dentro de ti».⁵

Ahora, estamos en una posición para ver cuán importantes son estos conceptos del corazón y los afectos para los predicadores. Si Edwards tiene razón, entonces no hay oposición entre la «mente» y el «corazón». No debemos suponer, por ejemplo, que si nuestra audiencia es materialista, solo es necesario exhortarla para que ofrende más. Eso tendrá efecto exclusivamente sobre la voluntad. Y

producirá culpa pasajera, lo cual puede redundar en la ofrenda de ese día, pero no producirá un cambio a largo plazo en los patrones de vida de las personas porque no se llegó al corazón. Tampoco deberíamos relatar simplemente historias de personas cuyas vidas han sido cambiadas a través de actos de generosidad. Eso tendrá un efecto directo sobre las emociones, al generar compasión o inspiración y (quizás) al provocar un impulso pasajero para dar más dinero para una causa, pero, de nuevo, la emoción se desvanecerá y no habrá un cambio a largo plazo.⁶

Si las personas son materialistas y poco generosas, esto quiere decir que no han entendido de verdad cómo Jesús, siendo rico, se hizo pobre por ellas. Quiere decir que no han entendido lo que significa que, en Cristo, tenemos todas las riquezas y los tesoros. Pueden estar de acuerdo con esto como una doctrina, pero los afectos de su corazón están aferrados a las cosas materiales y encuentran en ellas más excelencia y belleza que en el mismo Jesús. Quizás tengan una comprensión intelectual superficial de la riqueza espiritual de Jesús, pero no la han comprendido de verdad. Por eso, en la predicación, debemos volver a presentar a Cristo de tal manera que Él sustituya las cosas materiales en sus afectos. Esto no solo requiere argumentos racionales y enseñanza doctrinal (aunque, sin duda, las incluye), sino también la presentación de la *belleza* de Cristo como Aquel que renunció a Sus riquezas por nosotros.

Edwards creía que, en la raíz de los afectos de cada corazón, está la «excelencia», aquello que se valora y en lo cual se confía por su mismo mérito.⁷ Edwards definió a un cristiano nominal como alguien a quien Cristo le es útil (para obtener aquellas cosas que el corazón consideró «excelentes» o bellas), mientras que un verdadero cristiano es aquel que considera hermoso a Cristo por quién es en sí mismo. En la que es quizás su mejor reflexión sobre esta dinámica, Edwards

indica:

Dios ha dotado a la mente humana de una doble comprensión sobre lo que es bueno. El primer aspecto es solo conceptual [...] y el otro consiste en el sentido del corazón, como cuando el corazón es sensible al placer y al deleite en la presencia de la idea del bien. En el primer caso, solo se ejerce [...] el entendimiento, a diferencia de la [...] *disposición* del alma. Por eso, hay una diferencia entre tener una *opinión* de que Dios es santo y lleno de gracia, y tener una *sensación* de la hermosura y la belleza de esa santidad y gracia. Hay una diferencia entre tener un juicio racional de que la miel es dulce y tener una percepción de su dulzura. Un hombre puede tener lo primero aunque no conozca cómo sabe la miel, pero no puede tener lo último a menos que tenga una idea en su mente del sabor de la miel.⁸

Hace muchos años, en mi primer cargo como pastor, conocí a una jovencita en nuestra congregación. Tenía casi 16 años en ese tiempo y se sentía desanimada y deprimida. Traté de animarla, pero hubo un momento revelador cuando dijo: «Sí, yo sé que Jesús me ama, que me salvó, que me va a llevar al cielo; pero ¿de qué sirve cuando ningún joven en la escuela siquiera me mira?».

Ella afirmó que «sabía» todas estas verdades sobre ser cristiano, pero que no eran de consuelo para ella. La atención (o la falta de atención) de un joven bien parecido de la escuela era mucho más reconfortante, estimulante y fundamental para su gozo y autoestima que el amor de Cristo. Sin duda, esta era una respuesta perfectamente normal para una adolescente. No obstante, fue una imagen reveladora de cómo funcionan nuestros corazones. Edwards indicaría que ella tenía la opinión de que Jesús la amaba, pero en realidad no *conocía* ese amor. El amor de Cristo era un concepto abstracto, mientras que el amor de otros era real para su corazón. Esa era la realidad que había captado su imaginación.

En Efesios 3, Pablo ora por sus lectores y pide que «por fe Cristo habite en sus corazones [...] y [...] que conozcan ese amor que sobrepasa nuestro conocimiento, para que sean llenos de la plenitud de Dios» (Ef. 3:17-19). El apóstol está hablando a cristianos y, en otra parte, indica que, si eres cristiano, Cristo ya habita en tu corazón, ya conoces sobre el amor de Dios y tienes la plenitud de la vida. ¿Por qué no es esto una contradicción? Porque lo que es objetivamente verdadero para los cristianos no necesariamente lo es en el plano subjetivo. Por eso, Pablo ora para que ellos sean fortalecidos por el Espíritu en sus «corazones», su ser interior, para que puedan «comprender» el amor de Dios (Ef. 3:18). Pablo está orando por aquello mismo que se supone que debe ser tu objetivo siempre que predicas. Hay muchas cosas que los cristianos conocen, pero que no conocen en realidad. Conocen estas cosas en parte, pero no las han comprendido con el corazón ni son cuestiones que hayan captado su imaginación de tal manera que haya ocurrido un cambio radical desde adentro hacia afuera.

Este entendimiento de los afectos influenció de manera profunda la propia predicación de Edwards. En uno de sus sermones (sobre Gén. 19:14), sostiene: «La razón por la cual los hombres ya no le dan importancia a las advertencias del castigo futuro es que no les parece real».⁹ Esto es, en esencia, el principal problema espiritual y el principal propósito de la predicación. Aunque las personas tengan un entendimiento superficial de una verdad, la verdad de Dios no es espiritualmente real para ellas. Si lo fuera, sus afectos estarían comprometidos y sus acciones habrían cambiado como resultado. En el caso del materialismo, la seguridad del dinero es, en un sentido espiritual, más real para las personas que la seguridad del amor de Dios y Su sabia providencia. No vivimos como deberíamos... no porque sepamos qué hacer y no lo hacemos, sino más bien porque lo

que pensamos que sabemos no es de verdad real para nuestros corazones.

Un cambio en los bancos

¿Cómo podemos hacer la verdad real para nuestra audiencia cuando predicamos?

Según Edwards, hay dos maneras en que «los prejuicios de la naturaleza [humana]» pueden superarse para que la verdad divina se vuelva real. «Hay dos aspectos necesarios para ser consciente de algo o para que las cosas nos parezcan reales: (1) creer en la veracidad del tema en cuestión y (2) tener una idea sensible o una expectativa al respecto».¹⁰ El primer aspecto exige que seamos convincentes y persuasivos. El concepto bíblico del corazón incluye la mente y el pensamiento. La predicación no solo debe relatar historias o pretender afectar las emociones. Debe ser lo que D. M. Lloyd-Jones a menudo llamó «lógica en llamas». Debemos razonar y argumentar con tenacidad, pero eso es solo el primer paso. Luego, como segundo paso, debemos ayudar a los oyentes a formar «ideas sensibles» cuando predicamos, una profunda preocupación de Edwards. Como veremos a continuación, esto se refiere a conectar los conceptos abstractos con la experiencia real de los oyentes para apelar a la imaginación y no solo al intelecto.

Las implicaciones de este cambio en la predicación son grandes. Si es cierto que somos el producto de nuestros afectos, de modo que lo que más amamos es lo que nos forma o moldea, entonces la predicación al corazón puede cambiar a las personas allí mismo en los bancos de la iglesia. Un sermón que solo informa a la mente puede dar a las personas cosas para hacer después de la reunión, pero un sermón que conmueve el corazón y lo lleva a pasar de amar una carrera o profesión, el elogio o la propia independencia a amar a Dios y a Su Hijo cambia a los oyentes en el momento.

Se dice que a D. M. Lloyd-Jones no siempre le gustaba que las personas tomaran notas cuando predicaba. Le parecía que eso era más apropiado para una conferencia o una clase. Pensaba que el trabajo del predicador era hacer que el conocimiento *cobrara vida*. Lloyd-Jones y Edwards pensaban que la predicación debería procurar causar una impresión en el oyente, y que esa impresión era más importante que «la información para llevar». Yo diría que está bien si los oyentes toman notas en la primera parte del sermón, pero, si lo siguen haciendo al final, quizás no estés alcanzando sus afectos.

Cómo predicar al corazón

Una parte de la predicación al corazón es conectar a las personas con su propio entorno cultural. Esto es lo que hemos llamado «contextualización» en la predicación, y ya hemos tratado esto con cierto detalle. En nuestra cultura occidental individualista, las personas viven con la ilusión de que sus corazones son el producto de sus propias decisiones conscientes; pero en realidad sus deseos y asuntos internos han sido profundamente moldeados por su época y lugar. Son mucho más un producto de la cultura que de una decisión personal. La buena predicación contextual valora, pero a su vez desafía las narrativas y las normas culturales, y ayuda a las personas a ver las cosas que son invisibles para ellas, pero que las controlan. Entonces, la contextualización puede ser sumamente liberadora.

Sin embargo, la predicación al corazón conlleva más que abordar estas narrativas culturales. Comprende otros aspectos más personales y pastorales, entre ellos predicar con afecto, con imaginación, con asombro, de manera memorable, cristocéntrica y práctica.

Predicar con afecto

Si quieres predicar al corazón, necesitar predicar *desde* el corazón. Debe quedar claro que tu propio corazón ha sido alcanzado por la verdad del texto. Esto conlleva transparencia no deliberada. Los predicadores que conmueven el corazón (en contraste con los que lo

manipulan) revelan sus propios afectos sin tratar de hacerlo. Lo que se requiere es que, cuando hables, se haga evidente en todo sentido que las verdades que estás presentando te han humillado, herido, sanado, consolado y exaltado, y que tienen poder genuino en tu vida.

Las alternativas a predicar con afecto son tres: podrías predicar con falta de expresión emocional. Esto haría evidente que tu propio corazón no está comprometido. Solo estás transmitiendo tu material, quizás con nervios o con desgano, pero en cualquier caso no hay gozo, asombro ni amor. Una segunda posibilidad es mostrar mero entusiasmo. Te mentalizas, «pones buena cara» como un atleta antes de un juego importante. Aquí podríamos decir que tus emociones están más comprometidas, pero lo que te motiva es la emoción de estar «sobre el escenario» y un deseo de hacerlo bien, ser dinámico y estar enfocado y preparado para que las personas tengan una buena imagen de ti. La tercera y peor alternativa es montar un espectáculo deliberado, adoptar un tono y un estilo imponentes y que suenen espirituales. Cualquier esfuerzo intencional de parecer alegre, humilde o lleno de amor será evidente para todos y tendrá el efecto opuesto sobre los oyentes que el que estás buscando.

Las personas pueden notar la diferencia. Los maestros y los predicadores de la Biblia suelen estar tan enfocados en prepararse y en presentar su contenido que no se dan cuenta hasta qué punto las personas no solo no están escuchando lo que ellos expresan, sino que están mirando *quiénes* son cuando predicán. Están examinando sus motivaciones, incluso sin darse cuenta. Pueden detectar si te preocupa más tu buen aspecto o sonar más autoritativo que honrar a Dios y amarlas a ellas.¹¹ Incluso, las personas que son conmovidas en cierto aspecto por tu presentación se resistirán de manera subconsciente en otro, de la misma forma en que muchos sienten cierto cinismo ante una publicidad sentimental, aunque contengan las lágrimas.

Entonces, si *intentas* ser afectuoso cuando predicas, estarás actuando. Simplemente, tienes que *ser* afectuoso cuando predicas. Tu corazón debe ser tierno hacia Dios y la gente. ¿Cómo puede la predicación afectuosa surgir de modo natural? En esencia, creo que se necesitan dos cosas.

La primera es conocer tu material tan bien que no estés absorto intentando recordar el punto siguiente. Si no lo conoces a fondo, consumirás energía solo para recordarlo o terminarás leyendo tus notas. No estarás saboreando y gozando la comida espiritual que le presentas a la gente; estarás demasiado distraído por la mecánica para hacerlo. Necesitas tener confianza en tu material y conocerlo muy bien o no podrás predicar desde el corazón. Para mí, esta clase de confianza y dominio viene no solo de haber dedicado suficiente tiempo a la preparación, sino además de repasar todo el mensaje en tu mente tres o cuatro veces antes de empezar a hablar. Cualquiera que sea el enfoque de tu preparación, las personas pueden notar la diferencia entre tus esfuerzos para recordar lo que deberías decir y el solo decirlo.

La otra cosa necesaria para predicar con afecto es una vida íntima de oración que sea profunda y rica. Si tu corazón no se dedica habitualmente a alabar y arrepentirse, si no estás de continuo sorprendido por la gracia de Dios cuando estás solo, es imposible que esto pueda suceder en público. No tocarás los corazones porque tu propio corazón no ha sido tocado.¹² En oración, no solo expresas: «Confieso mis pecados», sino que experimentas tristeza. No dices solamente: «Eres grande, Señor», sino que experimentas gozo y asombro. No solo declaras: «Gracias, Señor», sino que experimentas amor y gratitud. Puedes percibir el corazón de la santidad, la gloria y el amor de Dios. Si esto te sucede cuando oras, entonces puede sucederte cuando predicas. Por supuesto, si nada de esto te sucede

cuando oras, entonces no puede suceder cuando predicas.

Predicar con imaginación

Comprometer el corazón es también comprometer la imaginación, y la imaginación se ve más afectada por las imágenes que por las proposiciones. Aquí estamos hablando sobre lo que solemos denominar «ilustraciones del sermón». Durante la última generación, los predicadores han recuperado la importancia de los relatos o las historias. El sentido común indica que las historias captan el interés y se quedan en la mente; entonces a los predicadores se les suele aconsejar que entrelacen relatos en todo el sermón. Sin embargo, deberíamos pensar un poco más en la razón por la cual las historias son tan eficaces. Una ilustración conecta una proposición abstracta con el recuerdo de una experiencia en el mundo sensorial. Sobre esto, podemos aprender mucho de Jonathan Edwards. Él conocía bien el gran desafío del predicador: las personas podían estar de acuerdo con muchas proposiciones de la doctrina cristiana, sin que estas afectaran su manera de vivir. ¿Por qué?

Él sostenía que los seres humanos son criaturas atadas a sus cuerpos y, por causa de nuestra condición caída, las realidades espirituales simplemente no son tan reales para nosotros como las experiencias sensoriales: todo lo que vemos, oímos, tocamos, olemos y gustamos. Los objetos que podemos percibir con nuestros sentidos son reales para nosotros; son fáciles de recordar y causan impresiones que perduran. Aunque las personas pueden estar de acuerdo en que «las abstracciones son verdaderas, [...] solo las imágenes [cosas que han experimentado con los sentidos] parecen reales».¹³

La mayoría de las personas sabe que va a morir, pero, solo cuando tiene un roce físico real con la muerte, su mortalidad se vuelve real para ellas y esto afecta como viven su día a día. Para Edwards, la predicación es un «intento de construir un correlativo verbal a ese roce».¹⁴ Un sermón es un lugar para despertar a las personas a realidades a las cuales han asentido con la mente, pero que no han

comprendido con el corazón. La manera de hacerlo es conectar una verdad espiritual con el recuerdo de una experiencia sensorial vívida que ha tenido el oyente, la cual «representa lo espiritual en lenguaje concreto y supone algo casi tangible».¹⁵

Cuando, en «Sinners in the Hands of an Angry God» [Pecadores en manos de un Dios airado], Edwards afirma que «toda tu justicia no tendría [...] influencia para sujetarte y librarte del infierno», ofrece una proposición abstracta. Una de las verdades cardinales del cristianismo protestante es que no puedes ser salvo por tus buenas obras. Sin embargo, él no lo deja allí. Después de enunciar la proposición, añade: «Como tampoco una tela de araña puede frenar una roca al caer».¹⁶ ¿Qué acaba de hacer? Todos hemos visto con nuestros ojos y sentido con nuestras manos cuán frágil es una tela de araña. Sabemos que, si cae una roca sobre ella, no rebota en la tela, sino que pasa a través de ella casi como si no estuviera allí. Esta es una experiencia sensorial que todos hemos tenido o que podemos imaginar con facilidad.

Al relacionar la proposición con la experiencia, Edwards da a los oyentes una impresión sensorial que pueden recordar, no solo un pensamiento racional. Ante la declaración de la proposición, podemos asentir, pero la imagen de la roca y la tela de araña es más asombrosa. Edwards reúne dos campos del discurso: el lógico y el vivencial. Tus buenas obras son como una tela de araña y tu pecado es como una roca. La imagen atrapa la imaginación e ilumina la mente al mismo tiempo. Te ayuda a entender la doctrina de manera diferente. Enseña *cuán imposible* es ganar nuestro camino al cielo. La futilidad de ello te atrapa y permite que se asiente la verdad más a fondo en tu corazón.

También es posible, al usar ilustraciones en el sermón, construir una experiencia sensorial que no has tenido desde experiencias que sí has tenido. En 2 Samuel 11, David fue infiel con Betsabé, luego hizo

planes para que su esposo, Urías, muriera en batalla, y al final se casó con ella. Aunque, sin duda, tuvo algunos remordimientos, David en cierto modo justificó su conducta. Cabe suponer que lo hizo a través de la autocompasión, al decirse a sí mismo que las obligaciones de su cargo y los sacrificios que ellas requerían ameritaban este permiso. En el capítulo siguiente, el profeta Natán desafió al rey por su pecado. Sin embargo, no lo hizo de inmediato. Comenzó con una ilustración y añadió la proposición ética solo al final.

Natán le relató al rey la historia de un hombre rico con muchas posesiones y un hombre pobre que tenía solo una ovejita «que él mismo había comprado y criado. La ovejita creció con él y con sus hijos: comía de su plato, bebía de su vaso y dormía en su regazo. Era para ese hombre como su propia hija» (2 Sam. 12:3). Luego, Natán explicó que el hombre rico dio una fiesta, pero no quiso servirle a sus invitados comida de sus propios rebaños y, en cambio, robó la ovejita del hombre pobre y la preparó como plato principal. ¿Qué debería hacerse con este hombre rico?, le preguntó Natán al rey. «Tan grande fue el enojo de David» ante esta historia que le respondió a Natán que el hombre que hizo eso debía morir por haber hecho «algo tan ruin». Natán de inmediato respondió: «¡Tú eres ese hombre!» (2 Sam. 12:5-7).

David estaba lleno de argumentos que lo cegaban ante la injusticia en su propia vida. Entonces, Natán lo llevó (mediante la imaginación) a entrar en la experiencia de la vida de alguien más, donde puede ver la verdadera naturaleza de la injusticia y sentirse indignado. Por último, Natán conectó la proposición sobre la injusticia con la experiencia sensorial que David acababa de tener. En esencia, le dijo: «¿Ves la atroz injusticia en esta historia? Lo que has hecho es igual que eso». El sentimiento de horror que David tuvo en la experiencia sensorial que imaginó se unió entonces con su propio comportamiento.

Eso le atravesó el corazón y se arrepintió.

Déjame darte otro ejemplo de la Biblia sobre cómo funcionan las ilustraciones. Dios le dijo a Caín: «el pecado te acecha, como una fiera lista para atraparte. No obstante, tú puedes dominarlo» (Gén. 4:7). La palabra hebrea que se usa aquí denota un animal agazapado, quizás en la oscuridad, listo para saltar, despedazar y matar. Dios no solo expresó: «el pecado te meterá en problemas, Caín». Eso sería una abstracción. Al comparar el pecado con un animal depredador y peligroso, Dios no solo cautivó el corazón, sino también comunicó muchísima información sobre el pecado, mucha más de lo que podría haber logrado una mera proposición. Dios estaba indicando, por ejemplo, que, si Caín pecaba, su propio pecado terminaría consumiéndolo. Pecar es la acción suicida del alma humana. La imagen implica además que el pecado no solo es una acción pasajera; las acciones pecaminosas generan una realidad oscura y duradera en tu vida. El pecado genera malos hábitos; genera afectos torcidos. Estas cosas te controlan y empiezas a perder el control de ti mismo. Estás cediendo a algo que quiere matarte.

En este pasaje, Dios fue quien usó una ilustración: reunió dos campos del discurso, conectó una proposición abstracta con la experiencia sensorial, con el fin de hacer la verdad real para el corazón e influir en la vida entera. Dios afirmó que el pecado es como una pantera o un leopardo listo para saltar sobre ti, y su reacción es: *¡Qué increíble!*, porque ilumina la mente y provoca las emociones.

La esencia de una buena ilustración, entonces, es evocar una experiencia sensorial y conectarla con un principio. Eso hace que la verdad cobre vida, al ayudar a la audiencia a entenderla mejor y al inclinar más sus corazones a amarla.

Es fundamental tener presente que este es el objetivo y el propósito de una ilustración. Con frecuencia, los oradores narran historias que

no logran esto. Algunas veces, las historias despiertan las emociones, pero no iluminan la mente. Asegúrate de que tus historias sean verdaderas ilustraciones y logren ambas cosas.

Un tipo de ilustración es la analogía. Una analogía se ocupa principalmente de esclarecer la verdad para la mente, pero con un fuerte golpe sensorial.¹⁷ Podrías decir: «la justificación que Cristo ofrece es como estar en un tribunal, donde estás a punto de ser condenado a pagar una multa que no puedes pagar, pero entonces el mismo juez dice que *él* pagará toda la suma». Esto ayuda a las personas a comprender el concepto de la justicia que se cumple cuando otra persona carga con la deuda. Además, te enseña que el que te condena es también el que te salva. Todo esto esclarece la mente, pero apunta al corazón porque es fácil imaginar cómo te sentirías en esa situación a partir de memorias de experiencias similares. El oyente no solo obtiene información sobre la doctrina de la justificación, sino que además siente el alivio y el gozo de un acusado que ha sido absuelto de todos los cargos. Las analogías pueden también usarse para convencer. Si expresas: «Si alguien robó tu auto y lo destrozó, no quisieras que el juez dijera: “Perdonemos y olvidemos”. Querrías justicia. Entonces ¿por qué Dios debería pasar por alto todas las cosas malas que hemos hecho?»; en este caso, estás expresando: «Si estás de acuerdo con A, ¿por qué no con B, ya que B procede de A?».

El ejemplo es otro tipo de historia. A diferencia de la analogía, que compara dos cosas, el ejemplo da a los oyentes una «porción» más digerible de lo que estás hablando. Los ejemplos pueden usarse para aclarar las implicaciones prácticas de lo que afirmas. Si estás promoviendo la honestidad, podrías enumerar ejemplos comunes de no decir la verdad. Si estás hablando a favor de la generosidad, podrías dar ejemplos de actos generosos específicos.

El peligro de las historias a modo de ejemplo es que pueden afectar solo las emociones y no iluminar el entendimiento. Por ejemplo, podrías relatar la conmovedora historia de «una pobre familia, acurrucada alrededor del fuego, que acaba de comer el último bocado de comida, pero entonces llega...». Las historias pueden afectar directamente nuestros temores, nuestros sentimientos de culpa o nuestros prejuicios.

La forma más simple e ignorada de ilustración es la descripción verbal breve: usar solo una frase o incluso una palabra para relacionar una abstracción con una experiencia sensorial concreta. En vez de solo declarar: «Esto implica libertad», podrías decir: «Este es el llamado de Dios a la libertad». En vez de decir solo: «La resurrección confirma que tus pecados son perdonados», podrías declarar: «La resurrección ha estampado “Completamente pago” a través de toda la historia». Esto llena tu discurso con una apelación a los sentidos, la evocación de imágenes, sonidos e incluso olores y sabores en los oyentes. Edwards no relataba muchas historias; usaba mucho más las descripciones verbales y las metáforas extendidas, en las cuales Dios era semejante al sol y Su amor a una fuente o un fuego.

Predicar con asombro

Si vas a predicar al corazón, también debes suscitar el asombro. El conocido ensayo de Tolkien «On Fairy Stories» [Sobre los cuentos de hadas] sostiene que hay anhelos profundos e indelebles en el corazón humano que las historias de ficción no pueden satisfacer. La literatura fantástica (los cuentos de hadas, la ciencia ficción y la literatura similar) representa personajes que...

- salen del tiempo por completo;
- escapan de la muerte;
- se comunican con seres no humanos;
- encuentran un amor perfecto del cual nunca se separan;
- triunfan finalmente sobre el mal.

Sin duda, los lectores y espectadores saben que los cuentos de hadas son ficción, pero, cuando la historia es bien contada y descrita con ingenio, provee una clase peculiar de consuelo y satisfacción. Lo que llamamos «literatura fantástica» goza de una popularidad masiva y millones la siguen consumiendo. La perdurable atracción de las historias que representan estas condiciones es incuestionable. Pero ¿por qué? Como cristiano, Tolkien creía que la gente se identifica tanto con estas historias porque muestran una realidad subyacente. Incluso si no creemos intelectualmente que Dios existe o que hay vida después de la muerte, nuestros corazones (según la visión cristiana) sienten de algún modo que estas cosas caracterizan la vida como era, como debería ser y, finalmente, como será. Nos interesan muchísimo estas historias porque tenemos intuiciones de la trama de la creación, la caída, la redención y la restauración en la Biblia. Incluso si reprimimos intelectualmente el conocimiento de esa trama, no podemos no conocerla con la imaginación, y nuestros corazones se conmueven ante cualquier historia que la evoque.

La palabra en inglés *gospel* [evangelio] viene de un vocablo del inglés medieval, *Godspell*, que se deriva en dos palabras del inglés antiguo: *good* [bueno] y *spell* [historia o hechizo]. En el inglés antiguo, «contar una historia» era «lanzar un hechizo». Las historias captan el corazón y la imaginación, y nos dan una alegría profunda. El evangelio de Jesucristo es el *Goodspell* [la buena historia]. Es la historia a la que apuntan todas las demás historias que traen alegría, lanzan un hechizo o cambian el corazón. ¿Qué tiene de especial esta historia? Es la única que satisface todos estos anhelos y, además, es históricamente *cierta*.

Si Jesucristo fue en realidad levantado de entre los muertos, si es en realidad el Hijo de Dios y crees en Él, todas las cosas que más

anhelas son reales y se harán realidad. Escaparemos del tiempo y de la muerte. Conoceremos el amor y no habrá separación; incluso nos comunicaremos con seres no humanos y veremos el mal derrotado para siempre. En los cuentos de hadas, en particular en los mejores y bien contados, obtenemos un alivio temporal de una vida en la que nuestros deseos más profundos son rechazados con violencia. Sin embargo, si el evangelio es cierto, y lo es, todos estos anhelos serán satisfechos.

Los predicadores y los maestros cristianos deben predicar de modo que muestren a las personas la excelente noticia de esa verdad. Deben destacar estas cosas en todo momento y no perder el asombro ante tales afirmaciones extraordinarias. Aun los que creemos en el evangelio no podemos asimilarlo. No predicamos con las lágrimas de alegría que deberíamos tener tan a menudo. Cuando predicamos, siempre deberíamos abrirnos a entender realmente la maravilla de nuestro mensaje. Así, nosotros podemos, como Moisés, predicar con el rostro resplandeciente (Ex. 34:29-35; 2 Cor. 3:13).

Predicar de manera memorable

Algunos predicadores expositivos modernos dedican tanto tiempo a entender y explicar el texto que queda poco tiempo para pensar en otras dos cosas: la aplicación práctica y el uso fluido, memorable y sorprendente del lenguaje. Algo que hace que un sermón sea memorable es su perspicacia. En lugar de indicar a la audiencia cosas que ya sabe en términos que conoce, un discurso memorable está lleno de maneras perspicaces y frescas de comunicar conceptos, algunos que los oyentes quizás ya conozcan en cierto sentido, pero que los encuentran nuevos e interesantes. «Nunca antes lo escuché planteado de esa manera», afirman o piensan posteriormente. ¿Cómo puedes lograrlo? Me temo que la respuesta es múltiple. Si lees un par de libros sobre un tema o texto, solo tendrás una o dos grandes ideas sorprendentes. Si lees una decena de libros, tendrás muchas más. No veo ningún atajo aquí. La predicación esclarecedora viene de la

profundidad de la investigación, la lectura y la experimentación.

Una segunda cosa que hace memorable a una predicación es la oralidad. Muchos predicadores tienden a hablar (al menos durante los sermones y las charlas) mientras escriben. Sin embargo, la comunicación oral difiere de la escrita. Las presentaciones orales no deben contener tantas ideas; deberían ser más repetitivas porque los oyentes no pueden detenerse a reflexionar en las palabras, como los lectores. En general, no hacen falta muchos pasos en un argumento para que sea convincente. Los comunicadores orales deben usar vocabulario más sencillo. Pueden de manera efectiva comenzar oraciones con «pero» o «y», sin sonar demasiado coloquiales.

La retórica culturalmente apropiada también hace que los sermones sean memorables. Es fácil para los predicadores caer en un estilo rígido de hablar, similar al escrito, o en un estilo conversacional que distrae. Ninguno será tan memorable como la comunicación marcada por los recursos retóricos que se ajustan a tu cultura. Hay decenas de estos recursos, y suelen captarse o «recogerse» (de otros oradores) más que «enseñarse» y usarse en forma deliberada.¹⁸ Ellos incluyen la asonancia, la aliteración y otras clases de paralelismo. «Caminante no hay camino, se hace camino al andar». Hay además un gran número de formas menos evidentes, pero sorprendentes, de usar el lenguaje de manera memorable y conmovedora. Sin embargo, diferentes culturas y generaciones responderán a los diversos recursos retóricos en formas distintas. Algunos parecerán demasiado floridos, intelectuales, conservadores o manipulativos.

Predicar de manera cristocéntrica

No me extenderé en este punto porque en los capítulos anteriores abordé con detalle la importancia de ir más allá de la exhortación moral hacia el cambio motivado por el evangelio, de no predicar solo principios bíblicos, sino predicar a Cristo, la persona a quien señalan todos los principios y las narrativas. En este punto, solo debo afirmar

que predicar a Cristo no es solo la mejor manera de entender un texto ni de alcanzar al mismo tiempo a los que no creen y a los que creen, sino además de garantizar que tu predicación trascienda un sermón sin gracia ni viveza, y se convierta en una proclamación real de la verdad que llega al corazón.

Hemos expresado que los sermones pueden no ser más que buenas conferencias hasta que «llegamos a Jesús» y, en ese momento, pasan de ser una lección de escuela dominical a un sermón. Esto es porque, a menudo, un tema bíblico (como el reino, el pacto o la expiación por el pecado) es en esencia una proposición abstracta hasta que enseñamos cómo ese tema culmina en Cristo. Cuando exaltamos a Jesús como el Rey, tanto como Señor y siervo del pacto, y como nuestro sacrificio expiatorio, de pronto estas abstracciones se vuelven realidades que apasionan el corazón. El mismo Jesús, entonces, es la mejor manera de pasar de informar a la mente a capturar el corazón, de solo entregar información a mostrar a todos Su belleza.

Evita terminar tu sermón con: «Vive de esta manera». En cambio, termina con algo como: «Es imposible vivir de esta manera. Pero ¡hubo alguien que sí lo hizo! Y, por la fe en Él, puedes comenzar a vivir de esta manera también». El cambio en el salón será palpable cuando el sermón pase de ser principalmente sobre la audiencia a ser sobre Jesús. Tus oyentes habrán pasado del aprendizaje a la adoración.

Predicar de manera práctica

Por último, la predicación al corazón es predicar de manera práctica. En el prólogo de este libro, afirmamos que el predicador tiene dos grandes responsabilidades: con la verdad del texto y con las vidas de los oyentes. La primera exige la *exposición* en un sentido amplio (lo cual tratamos en la primera parte); la segunda exige la *aplicación* en un sentido amplio (lo cual tratamos en la segunda parte). Quiero cerrar esta segunda parte ofreciendo algunas sugerencias para la

aplicación de manera más específica. Este es el momento en que buscas ayudar a tu audiencia a aplicar la dinámica del evangelio, en consonancia con el texto de tu sermón, para efectuar cambios prácticos en sus vidas.

1. Diversifica tus interlocutores

Cuando estudiamos la Biblia, tendemos a extraer respuestas a las preguntas que, de manera implícita o explícita, tenemos en nuestros corazones cuando la leemos. Puesto que somos seres humanos limitados en un tiempo y lugar específicos, para nosotros no existe tal cosa como una «visión desde la nada». Tenemos ciertas preguntas, problemas y asuntos en nuestras mentes, y cuando leemos la Biblia primordialmente «escuchamos» lo que nos enseña sobre estas preguntas, problemas y asuntos.

Por lo tanto, una de las dinámicas naturales en la predicación es que tenderás a predicar a las personas que más escuchas durante la semana. ¿Por qué? Las personas con las que más te relacionas llenan tu mente con sus preguntas, llegan a ser parte de tu propio «tamiz» cuando lees la Biblia, y terminas aprendiendo a notar la verdad bíblica que les habla a ellos. Así, tus sermones tenderán a dirigirse a las personas que suelen estar en tu corazón. Con el paso del tiempo, serán las más interesadas y satisfechas con tu predicación. Vendrán y traerán a otras como ellas. Como estas personas vienen, conocerás a más de ellas, hablarás más con ellas y, por eso (de forma semiconsciente), adaptarás tus sermones más a ellas. Cuánto más las escuches, más influirán en tu sermón; cuánto más dirijas el sermón a ellas, más vendrán a la iglesia, y así sucesivamente.

Este patrón puede ser un círculo vicioso o uno virtuoso. En el peor de los casos, los predicadores evangélicos leen e interactúan solo con otros predicadores y escritores evangélicos. Leen, hablan y se conectan en Internet casi exclusivamente con aquellos pensadores que apoyan sus propios puntos de vista. Entonces, sus sermones son en

realidad provechosos solo para otros estudiantes, adeptos y devotos de su tendencia política o teológica. No es, como se piensa a menudo, que algunos sermones que nacieron de este patrón son demasiado académicos y por eso carecen de aplicación. Más bien, el predicador está aplicando el texto a las preguntas de las personas que él entiende mejor: otros académicos.

La mayoría de los predicadores lee a otros cristianos e interactúa con ellos. Eso es mejor, pero entonces sus sermones solo son en realidad provechosos para otros cristianos, a quienes probablemente les encanten tus mensajes y sientan que están siendo «alimentados», pero saben de manera instintiva que no pueden traer a otros amigos no cristianos a la iglesia. Nunca piensan: *Desearía que mi vecino no cristiano pudiera estar aquí para escuchar esto.*

No hay manera abstracta o académica de predicar sermones que tengan una aplicación pertinente. La aplicación surge de manera natural de tus interlocutores. Si pasas la mayor parte del tiempo leyendo en lugar de estar con personas, aplicarás el texto bíblico a los autores de los libros que lees (lo cual no es muy útil). Si pasas la mayor parte de tu tiempo en reuniones cristianas o en la subcultura evangélica, tus sermones aplicarán el texto bíblico a las necesidades de los evangélicos (lo cual es un poco más útil, pero todavía incompleto). La única manera de superar esta limitación es diversificar intencionalmente tu ámbito de personas.

¿Cómo? Primero, varía lo que lees a través del espectro político. En Estados Unidos, podrías leer periódicos como *The New Yorker* (liberal), *The Nation* (políticamente más liberal), el *Weekly Standard* (políticamente más conservador), y el *Atlantic* y el *New Republic* (liberales pero eclécticos). Lee el *New York Times* y el *Wall Street Journal*. También lee reseñas de libros en *Books and Culture* (más conservador) y el *New York Review of Books* (más liberal). Revisa

publicaciones que te ayuden a estar al tanto de las corrientes de pensamiento.

También necesitas variar con quién hablas. A los pastores, nos resulta difícil porque estamos ocupados y porque la mayoría de las personas no se muestran tal cual son con nosotros. Sin embargo, al ser cuidadoso con tu agenda y creativo con tu participación en la comunidad y el vecindario, puedes pasar tiempo con personas de una variedad de condiciones y tradiciones espirituales.

2. Diversifica a quién visualizas cuando te preparas

Cuando leas el texto y escribas el sermón, piensa específicamente en individuos que conoces con diferentes condiciones espirituales (no cristiano, cristiano débil/nuevo, cristiano fuerte), con diferentes pecados que los agobien (orgullo, lujuria, ansiedad, codicia, prejuicio, resentimiento, inseguridad, depresión, temor, culpa), y en diferentes circunstancias (soledad, persecución, agotamiento, tristeza, enfermedad, fracaso, indecisión, confusión, discapacidad física, vejez, desilusión, hastío). Ahora, *recuerda rostros específicos*, mira la verdad bíblica que estás aplicando y pregunta: *¿Cómo se aplicaría este texto a tal o cual persona?* Imagínate a ti mismo aconsejando a la persona con el texto. Parece arduo, pero puede convertirse en algo natural. El efecto de este ejercicio es asegurar que tu aplicación sea específica, práctica y personal. También te hará un mejor consejero pastoral.

Una versión más simple es preguntarte: *¿Qué dice este texto a los grupos representados por los «cuatro suelos» de la parábola en Marcos 4?* Los cuatro grupos son escépticos conscientes y que rechazan la fe, cristianos nominales cuyo compromiso es superficial, cristianos que están divididos en sus lealtades y que tienen las prioridades desordenadas, y cristianos maduros y comprometidos.¹⁹ Puedes hacer listas más largas para ayudar a una reflexión más profunda.²⁰

3. Entrelaza la aplicación en todo el sermón

El sermón puritano tradicional consistía en «doctrina», donde se estudiaba el texto y se exponían las proposiciones doctrinales, y luego en «aplicación», donde se sacaban las implicaciones de la doctrina para la vida práctica. En general, ese es todavía el mejor orden. Expones lo que quiere decir el texto y luego lo haces comprensible al corazón, apelando a una vida transformada.

No obstante, los predicadores no deberían seguir este modelo con demasiada rigidez. No necesitas esperar hasta el final del sermón para la aplicación; esta puede y debería llevarse a cabo durante todo el sermón porque lo mejor es expresar cada principio bíblico en términos un tanto prácticos. Además, puedes abordar brevemente algunos temas a los que retornarás más tarde en el mensaje, así que las aplicaciones cortas se justifican en ese momento.

Sin embargo, conforme progresa el sermón, deberías pasar a aplicaciones más directas y específicas. Cuando el sermón se acerca a su fin, es apropiado que juntes y resumas las aplicaciones y luego las expliques claramente haciéndolas más precisas. Esfuérzate por ser tan vívido y preciso como sea posible sin referirte a personas individuales. Este es un ejemplo de uno de mis propios sermones sobre la integridad y la honestidad.

Hay mentiras por cortesía. «Me encantaría ir, pero estaré fuera de la ciudad ese día», cuando en realidad no lo estarás. «Pienso que lo que escribes es un poquito sofisticado para tus lectores», cuando en realidad es pésimo. Luego, están las mentiras para encubrir o evitar que algo llegue a saberse. «La gente común no entenderá». Hay mentiras de negocios. No expreses en público: «Estamos a favor de la igualdad», cuando en privado haces demandas poco razonables a tus empleados, de modo que todos saben que en realidad no te interesa la igualdad. No llesves a tus amigos a la tribuna de la empresa en el estadio cuando sabes que solo deberías llevar a los clientes.

No expreses en público que todo está bien cuando todos tus empleados saben que no es así. No realices un gran número de pedidos justo antes del fin del trimestre porque, aunque sabes que serán cancelados, lucen bien en las cifras para el trimestre.

Sin embargo, recuerda esto. Aunque puedes y debes dedicar tiempo a la aplicación en las etapas finales del sermón, es mejor no enfatizar al final: «Esto es lo que debes hacer», sino decir: «Aquí está el que hizo todo por ti, de modo que pudieras conocer a Dios», es decir, al mismo Jesús.²¹

4. Usa la variedad

Plantea preguntas directas. Los mejores predicadores hablan a cada tipo de oyente de manera muy personal. Puedes hacer esto al proponer preguntas directas a la audiencia, interrogantes que demandan una respuesta al corazón. Pregunta: «¿Cuántos de ustedes *saben* que la semana pasada torcieron la verdad u omitieron parte de ella con el fin de lucir bien?», y haz una pausa. Esto es mucho más personal y cautiva la atención más que una mera declaración como «Muchas personas tuercen la verdad o dicen mentiras a medias para alcanzar sus propios fines». Habla a la gente; haz preguntas directas. ¡Está preparado si, en ocasiones, alguna persona te responde! Pero la meta es ofrecer a las personas el espacio para contestar en sus mentes/corazones, prácticamente en un diálogo contigo.

Provee pruebas para el autoexamen. No subestimes nuestra habilidad humana de evitar la convicción de pecado. Todo corazón tiene muchos subterfugios probados a lo largo del tiempo y excusas por las que puede de algún modo racionalizar cualquier confrontación directa con su propia perversión. Si te preparas bien, tú mismo te sentirás culpable de muchos de estos en la semana antes del sermón. Mientras predicas, estos son algunos de los pensamientos que pasan por las mentes de los oyentes:

Bueno, es fácil decirlo... ¡No conoces a mi esposo!

Supongo que quizás sea cierto para otros, pero no para mí.

Ojalá Sara estuviera aquí para escuchar esto... En verdad lo necesita.

Por eso, es importante proveer pruebas breves para tus oyentes. Por ejemplo:

Quizás coincides conmigo en que el orgullo es malo y la humildad es buena, pero piensas: *Pero yo no tengo tanto problema con el orgullo*. Pues bien, mírate a ti mismo. ¿Eres demasiado tímido para hablar con otros sobre tu fe? ¿Eres demasiado inseguro como para decir a otros la verdad? ¿Qué es eso sino un tipo de orgullo, un temor de lucir mal?

Mantén un equilibrio entre las muchas formas de aplicación. La aplicación incluye, al menos, (a) advertir y amonestar, (b) animar y renovar, (c) consolar y tranquilizar, y (d) exhortar, suplicar y «despertar». Muchos predicadores tienen una peligrosa tendencia a especializarse en solo una de estas, como una manifestación de su temperamento o personalidad. Algunos son por naturaleza calmados y reservados, otros son alegres y optimistas, y aun otros son serios e intensos. Estos temperamentos pueden distorsionar nuestra aplicación de la verdad bíblica, de modo que estemos siempre especializándonos en una clase de aplicación y exhortación. Pero, a largo plazo, eso obstaculiza nuestra persuasión. Las personas se acostumbran al mismo tono de voz. ¡Es mucho más efectivo cuando el predicador puede pasar de la dulzura y la luz del sol a las nubes y la tormenta! Permite que el texto bíblico te controle, no tu temperamento. Aprende a comunicar la verdad «estruendosa» de manera igual de estruendosa, la verdad «difícil» de manera igual de difícil, y la verdad «dulce» con la misma dulzura.

5. Ten en cuenta las emociones

No pases por alto los momentos de «receptividad». De vez en

cuando, hay un punto en el sermón cuando es evidente que la atención de la audiencia se mantiene y hay una mayor experiencia colectiva de la verdad. A menudo, puedes percibir que las personas están siendo convencidas. Una señal es la ausencia de inquietud, ruido de zapatos y carraspeo. La audiencia se torna más silenciosa y quieta. Este es un momento didáctico o de «receptividad». ¡No lo dejes pasar! No estés tan atado a tu bosquejo o a tus notas que no tomes tiempo para explicar con claridad la verdad de manera directa y específica. Quizás podrías hacer una pausa y mirar a las personas a los ojos mientras procesan lo que les acabas de dar.

Sé afectuoso al igual que contundente. Cuando abordes de manera específica la conducta y los pensamientos de las personas, asegúrate de combinar un amor evidente por ellas con tus palabras sinceras sobre el pecado. Sé cariñoso y enérgico cuando hagas preguntas personales; nunca lo hagas regañando ni mostrándote disgustado. Si ridiculizas a un oyente con una pregunta que puede haberse planteado internamente, esto hará que te considere arrogante e inaccesible (¡y quizás lo seas!).

TERCERA PARTE

*Con demostración del poder del
Espíritu*

CAPÍTULO SIETE

La predicación y el Espíritu

No les hablé ni les prediqué con palabras sabias y elocuentes, sino con demostración del poder del Espíritu, para que la fe de ustedes no dependiera de la sabiduría humana, sino del poder de Dios.

1 Corintios 2:4-5

Hemos indicado que a tus oyentes los convencerá tu mensaje solo si los convences como persona. No hay forma de escapar a esta verdad. Las personas no solo examinan tus palabras, argumentos y exhortaciones como mensajes desencarnados; siempre están evaluando e intuyendo la fuente. Si no te conocen, reúnen evidencia (en general, de manera inconsciente) para determinar si les caes bien, si pueden relacionarse contigo y si te respetan. Observan si eres feliz o taciturno, si eres tranquilo o nervioso, si te ves amable, hosco o engreído. Buscan amor, humildad, convicción, gozo y poder: una integridad y una congruencia entre lo que dices y lo que eres. Las audiencias pueden sentir qué clase de energía, o falta de energía, yace detrás del discurso. Pueden ver la inseguridad, el deseo de impresionar, la falta de convicción o el fariseísmo; y todas estas cosas cierran sus mentes y sus corazones a las palabras.

Sin duda, tus oyentes responden a tus destrezas, tu preparación, tu carácter y tu convicción en un sentido general. Y estos son elementos fundamentales de cualquier buena comunicación, que incluye la buena predicación y la buena enseñanza. Pero, para el acto de predicar en particular, hay algo incluso más central para la persuasión: que tus oyentes puedan percibir la obra del Espíritu Santo en y a través de ti. ¿Cómo podemos pedir al Espíritu Santo que obre en nuestra predicación?

El Espíritu y el predicador

Se ha dicho que, cuando abordaron por primera vez a George Whitefield con la idea de publicar sus sermones, él estuvo de acuerdo, pero señaló: «Es imposible imprimir el trueno y el relámpago en el papel».¹

Recuerda que, en el prólogo, mencionamos a un pastor cristiano veterano que declaró que Whitefield a menudo presentaba una predicación excelente, es decir, grandes sermones, sin ofrecer siempre un buen sermón (en el sentido de su elaboración y estructura). Este hombre no se refería a la retórica de Whitefield, sino a cómo el Espíritu estaba presente en su predicación. En Colosenses 1:24-29, leemos sobre esto.²

[Este es] el plan que Dios me encomendó para ustedes: el dar cumplimiento a la palabra de Dios [...]. A este Cristo proclamamos, aconsejando y enseñando con toda sabiduría a todos los seres humanos, para presentarlos a todos perfectos en él. Con este fin trabajo y lucho fortalecido por el poder de Cristo que obra en mí (Col. 1:25-29).

El plan que Dios le encomendó a Pablo encapsula las dos grandes tareas de la predicación que hemos explorado en este libro: predicar toda la Palabra de Dios y predicar al corazón. Pero la descripción de Pablo en cuanto a su predicación no termina aquí. Él habla de un poder espiritual intenso, que se agita dentro de él y que genera un fuerte deseo interno cuando predica: «Con este fin, trabajo y lucho fortalecido por el poder de Cristo que obra en mí». Para Pablo, la predicación no era un ejercicio frío y distante; era incluso más que un punto culminante y gratificante de un esfuerzo creativo. Él indica que, literalmente, *agonizaba* cuando hablaba. Pablo usa el mismo término griego, *energia*, unos versículos después para describir el poder de Dios al levantar a Jesús de los muertos.³ Los que escuchaban a Pablo seguramente quedaron impresionados porque la verdad del evangelio

que proclamaba ya estaba operando de manera profunda en su propia vida. Él no solo razonaba y participaba, sino que movilizaba a las personas a un cambio de vida, «todos perfectos en él [Cristo]»,⁴ a través de *quién* era mientras hablaba, no solo mediante lo que afirmaba.

¿Qué tenían Whitefield y Pablo que invitaba al Espíritu Santo a obrar a través de ellos de este modo?

Primero, se trataba de *lo que hacían*: no solo hablaban sobre Cristo, sino que lo exaltaban, lo mostraban glorioso y expresaban su propio asombro y gozo al hacerlo. Antes, miramos 1 Corintios 2:4, que habla de una «demostración del poder del Espíritu». Anthony Thiselton escribe que, como se comprueba en el pasaje que sigue (1 Cor. 2:16-3:4), el papel del Espíritu es «retraerse» al no apuntar hacia Él, sino hacia la belleza de Cristo (comp. Juan 16:12-15).⁵ Cuando los predicadores hacen lo mismo (cuando, en lugar de solo dar información o mostrar lo que han aprendido, exaltan a Cristo y muestran a las personas Su hermosura), se alinean con el Espíritu y pueden esperar que Él acompañe su mensaje.

Segundo, se trataba de *quiénes eran*: su gracia espiritual y su carácter. A menudo, se afirma que los grandes predicadores son así porque tienen poderosos dones para hablar en público y predicar. Eso es cierto, pero, para la «demostración del poder del Espíritu», nuestro *fruto* espiritual (amor, gozo, paciencia, humildad y gentileza) es más importante que nuestros talentos y habilidades. Los dones son cosas que *hacemos*, pero el fruto espiritual o las gracias son cosas que *somos*.

Los dones y los talentos pueden operar cuando el que habla es espiritualmente inmaduro o incluso cuando el corazón del predicador está lejos de Dios. Si tienes un don de enseñanza, por ejemplo, la situación en el salón de clase hace salir tu don, y quizás seas muy

eficaz. Pero eso puede ocurrir en ausencia de una fuerte comunión con Dios. Jonathan Edwards, en un sermón sobre 1 Corintios 13, enuncia:

Muchos hombres malos han tenido estos dones [para la predicación y el ministerio]. Muchos afirmarán en el último día: «Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre expulsamos demonios e hicimos muchos milagros?» (Mat. 7:22). Lo mismo sucede con estos, que han tenido [...] dones del Espíritu, pero ninguna [obra] especial y salvífica del Espíritu [...]. Estos [dones] son cosas admirables, pero [...] no corresponden a ninguna cualidad del corazón y la naturaleza del hombre, como lo son la verdadera gracia y la santidad [...]. Los dones extraordinarios del Espíritu son, por así decirlo, joyas preciosas, que un hombre lleva consigo. Pero la verdadera gracia en el corazón es, por así decirlo, la preciosidad del corazón, por la cual [...] la propia alma se vuelve una joya preciosa [...]. El Espíritu de Dios puede producir efectos en muchas cosas en las que no se comunica a Sí mismo. Así, el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas, pero no para impartirse a sí mismo a las aguas. Porque, cuando el Espíritu, mediante Sus influencias naturales, concede gracia que salva, se imparte a sí mismo al alma [...]. Sí, la gracia es, como quien dice, la naturaleza santa del Espíritu de Dios impartida al alma.⁶

Esta distinción entre las «operaciones de los dones» y las «operaciones de la gracia» o el fruto es vital. Los dones suelen confundirse con madurez espiritual, no solo por la audiencia, sino incluso por el que habla. Si encuentras personas que siguen con entusiasmo tus discursos, lo tomarás como una evidencia de que Dios está complacido con tu corazón y tu intimidad con Él, cuando quizás no lo está. En todo caso, los cristianos de hoy estamos en un peligro mayor de tener esta falsa percepción que en cualquier otra época de la historia, pues nuestra era ha sido llamada la «época de la técnica». Ninguna sociedad civilizada ha puesto más énfasis en los resultados,

las destrezas y el carisma, o menos énfasis en el carácter, la reflexión y la profundidad. Esta es una de las razones principales por las que tantos ministros exitosos tienen un fracaso o una caída moral. Sus dones prodigiosos han enmascarado la falta de la operación de la gracia en sus vidas.

La dinámica funciona en sentido inverso también. Un sólido carácter espiritual y las operaciones de la gracia pueden compensar dones que no sean tan manifiestos. Un pastor cristiano tiene tres funciones básicas: la predicación, la labor pastoral/de consejería y el liderazgo. Nadie tiene la misma capacidad en las tres áreas, pero debemos llevarlas todas a cabo. El factor más importante en la eficacia a largo plazo de un pastor cristiano es cómo mitiga las áreas deficientes en cuanto a sus dones con la fuerte operación de la gracia en su carácter. La literatura sobre liderazgo nos aconseja conocer nuestras debilidades, nuestras áreas deficientes en cuanto a los dones. Por lo general se nos dice que nos rodeemos de un equipo de personas con dones complementarios y, sin duda, es una sabia decisión, si está a tu alcance. Pero, incluso si puedes hacerlo, no es suficiente, pues las áreas deficientes en cuanto a los dones te socavarán, a menos que haya santidad que lo compense. ¿Qué quiero decir?

Quizás, tu fuerte no sea hablar en público, pero, si eres piadoso, tu sabiduría, tu amor y tu valentía te harán un predicador interesante. Tal vez no tengas fuertes dones para el pastoreo o la consejería (puede que seas tímido o introvertido), pero, si eres piadoso, tu sabiduría, tu amor y tu valentía te permitirán consolar y guiar a las personas. Quizás no tengas fuertes dones de liderazgo (por ejemplo, quizás seas desorganizado o cauteloso por naturaleza), pero, si eres piadoso, tu sabiduría, tu amor y tu valentía llevarán a los demás a respetarte y seguirte.

Las operaciones de la gracia que producen el carácter piadoso son

primordiales porque pueden compensar carencias de dones y porque hay una enorme presión sobre el pastor cristiano hacia la hipocresía. Liderar en el ministerio o la iglesia implica decirles a las personas todos los días: «¡Dios es tan maravilloso!». Este no es el tipo de cosas que tienes que hacer en la mayoría de los otros ámbitos de la vida. Pero, en el ministerio, todos los días estás enseñando sobre el valor y la belleza de Dios.

Con frecuencia, tu corazón no estará en condiciones de afirmar tal verdad con pleno compromiso e integridad. Entonces, tienes dos opciones. O vigilas tu corazón más de cerca, lo enfervorizas de continuo, de modo que puedas predicar a las personas lo que estás practicando; o aprendes a darte aires de pastor y convertirte en algo por fuera que no eres por dentro. El estadista Abraham Kuyper expresó que el fariseísmo (la hipocresía espiritual) es como una sombra, que se marca con más profundidad cuando está más cerca de la luz. Observo sin cesar que el ministerio amplifica el carácter espiritual de las personas. Los hace mejores o peores cristianos en comparación con lo que habrían sido de otra manera, ¡pero no dejará a nadie donde estaba!

Combinar la calidez y la firmeza

Un carácter profundamente piadoso, o la madurez espiritual, combina cualidades que no pueden unirse en el hombre natural aparte del poder transformador del Espíritu Santo. Este es el tema del discurso magistral de Jonathan Edwards, «The Excellency of Jesus Christ» [La excelencia de Jesucristo].⁷ En él, Edwards afirma que hay una asombrosa y «admirable conjunción de diversas excelencias en Jesucristo». Él enseña cómo Jesús combina infinita majestad y gloria con la mayor humildad y mansedumbre, infinita justicia con gracia sin límites; absoluta soberanía y dominio con perfecta sumisión y obediencia; autosuficiencia transcendente con completa confianza y dependencia del Padre. Él es el Cordero y el León de Dios, proclama

Edwards. Acércate a Él como el Cordero de Dios, y Él se convertirá en un León *por* ti; te defenderá. Pero recházalo como el Cordero de Dios, y se convertirá en un león contra ti. «Bésenle los pies, no sea que se enoje y sean ustedes destruidos en el camino» (Sal. 2:12).

No es coincidencia que, en la literatura y el pensamiento occidentales, el héroe ideal haya sido siempre descrito como misericordioso y amable, pero valiente y fuerte. En el antiguo relato sobre el rey Arturo, escrito por Sir Thomas Malory, Sir Héctor afirma sobre Lancelot: «Tú eras el hombre más manso que jamás comió entre las damas en la sala de banquetes; y eras el caballero más severo que jamás a su lanza dio descanso para combatir a su mortal enemigo».⁸ C. S. Lewis, un experto en literatura medieval, explica que esta era una expresión del ideal cristiano de heroísmo aplicada al título de caballero.

Lo importante sobre este ideal es, sin duda, la doble demanda que hace de la naturaleza humana. El caballero es un hombre de sangre y hierro, un hombre familiarizado con los rostros destrozados y los muñones de las extremidades cercenadas; es también un invitado recatado, casi tímido, en el salón, un hombre gentil, modesto y discreto. No hace concesiones ni es una mezcla entre la ferocidad y la mansedumbre; es feroz a la enésima y es manso a la enésima. [...] ¿Qué relevancia tiene este ideal para el mundo moderno? Muchísima [...]. La Edad Media determinó la única esperanza del mundo. Puede que sea posible o no producir miles de hombres que combinen los dos aspectos del personaje de Lancelot. Pero si esto no es posible, entonces hablar de cualquier felicidad o dignidad duraderas en la sociedad humana es pura tontería.⁹

En su ensayo, Lewis indica que no suele ser posible para la naturaleza humana combinar estos dos aspectos. Él sabía que solo cuando el Espíritu Santo reproduce la excelencia de Cristo puede lograrse este ideal humano: el hombre de humildad y poder, de

justicia y gracia, de autoridad y compasión.

¿Qué tiene esto que ver con la predicación? Todo. Es el secreto del poder de todos los grandes predicadores. Las personas pueden percibir en ellos la unión sorprendente e impactante del amor, la humildad, la gentileza con poder, la autoridad y la valentía. Los sermones y las biografías de Spurgeon, Whitefield y M'Cheyne revelan este carácter. Había compasión, incluso debilidad y vulnerabilidad en ellos. Fueron transparentes, dispuestos a hablar sobre su propia fragilidad; pudieron mostrar su preocupación y amor, e incluso ansiedad por su gente. Sin embargo, desde el púlpito, retumbaron con enorme autoridad.

No hay mejor ejemplo de esto que el apóstol Pablo. Su impacto en los tesalonicenses, por ejemplo, fluyó de su carácter. Lee 1 Tesalonicenses 2 (LBLA), donde Pablo vuelve a relatar su ministerio entre ellos. Primero, había intensidad y valentía que nacen de la urgencia. Pablo exhortó (v. 3) a los tesalonicenses y afirmó: «tuvimos el valor, confiados en nuestro Dios, de hablaros el evangelio de Dios en medio de mucha oposición» (v. 2). Percibimos una cierta solemnidad y nobleza que exige respeto, pero es humilde, no presuntuosa ni fría. «[N]i buscando gloria de los hombres, ni de vosotros ni de otros» (v. 6). «[T]rabajando de día y de noche para no ser carga a ninguno de vosotros, os proclamamos el evangelio de Dios» (v. 9). En Pablo, vemos honestidad y sencillez de lenguaje («Porque como sabéis, nunca fuimos a vosotros con palabras lisonjeras, ni con pretexto para lucrar, Dios es testigo», v. 5 y afecto («Más bien demostramos ser benignos entre vosotros, como una madre que cría con ternura a sus propios hijos. Teniendo así un gran afecto por vosotros, nos hemos complacido en impartiros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas, pues llegasteis a sernos muy amados»)) (vv. 7-8).

Cuando un predicador tiene esta misma resolución y amor, su predicación estará acompañada de poder. Esta hermosa unión cristiana de rasgos de carácter no puede esconderse ni fingirse. En resumen, un buen predicador combinará la calidez y la firmeza. Sin la ayuda del Espíritu Santo, creo que todos nosotros tendemos de forma natural a ser ante todo cálidos y gentiles o ante todo firmes y autoritativos en el púlpito. Debemos reconocer nuestro desfase y buscar al Señor para crecer hacia la plenitud de Su santo carácter.

La prueba del tercer texto

Una manera de pensar sobre la predicación es a través del marco de los tres «textos»: el *texto* bíblico, el *contexto* de los oyentes y el *subtexto* (significado subyacente), de tu propio corazón. La mayor parte de este libro ha tratado con el texto (la predicación de la Palabra) y el contexto (la predicación al corazón y la cultura). Como hemos visto en este capítulo, tus dones únicamente pueden llevarte hasta cierto punto en la elaboración de sermones que tratan correctamente con la Palabra y entienden el corazón del oyente. Pero una prueba excelente de tu madurez espiritual, de la presencia del Espíritu Santo en tu predicación, es examinar el subtexto de tu predicación.

El subtexto es el mensaje debajo de tu mensaje. Es el significado real que se pretende dar (consciente o inconsciente) de un mensaje, que va más a fondo que los significados superficiales de las palabras. Por ejemplo, la declaración «No, estoy bien» puede tener el significado subyacente de «No estoy preocupado; por favor continúa con lo que estabas haciendo» o puede significar «Tengo una preocupación, pero no quiero decírla en seguida». Tu tono de voz, expresión facial, postura y gestos indicarán en gran manera tu verdadero objetivo a la audiencia, y ese objetivo puede apropiarse de la comunicación, sin considerar el mensaje que has declarado.¹⁰ Los siguientes subtextos no son los únicos que aparecen en la predicación,

pero son los más típicos.

Un subtexto del refuerzo

Un tipo de subtexto es «¿No somos grandiosos?». Esta es comunicación ritual y convencional, que se usa para reforzar límites y contribuir a un sentido de seguridad y pertenencia. Es ritual en el sentido de que su principal objetivo es proporcionar una especie de refuerzo a un grupo. Cuando el refuerzo es el subtexto de la predicación, el mensaje real es «Estamos reunidos aquí con personas de ideas afines para compartir esta presentación entre nosotros como un símbolo de nuestro compromiso común con los demás, con Dios y con esta organización. Somos la clase de personas que cree estas cosas y vive de esta forma».¹¹ Sin duda, es un buen objetivo dar a la comunidad un sentido de identidad y pertenencia. Pero, si se convierte en el objetivo principal, el verdadero subtexto, destruirá la habilidad del sermón de cambiar vidas. No nos hará parecidos a Cristo, sino que nos convertirá en personas engreídas.

Esta comunicación es convencional porque no se pidió ni se ofreció la transferencia de información real. El ejemplo más común de la comunicación convencional en nuestra cultura es el intercambio «¿Cómo estás?» y «Estoy bien». Por lo general, no tiene la intención de ser un intercambio real de información. Al contrario, el subtexto es «Yo soy amigable contigo y tú eres amigable conmigo». Cuando un doctor hace la misma pregunta en un hospital, sin embargo, no es convencional; se requiere y se da información real. Si, cuando dos personas se saludan, el receptor da un largo inventario de su condición física, ¡quizás entendió mal al emisor!

Muchas iglesias están dedicadas a este subtexto de refuerzo, que funciona como un tipo de *control* o *vigilancia*. Estas iglesias no quieren que se las desafíe, condene o presione. Quizás sienten que «defienden la verdad»; pero como se ocupan de las personas que ya creyeron, la verdad no implica, y menos aún confronta, a casi nadie.

El motivo y el enfoque de esta clase de comunicación es fortalecer y proteger a los de adentro de los extraños que están fuera de los límites. La principal destreza para operar en este subtexto es un dominio del dialecto de la tribu.

Un subtexto del desempeño

Un segundo tipo de subtexto es «¿No soy grandioso?». El que habla busca exhibir sus aptitudes y promover los productos de la iglesia. El mensaje es «¿No crees que soy un magnífico predicador y que esta es una magnífica iglesia? ¿No quieres regresar, traer a tus amigos y ofrendar dinero?». El objetivo al llevar a cabo la tarea es «Mírame; escúchame. Ve cuán digno soy de tu respeto». El problema aquí es que cada comunicador *necesita* establecer credibilidad con una audiencia, pero, si esto se convierte en el objetivo principal, destruye la habilidad del sermón de cambiar vidas. Los predicadores inseguros dirigen la atención hacia sí mismos, no hacia Cristo. En algún momento, los miembros de la audiencia se dan cuenta de que el que habla no está de verdad interesado en ellos. Está interesado en dar bien el mensaje y ganarse su favor.

Este subtexto depende de la verdadera enseñanza y la transmisión de información, puesto que el objetivo es comunicar información que los oyentes no tienen. Sin embargo, el propósito de la enseñanza es principalmente ganar gente para la organización o la iglesia como una institución.

Este subtexto de desempeño es fundamentalmente una forma de *venta*. Este tipo de comunicación está más dirigido a los recién llegados y a los extraños, pero el motivo es todavía, de modo indirecto, el beneficio de los que están adentro (para hacer crecer su iglesia). El comunicador necesita muchas más habilidades retóricas para despertar y mantener el interés que en el primer tipo de comunicación.

Un subtexto de la capacitación

Un tercer tipo de subtexto es «¿No es extraordinaria esta verdad?». El objetivo es incrementar el conocimiento de los receptores, de modo que puedan vivir de una manera deseada. El subtexto es «información que puedes usar». Al igual que el subtexto del desempeño, este depende mucho de la transferencia de información, aunque su objetivo es menos egoísta.

Muchas iglesias están dedicadas a esta capacitación o subtexto de la *enseñanza*. Las personas en estas iglesias quieren que les enseñen nuevas cosas que no han visto antes. Les gustaría ser inspiradas, pero lo consideran menos esencial. Quieren alimentarse con «alimento sólido». El enfoque de esta comunicación está todavía en los que están adentro (pues los no cristianos no pueden cambiar hasta que crean). Las aptitudes que se necesitan, en este caso, son la investigación y las habilidades de comunicación.

Un subtexto de la adoración

Un último tipo de subtexto es «¿No es Cristo maravilloso?». Este es el más completo y complejo de todos, y requiere más habilidad. Pretende ir más allá de la información, más allá de capturar la imaginación e incluso más allá del cambio de conducta al objetivo de cambiar aquello en lo que nuestro corazón ha puesto la mayor parte de sus afectos. El mensaje «¡Mira cómo Cristo es mucho más espléndido y maravilloso de lo que pensabas! ¿No ves que todos tus problemas se deben a que no ves esto?».

Pienso que todas las iglesias deberían estar comprometidas con este subtexto de la adoración, el cual creo que es el corazón de la verdadera *predicación*. El enfoque está tanto en los de adentro como en los de afuera (puesto que llamas a ambos a adorar a Cristo y no a aquellas cosas que están adorando en su lugar), y la motivación es fortalecer a todos. Este tipo de subtexto requiere habilidades de investigación, retórica y contextualización.

No hay manera de comunicar este subtexto correcto y verdadero a través de la técnica; todo se reduce a tu vida espiritual como predicador. ¿Estás «sintiendo a Cristo en tu corazón» cuando predicas? ¿Estás, en cierto modo, meditando en Él y contemplándolo durante el mismo acto de la predicación? ¿Estás alabándolo de verdad cuando hablas de que es digno de ser alabado? ¿Te humillas de verdad cuando hablas de tu pecado? La respuesta será evidente para cualquier oyente atento. Y estas cosas pasarán en tu predicación solo si estás cultivándolas en forma habitual durante tu tiempo de oración y meditación, más allá de la tarea de preparar el sermón.

En resumen, la tentación será dejar que el púlpito te conduzca a la Palabra, pero, en vez de eso, debes dejar que la Palabra te conduzca al púlpito. Prepara al predicador más de lo que preparas el sermón.

Predicar desde el corazón

La mitad de este libro está dedicado a la predicación al corazón. Sin duda, a esta altura, entiendes que no puedes esperar lograr eso a menos que prediques siempre *desde* el corazón. Debes poner en práctica lo que llamas a las personas a vivir. En general, lo que el Espíritu Santo hará en los corazones de tus oyentes, lo hará primero en ti y a través de ti. Debes ser como un cristal transparente a través del cual las personas puedan ver un alma quebrantada, pero cambiada de un modo tal que ellas lo quieran para sí mismas.

Algunas últimas reflexiones sobre lo que implica predicar desde el corazón:

- *Predica con poder.* Tendrás aplomo y confianza; infundirás autoridad sin ser arrogante, sin ninguna indicación de que disfrutas la autoridad por puro gusto. No te sentirás inseguro ni nervioso. Tendrás confianza en tu material y no tratarás de complacer o solo llevar a cabo la tarea.
- *Predica con asombro.* Habrá temor y asombro evidentes ante

la grandeza de Jesucristo. Para los oyentes, será innegable que estás «saboreando» tu salvación incluso cuando la ofreces a otros.

- *Predica con afecto.* Mostrarás una transparencia inconsciente y genuina. No se trata de relatar historias personales; se trata solo de tener un corazón quebrantado que ha sido reparado por la verdad del evangelio. Es imposible fingir eso.
- *Predica de manera auténtica.* Una paradoja de predicar desde el corazón es que ignora todos los gestos falsos y los artificios emocionales que los predicadores han aprendido a adoptar y que los oyentes han llegado a esperar. Tu lenguaje y tono de voz serán simples y naturales.
- *Predica a Cristo con adoración.* Cuando describes a Jesús, no estás recitando hechos o abstracciones, sino que estás articulando una vívida presentación de Él. Muchos oyentes sentirán que casi lo ven, de manera que no pueden evitar admirarlo y adorarlo.

¿Te sientes abrumado? Yo también. Sin embargo, una clave para desarrollar estas cualidades es no tratar directamente de tenerlas. En cambio, gloríate en tus flaquezas de modo que Su poder se perfeccione en la debilidad (2 Cor. 12:9). Esta es una disciplina que te recuerda siempre lo que eres según tu propio poder. Nos conduce a una dependencia apremiante del Espíritu, pero, junto con esta urgencia, vendrá la dichosa libertad de saber que, en última instancia, nada en la predicación depende de tu elocuencia, tu sabiduría o tu habilidad. ¡Nunca ha sido así! Cada triunfo, bendición y fruto que alguna vez hayas tenido ha sido de Él.

Una tremenda libertad viene cuando podemos reírnos de nosotros mismos y susurrarle al Señor: «¡Entonces, eras siempre tú!». En algunas maneras, ese día será el verdadero principio de tu carrera como predicador y maestro de la Palabra de Dios.

Convertirse en una voz

Juan el Bautista fue un conocido predicador. Muchas personas venían a escucharlo y él proclamaba que el Mesías venía. Esto molestó a las autoridades religiosas de la época. Les preocupaba que Juan declarara que era el Mesías, la figura de Elías de Malaquías 4, o el «profeta» de Deuteronomio 18, porque muchos eruditos pensaban que estos dos últimos podrían ser los precursores mesiánicos. Los líderes judíos enviaron un equipo de investigación para ver quién afirmaba ser Juan. El equipo le hizo una serie de preguntas, según se registra en Juan 1:19-27:

Este es el testimonio de Juan cuando los judíos de Jerusalén enviaron sacerdotes y levitas a preguntarle quién era. No se negó a declararlo, sino que confesó con franqueza:

—Yo no soy el Cristo.

—¿Quién eres entonces? —le preguntaron—. ¿Acaso eres Elías?

—No lo soy.

—¿Eres el profeta?

—No lo soy.

—¿Entonces quién eres? ¡Tenemos que llevar una respuesta a los que nos enviaron! ¿Cómo te ves a ti mismo?

—Yo soy la voz del que grita en el desierto: «Enderecen el camino del Señor» —respondió Juan, con las palabras del profeta Isaías.

Algunos que habían sido enviados por los fariseos lo interrogaron:

—Pues si no eres el Cristo, ni Elías ni el profeta, ¿por qué bautizas?

—Yo bautizo con agua, pero entre ustedes hay alguien a quien no conocen, y que viene después de mí, al cual yo no soy digno ni siquiera de desatarle la correa de las sandalias.

Lo que vemos en Juan es una mezcla increíble de humildad y osadía, todo a la vez. Él rehusó creer que podría ser Elías, el gran precursor

del Mesías. Incluso el mismo Jesús declaró más tarde que Juan era «el Elías que había de venir» (Mat. 11:14). Juan no se pudo ver a sí mismo como una persona tan formidable. No, él no era «digno» siquiera de desatar la correa de las sandalias del Mesías.

Juan era demasiado humilde como para ver en sí mismo la grandeza que Jesús y nosotros podemos ver. Con todo, mostró valentía y osadía sorprendentes. No se dejó intimidar por los investigadores que le preguntaron por qué bautizaba. El bautismo que Juan llevaba a cabo era un acto radical. Cuando un gentil quería convertirse al judaísmo, era bautizado con agua para simbolizar que un pagano espiritualmente inmundo entraba en el verdadero pueblo de Dios. Pero Juan demandaba que todos, judíos al igual que gentiles, fueran bautizados para estar listos para el Mesías. Afirmaba que todos eran inmundos e indignos. Era una osada posición pública.

La cuestión es cómo alguien tan humilde e ignorante de su propia grandeza pudo estar tan seguro y no sentir miedo. Él nos da la respuesta al evocar Isaías 40. Lo que estaba diciendo era: «Yo soy una voz, solo una voz que señala al que ha de venir». Eso explica cómo pudo ser tan humilde y osado al mismo tiempo. Estaba afirmando: «En mí mismo, no soy nada, pero aquel a quien sirvo es el más grande del mundo». Él estaba seguro porque no se veía a sí mismo, sino «al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1:29). La grandeza de Jesús, en cierto modo, fluía a través de Juan porque era como Pablo, quien escribió: «No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor; nosotros no somos más que servidores de ustedes por causa de Jesús» (2 Cor. 4:5).

Todavía podemos escuchar la voz de Juan. Me encanta esa parte de la película *The Greatest Story Ever Told* [La historia más grande jamás contada], cuando Juan el Bautista es llevado fuera de la presencia de Herodes para ser ejecutado. Puedes escucharlo a la

distancia, gritando: «¡Arrepiéntete, arrepiéntete!». Luego escuchas, fuera de escena, el repugnante golpe del hacha que cae sobre su cuello para decapitarlo.

Pero después, cuando la cámara se enfoca en Herodes sentado sobre su trono en completo silencio, de pronto escuchas una voz que le susurra al oído: «¡Arrepiéntete, arrepiéntete!». La película muestra que, aunque Juan había muerto, no habían podido matar su voz, su influencia, su mensaje.

Si proclamas a Cristo y no a ti mismo, y dejas que la Palabra de Dios llegue a las personas a través de ti, puedes también llegar a ser una voz, al igual que Juan. Poco importa si te sientes débil en tus propias fuerzas. Mucho mejor.

Apéndice

Como escribir un mensaje expositivo

Este volumen está lejos de ser un libro de texto sobre predicación. Habrás notado que he dedicado la mayor parte de mi tiempo a explicar *por qué* un tipo determinado de predicación es necesario y a *qué* se parece esa predicación en principio y en ejemplo, pero bastante poco tiempo a *cómo* preparar un buen sermón. *Un manifiesto, no un manual*, me dije al escribir este libro.

Sin embargo, no puedo resistir el deseo de proveer apoyo más práctico. En este apéndice, ofrezco un minimanual para la primera gran tarea de la predicación: predicar con fidelidad la Palabra. Hay muchos buenos libros que describen con detalle cómo escribir y dar un mensaje expositivo sobre un texto de la Biblia.¹ Un estudio de decenas de ellos (algunos muy antiguos, algunos nuevos) revela una sorprendente unanimidad sobre el método. Cuando organizas los grandes puntos de convergencia, te quedas con un valioso conjunto irreducible de elementos esenciales sobre cómo predicar un sólido sermón expositivo. Aunque las fuentes requieren diversos pasos y etapas, todas incluyen las siguientes cuatro directrices de una u otra forma.²

1. Distingue el *propósito* del texto al enumerar todas las cosas que afirma y busca la idea principal, la que todas las demás ideas apoyan.
2. Escoge un *tema* principal para el sermón que presente la idea central del texto y ministre a tus oyentes específicos.
3. Desarrolla un *bosquejo* alrededor del tema del sermón que se ajuste al pasaje, donde cada punto plantee ideas desde el mismo texto y se mueva hacia un clímax.
4. *Desarrolla* cada punto con razonamientos, ilustraciones, ejemplos,

imágenes, otros textos bíblicos, y, lo más importante, la aplicación práctica.

Distingue el propósito del texto³

Primero, debes distinguir los *propósitos* del autor bíblico. ¿Qué quería el autor que aprendieran, pensaran, sintieran e hicieran sus oyentes originales? Esto requiere profundizar en el texto, descender en una espiral a través de múltiples rondas de lecturas y análisis, llevar un comentario constante (o descripción continua) sobre él y enumerar todas las cosas que expresa o implica. Debes preguntar cuáles pensamientos son mayores y cuáles son menores: cuáles son los principales conceptos que las otras ideas apoyan o explican. Este es un enfoque simplificado, destilado de los libros más útiles sobre la predicación expositiva, y sazonado con mi propia experiencia.⁴

Primera ronda: lee el texto en español,⁵ al menos un par de veces, comienza a escribir tu propio comentario y haz observaciones sobre cualquier cosa que te llame la atención o que plantee una pregunta.⁶

Segunda ronda: ahora, lee el texto otras dos o tres veces más. Esta vez, busca tres categorías básicas en el texto: repetición de palabras, ideas o formas gramaticales; palabras o frases conectivas como *por eso, ya que, porque, dado que, si y entonces*; y por último, cualquier metáfora o imagen. Conforme observes estas, añádelas a tu comentario al hacerte las preguntas sobre cada repetición, palabra conectiva o imagen: ¿Por qué el autor usa esto? ¿Qué comunicaba con esto? ¿Cómo cambiaría el significado del mensaje si no estuviera?

En esta ronda, las palabras conectivas no solo harán visibles las partes que componen el texto (cláusulas, oraciones y párrafos que están antes y después de las palabras conectivas), sino que además te muestran la manera en que las partes se relacionan entre sí. La relación podría ser de causa y efecto, al mostrar los resultados o las consecuencias de algo. O podría ser de algo general a algo particular,

con una parte del texto que funciona como una elaboración o aclaración de algo que se afirmó antes. Esa relación podría ser al revés, donde una última parte del texto sea una generalización o un resumen basado en partes anteriores.

Tercera ronda: lee el pasaje de nuevo; esta vez, usa comentarios y otros recursos que te ayuden a estudiar el texto en el idioma original. Gracias a los diversos programas digitales disponibles para el estudio de la Biblia, esto es ahora posible por lo menos de manera limitada para personas sin formación académica en los idiomas originales.⁷ Yo intento llevar a cabo cinco cosas fundamentales en esta ronda.

1. Determina el significado de cada palabra importante; aprende lo que significa el término en este pasaje y en otros lugares en la Biblia.
2. Asegúrate de ver si hay alguna repetición en el texto que haya sido enmascarada por las traducciones al español. A menudo, la palabra griega o hebrea que se repite dentro del pasaje se traduce de manera diferente al español por razones de estilo y variedad.
3. Usa los comentarios para buscar respuestas a cosas que te desconciertan en el texto. Los mejores dedican suficiente espacio a explicar los pasajes oscuros y difíciles.
4. Usa fuentes de referencia para examinar con más detalle las imágenes en tu texto y mira sus usos y significados en el resto de la Biblia.⁸
5. Busca cualquier cosa en tu texto que aluda a otros lugares de la Biblia o los cite, en particular en el otro testamento.⁹

Estas últimas dos líneas de estudio revelarán cómo tu texto muestra el camino hacia Cristo. Añade todas las ideas a tu propio comentario sobre el pasaje.

Cuarta ronda: ahora, haz las preguntas sobre el contexto de tu texto. Para comenzar, mira el contexto dentro del libro. Pregunta: ¿Cómo encaja este pasaje en el resto del libro? ¿Cuál es el mensaje de todo el

libro y cómo contribuye este pasaje en particular a dicho mensaje? ¿Por qué está aquí? ¿Cómo se menoscabaría o cambiaría el mensaje del libro si este pasaje no estuviera aquí?

Sin embargo, además debes preguntar cómo este texto (y el libro en el que está insertado) encaja con el resto de la Biblia y su mensaje. ¿Qué doctrinas toca el pasaje que se enuncian en el resto de la Biblia? ¿Qué temas en el texto corren a través de todo el canon? Y lo más importante, ¿en qué sentido los temas bíblicos que corren a través de tu texto llevan a Cristo o encuentran su cumplimiento en Él? Tu uso de las fuentes de referencia en la tercera ronda te dará muchas de las respuestas a estas preguntas de contexto. Añade todas las ideas nuevas a tu propio comentario.

Por último, debes hacer una pregunta final sobre el «propósito del texto» que te ayude a juntar todos tus descubrimientos. J. Alec Motyer pregunta: «¿Hay algo de lo que trate todo lo demás?». ¹⁰ Haddon Robinson hace la pregunta en dos partes: «Tema: ¿de qué está hablando? Complemento: ¿qué está diciendo sobre lo que está hablando?». ¹¹ Algunos formulan la pregunta así: ¿Cuál es el tema central que el autor quería que sus oyentes originales aprendieran, sintieran o hicieran? ¿Cuál es el objetivo o punto principal del pasaje? Para empezar, debes escoger una de estas técnicas de indagación y descubrimiento, aunque con el tiempo puedes sin duda formular tu propia versión.

Independientemente de la opción que escojas para plantear la «pregunta del propósito» del texto, la respuesta suele encontrarse en uno o dos patrones. Uno es la repetición y su relación entre sí. Cuando «valor» o «temor» se mencionan cuatro o cinco veces en un pasaje, ese es probable que sea el tema central. El otro está en las respuestas a las preguntas sobre el contexto de cómo el pasaje se relaciona con el capítulo, el libro y la Biblia. El «capítulo del amor» de 1 Corintios

13 se lee y se predica en las bodas, pero una mirada a su contexto, entre 1 Corintios 12 y 14, muestra que no se trata del amor romántico, sino de cómo crear la paz en una comunidad destrozada por la discordia. La declaración de Jesús «Yo soy la luz del mundo» en Juan 8 puede entenderse mejor cuando vemos que, en Juan 7, afirmó lo mismo durante la Fiesta de los Tabernáculos, para conmemorar la nube de la gloria de Dios que guió a Israel a través del desierto. Jesús no está, por tanto, hablando de algún poder general de iluminación. Se está identificando como la gloria de Israel, el Dios de Moisés, que se hizo carne.

Escribe la respuesta a la pregunta del propósito en una oración o dos. Esta debería ser la «esencia recién exprimida del pasaje».¹² Para forzarte a destilar tu material, ponle un título y, si es un pasaje más largo con párrafos y partes, ponle un título a cada uno de ellos también.

Escoge tu tema para el sermón

Luego, escoge un tema principal para el sermón que presente las ideas centrales del texto y a la vez se dirija a tus oyentes en particular. Quizás quieras enfatizar diferentes aspectos de la enseñanza bíblica teniendo en cuenta si tienes un grupo homogéneo de creyentes o una mezcla de creyentes y aquellos que no creen. La ocasión puede ser un servicio de adoración, un retiro o una boda.

Aunque la idea central del texto sea clara (y no siempre la es), eso no significa que haya solo un tema para el sermón. La idea textual central, por lo general, puede presentarse con fidelidad a través de diversos temas. Sinclair Ferguson escribe: «Junto con este ejercicio del propósito [discernir la idea central del texto] hay un ejercicio de sensibilidad espiritual [...]. El predicador no es un teólogo [...]. Es un pastor [...]. Nuestra predicación no debe estar *determinada por la necesidad*, sino *orientada a las personas*».¹³ Ferguson afirma que

debemos buscar la idea principal del texto (nuestra primera responsabilidad) y las necesidades y capacidades de los oyentes (la segunda responsabilidad) para determinar el tema del sermón. Alan Stibbs expresa lo mismo. Escribe: «Algunos pasajes son muy fértiles. Son susceptibles a varios tratos selectivos de acuerdo a los puntos que escogen enfatizar y al propósito específico correspondiente y la aplicación que el predicador podría prever».¹⁴ En otro libro, David Jackman expresa que el predicador no debería tener solo una declaración sobre la *gran idea* del texto, sino además una «oración del propósito», con lo cual quiere decir que «el Espíritu Santo estará complacido de hacer en las vidas de los oyentes aquello por lo que estás orando, como resultado del sermón».¹⁵ La idea central del texto y el propósito pastoral juntos producen el tema del sermón.¹⁶

Para ilustrar el desarrollo del tema, Stibbs toma un texto: Juan 2:1-11. En este pasaje, Jesús convierte el agua en vino en las bodas en Caná. La idea principal del texto se encuentra en el versículo 11: el milagro reveló la gloria de Jesús al señalar hacia Su muerte, la cual nos purifica y asegura nuestro gozo festivo. La tensión de la trama en esta pequeña narración gira en torno a la respuesta brusca y enigmática que Jesús da a María cuando ella le dice que se han quedado sin vino, seguido por el posterior milagro que rescata el gozo de la fiesta. Jesús realiza el milagro con tinajas de agua que solían usarse para la purificación del pecado y que apuntan hacia el propósito de Su propia sangre derramada. Jesús indica que Él debe perder todo gozo para que nosotros podamos recibirlo.

El milagro revela la gloria de quién es Jesús y lo que vino a hacer. Sin embargo, vemos varios aspectos de esa gloria en el pasaje, y Stibbs enseña cómo podemos enfatizar esta idea principal a través de diferentes temas, según el contexto y las personas a las cuales nos dirigimos. Stibbs sugiere que, en una boda, tu principal enfoque sería

el versículo 2 («También habían sido invitados a la boda Jesús y sus discípulos») y el tema del sermón podría ser «Debes invitar a Jesús a tu matrimonio». En una reunión de oración, el principal enfoque podría ser el versículo 3 («Cuando el vino se acabó, la madre de Jesús le dijo: Ya no tienen vino») y el tema del sermón podría ser «Por qué y cómo orar». Al dirigirte a líderes y trabajadores cristianos, el principal enfoque podría ser el versículo 5 («Su madre dijo a los sirvientes: Hagan lo que él les ordene»), y el tema: «Cómo ser útil en la obra de Cristo». En un sermón el domingo por la mañana a una amplia audiencia, que incluye personas de todo el espectro de la fe, el principal enfoque podría ser el versículo 10: «y le dijo: Todos sirven primero el mejor vino y, cuando los invitados ya han bebido mucho, entonces sirven el más barato; pero tú has guardado el mejor vino hasta ahora». El tema podría ser: «El gozo que trae Jesús».

En cada caso, la misma idea central de la gloria de Su muerte salvífica se plantea de maneras diferentes. Los sermones empiezan con Jesús ofreciendo entrar a tu matrimonio, respondiendo tus oraciones, bendiciendo el trabajo de los colaboradores obedientes y trayéndote el gozo que has estado buscando toda tu vida. ¿Cómo? Mediante Su muerte, que es gloriosa.¹⁷

El erudito bíblico Alec Motyer usa 1 Juan 2:1-2 para demostrar el mismo proceso de pasar de la idea central del texto al tema:

Mis queridos hijos, les escribo estas cosas para que no pequen. Pero si alguno peca, tenemos ante el Padre a un intercesor, a Jesucristo, el Justo. Él es el sacrificio por el perdón de nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo.

Motyer afirma que hay al menos seis ideas o verdades sobre Jesús que se enuncian en estos dos versículos: (1) el objetivo de Jesús es que el pecado disminuya y desaparezca de nuestras vidas. (2) No

obstante, Jesús no nos abandonará si pecamos. (3) Jesús subió a los cielos, está delante del Padre e intercede por nosotros. (4) Jesús es justo. (5) Jesús hace propiciación por nuestros pecados mediante la expiación (griego *jilasmós*). (6) Jesús asegura el perdón de nuestros pecados y lo hace accesible a nosotros y el mundo entero.

Motyer piensa que la idea central, en la que se sostienen las demás, es la segunda: Jesús nunca nos abandonará ni se dará por vencido con nosotros. El punto del pasaje es que no deberíamos pecar, pero, «si alguno *peca*», Jesús aun así será nuestro intercesor, el Padre nos amará y nos perdonará. «Cada una de las seis verdades respira seguridad celestial [...]. Mientras combatimos contra el pecado y de continuo perdemos la batalla, [podemos] de manera creíble, afirmar que somos herederos y poseedores de esta gran salvación».¹⁸

Motyer repite a Ferguson y Stibbs cuando indica que la idea central del texto debe expresarse como un tema del sermón que se «adapte a la congregación que ministramos». Nos recuerda que no tenemos una, sino dos responsabilidades cuando predicamos: «La primera con la verdad y la segunda con este grupo particular de individuos. ¿Cómo escucharán mejor la verdad? ¿Cómo debemos formularla y expresarla de manera que les sea clara, apetecible, que estén dispuestos a escucharla y que [...] evite el dolor innecesario?».¹⁹ Motyer indica, por tanto, que nunca hay solo un tema posible para el sermón. Aunque la principal idea del texto podría expresarse como «la seguridad de nuestra salvación», no siempre tiene que ser el tema del sermón. Si la congregación necesita más instrucción en teología cristiana, el predicador podría centrarse más en que Jesús es nuestro abogado e intercesor celestial porque ascendió a los cielos. El tema podría ser «la realidad y el significado de la ascensión del Señor», en el que el énfasis está en esa enseñanza bíblica y lo que esta significa para los creyentes. Además, podría haber varias razones pastorales por las que

el predicador querría centrarse en la importante palabra *perdón* [*propiciación*, RVR1960] en el texto, que se refiere a apartar la ira de Dios.²⁰ Esto presta mayor atención a cuán profundo y completo es nuestro perdón como resultado de la cruz. El tema podría ser «cómo nos salva Jesús (el significado de la propiciación)». Un tercer enfoque podría ser más personal, al elaborar sobre el tema de «cómo tratar con el pecado recurrente». En cada caso, extraeríamos y presentaríamos la idea principal de nuestra infalible seguridad y confianza, pero, según la familiaridad de la gente con la doctrina o el tipo de problemas que enfrentan en sus vidas, el tema del sermón podría ser diferente.

Como hemos visto, muchos escritores proponen elaborar un tema para el sermón combinando la idea principal del texto y el propósito pastoral. Sin embargo, como es imposible predicar un texto correctamente a menos que lo coloques dentro de todo el contexto de la Biblia e indiques cómo muestra a Cristo, convendría escoger nuestro tema para el sermón después de contestar tres preguntas:

Pregunta sobre la idea principal del texto: ¿de qué habla este texto y qué dice al respecto?

Pregunta sobre el propósito pastoral: ¿qué repercusión práctica implicaba esta enseñanza para los lectores del autor y cuál debería tener para nosotros?

Pregunta sobre Cristo: ¿cómo nos muestra el texto a Cristo y cómo la salvación que Él ofrece nos ayuda a cambiar conforme al propósito pastoral?

Después de contestar estas preguntas, formula un tema principal para tu sermón. Debería utilizar la principal idea del texto y orientarla a las personas. Es provechoso si el tema del sermón puede ser una oración activa y enunciativa. Por ejemplo, imagínate que has estudiado Juan 16:16-23 y determinado que la «gran idea» del texto es «Jesús

consuela a Sus discípulos con la enseñanza sobre Su segunda venida». El tema de tu sermón podría ser «a través de la esperanza que Cristo da, los cristianos pueden enfrentar cualquier cosa».

Desarrolla un bosquejo alrededor del tema

Una vez que hayas escogido el tema, desarrolla un *bosquejo* alrededor de este que despliegue el significado del pasaje (donde cada punto plantee ideas desde el mismo texto) y cree una tensión en la narrativa hacia un clímax. Un tipo de bosquejo es bastante parecido a un caso ante los tribunales: una declaración de los hechos, una tesis y un argumento para la tesis. Otro tipo de bosquejo se parece a la narración de una historia: la declaración de algo que desestabiliza la vida, la historia de la lucha por rectificar las cosas y la descripción de la resolución del argumento.

Muchos predicadores expositivos de los primeros siglos no desarrollaban bosquejos propiamente dichos, sino que comentaban versículos consecutivos. Sin duda, había un bosquejo implícito en este método. El predicador dividía el texto en unidades lógicas de ideas, trataba tres o cuatro versículos como una unidad, seguida por otra unidad, y cuando llegaba al final del pasaje resumía los temas y las enseñanzas principales. Es decir, el bosquejo del sermón era solo la estructura consecutiva del pasaje, y el predicador no hacía demasiado por proponer otra organización de las ideas. No fue hasta la Edad Media que el bosquejo del sermón se hizo costumbre para los predicadores.²¹ Aunque Juan Calvino buscó revivir el método consecutivo del comentario constante de Crisóstomo y otros primeros predicadores, la mayoría de sus contemporáneos protestantes estaban más interesados en recobrar los métodos retóricos de los griegos y los romanos, y adaptarlos para la iglesia. Los puritanos y sus sucesores desarrollaron un bosquejo escolástico, clásico para cada sermón, con una simple proposición, un análisis riguroso y una defensa exhaustiva

y una aplicación de dicha proposición.²²

Durante los últimos 200 años, se ha establecido cierto consenso sobre las cualidades del bosquejo de un sermón. Debería tener *unidad*, es decir, que cada punto apoye el tema principal. Debería tener *proporción*, es decir que cada punto reciba prácticamente el mismo tiempo e importancia, de modo que el ritmo y el progreso del pensamiento no parezcan demasiado lentos o demasiado rápidos. Debería tener *orden*; es decir, cada punto no solo debería relacionarse con el tema, sino también basarse en los otros puntos, llevando adelante el pensamiento, no solo repitiendo lo que ya se expresó. Por último, debería tener *movimiento*. El bosquejo del sermón no solo tiene que presentar la información de forma ordenada, ni solo ofrecer un «caso» para una proposición. Debe dar a las personas la sensación de que son llevadas a algún lugar, de que se dirigen a alguna clase de clímax y son llevadas cara a cara con Dios. (Y sí, esto incluye sermones expositivos de textos no narrativos también. Abordaré el asunto del movimiento en la siguiente sección).²³

Cada punto en tu bosquejo debería, de manera progresiva, precisar o justificar tu tema, de modo que se haga más claro, enriquecedor y convincente a medida que el sermón continúa. De esta manera, el bosquejo provee no solo orden, sino también disciplina; te obliga a practicar el arte esencial de saber qué dejar fuera. Quizás hace poco encontraste algunas citas y ejemplos que podrían ser excelentes ilustraciones para un sermón, pero, si no se ajustan a tu bosquejo, cada parte del cual contribuye al tema, debes guardarlos para otro sermón.

El bosquejo además te ayuda a garantizar que tus puntos principales en un sermón expositivo vienen del propio texto. En tu estudio, has reunido una infinidad de ideas interesantes que notaste en el texto. Luego, formulaste la pregunta sobre el propósito del texto y

determinaste cuál de las ideas era, por así decirlo, el «tronco» (la idea central) y cuáles eran las ramas. Una vez hecho eso, puedes organizar las ideas secundarias que constituyen los puntos del sermón, cada uno de los cuales explica o elabora la idea principal.

No es tan difícil ver que Marcos 2:1-12, la curación de un paralítico, es sobre el perdón de pecados. Las palabras *perdonados* o *perdonar* aparecen cuatro veces, y toda la tensión narrativa en el pasaje gira en torno al derecho que se adjudica Jesús de perdonar pecados y el desafío de los maestros de la ley en cuanto a ese derecho. Hay, sin embargo, muchas otras cosas que observar en el texto. Al principio, Jesús no le da al hombre lo primero que sus amigos estaban buscando para él, es decir, la sanidad física. Otra observación clave es que Jesús parece intuir la condición interna del hombre, puesto que el perdón exige arrepentimiento y el hombre nunca verbaliza esto. Otro asunto clave en el texto es la pregunta de Jesús: «¿Qué es más fácil, decirle al paralítico: “Tus pecados son perdonados”, o decirle: “Levántate, toma tu camilla y anda”?» (v. 9). Es una pregunta capciosa porque, aunque parece más difícil curar el cuerpo que perdonar, al final se requerirá la muerte de Jesús para lograr la remisión de pecados.

Todos estos temas e ideas pueden volverse puntos en el bosquejo. El tema del sermón podría ser «la verdadera sanidad del perdón». El bosquejo podría ser: (1) la necesidad del perdón; (2) la gracia del perdón y (3) el costo del perdón. Los versículos 1-4 enseñan sobre la necesidad del perdón. Cuando Jesús perdona antes de sanar, indica que nuestra necesidad espiritual de tener una correcta relación con Dios es más fundamental que la de sanidad física o algo más. El versículo 5 enseña sobre la gracia del perdón. Jesús responde aun a los deseos inarticulados del hombre, lo que muestra que no necesitas tenerlo todo bajo control para recibir el perdón de Dios. Tan solo

tienes que quererlo. Todo lo que crees que es necesario, en realidad no lo es. El versículo 9, la pregunta enigmática, nos pone a la sombra de la cruz. Requiere un inmenso poder sanar físicamente a un hombre, pero será necesario infinito sufrimiento y muerte, y un extraordinario amor, para que Jesús pueda perdonarnos. Sin embargo, cuando recibimos eso, seremos curados de la única enfermedad que en realidad puede, en última instancia, matarnos.

Alec Motyer utiliza el Salmo 51 como otro ejemplo.²⁴ Destaca nueve expresiones importantes en el texto (LBLA): *piedad, misericordia, compasión, borra, transgresiones, lávame por completo, maldad, límpiame y pecado*. La idea central del pasaje es cómo Dios aborda nuestro pecado. Motyer examina cada palabra para ver lo que significa en el resto de la Biblia. Descubre que tres de estos términos definen el pecado, tres describen lo que necesitamos de Dios por causa del pecado y tres describen lo que deberíamos decirle a Dios para poder recibirlo. Luego, Motyer observa que todos pueden presentarse como puntos fundamentales en el sermón, pero el tema del sermón determinará cómo hacerlo. ¿Se trata de un sermón para cristianos sobre un aspecto importante de la oración? Entonces, el tema del sermón sería cómo confesar nuestros pecados. El bosquejo podría ser: (1) por qué debemos confesar; (2) qué debemos confesar y (3) cómo debemos confesar. En ese caso, cada tríada de palabras podría usarse para llenar cada uno de los puntos.

¿Es este un sermón para una audiencia con muchas personas que no creen o que no saben qué creen? Entonces, un posible título podría ser «Cuando la vida explota». El bosquejo podría ser: (1) no somos lo que deberíamos ser, (2) por qué no somos lo que deberíamos ser y (3) qué podemos hacer al respecto. Este sermón daría más trasfondo sobre lo que rodea el Salmo 51, que relata cómo David, el mejor rey que jamás tuvo Israel, tenía igualmente un corazón lleno de errores e

«hizo explotar su vida» por una relación extramarital. El primer punto podría establecer que somos más débiles y propensos al desastre de lo que quisiéramos admitir. La palabra hebrea que se traduce *pecado* significa ‘errar al blanco’. Va más allá de meramente quebrantar reglas para indicar que no hemos logrado ser todo lo que sabemos que deberíamos ser. El segundo punto, sobre la razón por la cual erramos al blanco, podría construirse desde dos subpuntos: nuestro egoísmo o enfoque excesivo en nosotros mismos (*maldad* significa estar torcido o ser perverso); y nuestra terquedad (*transgresiones* se refiere a testarudez y obstinación). Estas dos cosas hacen del mundo un lugar miserable. El tercer punto no necesita usar las seis palabras restantes, pero debe centrarse al menos en la palabra hebrea que se traduce *borra* y significa que hay una especie de detergente cósmico espiritual, por decirlo de algún modo, que puede eliminar el pecado hasta la última fibra (Heb. 9:14), lo cual podría llevarnos a Hebreos 9 y a la obra de Cristo.

El movimiento del sermón

Tu bosquejo tiene que tener movimiento, progresión, tensión.²⁵ Escucho muchos sermones que son solo una serie de buenas reflexiones que podrían plantearse en cualquier orden, incluso si se han tomado con fidelidad del texto y están de acuerdo en general con el tema del sermón. Se trata en realidad de una serie de minisermones, inevitablemente tediosos, incluso cuando se predica con convicción. Cada punto en un sermón contundente y poderoso debe contribuir algo nuevo al tema, basarse en los puntos previos, algunas veces haciendo uso de pistas y pensamientos poco desarrollados que se han mencionado antes, pero que se han dejado abiertos hasta el momento justo. En tus sermones, debes ir creando suspenso que genere cierta impaciencia por escuchar lo que sigue y una sensación de viajar hacia un destino. Los predicadores hábiles pueden indicar antes los puntos de tal manera que haga que los oyentes se planteen preguntas en la

mente: *Si esto es cierto, ¿no contradice lo otro? ¿No genera esto un problema con aquello? Si eso es lo que expresa la Biblia, ¿cómo respondes a los que se oponen a ella así? Si eso es lo que debemos hacer, ¿dónde conseguimos los recursos o los medios para hacerlo?* Así, el predicador puede responder las preguntas en los corazones de los oyentes a medida que desarrolla el sermón.

Eugene Lowry sostiene que, aun cuando los predicadores no estén predicando sobre una historia bíblica, los puntos del sermón deberían percibirse como las partes de una narrativa.²⁶ Una narrativa inicia con algo que desestabiliza la vida. La vida no es como debería ser. Por ejemplo, «Caperucita Roja llevó a su abuela algunas golosinas» es solo un hecho. Sin embargo, «Caperucita Roja iba a la casa de su abuela, pero un lobo estaba esperándola para comérsela» es una narrativa. A medida que se desarrolla la historia, la trama se complica cuando los personajes centrales luchan por restaurar el equilibrio inicial. Hay siempre protagonistas y fuerzas que luchan por la restauración del equilibrio, al igual que antagonistas y fuerzas que luchan contra la restauración y contra los protagonistas. Por último, la historia termina cuando la lucha tiene como resultado la restauración del equilibrio (cuando los deseos de los protagonistas (y los oyentes) se reúnen con la realidad objetiva) o la imposibilidad de restaurar el equilibrio. Entonces, cada historia consiste en un supuesto sobre cómo debería ser la vida, un problema o una fuerza que impide que la vida sea de ese modo, y un camino a través del cual esa vida puede restaurarse.²⁷

Lowry piensa que la fluidez y el movimiento del sermón (aunque no necesariamente enunciado con títulos y puntos explícitos) deberían seguir este patrón general. Primero, presenta el problema mostrando la manera específica indicada en el texto en la que el pecado ha trastornado la vida, lo que Bryan Chapell llama «el enfoque en la

condición caída». ²⁸

Luego, desarrolla la tensión al mirar bajo la superficie las razones por las que el problema es tan difícil y persistente. Para este paso, es esencial pasar de la conducta personal y social a las motivaciones del corazón. ²⁹ Quizás seamos egoístas con nuestro dinero, pero la mera exhortación no funcionará, porque el dinero es más que dinero para nosotros; es identidad y seguridad. Este segundo movimiento debe siempre resumir el mensaje del evangelio de que no tenemos los medios para salvarnos a nosotros mismos. Parece que no hay esperanza (porque así es).

Luego, enseña cómo Jesús, la salvación que Él ofrece y la fe en Él resuelven el problema, de manera objetiva y subjetiva. Jesús es el ejemplo, quien vivió la vida que deberíamos vivir. Él murió para salvarnos de la culpa y las consecuencias de nuestro fracaso. Pero, además de esto, la fe en Cristo siempre resuelve a la perfección el problema del corazón causante de la dificultad. No podemos dar nuestro dinero hasta que encontremos una nueva seguridad e identidad en Jesús. No podemos amar a nuestro cónyuge correctamente hasta que no satisfagamos nuestra necesidad interna con el amor conyugal de Cristo. El segundo y el tercer movimiento del sermón están íntimamente relacionados entre sí. Si, cuando se analiza el enfoque en la condición caída, describes el problema como un asunto de conducta, entonces la única solución será alguna exhortación a esforzarse más. A menos que llegues hasta la dinámica y las motivaciones del corazón, el poder transformador del evangelio en la obra de Cristo no se verá como la única solución directa para el problema.

Por eso, si el sermón se mueve como una narrativa, con una trama complicada y poca esperanza, puede en este momento producir lo que Tolkien llama «el giro» que está presente en todas las buenas

historias. Hay un giro inesperado, un cambio drástico de las expectativas normales y una repentina resolución de la trama que es contraria al sentido común y es satisfactoria.³⁰ En este punto, el evangelio y la persona y la obra de Cristo se aplican al problema, y Él se proclama como la única solución para el asunto, distinto a todo lo que el mundo tiene para ofrecer. Así se garantiza que Jesús sea el «héroe» de cada sermón bien elaborado.³¹

Esta es otra manera de mirar el movimiento subyacente del sermón para darle forma de evangelio, un argumento que cubre la caída, la redención y la restauración. Recuerda que rara vez o nunca estos son los títulos o incluso los puntos de tu bosquejo. Lo considero como el metabosquejo, el patrón profundo del evangelio, de cada sermón que predico:

Introducción: cuál es el problema; nuestro contexto cultural contemporáneo: *Esto es lo que enfrentamos.*

Puntos iniciales: qué dice la Biblia; el contexto cultural de los lectores originales: *Esto es lo que debemos hacer.*

Puntos intermedios: cuál es el obstáculo; el contexto actual del interior del corazón de los oyentes: *Por qué no podemos hacerlo.*

Puntos finales: cómo Jesús satisface el tema bíblico y resuelve el asunto del corazón: *Cómo lo hizo Jesús.*

Aplicación: *Cómo deberías vivir ahora, mediante la fe en Jesús.*

Estos son los supuestos detrás de este patrón profundo. Uno es que la Biblia trata los asuntos del corazón que son ciertos para todos los seres humanos en todo tiempo y lugar. Entonces, los asuntos del corazón de los lectores originales coincidirán con los de los oyentes del predicador. Además, en cada texto de la Escritura, hay imperativos, normas morales sobre cómo deberíamos vivir. Esa norma puede verse en lo que aprendemos sobre el carácter de Dios o Cristo, en el buen o el mal ejemplo de los personajes en el texto, o en

los mandamientos, las advertencias y los llamados explícitos. El siguiente supuesto es que este imperativo moral siempre presenta una crisis, pues cuando se entiende como es debido, la obligación moral y práctica de la Escritura es imposible de cumplir para los seres humanos. Si el predicador no trae esto a colación, el sermón se dirige hacia el moralismo, pues de manera implícita o incluso explícita afirma que nuestros esfuerzos morales podrían ser suficientes para complacer a Dios. Si, por el contrario, el predicador establece con claridad la crisis, entonces los oyentes que han seguido el sermón hasta este punto son llevados a un aparente callejón sin salida. Así, cuando señalamos hacia el evangelio, una puerta oculta se abre y la luz entra. Jesús ha satisfecho los requisitos de la ley en nuestro lugar y así nos protege de la condenación. Pero, más que eso, cuando ponemos nuestra fe en ese cumplimiento salvífico, esto cambia la estructura de nuestros corazones, pues los derrite donde estaban cubiertos de hielo y los fortalece donde eran débiles. La fe en Jesús es nuestra única esperanza, pero es una esperanza segura.

El sermón ahora avanza con seguridad desde el razonamiento y la enseñanza hacia la adoración y el asombro cuando demuestra que solo Jesucristo ha satisfecho la exigencia. Si el texto es una narrativa, puedes mostrar que los personajes señalan a Cristo como el supremo libertador, siervo sufriente, profeta, sacerdote y rey. Si el texto es didáctico, puedes mostrar que Cristo es la expresión suprema de la norma moral y el único camino para convertirse en personas que pueden empezar a seguir dicha norma. Por último, el sermón puede dedicar tiempo a precisar las formas prácticas en que la fe en Cristo debería transformar nuestras vidas en esta área.

CASO PRÁCTICO N.º 1: EXPOSITIVO

Este es un ejemplo de aplicación de este patrón profundo a la historia de Abraham e Isaac, en Génesis 22.

1. **Lo que debes hacer:** debemos poner a Dios primero en cada área de la vida, al igual que Abraham. (¡Aquí termina el sermón tradicional!).
2. **Pero no puedes:** ¡no podemos! ¡No lo haremos! Así que merecemos ser condenados.
3. **Sin embargo, hubo uno que lo hizo:** Jesús puso a Dios primero cuando murió en la cruz. Fue el acto supremo y perfecto de sumisión a Dios. Jesús es el único a quien Dios le dijo: «Obedéceme, y por ello te juzgaré y te condenaré». Jesús obedeció igualmente, por amor a la verdad, por amor a Dios. El único acto perfecto de sumisión.
4. **Solo ahora podemos cambiar:** solo cuando vemos que Jesús obedeció como lo hizo Abraham (¡por nosotros!) podemos empezar a vivir como Abraham. Permite que tu corazón sea transformado por esto.

Solo cuando veo que Dios ya me ha aceptado, puedo empezar a tratar de vivir como Abraham. Ni siquiera podría comenzar a recorrer ese camino de obediencia semejante al de Abraham. Estaría desanimado por mis fracasos. Pero Dios ya ha puesto Su amor en mí, previo a mi obediencia. Si no comprendo eso, nunca tendré el valor de comenzar o de seguir adelante.

Solo cuando veo que Dios ya me ha aceptado, puedo tratar con las verdaderas razones por las que no puedo vivir como Abraham. Pongo mis «Isaacs» por encima de Cristo, porque pienso que me darán más seguridad y valor de lo que Él me dará. Solo al regocijarme en mi aceptación, estos «Isaacs» perderán su poder sobre mí. Si no lo hago, nunca tendré la capacidad de avanzar.

Solo cuando veo que Dios me ha aceptado, puedo de verdad querer vivir como Abraham por las razones correctas y no destructivas. Mientras escucho este sermón sobre Abraham, me doy cuenta de que puedo tratar de obedecer a Dios para que me dé una vida y una familia

prósperas. Pero, si obedezco de esa forma, en realidad no lo estoy obedeciendo por causa de Él. Estoy usando la ley de Dios para controlarlo, no para alabarlo. Si no me regocijo en que Cristo obedeció por mí, si no veo esto y si no descanso en esto, nunca obedeceré por las razones correctas, ni siquiera obedeceré de verdad.

CASO PRÁCTICO N.º 2: TEMÁTICO

Este es un ejemplo de un bosquejo para un sermón sobre el poder de la belleza y la atracción sexual en nuestra cultura.

1. **Lo que debes hacer:** el poder de la belleza física sobre nosotros debe destruirse. Mira la devastación que ha traído a nuestra sociedad y nuestras vidas. (1) Distorsiona la opinión de las mujeres sobre ellas mismas (lo cual conduce a la baja autoestima y los desórdenes alimenticios); (2) desmoraliza a las personas de edad avanzada; (3) distorsiona las vidas de los hombres al llevarlos a rechazar excelentes posibilidades de matrimonio por razones superficiales y recurrir a la pornografía. ¿Qué debemos hacer? No juzgues a nadie por las apariencias. No te dejes controlar por algo superficial.
2. **Pero no puedes:** sabes perfectamente que no podremos escapar de su poder. ¿Por qué? (1) Deseamos la belleza física para cubrir nuestro propio sentido de vergüenza e insuficiencia (Gén. 3). «Si te ves bien, te sientes bien contigo mismo» en realidad significa «Si te ves bien, sientes que eres bueno». (2) Tenemos miedo de nuestra mortalidad y de la muerte. Los biólogos evolutivos y los cristianos están de acuerdo en que el impulso por la belleza física es un deseo de juventud. Nunca venceremos nuestro problema solo con intentarlo.
3. **Sin embargo, hubo uno que lo hizo:** hubo uno de hermosura irresistible, pero dispuesto a renunciar a ella (Fil. 2). Él se hizo feo para que nosotros fuéramos hermosos (Isa. 53).
4. **Solo ahora podemos cambiar:** solo cuando veamos lo que Él hizo por nosotros, nuestros corazones se conmoverán y serán liberados

de la idea de que podemos juzgar a alguien por su apariencia. Solo al estar en Él, seremos liberados de nuestro sentido de vergüenza y temor a la muerte.

Desarrolla cada punto

Por último, debes desarrollar cada punto del bosquejo con una gran variedad de razonamientos, ilustraciones, ejemplos, imágenes, otros textos bíblicos y otras formas de aplicación práctica y recursos retóricos. La cantidad y el carácter de estas cosas dependen de las elecciones que hayas hecho antes sobre el propósito del pasaje, tu tema y la estructura de tu bosquejo.

Enfocaré mis recomendaciones sobre un aspecto para desarrollar la estructura del bosquejo. En el capítulo 6, miramos cómo *prepararse* para la aplicación eficaz; aquí ofrezco algunos *ejemplos* de aplicación que se ajustan a la centralidad del evangelio más que (lo que es más común) a principios morales. ¿Cómo llamamos a las personas a obedecer sobre el fundamento del texto sin ser moralistas? ¿Cómo cambiamos sus corazones de manera que quieran obedecer, en vez de apuntar a la voluntad solo para que cumplan?

La fidelidad

En Génesis 12 (el llamado de Abraham), Abraham deja todo lo que le resultaba cómodo y sigue el llamado de Dios, pese a tener que ir solo, sin su familia, y dejar su cultura. Puede convertirse en una bendición para otros solo si está dispuesto a dejar las fuentes normales de seguridad humana. Jesús, sin embargo, fue el ejemplo supremo de alguien que escuchó un llamado a dejar de lado la seguridad. Él dejó el cielo y Su gloria (Fil. 2) para morir por nosotros. Jesús perdió Su seguridad de modo que nosotros pudiéramos tener la seguridad suprema: Su amor y la salvación. Cuando tengamos eso, tendremos la capacidad de arriesgarnos para alcanzar a otras personas y otras culturas. Solo entonces nos convertimos en personas, o discípulos, «en la misión».

El cuidado de los pobres

Es sorprendente lo mucho que Dios se *identifica* con los pobres. Proverbios 19:17 expresa que, si sirves a los pobres, sirves al Señor. Proverbios 4:31 indica que, si ofendes a los pobres o no te apiadas de ellos, ofendes al Señor. Un ejemplo excepcional de esto está en Mateo 25, donde Jesús afirma que, si das de comer al hambriento, vistes al que está desnudo y le das refugio al que no tiene techo, estás en realidad alimentando y dándole alojamiento a Él. Es tentador predicar estos pasajes de manera moralista e indicar que por eso debemos identificarnos con los pobres y preocuparnos por ellos. Pero, a menudo, descubrimos que, cuando tratamos de hacer esto, las cosas salen mal. Estamos llenos de orgullo desconsiderado y ofendemos al pobre, nos sentimos ofendidos cuando ellos no responden con gratitud o nos impacientamos cuando parece que no están respondiendo bien. Hay demasiado orgullo y poco amor de nuestra parte. Es porque tratamos de aplicar de lleno la enseñanza bíblica sin permitir que la fe en Jesús transforme nuestros corazones.

Sí, puedes ver que, en el Antiguo Testamento, Dios se identifica con el pobre; pero, hasta que Jesús no lo hace, no vemos hasta dónde se identificó. Jesús, tanto figurativa como literalmente, ¡vino entre los pobres! Nació en un pesebre de padres pobres. Vivió casi sin hogar, y afirmó: «Las zorras tienen madrigueras (cuevas) [...], pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza» (Luc. 9:58).³² Cuando murió, echaron suertes sobre Su ropa, Su única posesión, y fue sepultado en una tumba prestada. No solo eso, sino que fue víctima de una injusticia. Él sabía lo que era ser pobre, marginado y oprimido. Por último, lo desnudaron y murió de sed y exposición al clima en la cruz. Entonces, en el último día, cuando las personas le digan a Jesús: «¿Cuándo te vimos sediento, desnudo, en prisión?», Jesús podrá decir: «¡En la cruz! Allí yo, que merecía la exoneración, fui condenado para que tú, que merecías la condenación, pudieras quedar libre. Este es el verdadero fundamento para vivir una vida de justicia y de interés por el pobre». Ver a Jesús abrazándote cuando eres

espiritualmente pobre te ayuda a ver que no eres mejor que el que padece pobreza material de ningún modo. Esto debería quitar las actitudes altivas y la impaciencia.

El adulterio y el amor conyugal

Cuando predicas a cónyuges sobre ser fieles a sus parejas, en algún momento debes enseñarles que el egoísmo de sus corazones será un obstáculo, a menos que tengan el amor de su verdadero cónyuge, Jesús. Él fue fiel a nosotros a un infinito costo personal. Eso nos mueve a ser fieles a nuestro cónyuge. Además, nos amó tanto que no necesitamos el amor de nuestro cónyuge como confirmación definitiva en nuestras vidas. Si así fuera, seríamos demasiado dependientes de nuestro cónyuge en lo emocional y no podríamos lidiar con sus buenos y malos momentos, así como con sus defectos. En Cristo, tenemos la confirmación que necesitamos, entonces no hace falta que busquemos en otra parte, aun cuando nuestro cónyuge es imperfecto. En Efesios 5, Pablo habla a los cónyuges, pero en particular, al parecer, a los esposos. Muchos habían traído de sus trasfondos paganos (así como nosotros traemos de nuestras propias culturas) actitudes deshumanizadoras sobre el matrimonio. En la época de Pablo, el matrimonio se consideraba básicamente una relación de negocios (había que casarse con el mejor candidato posible). Pablo quiere animar a los esposos no solo a ser sexualmente fieles, sino también a amar y honrar a sus esposas. En Efesios 5, Pablo no les presenta a los esposos indiferentes un simple ejemplo moral, sino (otra vez) les muestra la salvación de Jesús, que fue el cónyuge supremo para nosotros en el evangelio. Él mostró amor sacrificial hacia nosotros, Su esposa. No nos amó porque fuéramos dignos de estima, sino para hacernos dignos de estima.

El diezmo y la generosidad

Si predicas sobre dar el diezmo, en algún momento debes llegar al supremo dador, Jesús, que a un costo infinito nos dio no solo un diezmo de Su riqueza, sino toda. Esto nos da la seguridad y el gozo de regalar nuestra riqueza, puesto que la única seguridad a largo plazo es

ser rico en Él. En 2 Corintios 8 y 9, Pablo quiere que las personas den una ofrenda para los pobres. Pero expresa, en realidad: «No quiero ordenarles. No quiero que esta ofrenda solo sea una respuesta a mi demanda». No pone presión directa sobre la *voluntad* (por ejemplo, al afirmar: «¡Soy un apóstol y esta es su obligación para conmigo!») o sobre las *emociones* (al relatarles historias sobre lo mucho que sufren los pobres y lo mucho que ellos tienen en relación con los que están sufriendo). En cambio, de manera vívida e inolvidable, Pablo afirma: «Ya conocen la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, aunque era rico, por causa de ustedes se hizo pobre, para que mediante su pobreza ustedes llegaran a ser ricos» (2 Cor. 8:9). Cuando expresa: «Ya conocen la gracia», está, sin duda, recordándoles lo espiritual de esa gracia al usar una imagen poderosa, al traer la salvación de Jesús al ámbito del dinero, la riqueza y la pobreza. Los conmueve por el recuerdo espiritual del evangelio.

Al aplicar textos como estos sobre la ética y los mandamientos, hay una razón teológica, retórica y práctica para fundamentar tu aplicación alrededor de la obra de Cristo y no de nuestro mérito o esfuerzo. En términos teológicos, la santificación prosigue solo cuando crecemos en la fe porque la realidad de lo que Cristo ha hecho por nosotros personalmente hace que pierda fuerza la necesidad de nuestros corazones por los ídolos. El pecado debajo de cada pecado es que recurrimos a los ídolos en vez de creer en el evangelio. Entonces, los corazones de los oyentes pueden ablandarse y reprogramarse solo al llevarlos a Jesús. De lo contrario, creemos que podemos ser santificados a causa de nuestro propio esfuerzo. Por lo tanto, la razón teológica es que, de otra manera, no habría cristianismo.

La razón retórica es que la predicación moralizadora es tediosa y aburrida. Cada familia, cada cultura y cada edad tienen sus formas preferidas de discurso motivacional. En cierto sentido, estas pueden despertar nuestras emociones y llevarnos a la acción inmediata. Pero

son tan comunes y triviales que es fácil ignorarlas. Tan pronto como las personas comienzan a sentir que se aproxima este patrón moralizador de predicación, se desconectan porque quieren evitar la culpa (*Genial, algo más que estoy haciendo mal*) y el desaliento (*Nunca he podido hacer eso y nunca podré*) que sigue invariablemente. Una vez que se han desconectado, es bastante difícil volver a captar su imaginación.

Por último, la razón práctica es que la aplicación moralizadora no funciona a largo plazo. Me temo que un sermón que solo indica a las personas que deberían ser generosas porque deben serlo no está abordando los temores, las falsas esperanzas y los deseos de aprobación y control que hacen que las personas no estén dispuestas a dar más. Entonces, ellas podrían dar más una o dos veces, pero no se volverían en realidad más generosas. Un sermón que solo indica a las personas que amen a sus padres o a sus hijos y no aborda las razones subyacentes que lo hacen difícil no cambiará de verdad las cosas en los hogares. A menos que «llegues a Cristo», solo estarás ganando la voluntad de la audiencia, tratando que avance hacia una virtud común al provocar y manipular, como un jurado, su temor y su orgullo. El efecto no durará.

Notas

Introducción: Los tres niveles del ministerio de la Palabra

1 Peter Adam, *Speaking God's Words: A Practical Theology of Preaching* (Vancouver, British Columbia: Regent College Publishing, 1996), 59.

2 *Ibid.*, 75.

3 Aquí sigo a la mayoría de los comentaristas al considerar «hablar» y «servir» no como dos dones espirituales específicos, sino como dos categorías amplias que contienen los dones más específicos mencionados en Romanos 12 y 1 Corintios 12 y 14: dones de la palabra (profecía, enseñanza, exhortación, sabiduría, conocimiento) y dones de la acción (dadivosidad, misericordia, sanidad, administración y liderazgo). Ver, por ejemplo, J. Ramsey Michaels, *1 Peter* (Nashville, TN: Word Publishing, 1988), 250-51.

4 P. H. Davids, *The First Epistle of Peter* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1990), 161.

5 *Ibid.*

6 *Ibid.*, 59.

7 E. P. Clowney, *The Message of 1 Peter: The Way of the Cross* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1988), 184-85.

8 *Ibid.*, 84.

9 Este libro no será un «manual completo para predicadores». Servirá como un fundamento para reflexionar sobre la comunicación cristiana de la Biblia en un tiempo de escepticismo y presentará las tareas básicas: predicar la Palabra, predicar el evangelio, predicar a la cultura, predicar al corazón, todo al predicar a Cristo. En este libro, se dedicará un poco más de tiempo a la predicación a la cultura que a las otras tareas. Esto no es porque sea más importante, sino porque otros libros sobre predicación ofrecen muy poco sobre ese tema. Entonces, este libro es más una descripción de los principios básicos para la predicación en la época presente que una guía sobre cómo llevarla a cabo. Debería complementarse con otros recursos de capacitación para predicadores. Muchos de estos recursos se están preparando para el uso y la provisión de los predicadores en City to City. Ver redeemercitycity.com.

Prólogo: ¿Qué es la buena predicación?

1 D. M. Lloyd-Jones, *Preaching and Preachers*, ed. del 40.º aniversario (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2011). El testimonio vino de David Jones de Llangan (1736-1810). Puesto que él había escuchado tanto a Rowland como a Whitefield predicar en persona, se le pidió que los comparara. Su respuesta: «En lo que respecta [...] al acto de predicar, en lo que respecta a ascender a las alturas y a elevar a la congregación a los cielos, de verdad pude detectar poca diferencia entre ambos; uno era tan bueno como el otro. La única gran diferencia entre ellos — continuó — era que siempre estabas seguro de recibir un *buen* sermón de Rowland, pero no siempre de Whitefield». Lloyd-Jones, 67-68.

2 Citado en Scott Manetsch, *Calvin's Company of Pastors* (Nueva York: Oxford University Press, 2013), 156.

3 El manual se encuentra en *Sobre la doctrina cristiana* de Agustín, libro IV, y está impreso en inglés en su totalidad con útiles anotaciones y análisis en *The Rhetorical Tradition: Readings from Classical Times to the Present*, Patricia Bizzell y Bruce Herzberg, eds.

(Nueva York: St. Martin's Press, 1990), 386-422. Los libros I al III en esencia presentan la «hermenéutica», cómo entender la Biblia. El libro IV explica cómo comunicar lo que se ha aprendido de la Biblia.

4 George A. Kennedy, *Classical Rhetoric and Its Christian and Secular Tradition from Ancient to Modern Times*, 2.a ed. (Chapel Hill, NC: University of North Carolina Press, 1999), 1.

5 *Ibid.*, 2.

6 John Calvin, *1 Corinthians*, en *Calvin's Commentaries*, edición electrónica (Albany, OR: Ages Software, 1998).

7 *Ibid.*

8 *Ibid.*

9 Ver Anthony C. Thiselton, *The First Epistle to the Corinthians: A Commentary on the Greek Text*, The New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2000); Roy E. Ciampa y Brian S. Rosner, *The First Letter to the Corinthians*, Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2010); Gordon D. Fee, *The First Epistle to the Corinthians*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1987). Ver además D. A. Carson, «The Cross and Preaching», en *The Cross and Christian Ministry: Leadership Lessons from 1 Corinthians* (Grand Rapids, MI: Baker, 1993), 11-41.

10 «Sí, en nuestro mundo también. Hubo una vez en el mundo un establo. Y en ese establo, algo más grande que el mundo entero». C. S. Lewis, *The Last Battle* (Londres: Geoffrey Bles, 1956), 143.

11 Ver Paul Barnett, *The Second Epistle to the Corinthians* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1997), 277-83. Ver especialmente la nota 8 en la página 280. Barnett interpreta la declaración de Pablo, «tratamos de persuadir a todos», como una descripción de su ministerio de evangelización.

12 Ver Thiselton, 216-23.

13 *Ibid.*, 218.

14 *Ibid.*, 222.

15 Carson, *Cross and Christian Ministry*, 20.

16 Artículo XX, «De la autoridad de la Iglesia», en los Treinta y nueve artículos de la religión de la iglesia anglicana.

17 Alec Motyer, *Preaching? Simple Teaching on Simply Preaching* (Ross-shire, Escocia: Christian Focus, 2013), 65.

18 Charles Spurgeon, «Christ Precious to Believers» (sermón n.º 242, 13 de marzo de 1859), en *The New Park Street Pulpit*, vol. 5 (Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1975), 140.

Capítulo uno: Predicar la Palabra

1 William Perkins, *The Art of Prophecy with the Calling of the Ministry* (publicado por primera vez en inglés en 1606; reimpr., Edinburgh, Escocia: Banner of Truth, 1996), 9.

2 Hughes Oliphant Old, *The Age of Reformation* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2002), 359.

3 Perkins, *Art of Prophecy*, capítulos 1 y 2, 3-11.

4 *Ibid.*

5 Hughes Oliphant Old, *The Reading and Preaching of the Scriptures in the Worship of the Christian Church*, vol. 1, *The Biblical Period* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1998); vol. 2, *The Patristic Age* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1998); vol. 3, *The*

Medieval Church (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1999); vol. 4, *The Age of Reformation* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2002); vol. 5, *Moderation, Pietism, and Awakening* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2004); vol. 6, *The Modern Age* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2007); vol. 7, *Our Own Time* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2010).

6 Old, *Reading and Preaching of the Scriptures*, vol. 1, *The Biblical Period*, 9.

7 Timothy Ward, *Words of Life: Scripture as the Living and Active Word of God* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2009), 157.

8 Los tres libros que recomendaría para que lean todos los predicadores sobre la doctrina de la Escritura son J. I. Packer, «*Fundamentalism*» and the *Word of God* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1958); Ward, *Words of Life*; y Kevin DeYoung, *Taking God at His Word* (Wheaton, IL: Crossway, 2014). Estos tres libros resumen y extraen hábilmente la obra de las cuatro mejores exposiciones históricas sobre la doctrina de la Escritura: Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*, libro I; B. B. Warfield, *The Inspiration and Authority of the Bible* (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed, 1980); Francis Turretin, *Institutes of Elenctic Theology*, vol. 1, J. T. Dennison, ed., G. M. Giger, trad. (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed, 1992), «Second Topic: The Holy Scriptures»; y Herman Bavinck, *Reformed Dogmatics*, vol. 1, John Bolt, ed., John Vriend, trad. (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2003), parte 4: «Revelation». (Los primeros dos títulos están disponibles en ediciones múltiples). Además, los siguientes trabajos son útiles porque relacionan de modo directo la autoridad de la Biblia con el método de la predicación: Peter Adam, *Speaking God's Words: A Practical Theology of Preaching*, parte 1, «Three Biblical Foundations for Preaching», y capítulo 5, «The Preacher's Bible», 13-56, 87-124; John R. W. Stott, «Theological Foundations for Preaching», en *Between Two Worlds: The Art of Preaching in the Twentieth Century* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1982), 92-134; J. I. Packer, «Why Preach?», en *Honoring the Written Word of God: Collected Shorter Writings on the Authority and Interpretation of Scripture* (Vancouver, British Columbia: Regent College, 2008), 247-67. Ver además D. A. Carson, «Recent Developments in the Doctrine of Scripture», en *Collected Writings on Scripture* (Wheaton, IL: Crossway, 2010), 55-110. Debería añadir que tener una buena comprensión de la doctrina evangélica sobre la Escritura no solo da al predicador la confianza de que son las palabras de Dios, sino además previene los errores que surgen de una creencia ingenua en la divinidad de la Biblia que excluye que también es un libro humano, escrito por seres humanos reales en contextos históricos y socioculturales. Packer es particularmente bueno para distinguir la doctrina histórica del «dictado divino» y otras opiniones.

9 La Palabra de Dios es «la presencia activa de Dios en el mundo». Ward, *Words of Life*, 25. «Cuando la Palabra de Dios sale para actuar, se refiere a que Dios mismo ha salido para actuar. Por eso, (podríamos decir que) Dios se ha *invertido* en Sus palabras, o podríamos decir que se ha *identificado* con Sus palabras, en el sentido de que, cualquier cosa que alguien haga con las palabras de Dios, [...] se las hace a Dios mismo [...]. *Las acciones verbales* [de Dios] *son como una extensión de Sí mismo*». *Ibid.*, 27. La cursiva es de Ward.

10 *Ibid.*, 156.

11 *Ibid.*, 158.

12 Ver Hughes Oliphant Old, *Worship That Is Reformed According to Scripture* (Louisville, KY: John Knox, 1984), capítulo 5 («The Ministry of the Word») y 171-72.

13 Un ejemplo de la serie de sermones de Dick Lucas a partir de finales de la década de 1980 y la década de 1990 incluye once semanas de mensajes sobre 1 Pedro 1 y 2, cinco

semanas sobre Tito 3, seis semanas sobre 1 Juan 1 y siete semanas sobre Lucas 12. Los temas incluyen los atributos de Dios, el nuevo nacimiento, la generosidad y la administración de las finanzas, y el carácter de la iglesia cristiana.

14 Esto es lo que hice en la Redeemer Presbyterian Church [Iglesia presbiteriana Redeemer] a través de los años. Por un lado, me aseguré de que, cada doce meses, «tratáramos cada cada detalle, sin omitir nada» desde la naturaleza de Dios (casi siempre en el otoño, cuando los textos del Antiguo Testamento son en especial apropiados), la encarnación y la persona de Cristo (diciembre), la naturaleza y la realidad del pecado (en el crudo invierno), la muerte y la obra de Cristo como solución (final del invierno, principio de la primavera, culminando en Semana Santa) y, finalmente, el poder del Espíritu Santo para ayudarnos a vivir como es debido (después de Semana Santa y durante el verano). Quería asegurarme de cubrir este «currículo esencial» del evangelio del cristianismo cada año, tocando todos los temas principales. Hubo muchas, muchas personas que estarían solo en uno o dos de estos ciclos anuales de predicación. Si una persona estaba en la iglesia por solo un año y venía en el otoño, estaría expuesta al «argumento» bíblico completo, el evangelio. La persona aprendería sobre quién es Dios en el otoño, idealmente vendría a la fe en Cristo durante el invierno y luego la predicación en la primavera y en el verano le ayudarían a empezar a llevar la vida cristiana.

En general, hacía series *cortas* (de cuatro a doce semanas, aunque algunas duraban tanto como medio año) a menudo de un libro de la Biblia o de una sección de un libro o de un autor. Con este enfoque, es importante que cada mensaje sea rigurosamente expositivo, que excave en profundidad para sacar lo que quiso decir el autor en vez de buscar un texto que de manera ambigua se parezca a algo que quieres decir de cualquier forma. De este modo, aunque estés predicando el mismo «currículo del evangelio» básico cada año, lo estarás haciendo desde nuevos textos y aprenderás nuevas cosas de la Biblia cada año. Así, tus antiguos miembros, que están allí año tras año, irán creciendo. Si no haces exposiciones, tú mismo no aprenderás de verdad nuevas cosas de la Biblia. También he tenido un objetivo general de predicación a través de cada parte de la Biblia durante un período de diez años.

Entonces, por ejemplo, una ruta de dos años de predicación podría tener el siguiente aspecto:

Otoño: atributos de Dios (todos los textos tomados de los profetas); el credo de los apóstoles (todos los textos tomados del Evangelio de Juan).

Diciembre: los cánticos de Navidad (los cánticos de Lucas: Zacarías, María y los ángeles).

Invierno: el nuevo nacimiento (textos de Pedro y Pablo sobre la regeneración y el nuevo nacimiento); ¿por qué Jesús murió? (la pasión según Mateo 26-28).

Primavera: cómo vivir con fe en un mundo pluralista (Daniel y Ester).

Verano: la oración y el Señor (Juan 17 y el padrenuestro).

Otoño: nuestras luchas y la gracia de Dios (Jacob: Génesis 25-32, 48).

Invierno: ¿qué vino a hacer Jesús? (las declaraciones de «amén» de Jesús en los Evangelios).

Primavera: la vida de la fe (Abraham: Génesis 12-22).

Verano: discusión con Jesús (Marcos 11-12).

Otoño/invierno/primavera: conocer a Dios (Proverbios); la pasión según el Evangelio de Juan; cómo vivir con sabiduría (Proverbios).

15 El movimiento de la «gran idea» en la predicación no es nuevo. En uno de los trabajos más influyentes del siglo XIX sobre la predicación, *On the Preparation and Delivery of Sermons* (1870), John A. Broadus escribió que cada sermón debe tener un tema bien definido. «Si un sermón tiene dos o diez puntos, debe tener un punto principal: debe ser sobre algo. Este tema

definido [...] orienta [al predicador] en su preparación. Es la clave para su organización. También lo ayuda a escoger y arreglar el material [y] le dirá a las personas que oyen lo que ellos deben oír». John A. Broadus, *On the Preparation and Delivery of Sermons*, 4.a ed. (Nueva York: Harper & Row, 1979), 38. *Sacred Rhetoric* de Robert Dabney también recurre a la retórica clásica para insistir en que el predicador «debe, primero, tener un tema principal del discurso, al cual debe restringirse». Robert Dabney, *Sacred Rhetoric: or a Course of Lectures on Preaching* (Anson Randolph, 1870, o Edinburgo, Escocia: Banner of Truth, 1979, reimpr. como R. L. Dabney on Preaching), 109. Y a principios del siglo xx el destacado predicador John Henry Jowett estableció este concepto incluso con más firmeza: «Ningún sermón está listo para la predicación, ni para escribirse, hasta que podamos expresar su tema en una oración breve y significativa tan clara como el cristal [...]. Creo que no debería predicarse o incluso escribirse ningún sermón hasta que haya surgido la oración, clara y lúcida como una luna sin nubes». J. H. Jowett, *The Preacher: His Life and Work* (Filadelfia, PA: Doran, 1912), 133. El libro emblemático de mediados del siglo xx sobre la predicación, *Design for Preaching* por H. Grady Davis (Minneapolis, MN: Fortress, 1958), exige un «pensamiento central». «Es un pensamiento que encierra todos los demás» (pág. 20). En tiempos más recientes, ha sido Haddon Robinson quien ha hecho de la «gran idea» el corazón de la predicación expositiva evangélica. Haddon Robinson, *Biblical Preaching: The Development and Delivery of Expository Messages*, 2.a ed. (Grand Rapids, MI: Baker, 2001), 33-50. El principio es que «una idea central, unificadora debe estar en el corazón de un sermón eficaz» (pág. 35). Robinson cita a Jowett y a otros para insistir en su tesis: «Todo sermón debe tener un tema, y ese tema debe ser el tema de la porción de la Escritura en que se basa» (pág. 34, citando a Donald G. Miller). Es decir, todo texto de la Escritura tiene un tema central, y el sermón sobre ese texto debe tener el mismo tema central. La «gran idea» del sermón debe ser la «gran idea» del texto.

16 En el libro *The Big Idea of Biblical Preaching*, Duane Litfin enumera varios «desafíos» para esta postura, y basa estos desafíos en textos del Nuevo Testamento. Ver Duane Litfin, «New Testament Challenges to Big Idea Preaching», en *The Big Idea of Biblical Preaching: Connecting the Bible to People*, Keith Wilhite y Scott M. Gibson, eds. (Grand Rapids, MI: Baker, 1998). Un desafío es que la principal idea de un texto depende de lo que creemos que es la idea o propósito principal de todo el libro. Algunas veces esto es bastante claro, como cuando Juan nos dice que escribió para que el lector crea en Jesús y reciba la vida eterna (Juan 20:31). Pero ¿cuál es *el* mensaje central y el propósito del libro de Hechos o, en particular, *el* mensaje central de cada uno de los capítulos finales de Hechos (todas las audiencias y juicios de Pablo)? Los comentaristas no pueden incluso coincidir en si estos fueron escritos para no cristianos con propósitos apologéticos o para los cristianos con el fin de animarlos a ser fuertes bajo la persecución. Las conclusiones sobre los motivos e intención específicos del autor a menudo tienen que ser tentativas. Y esto significa que es difícil tener absoluta certeza de cuál es el punto central, principal, esencial y previsto de un capítulo individual.

Un segundo desafío es que pocos de los libros y capítulos de la Biblia fueron escritos de acuerdo con la retórica clásica, con una proposición central. Pocos pasajes han delimitado con claridad el tema o la idea principal; y por eso identificar cual es *el* tema puede ser bastante subjetivo. Litfin presenta el libro de Santiago como un ejemplo clásico. Trata sobre la tentación, la lengua y lo mundano, pero el texto a menudo pasa de uno a otro. Como dice Litfin, la mayoría de nosotros, cuando escribimos cartas, no nos tomamos la molestia de organizar todo lo que decimos alrededor de una idea central principal, sino que divagamos. ¿Por qué no podía

Santiago hacer eso? ¡Es precisamente lo que hace! Y hay muchos otros entre los géneros de la Biblia, como la poesía, la narrativa y los documentos legales, que son asimismo difíciles de condensar en una sola declaración central porque no son formas literarias que lo requieren. Ciertamente, podría ser que el objetivo de la narrativa, la historia y la parábola sea transmitir significado, más allá del que puede condensarse en una sola proposición o incluso en una secuencia de ellas. Además, hay algunas veces listas de exhortaciones al final de las epístolas. Casi cada oración introduce un tema importante diferente. (Ver Heb. 13:1-7, por ejemplo). Por último, hay lugares como el libro de Proverbios, en el que es difícil ver temas unificadores en los capítulos y en el que, a menudo, cada versículo provee una nueva «gran idea».

El concepto de una «gran idea» dentro del texto es, por lo tanto, un poquito artificial. Es más acertado para algunos pasajes que para otros. La riqueza de la Biblia a menudo desafía tal reducción. Cualquier predicador que ha predicado el mismo texto dos o tres veces durante varias décadas sabe que, cuando regresa al texto y lo escucha, casi de manera inevitable ve nuevas cosas y escucha nuevos mensajes. Cuando piensas que has discernido un tema o asunto principal (y en general el asunto principal es claro), porque esta es la Palabra de Dios, incluso las declaraciones más secundarias y las suposiciones semidesarrolladas del autor guiado por Dios son fuentes abundantes de instrucción. No solo los puntos mayores del autor, sino también sus puntos menores deben considerarse, puesto que son también de Dios.

Resumen: debemos ser cuidadosos de cierto «legalismo expositivo», el cual supone que solo puede haber un sermón exegético preciso y un tema preciso del sermón en cualquier pasaje.

17 Debería aclarar que afirmar que los textos bíblicos hablan sobre más de un asunto y que no siempre tienen un tema central *no* es afirmar que el mismo texto bíblico tiene significados múltiples o indeterminados. Ni yo ni Alan Stibbs estamos proponiendo la idea posmoderna de que ningún texto tiene significado inherente, de que el significado del lenguaje es siempre indeterminado. Muchas personas bajo la influencia de la filosofía contemporánea, con su escepticismo sobre el lenguaje humano, aplican esto a la Biblia y enseñan la «polisemia», la coexistencia de muchos posibles significados de cualquier texto, algunos contradictorios entre sí, que el intérprete es libre de sacar. Esto, sin duda, se refiere a que no habría manera de decir: «Esto es lo que la Biblia enseña», porque tendríamos la libertad de interpretarlo a nuestra manera, con muchas interpretaciones que contradecirían a otras y no habría forma de decir cuál es la interpretación correcta y, por lo tanto, qué es lo que Dios afirma en la Escritura. Esta postura convertiría la predicación en mera sugerencia, meditación y narración inconclusa (en lo que precisamente se ha convertido en algunos círculos). Para una enérgica defensa de la claridad de la Escritura, ver Mark D. Thompson, *A Clear and Present Word: The Clarity of Scripture* (Downers Grove, IL: IVP Academic, 2006), y Benjamin Sargent, *As It Is Written: Interpreting the Bible with Boldness* (Londres: Latimer Trust, 2011). Ambos autores sostienen que cada texto bíblico tiene un significado, el significado que pretendía el autor bíblico, y que es posible distinguirlo muchas veces en la Biblia para hablar de ello con seguridad. Pese a esta importante afirmación, no debemos caer en la idea equivocada de que todo texto bíblico es siempre claro, o que distinguir el significado de la Biblia es fácil, ni que deberíamos creer que alguna vez vimos algún texto con completa y definitiva claridad, debido a los límites de nuestra visión. Una presentación adecuada y sobria de la complejidad de la interpretación bíblica es una historia sobre este tema que es antigua, pero sigue siendo útil: Moisés Leiva, *Has the Church Misread the Bible? The History of Interpretation in the Light of Current Issues* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1987). Silva demuestra que, como intérpretes, nunca venimos al texto sin una serie de suposiciones «previas» (inconscientes) que influyen en nuestra interpretación. Nunca somos tan objetivos y neutrales como pensamos, y

así la claridad de la Escritura significa que podemos estar seguros en nuestra predicación, pero la pecaminosidad del intérprete significa que deberíamos estar abiertos con humildad a la crítica. Además, Silva y otros enseñan la tensión entre el principio protestante de que el significado que pretendía el autor bíblico (el *sensus literalis*) es el significado del texto y la manera en que los autores del Nuevo Testamento a menudo interpretan las declaraciones de los autores del Antiguo Testamento, que hacen referencia a Cristo, cuando los autores originales no parecían estar conscientes de ese significado. Hay buenas maneras de entender cómo responder con justicia al *sensus literalis* y a la interpretación de la centralidad de Cristo en la Biblia, pero no podemos entrar en eso aquí, ¡ni siquiera en las notas finales! Ver la lista de lecturas en las notas del capítulo tres.

18 *Confesión de fe de Westminster*, capítulo 1, parte 6: «El consejo completo de Dios tocante a todas las cosas necesarias para su propia gloria y para la salvación, fe y vida del hombre, está expresamente expuesto en las Escrituras, o se puede deducir de ellas por buena y necesaria consecuencia».

19 Alan M. Stibbs, *Expounding God's Word: Some Principles and Methods* (Chicago, IL: InterVarsity Press, 1960), 17. Las cursivas en esta cita son mías.

20 En otra parte, Stibbs aconseja que un sermón «tenga unidad» al desarrollar la exposición del texto en relación a un tema dominante (Ibíd., 40). No recomienda el «comentario discursivo de la llamada “lectura bíblica”», que se pasea a través de múltiples temas y asuntos. Él quiere decir que no recomienda el comentario versículo por versículo y aconseja que se aisle una idea principal y que los puntos del mensaje lo apoyen y lo desarrollen.

21 Predicadores como Calvino y Crisóstomo dominaban el rápido manejo de algunos de los detalles del texto y aportaban ricas ideas sin perder el hilo de pensamiento. Y, a menudo, hay algunas perlas en un texto que no son parte de la idea principal del pasaje. Tus oyentes serán más pobres si no tomas el tiempo para señalarlas. Por ejemplo, consideremos 1 Timoteo 6:12-16:

Pelea la buena batalla de la fe [...]. Teniendo a Dios por testigo, el cual da vida a todas las cosas, y a Cristo Jesús, que dio su admirable testimonio delante de Poncio Pilato, te encargo que guardes este mandato sin mancha ni reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo, la cual Dios a su debido tiempo hará que se cumpla. Al único y bendito Soberano, Rey de reyes y Señor de señores, al único inmortal, que vive en luz inaccesible, a quien nadie ha visto ni puede ver.

El punto principal de este pasaje es sin duda «pelea la buena batalla de la fe» (v. 12). Este es el «mandato» al que se refiere Pablo en el versículo 14. Entonces, a Timoteo se le dice no solo que haga esto, sino que se le encarga de forma solemne ante Dios hacerlo. Para explicar el significado de «[pelear] la buena batalla de la fe», el predicador tendría que regresar al libro, puesto que este es un encargo final, una conclusión y resumen de lo anterior. Sin embargo, observa que hay algunas cosas extraordinarias que se han dicho en el camino sobre los atributos de Dios. Él da vida a todas las cosas (v. 13) y vive en luz inaccesible que ningún hombre puede ver (v. 16). ¿No deberíamos decir nada en el sermón sobre estas maravillosas declaraciones, hechas con autoridad divina? Sin duda, podemos. En realidad, el predicador hábil debería poder presentar esto como parte de la razón por la que deberíamos pelear la buena batalla. Al fin y al cabo, Pablo incluye los atributos de Dios al hacer esta exhortación a Timoteo. Desde luego, sería equivocado decir poco sobre pelear la buena batalla de la fe y convertir el sermón en una reflexión sobre los atributos de Dios. Pero también sería demasiado rígido que una definición de exposición insistiera en que no puedes extenderte en estos puntos

secundarios.

22 Fred Craddock, *As One Without Authority* (Nashville, TN: Abingdon Press, 1971); John Blake, «A Preaching “Genius” Faces His Toughest Convert», CNN.com, 14 de diciembre, 2011. www.cnn.com/2011/11/27/us/craddock-profile/.

23 «The Bible: Speech at Annual Meeting of the British and Foreign Bible Society, May 5th, 1875», en *Speeches by C. H. Spurgeon at Home and Abroad*, G. H. Pike, ed. (Londres, 1878). Creo que esta cita se hizo conocida por una referencia a ella en D. M. Lloyd-Jones, *Authority* (Chicago, IL: InterVarsity Press, 1958), 41: «La autoridad de la Escritura no es un asunto que hay que defender, sino que afirmar. Hago esta observación en particular a los evangélicos conservadores. Me recuerda lo que dijo una vez Charles Haddon Spurgeon en relación a esto: “No hay necesidad de que defiendas al león cuando es atacado. Lo único que tienes que hacer es abrir la puerta y dejarlo salir”. Necesitamos recordarnos con frecuencia que es la predicación y la exposición de la Biblia lo que de verdad establece su verdad y autoridad». Sería erróneo interpretar que el contraste que establezco entre Fred Craddock y Charles Spurgeon significa que Craddock sostenía que la Biblia no tiene autoridad o que no creo que podamos aprender de la contribución de Craddock, lo que ha sido llamado predicación «inductiva» o «narrativa». En realidad, considero que Craddock tiene mucho que enseñarnos, y hay muchas formas de predicación expositiva que son (como lo indico en el resto de este capítulo) bastante cognitivas, racionalistas, áridas y autoritarias.

Capítulo dos: Predicar el evangelio siempre

1 Este capítulo debería leerse junto con «The Essence of Gospel Renewal» y «The Work of Gospel Renewal» en Timothy Keller, *Center Church: Doing Balanced, Gospel-Centered Ministry in Your City* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2012), 63-84.

2 John Colquhoun, *A Treatise on the Law and Gospel*, D. Kistler, ed. (Edinburgh, Escocia, 1859, Soli Deo Gloria, 1999), 143-44.

3 Cabe mencionar las siguientes obras importantes sobre este tema: Peter Adam, «Part I: Three Biblical Foundations on Preaching», en *Speaking God’s Words: A Practical Theology of Preaching* (Vancouver, British Columbia: Regent College Publishing, 2004); E. Clowney, *Preaching and Biblical Theology* (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed, 1973); E. Clowney, «Preaching Christ from All the Scripture», en *The Preacher and Preaching: Reviving the Art in the Twentieth Century*, S. Logan, ed. (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed, 1986); Graeme Goldsworthy, *Preaching the Whole Bible as Christian Scripture* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2000); David Murray, *Jesus on Every Page: 10 Simple Ways to Seek and Find Christ in the Old Testament* (Nashville, TN: Thomas Nelson, 2013); Sidney Greidanus, *Preaching Christ from the Old Testament* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1999); Gary Millar y Phil Campbell, «Why Preaching the Gospel Is So Hard (Especially from the Old Testament)», en *Saving Eutychus: How to Preach God’s Word and Keep People Awake* (Sydney, Australia: Matthias Media, 2013); Bryan Chapell, *Christ-Centered Preaching: Redeeming the Expository Sermon* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 1994); Sinclair Ferguson, *Preaching Christ from the Old Testament: Developing a Christ-Centered Instinct* (Londres: Proclamation Trust Media, 2000), disponible también en <http://www.proctrust.org.uk/proclaimer/preaching-christ-from-the-ot-part-10/>; e Iain M. Duguid, *Is Jesus in the Old Testament?* (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed, 2013). Yo propondría que los que están empezando lean primero Duguid, Ferguson y el artículo de Clowney en *The Preacher and Preaching*.

4 Sinclair Ferguson, *The Whole Christ: Legalism, Antinomianism, and Gospel Assurance*

– *Why the Marrow Controversy Still Matters* (Wheaton, IL: Crossway, 2016), 128.

5 Perkins, *The Art of Prophesying*, 54: «El principio básico en la aplicación es saber si el pasaje es una afirmación de la ley o del evangelio. [...] La ley expone la enfermedad del pecado [...], pero no ofrece remedio para esta enfermedad. Sin embargo, el evangelio no solo nos enseña lo que debe hacerse; también tiene el poder del Espíritu Santo unido a esto». Para un punto de vista luterano, ver C. F. W. Walther, *Law and Gospel: How to Read and Apply the Bible* (St. Louis, MO: Concordia Publishing, 2010).

6 Perkins, *The Art of Prophesying*, 55.

7 Ferguson, *The Whole Christ*, 42.

8 *Ibid.*, 47.

9 *Ibid.*, 51-52.

10 *Ibid.*, 52.

11 *Ibid.*, 51.

12 *Ibid.*, 52.

13 *Ibid.*, 55.

14 *Ibid.*, 43, 101.

15 George Whitefield, «The Method of Grace», consultado el 30 de enero de 2017. <http://www.biblebb.com/files/whitefield/gw058.htm>.

16 La palabra clave en griego es *antí*. Jesús murió como un rescate *antí* («en lugar de») muchos.

17 Ferguson, «Preaching Christ from the Old Testament».

18 *Ibid.*

Capítulo tres: Predicar a Cristo utilizando toda la escritura

1 Para ayuda con maneras específicas para predicar a Cristo desde diferentes partes de la Biblia, ver D. A. Carson y G. K. Beale, *Commentary on the New Testament Use of the Old Testament* (Grand Rapids, MI: Baker, 2007); Leland Ryken, ed., *Dictionary of Biblical Imagery* (Downers Grove, IL: IVP-US, 1998); Tremper Longman y Raymond B. Dillard, *An Introduction to the Old Testament*, 2.ª ed. (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2006); Edmund P. Clowney, *The Unfolding Mystery: Discovering Christ in the Old Testament*, 2.ª ed. (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed, 2013); Edmund P. Clowney, *How Jesus Transforms the Ten Commandments* (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed, 2007); Alec Motyer, *Look to the Rock* (Nottingham, Reino Unido: InterVarsity Press, 1996); Christopher J. H. Wright, *Knowing Jesus Through the Old Testament* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1995); Simon DeGraaf, *Promise and Deliverance* (Grand Rapids, MI: Paideia Press, 1981). Además, ver las obras de específicos comentaristas del Antiguo Testamento sobre libros de la Biblia que son sólidas en su interpretación cristocéntrica, como Alec Motyer, Iain Duguid, Tremper Longman y Ray Dillard. Además de esto, ver el juego completo de libros en D. A. Carson, ed., *New Studies in Biblical Theology* (IVP Academic). Además, ver los muchos libros de Sidney Greidanus, en especial *Preaching Christ from the Old Testament: A Contemporary Hermeneutical Method* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1999), y de Graeme Goldsworthy, en particular *Preaching the Whole Bible as Christian Scripture: The Application of Biblical Theology to Expository Preaching* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2000).

2 Ferguson enumera cuatro maneras de predicar a Cristo desde el Antiguo Testamento a través de los géneros (la ley, los profetas y los libros poéticos) y las etapas en la historia de la redención (creación, caída, familia abrahámica, Israel bajo Moisés, Israel con un rey, el

ministerio de Jesús, el ministerio de los apóstoles): (1) relacionando la promesa y el cumplimiento, (2) relacionando el tipo y el antitipo; (3) relacionando el pacto y Cristo, y (4) relacionando la participación de la prolepsis en la salvación y la realización subsecuente. Greidanus hace lo mismo con mayor detenimiento. Enumera las siguientes maneras: (1) el avance histórico de la redención, (2) la promesa y el cumplimiento, (3) la tipología, (4) la analogía, (5) los temas longitudinales, (6) las referencias del Nuevo Testamento y (7) el contraste.

A diferencia de Ferguson y Greidanus, Goldsworthy se concentra en cómo predicar a Cristo desde el *interior* de cada género y etapa de la historia de la redención, al examinar cómo (1) las narrativas históricas, (2) la ley, (3) los profetas, (4) la literatura sapiencial, (5) los salmos y (6) los textos apocalípticos apuntan hacia Cristo. Luego él muestra cómo resaltar la obra salvífica de Cristo cuando se predica a partir de (7) los Evangelios y (8) Hechos y las epístolas. Por último, analiza cómo trazar un tema intercanónico a través de los géneros y etapas en un capítulo titulado «Preaching Christ from Biblical Theology».

David Murray mezcla las categorías del género y el tema longitudinal. Enumera diez maneras de predicar a Cristo: (1) en la creación, (2) en los personajes del Antiguo Testamento, (3) en las apariciones de Dios, (4) en la ley y los mandamientos de Dios, (5) en la historia de Israel, (6) en los profetas, (7) en los tipos, (8) en los pactos, (9) en los proverbios y (10) en los poetas bíblicos.

Gary Millar es quizás el más creativo al concentrar las categorías, pero se aproxima a ellas desde una manera más práctica que abstracta. Él recomienda llegar a Jesús mediante (1) el seguimiento de un tema a través de cada etapa hasta Jesús, (2) el salto inmediato al cumplimiento en Cristo, (3) la exposición de un problema humano y la presentación de Jesús como la solución, (4) el realce de un tributo divino y la presentación de Jesús como su expresión máxima, (5) el enfoque en la acción salvífica divina en el texto y la indicación de cómo esto llega a su forma final en la salvación de Cristo, (6) la explicación de una categoría teológica y el vínculo con Cristo, (7) el señalamiento de las consecuencias del pecado y el descubrimiento del único remedio en Cristo, (8) la descripción de un aspecto de la piedad y la bondad humana, y la presentación de Cristo como la epitome de ella, o (9) la consideración de un anhelo humano y la indicación de Cristo como su satisfacción.

La lista de Bryan Campbell es útil y la más breve, y todas sus categorías las llenan otros autores. Él declara que, si no hay una clara referencia a Cristo o un tipo claro de Cristo en el texto, entonces encuentra un indicador hacia Cristo que sea (1) predictivo (como en una profecía), (2) preparatorio (como en la ley y el mandamiento), (3) reflexivo (como en aspectos fundamentales de la salvación), o (4) «resultante», que muestra cómo la vida que demanda el texto solo podría venir mediante la fe en Cristo.

Algunas maneras de predicar a Cristo entran en más de una categoría. Por ejemplo, el tema del «guerrero divino» que explora Tremper Longman es una profecía (Gén. 3:15), pero es también un atributo de Dios (Ex. 15) e incluye un número de personajes humanos que son «tipos» de Cristo (por ejemplo, David ante Goliat). Al final, las categorías son artificiales, tan solo maneras de obligarnos a observar la Escritura con sumo cuidado.

3 Una vez que has decidido *qué* conectar a Cristo (un tema intercanónico, un personaje o imagen principal, un argumento sobre la gracia, etc.), también debes determinar *cómo* vas a introducir esta conexión. Presentamos varias maneras de hacerlo. (Algunas de las categorías que se mencionan a continuación están nombradas por los autores como «maneras de predicar a Cristo», pero, a esta altura de mis reflexiones, creo que ellas no son en realidad paralelas a las demás, sino más bien métodos sobre «cómo conectar a Cristo», que funcionan a través de

varias categorías de «qué conectar a Cristo»).

1. *¿Seguir el plan?* Gary Millar cree que algunas veces un texto apunta hacia adelante en el tiempo junto con un tema bíblico, pero no se refiere de modo explícito a Cristo. En tal caso, sería más apropiado «seguir todo el plan», tomar el tiempo para descubrir las diversas formas que toma el tema a través de las diferentes etapas en la historia de la redención. Por ejemplo, cuando Jacob se encuentra con Dios en Betel en «una escalinata», él dijo que era «la casa de Dios», *Betel*. Es conveniente trazar la historia de los «santuarios», los lugares de la presencia de Dios, a través de la historia de la redención. Durante la época de los patriarcas, la presencia de Dios venía de manera temporal y habitaba en un tabernáculo, luego en un templo, finalmente en el mismo Jesús y, a través de Él, en la iglesia, Su cuerpo. Requiere un poco más de tiempo, pero enseña a la audiencia a ver la unidad de la Biblia. «Seguir el plan» a menudo funciona bien dentro de las categorías de los temas, las imágenes y los símbolos intercanónicos y los atributos de Dios.

2. *¿Saltar al cumplimiento?* Millar piensa, sin embargo, que, si el texto se refiere de modo directo a Jesús, no es necesario que traces las cosas a través de las etapas, sino que puedes de forma más abrupta «saltar al cumplimiento». Por ejemplo, en 2 Samuel 7, Dios le dice a David que él no le construirá un templo, sino que establecerá el trono de David para siempre, sin fin. Eso nos invita a pasar por alto a Salomón, el hijo de David, quien construye el templo y establece el trono de David, y saltar hasta Jesucristo, quien es el templo final y que de verdad establece la línea de David para siempre. No necesitamos trazar la historia de la monarquía en Israel. Pasajes como Daniel 7 e Isaías 53 son similares, pues se refieren con claridad a Jesús o predicen un personaje cuya descripción solo la llena Jesús.

El resultado de distinguir estos dos enfoques es que, a veces, la parte del sermón en que «llegamos a Cristo» requiere más tiempo y desarrollo y, otras veces, el pasar a Cristo puede ser más repentino y tomar menos tiempo. Este es un llamado subjetivo, pero es bueno considerar que puede haber variedad. «Saltar al cumplimiento» a menudo funciona bien dentro de las categorías de las profecías, las promesas, los argumentos de liberación/salvación y las teofanías. La mayoría de estos elementos no consiste de temas longitudinales que reaparecen en cada etapa de la historia.

3. *¿Desarrollar la «tensión narrativa»?* El corazón de una historia, de una narrativa, es la tensión del argumento. Algún problema se desarrolla y crea suspenso e interés, mientras los oyentes quieren descubrir si la tensión se resuelve y cómo se resuelve. Es «coherente desde la narrativa» establecer un conflicto en la parte inicial del bosquejo del sermón y luego resolverlo por medio de Cristo. Esto convierte a Cristo, de alguna manera, en el héroe de cada sermón. Pero esta «tensión» puede ser de diferentes tipos, y esto depende de *qué* es lo que conectas a Cristo.

- Una tensión se produce cuando *Dios actúa de manera compleja o inexplicable*, lo que al final tiene sentido con la venida de Jesús. Por ejemplo, ¿cómo puede ser Dios santo y amoroso, justo y fiel, con nosotros? (atributos de Dios). ¿Son las promesas del pacto condicionales o incondicionales? (tema intercanónico). En ambos casos, solo Cristo y la cruz resuelven la tensión.
- Otra tensión es una *profecía, promesa, bendición o deseo humano que parece imposible de cumplir*. Por ejemplo, en Ezequiel 34, ¿cómo puede venir Dios mismo a pastorear a Su pueblo, pero envía a «David»? ¿Cómo puede alguien ser un descendiente de David y ser Dios mismo? (profecía). ¿Cómo puede Dios de verdad sacar buenas cosas del mal? (promesas). De nuevo, solo la encarnación de Jesús y

Su sufrimiento injusto pueden resolver el problema. Considera las profecías de Isaías en los capítulos 54 hasta el 56 y en otras partes donde afirma que los eunucos y los extranjeros podrán entrar al templo, a la presencia de Dios, y serán parte del pueblo de Dios. ¿Cómo puede ser esto posible? Solo la obra de Cristo como se presenta en el libro de Hebreos le da sentido al alcance de esta promesa. Todos tenemos miedo a la muerte e Isaías afirma que el «velo» (la muerte) será quitado (Isa. 25:7). ¿Cómo? Solo mediante la muerte y la resurrección de Jesucristo, la muerte queda destruida.

- Una tercera tensión proviene de presentar un *mandamiento impresionante o carácter virtuoso* en el que resaltamos un gran ejemplo o mandamiento de cómo vivir y mostramos el funcionamiento del corazón humano que hace que esto parezca imposible. Luego vemos cómo la fe en la obra de Cristo cambia el corazón y es la única forma de ser como en ese ejemplo. (Esto funciona dentro de las categorías de mandamiento o ejemplo piadoso y personaje principal).
- Una cuarta tensión proviene de una *maldición divina o consecuencia del pecado*. Muchos pasajes desarrollan las consecuencias devastadoras y particulares del pecado. Muchos textos muestran cómo el egoísmo de continuo conduce a relaciones rotas. ¿Cómo escaparemos? Jesús mismo toma legalmente la consecuencia (fue rechazado por todos Sus seres queridos). Muchos textos muestran cuán insignificante es la vida sin Dios (por ejemplo, Eclesiastés: «¿carece de sentido!»). Pero Jesús en la cruz experimenta la pérdida de «la vida sin Dios»; Él sufre la maldición que nosotros merecemos.
- Una quinta tensión puede venir de la simple pregunta *¿De dónde obtenemos el poder o el derecho para hacer o ser esto?* La respuesta es que los motivos u otras condiciones del corazón (temor, ira, orgullo) que suelen hacer imposible que se haga lo que se requiere vienen de la fe en la obra consumada de Cristo. La libertad y el gozo que vienen de una nueva relación con Dios mediante la gracia y la fe remueven los motivos del corazón que conducen a un determinado pecado. O mediante la obra consumada de Cristo, tenemos el *derecho* a esto, aunque nosotros mismos no lo merezcamos.

Yo no creo, sin embargo, que las «tensiones» en el argumento son la única manera de predicar a Cristo. El cumplimiento del símbolo (n.º 4), por ejemplo, es a menudo una simple presentación de la maravilla y la belleza de Cristo, y tiene su propio atractivo. «Presentar las facetas» del sermón en un bosquejo, no basado en la solución de un problema, es otra forma de predicar hacia un clima sin usar las tensiones en el argumento. Por ejemplo, observa el sermón «Christian Happiness» de Jonathan Edwards. Su bosquejo o resumen (no en sus propias palabras) es que los cristianos deberían ser felices porque (1) nuestras cosas malas resultarán para bien, (2) nuestras cosas buenas no se nos pueden quitar y (3) nuestras mejores cosas están por venir. Esto es tomar una simple verdad y explicarla de tal manera que se puede construir hacia un clímax. Pero no se usa ninguna «tensión».

4. *¿El Nuevo Testamento emplea el Antiguo Testamento?* Otra manera de predicar a Cristo es tomar la útil recomendación de Greidanus de que siempre deberías revisar para ver si se cita, si se hace referencia o si se alude a un texto del Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento. (Esto podría funcionar ya sea que prediques sobre un texto del Nuevo Testamento y quieres ver si el trasfondo del Antiguo Testamento te ofrece un tema intercanónico o que prediques sobre un tema del Antiguo Testamento y quieres ver cómo los

escritores del Nuevo Testamento entendieron el pasaje del Antiguo Testamento teniendo en cuenta a Cristo). Entonces puedes «seguir el hilo» de la idea a través de las etapas de la historia de la redención y ver cómo se conecta a la obra salvífica de Cristo. Un libro de texto sumamente útil para esto es *Commentary on the New Testament Use of the Old Testament* de Carson y Beale. Pero no es una categoría aparte, digamos, identificar tipos o encontrar promesas y cumplimiento. Funciona para todas esas categorías. El Nuevo Testamento puede usar el Antiguo Testamento ya sea mediante cita directa, mediante una referencia que es bastante evidente o, aunque es más especulativa, mediante alusiones indirectas. Entonces, por ejemplo, los comentaristas creen que, cuando Jesús habla sobre el nuevo nacimiento «por agua y el Espíritu», alude a la discusión de Ezequiel sobre la regeneración usando los mismos términos (Ezeq. 36).

4 Hay al menos una decena de lugares en el Antiguo Testamento donde, para acercarse a alguien, Dios envía al «ángel del Señor». Hay otros ángeles; por ejemplo, en el Nuevo Testamento, Gabriel le hace un anuncio a María. Pero, cuando Gabriel y los otros ángeles hablan, ellos dicen: «Así dice el Señor». Gabriel habla *por* el Señor. Pero, cuando el ángel del Señor habla, *es* el Señor. Este es un increíble misterio porque el ángel del Señor parece ser un personaje diferente del Señor, pero al mismo tiempo es el Señor. Alec Motyer, en su comentario sobre Éxodo, señala:

El ángel se revela como un acto de misericordia de Dios, por medio del cual el Señor puede estar presente entre el pueblo pecador, porque, si mostrara toda Su gloria, Su presencia los habría consumido. Podemos expresarlo de esta manera. El ángel no experimenta ninguna reducción o ajuste de Su plena deidad, pero se manifiesta de esta manera a través de la cual el Dios santo puede relacionarse con los pecadores. Alec Motyer, *The Message of Exodus: The Days of Our Pilgrimage* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 2005), 51.

Esto se ve una y otra vez en el Antiguo Testamento: cuando Dios se acerca en misericordia y bendición, no para consumir o destruir, lo hace a través del ángel del Señor. Uno de los hechos más conmovedores aparece en el libro de Génesis: la historia de Abraham, Sara y Agar. Abraham y Sara son esposos, pero Sara es estéril y está envejeciendo. No se ve a sí misma teniendo hijos; entonces le da su joven, fértil esclava egipcia, Agar, a Abraham. Él se acuesta con ella y Agar tiene un hijo. Pero, cuando Agar tiene al hijo, todo se desmorona. Agar es vanidosa y provoca a Sara: «Ya estás anciana. Yo soy joven y fértil. Tengo un hijo». Sara está tan enojada que acude a Abraham y le dice: «Envía a la mujer y al niño al desierto», lo que sin duda significa que los envíe a morir. Y Abraham (aunque está descontento y retuerce las manos) lo hace.

Todos son víctimas, pero también villanos. No hay buenos en esta historia. Agar, vanidosa y orgullosa, se lo buscó. Sara, con crueldad, la envía al desierto. Abraham es un cobarde. Agar está afuera en el desierto con su hijo y se quedan sin agua. Ella ve que su pequeño hijo ha sido rechazado por su padre y que está muriendo de sed, y lo coloca bajo la sombra de un arbusto. Luego, se aleja pensando: «No quiero ver morir al niño». El ángel del Señor aparece. Si lees el texto verás que, cuando el ángel habla, el Señor habla y, cuando el Señor habla, el ángel habla. El ángel del Señor le dice: «No temas, pues Dios ha escuchado los sollozos del niño. Levántate y tómale de la mano, que yo haré de él una gran nación» (ver Gén. 21:17-18).

¿Cómo puede Dios hacer eso? Agar, Sara y Abraham no merecen la bendición de Dios. No merecen la presencia de Dios. ¿Cómo puede la presencia de Dios venir a sus vidas con bendición? Es mediante el ángel. Por lo general, cuando llego a este punto en el sermón, digo:

«Ah, el ángel nos señala a alguien». Motyer escribe:

Solo hay otro en la Biblia que es idéntico aunque distinto al Señor, uno que, sin abandonar la esencia plena y las prerrogativas de la deidad o reducir la santidad divina, puede manifestarse de esta manera en la compañía de pecadores y que, al mismo tiempo que afirma la ira de Dios, es la demostración suprema de Su infinita misericordia. El ángel del Señor solo puede apreciarse cuando se entiende como la aparición preencarnada de Jesucristo. (Motyer, *Message of Exodus*, 51).

Ahora sabes por qué Dios puede acercarse a los indignos pecadores: porque años más tarde, hubo otro niño pequeño, nacido de una pobre mujer, que vivió una vida de rechazo y, al final de su vida, fue abandonado por su padre. Él también, cuando moría de sed, clamó y Dios no le respondió. ¿Sabes por qué Dios no respondió? Aunque Agar y Abraham y Sara merecían el abandono y no la bendición, en la cruz Jesucristo sufrió el abandono que nosotros merecíamos para que obtuviéramos la bendición que Él merecía. Él clamó y nadie respondió para que cuando nosotros clamemos, aunque no lo merezcamos, se nos responda.

Jesús es el ángel y por eso Dios puede acercarse. Dios puede venir a tu vida, al igual que vino a la vida de Moisés. Puede venir y arder con Su poder, Su belleza y Su gloria que ahora mora en ti. Es seguro ahora. ¿Por qué? Porque Jesucristo murió en la cruz.

5 John Calvin, *Calvin: Commentaries*, trad. y ed. por Joseph Haroutunian (Londres: S. C. M. Press, 1958), 68-69.

6 Para la evidencia sobre esta afirmación, ver Joel Marcus, *Mark 1-8: New Translation with Introduction and Comments*, Anchor Bible, vol. 27 (Nueva York: Doubleday, 2000), 332-40.

7 De Gálatas 3:13, NVI.

8 La palabra griega en este versículo que suele traducirse «partida» es la palabra griega *exodus*.

9 Ferguson, *Preaching Christ from the Old Testament*, 4.

10 En realidad, el matrimonio *es* un tema intercanónico, así que ver a Cristo en Jueces 19-21 se adecúa a una lectura cristocéntrica de la Biblia.

11 «Fijar su rostro» es la expresión griega literal. La Vulgata Latina y otras versiones antiguas añaden «como pedernal» un término que significa endurecido e inflexible (ver Isa. 50:7). La mayoría de las traducciones modernas dicen algo como «encaminado con determinación».

Capítulo cuatro: Predicar a Cristo a la cultura

1 Mi traducción. Ver además las traducciones de las versiones NVI, LBLA, RVC y RVR1960.

2 Terry Eagleton, *Culture and the Death of God* (New Haven, CT: Yale University Press, 2014), 1.

3 Ver Peter Watson, *The Age of Atheists: How We Have Sought to Live Since the Death of God* (Nueva York: Simon & Schuster, 2014); Sam Harris, *Waking Up: A Guide to Spirituality Without Religion* (Nueva York: Simon & Schuster, 2014); Ronald Dworkin, *Religion Without God* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2013); y Alain de Botton, *Religion for Atheists: A Non-Believer's Guide to the Uses of Religion* (Nueva York: Vintage, 2013). Todos estos libros son esfuerzos para encontrar paz interior, significado, realización en la comunidad y un sentido de «plenitud» y grandeza que las personas tradicionalmente han buscado en la religión y en la creencia en Dios.

4 Nota de la traductora: TED es un acrónimo en inglés que significa *Technology*,

Entertainment, Design [Tecnología, Entretenimiento, Diseño]. Es una organización dedicada a difundir ideas que cubren un amplio espectro de temas. Hay más de 1000 charlas disponibles en línea para consulta y descarga gratuita.

5 Barna Group, «Barna Technology Study: Social Networking, Online Entertainment and Church Podcasts», 26 de mayo de 2008. http://www.barna.org/barna-update/media-watch/36-barna-technology-study-social-networking-online-entertainment-and-church-podcast#.VELXX_14o3g.

6 Un ejemplo es *Preaching Re-Imagined: The Role of the Sermon in Communities of Faith* de Doug Pagitt (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2005), que fue escrito casi al final del debate. Pagitt critica no solo la predicación, sino la oratoria pública en general, a la que llama «discurpredicación». Su tesis básica es que la comunidad, no el predicador, debe determinar la verdad, y la oratoria eleva a un individuo a un lugar ilegítimo de autoridad. Aunque esto se presentó como algo radical, los estudiosos de la homilética dentro del protestantismo histórico (que surge en la Reforma del siglo XVI) como Lucy Rose, en *Sharing the Word: Preaching in the Roundtable Church* (Louisville, KY: John Knox, 1997), y John McClure, en *The Roundtable Pulpit*, (Nashville, TN: Abingdon, 1995), han afirmado lo mismo. Ver además Leander E. Keck, que escribe: «Si algo es digno de comunicar, ¡no lo arruines al predicarlo! Deja que emerja en el grupo un intercambio de ideas, que se celebre con música, danza o drama. En la predicación, las personas son tan pasivas como pollos en un gallinero y quizás se acaban de despertar». Leander E. Keck, *The Bible in the Pulpit: The Renewal of Biblical Preaching* (Nashville, TN: Abingdon, 1978), 40. Por lo tanto, en los círculos del protestantismo histórico, el sermón como un «monólogo» ha sido cuestionado por una generación. No obstante, Thomas G. Long, un prominente profesor de predicación dentro del protestantismo histórico, indica que el diálogo o el sermón que supone discusión es uno de varios «experimentos» temporales que la iglesia ha intentado durante tiempos de ansiedad por la eficacia de la predicación. (Él los enumera: «sermones multimedia, sermones en primera persona, sermones musicales, sermones como diálogo, sermones predicados desde los banquillos...»). Long sostiene que tales experimentos no conducen al abandono masivo de la forma del sermón, sino que sirven para ayudar a las personas a pensar de manera innovadora sobre la predicación durante las temporadas de «crisis periódicas del púlpito». Thomas G. Long, *Preaching from Memory to Hope* (Louisville, KY: John Knox Press, 2009), xiv-xv.

Dentro de los círculos más conservadores, David C. Norrington, *To Preach or Not to Preach*, concluye que «el sermón regular no tiene base bíblica, utiliza métodos paganos hostiles a la práctica del Nuevo Testamento y parece no haber tenido parte en el crecimiento cristiano temprano». David C. Norrington, *To Preach or Not to Preach* (Reino Unido: Ekklesia Press, 2013), 95. Los sermones, sostiene Norrington, son por definición abstractos y generalizadores; el predicador no puede saber lo que está sucediendo en las vidas de los oyentes presentes. Los sermones producen creyentes pasivos que no aprenden a aprender y hacer suya la verdad bíblica. La comunicación en una sola vía también significa que los predicadores no aprenden, al permanecer confirmados en gran medida en sus prejuicios. Norrington cree que el sermón habitual (el discurso semanal sobre la Biblia, en una sola vía y entregado por el pastor) es una práctica que no es bíblica y que no se desarrolló hasta el siglo III o IV d.C. Él insta a ponerle fin al sermón y a adoptar una lectura interactiva y comunal de la Biblia combinada con el dar ánimo, consejo y corrección a todo el grupo (Norrington, *To Preach or Not to Preach*, 83). En general, se considera que Norrington no logró demostrar que lo que llama a la «predicación regular», un monólogo oral que presenta la verdad cristiana, «no es bíblica» e incluso «pagana». Esto se debe en particular a la investigación histórica de

Hughes Old sobre la historia del sermón. Old destaca el documento de la iglesia primitiva la *Didache* que da por sentada la existencia de «un grupo de predicadores profesionales que dedican sus vidas a su ministerio, en lugar de predicadores laicos». Hughes Oliphant Old, *The Reading and Preaching of the Scriptures in the Worship of the Christian Church*, vol. 1, *The Biblical Period*, 256.

7 Andy Stanley y Lane Jones, *Communicating for a Change* (Eugene, OR: Multnomah, 2006), 89.

8 P. T. Forsyth, *Positive Preaching and the Modern Mind* (Milton Keynes, Exeter, Reino Unido: Paternoster Press, 1998), 73. Como un ejemplo, él escribe que Atanasio «bajó al mundo, como el verdadero predicador que era, en vez de surgir de este [...]. Obligó al mundo a que se adaptara a él». *Ibid.*, 74.

9 *Ibid.*, 2. Es interesante que, en la misma época general en que Forsyth estaba dando clases y escribiendo sobre la predicación, Harry Emerson Fosdick y otros en la ciudad de Nueva York estaban yendo en la dirección opuesta. Fosdick fue un protestante liberal que aconsejaba a los predicadores a enfocarse en la psicología, no en la exposición de la doctrina. Él escribió: «Cada sermón debería tener como principal asunto resolver algún problema, un vital e importante problema, que desconcierta las mentes, agobia las conciencias, desenfoca las vidas; y cualquier sermón que aborda un problema real, que lo aclara incluso un poco y ayuda a algunos individuos a prácticamente orientarse a través de él no puede ser del todo aburrido». Citado en Thomas G. Long, *The Witness of Preaching*, 2.a ed. (Louisville, KY: John Knox Press, 2005), 30. La crítica de Long sobre el «sermón como una sesión de orientación» que usa Fosdick y posteriormente Norman Vincent Peale y muchos otros dentro del protestantismo histórico, y su descripción de cómo pasó de moda, está en las págs. 30-37. Ver además Matthew Bowman, «Harry Emerson Fosdick and Baptism at Riverside», en *The Urban Pulpit: New York City and the Fate of Liberal Evangelicalism* (Nueva York: Oxford University Press, 2014), 253.

10 Old demuestra que este método fue directamente en contra de las corrientes culturales de la época. La oratoria clásica era dialéctica. Comenzaba con una tesis sobre algún tema actual; luego lo dividía, proponía y evaluaba todos los argumentos en ambos lados, y argumentaba como resolverlo. La predicación expositiva permitía que el texto determinara el sermón. Comenzaba con el texto y pasaba a la vida práctica, y no al contrario. Old señala un sermón de Clemente de Alejandría (aprox. 150-215). Después de una introducción, Clemente va a través de un pasaje de la Escritura versículo por versículo explicando el significado de las palabras y declaraciones a medida que avanza. Old comenta: «Desde luego, este no fue un procedimiento que él aprendió de los clásicos de la oratoria griega; los griegos no tenían nada parecido al sermón expositivo para que sirviera como un modelo literario». Old, *Reading and Preaching of the Scriptures*, vol. 1, *Biblical Period*, 299.

11 Forsyth, *Positive Preaching and the Modern Mind*, 73.

12 Luc Ferry, *A Brief History of Thought: A Philosophical Guide to Living* (Nueva York: Harper, 2011), 60-64.

13 *Ibid.*

14 He escrito extensamente sobre la contextualización en *Center Church*, 89-134. La siguiente pequeña sección del capítulo puede leerse en conexión con ese estudio más amplio.

15 Eckhard J. Schnabel, *Paul the Missionary: Realities, Strategies, and Methods* (Downers Grove, IL: IVP Academic, 2008). En Hechos 13:13-43, Pablo habla a los judíos y a los gentiles temerosos de Dios, aquellos que aceptan la autoridad de la Biblia. Sin embargo, en Hechos 14:6-16, él habla a los campesinos politeístas; en Hechos 17:16-34, a las élites griegas

sofisticadas en Atenas; y en Hechos 26, a las élites multiétnicas culturales de las colonias romanas de Palestina. Para el análisis que hace Schnabel sobre las adaptaciones culturales de Pablo y sus discursos en Hechos, ver págs. 155-208 y 334-53. «Los exégetas y los que estudian y enseñan sobre misiones a menudo usan el término *contextualización* para esta dimensión del discurso [...] de Pablo» (pág. 174).

16 Entonces, cuando Pablo le indica a Festo que no estaba «loco», sino que lo que decía era «cierto y sensato», usa la palabra *sophrosynes*. «El término tiene tales matices como [...] intelectualmente saludable [...], sin engaño [...], prudente». Gerhard Kittel, Gerhard Friedrich y Geoffrey W. Bromiley, *Theological Dictionary of the New Testament* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1985), 1150.

17 «Pablo selecciona del Antiguo Testamento y de la tradición judía estas ideas que podrían de inmediato ser comprendidas por los filósofos atenienses, incluyendo alusiones terminológicas y citas». *Ibid.*, 171. Hay algunos que afirman que aquellos que abogan por la contextualización ponen demasiado énfasis en Hechos 17, pero el trabajo de contextualización de Pablo puede verse en todo el libro de Hechos. Hay también otros ejemplos bíblicos. Hemos observado el uso poderoso que hace Juan del término *logos* en Juan 1. Además, se puede demostrar que Deuteronomio fue escrito intencionalmente en la forma de un tratado hitita de vasallaje (o suzeranía) del segundo milenio, una forma literaria que habría sido reconocida al instante por las culturas del antiguo Cercano Oriente de la época, que se utilizaba para establecer pactos entre los reyes triunfantes y los estados vasallos. Ver Meredith G. Kline, *The Treaty of the Great King* (Eugene, OR: Wipf and Stock, 2012).

18 Schnabel, *Paul the Missionary*, 171.

19 Él coincide, por ejemplo, con la crítica popular de los filósofos sobre los templos construidos por hombres y los sacrificios (Hech. 17:24-25), y se refiere a la búsqueda de Dios por parte de la humanidad (Hech. 17:27-28). *Ibid.*, 171-74.

20 *Ibid.*, 171.

21 *Ibid.*, 177.

22 Schnabel observa: «Pablo usa la cita de Arato como un argumento contra la depravación de los filósofos respecto a la pluralidad y diversidad de los cultos religiosos. Si los seres humanos han sido creados por un Creador, es inaudito que creen imágenes de un dios y [las] adoren». *Ibid.*, 179-80.

23 Keller, *Center Church*, 124-26.

24 Pablo «utiliza las sentencias, los argumentos y los enunciados con los que estaban familiarizados estos intelectuales atenienses y que reconocerían como legítimos». Schnabel, *Paul the Missionary*, 174. Con todo, al final, «la respuesta de Pablo a las creencias y prácticas religiosas de los atenienses fue, en última instancia, no adaptación, sino confrontación». *Ibid.*, 82.

25 Al aprender y «usar las tradiciones intelectuales, filosóficas y lingüísticas de su audiencia» Pablo demuestra a sus oyentes que él «los considera con seriedad como interlocutores de la discusión». Schnabel, *Paul the Missionary*, 183. El filósofo Charles Taylor coincide: «La predicación del evangelio, si pretende ser más que una expresión de la sentida superioridad del predicador, demanda [...] atención especial y respetuosa a quienes se dirige [...], previo a la gracia que trae el evangelio». Charles Taylor, *A Secular Age* (Cambridge, MA: Harvard University Press, 2007), 95.

26 Para más sobre la contextualización, ver David F. Wells, «The Nature and Function of Theology» en *The Use of the Bible in Theology: Evangelical Options*, Robert K. Johnston, ed. (Louisville, KY: John Knox, 1958); Richard Lints, *The Fabric of Theology: A*

Prolegomenon to Evangelical Theology (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1993), 102-5; David K. Clark, «Evangelical Contextualization», en *To Know and Love God: Method for Theology* (Wheaton, IL: Crossway, 2010), 78-90; Bruce Riley Ashford, «The Gospel and Culture», en *Theology and Practice of Mission: God, the Church, and the Nations*, Bruce Ashford, ed. (Nashville, TN: B&H Academic, 2011), 109-27.

Los cuatro escritores, Wells, Clark, Lints y Ashford, mencionan tres enfoques para la contextualización: (1) la perspectiva liberal/del protestantismo histórico que ve a todas las personas tan arraigadas culturalmente que la «praxis» y el contexto tienen prioridad sobre la Escritura (ver Clark, «Evangelical Contextualization», 78); (2) la perspectiva fundamentalista, en la que los cristianos piensan que están tan liberados del sesgo cultural que pueden leer la verdad directamente de la Escritura y, por tanto, no tienen necesidad de ningún proceso de contextualización, y (3) un enfoque evangélico, que reconoce el sesgo cultural y la necesidad de la traducción cultural y la adaptación, pero que busca que la Biblia siga siendo normativa sobre la cultura, en lugar de una interlocutora igualitaria. Pese a que los evangélicos suelen mantenerse dentro del enfoque (3), hay diferentes grados de planteamientos.

David K. Clark critica los escritos de Wells y David Hesselgrave como un modelo codificado/descodificado que ve la contextualización solo como un método de transmisión de la comunicación. (Otros alineados con Hesselgrave y Wells prefieren hablar de traducción y transmisión, y no de contextualización). Clark cree que este modelo confía demasiado en que el predicador cristiano puede distinguir los principios esenciales transculturales que solo necesitan «cambiar su indumentaria», ser puestos en nuevas formas y códigos culturales. Clark, en su lugar, propone un «modelo dialógico» en que el predicador cristiano no solo permite que la Biblia critique la nueva cultura, sino además permite que la nueva cultura critique la lectura previa de la Escritura. Por ejemplo, al tratar de alcanzar a una cultura más comunal, podría ayudar a los cristianos norteamericanos a ver que su comprensión del cristianismo es demasiado individualista y moldeada por su cultura, no por la Biblia. Clark continúa diciendo que, por esta razón, la contextualización debe ser un proceso mucho más de búsqueda. No es solo algo que hacemos desde una posición ventajosa, al traducir y reformular sin que nos examinemos a nosotros mismos y seamos parte del proceso. *Ibid.*, 81-90. Yo estoy de acuerdo con gran parte de lo que Clark afirma, aunque no estoy seguro de que difiera mucho de Hesselgrave y Wells. Al final, los evangélicos discreparán en su práctica, pero hay un acuerdo general de que alguna clase de proceso de contextualización es necesario.

27 Estoy en deuda, en esta sección, con mi hijo Michael Keller, un estudiante de doctorado en el Jonathan Edwards Center de la Universidad de Yale, pues me proporcionó la disertación no publicada de Rachel M. Wheeler (ver más adelante) al igual que las transcripciones de todos los sermones de Edwards durante sus años en Stockbridge.

28 Para leer algunos de estos sermones, ver «To the Mohawks at the Treaty, August 16, 1751» y «He That Believeth Shall Be Saved», en *The Sermons of Jonathan Edwards: A Reader*, Wilson Kinnach, Kenneth Minkema y Douglas Sweeney, eds. (New Haven, CT: Yale University Press, 1999), 105-20. Ver además «The Things That Belong to True Religion», «Heaven's Dragnet», «Death and Judgment», «Christ Is to the Heart Like a River to a Tree Planted by It», «God Is Infinitely Strong», «Warring with the Devil» y «Farewell Sermon to the Indians», en *The Works of Jonathan Edwards: Sermons and Discourses 1743-1758*, vol. 25, Wilson Kinnach, ed. (New Haven, CT: Yale University Press, 2006), 566-716.

29 Los sermones de Edwards a los aborígenes norteamericanos eran más breves y reducidos, pero su sencillez de ninguna manera era simplista. El experto en Edwards Wilson Kinnach escribe: «Aunque breves, los sermones a los aborígenes norteamericanos eran

extraordinariamente equilibrados al cubrir los matices de la teología calvinista». Kinnach, *Works of Jonathan Edwards*, vol. 25, 42. Sin embargo, la manera en que se comunicaba esa teología cambió de manera significativa. Esto puede verse de manera evidente en su primer sermón a los aborígenes, «The Things That Belong to True Religion». Kinnach, *Works of Jonathan Edwards*, 566-74. Después de leer su texto, Hechos 11:12-13, no empieza con su usual exégesis textual, una división detallada y análisis morfológico de los versículos. En cambio, él hace algo que nunca había hecho antes: empieza con una historia extendida, la historia de Cornelio, el primer convertido gentil, y enseña cómo su conversión encaja en la historia de la redención. La historia es sobre un extranjero racial, un «guerrero pagano» que encuentra la fe en Cristo. Los judíos habían conocido al Dios de Israel, pero los gentiles eran politeístas que no tenían ese conocimiento; en todas estas formas, Cornelio era semejante a los mismos aborígenes.

Luego, Edwards presenta la totalidad de la historia humana como la propagación del evangelio: primero, de una familia a una nación; luego, de los hebreos a los gentiles europeos como Cornelio, que poco a poco se convirtieron. Él habla sobre cómo su propia gente, los ingleses, habían antes adorado ídolos en superstición, pero habían desechado esos ídolos y se habían vuelto cristianos. Ahora, Edwards argumenta, el evangelio se ha extendido desde los europeos a los aborígenes, desde el Viejo Mundo al Nuevo Mundo. En esta narrativa, Edwards se identifica con los aborígenes norteamericanos; él es también parte de una nación a la que, alguna vez, el cristianismo le resultó «extraño». Pero la mayoría de este relato coloca a los mismos oyentes justo en el medio de la gran historia del mundo y de lo que Dios está haciendo en él. Edwards no solo denuncia a los aborígenes como paganos supersticiosos; él está mostrando cómo, como un pueblo, son parte del plan de Dios. Edwards hace un movimiento extraordinario: usa el evangelio para eliminar la división entre «nosotros» y «ellos».

Una mirada al resto de los sermones de Edwards a los aborígenes muestra numerosos cambios drásticos hechos a su predicación para alcanzar a sus nuevos oyentes. Sus sermones dedican mucho menos tiempo a la exégesis bíblica detallada, y también tiene menos pruebas bíblicas para sus secciones de doctrina y aplicación. *Ibid.*, 641. En cambio, para enfatizar la verdad de la doctrina bíblica, Edwards depende más del «testimonio personal para la verdad del mensaje [...]» y el atractivo de una experiencia compartida. *Ibid.* Al igual que Pablo, no depende mucho de las múltiples pruebas bíblicas entre oyentes que no conocen la Biblia, aunque siempre se basa en la Escritura.

Además, el bosquejo del sermón tradicional de Edwards cambió. Antes, cada sermón había incluido de manera invariable el texto (la exégesis de un pasaje bíblico), la doctrina (la síntesis de la implicación doctrinal del texto en una sola oración y luego el análisis de los aspectos de la proposición) y la aplicación (el uso práctico de la doctrina en las vidas de los oyentes). Sin embargo, «el sello distintivo de los sermones de sus años en Stockbridge es que [...] no tenía nada etiquetado como “doctrina”, sino solo [...] observaciones». Wilson Kinnach, «Introduction: Edwards the Preacher», en *Sermons by Jonathan Edwards on the Matthean Parables*, vol. 1, Kenneth P. Minkema, Adriaan C. Neele y Bryan McCarty, eds. (Eugene, OR: Cascade Books, 2012), 10n15. Más que discutir con detalle a través del análisis y la división de los temas en partes, Edwards pasó de un énfasis en el análisis a la síntesis. Kinnach, *Works of Jonathan Edwards*, vol. 25, 42. Sus sermones ahora consistían de paquetes concisos de ideas. *Ibid.*, 566.

En esos sermones, vemos que Edwards no solo usa mucho más la narrativa, sino además la metáfora. «Aunque su método [homilético] no implicaba la simplificación excesiva de los conceptos esenciales ni el paternalismo hacia los aborígenes con denigrante amabilidad, él a

menudo ajustaba su dicción y, con mayor eficacia, su imaginería». *Ibíd.*, 676. Rebeca Wheeler escribe que, «en Stockbridge, él dependió mucho más de la metáfora y de la imaginería. Basándose en las parábolas del Nuevo Testamento, Edwards predicó sobre sembradores de semillas, pescadores, suelo demasiado árido para que recibiera una semilla, árboles alimentados por ríos que nunca se secaban y sobre zarzas y espinos que impedían el camino de un viajero». Rebeca M. Wheeler, «Living upon Hope: Mahicans and Missionaries, 1730-1760» (disertación de doctorado, Universidad de Yale, 1999), 163. No solo usaba más imágenes y metáforas. Él también seleccionaba las que creía que resonarían entre los aborígenes.

Su sermón «Warring with the Devil» se basó en Lucas 11:21-22: «Cuando un hombre fuerte y bien armado cuida su hacienda...». Edwards describe la «hacienda» como el yo o el alma, que puede estar bajo el poder de Satanás, que se muestra como un poderoso guerrero. Armado con los desordenados deseos del corazón humano, él puede tomarnos cautivos. El pecado se visualiza como la condición de estar bajo el yugo de un enemigo armado. Pero la gracia y la salvación vienen a través de Cristo en la forma de un gran hombre armado, que puede liberarnos. Hay varias metáforas que el Nuevo Testamento usa para la expiación; una de ellas es la metáfora del «campo de batalla» (Heb. 2:14-15; Col. 1:15), la victoria de Jesús sobre Satanás y la muerte. Wilson Kinnach, el mayor experto en los sermones de Edwards, declara que este en raras ocasiones había usado la imaginería de la guerra en su predicación con anterioridad, ni siquiera en tiempo de guerra. Sin embargo, el uso de esta imaginería fue porque «la cultura guerrera de los aborígenes le presentó la oportunidad retórica». Kinnach, *Works of Jonathan Edwards*, vol. 25, 676.

Debe observarse otra adaptación que hizo Edwards. Rebeca M. Wheeler, la estudiosa más versada en los sermones y el ministerio de Edwards a los aborígenes norteamericanos, escribe: «El énfasis en el amor eterno de Cristo [en estos sermones] sugiere un reconocimiento por parte del pastor que estaba frente a una congregación con necesidad de amor, consuelo y solaz». Wheeler, «Living upon Hope», 135. Kinnach nota además este cambio. El sermón de Edwards «God Is Infinitely Strong» fue un sermón de «despertar» para los aborígenes, diseñado para llamar a las personas al arrepentimiento y a la conversión. Sin embargo, aunque cae dentro de esta categoría, es un sermón de despertar «de los más suaves». Kinnach, *Works of Jonathan Edwards*, vol. 25, 642. Edwards fue simplemente más gentil con los aborígenes. ¿Por qué? Hay dos razones. Edwards vio las injusticias que los aborígenes sufrían a mano de los hacendados ingleses. «Edwards demostró ser un defensor incansable de los aborígenes [...] al rectificar los viejos abusos». Kinnach, Minkema y Sweeney, *Sermons of Jonathan Edwards*, xxxv. El pastor europeo vino a ver cuánto del sufrimiento de los aborígenes (alcoholismo, pobreza, enfermedades) había sido en gran medida impuesto sobre ellos.

Kinnach y Wheeler además señalan que la reflexión teológica de Edwards sobre la condición de los aborígenes concluía que los aborígenes no cristianos eran menos culpables que los ingleses no cristianos porque los ingleses habían sido expuestos durante sus vidas a la verdad y al evangelio. Los aborígenes no creyentes simplemente no eran tan reprochables. Aunque todavía perdidos a menos que creyeran en Cristo, ellos no habían tenido la misma oportunidad que los europeos de escuchar la historia del evangelio. Wheeler escribe: «Los aborígenes no cristianos eran diferentes de los ingleses no cristianos en que ellos eran paganos, lo que significa que no tenían conocimiento de Cristo [...]. Pese a las connotaciones que tiene el término hoy, Edwards vio el paganismo como el menor de dos males, pues a los paganos no se los podía culpar por su ignorancia, pero de los pecadores [ingleses], que habían crecido con el evangelio, cabía esperar que supieran lo que hacían». Wheeler, «Living upon Hope», 178-79.

Como resultado de estos factores, la predicación de Edwards no tuvo la misma nota de

severidad que tuvo en otras partes de Nueva Inglaterra, Estados Unidos. Él tuvo compasión por la situación y reforzó la consolación y el solaz. En pocas palabras, no pensó que la fuerza de un sermón como «Sinners in the Hands of an Angry God» fuera apropiado para los aborígenes.

Jonathan Edwards no conocía la palabra «contextualización», pero es evidente que hizo exactamente lo mismo que Pablo. Si alguien le hubiera preguntado por qué se estaba adaptando a una nueva cultura, es probable que hubiera insistido en que solo estaba intentando llevar el evangelio a los corazones de las personas. Su intención no era abatirlos y condenarlos, sino que quería predicarles de tal modo que conmoviera sus corazones y vieran la verdad del evangelio.

30 D. A. Carson escribió: «[Si bien] ninguna verdad que los seres humanos puedan articular jamás podrá expresarse sin recurrir a la cultura, [...] eso no significa que la verdad así articulada no trascienda a la cultura». D. A. Carson, «Maintaining Scientific and Christian Truths in a Postmodern World», *Science & Christian Belief* 14, n.º 2 (octubre de 2002): 107-22. <http://www.scienceandchristianbelief.org/articles/carson.php>. Ver además D. A. Carson, «The Role of Exegesis in Systematic Theology», en *Doing Theology in Today's World: Essays in Honor of Kenneth S. Kantzer*; John D. Woodbridge y Thomas Edward McComiskey, eds. (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1991), 48-56; y D. A. Carson, «A Sketch of the Factors Determining Current Hermeneutical Debates in Cross-Cultural Contexts», en *Biblical Interpretation and the Church: The Problem of Contextualization*, D. A. Carson, ed. (Eugene, OR: Wipf and Stock, 2002), 11-29.

31 Robert Murray M'Cheyne, *Sermons of Robert Murray M'Cheyne* (Edinburgh, Escocia: Banner of Truth Trust, 1961), 43.

32 Para más información sobre cómo predicar en cuanto a la justicia y la misericordia, ver Timothy Keller, *Generous Justice: How Grace Makes Us Just* (Nueva York: Dutton, 2010).

33 David Foster Wallace, discurso de graduación en Kenyon College, 21 de mayo de 2005. <http://moreintelligentlife.com/story/david-foster-wallace-in-his-own-words>. Ver además una versión impresa en Dave Eggers, *The Best Nonrequired Reading 2006*, 1.a ed. (Nueva York: Mariner Books, 2006), 355-64.

34 Un texto de la Escritura que expresa casi las mismas ideas de Martín Luther King Jr. es Daniel 6:22, en el cual Daniel indica que no ha cometido ningún mal, aunque infringió la ley de la tierra (de los medos y los persas), porque no había quebrantado la ley de Dios.

35 Martín Luther King Jr., «Letter from Birmingham Jail», abril de 1963. https://www.africa.upenn.edu/Articles_Gen/Letter_Birmingham.html.

36 Otra referencia cultural de refuerzo que cabe señalar es W. H. Auden, que se había alejado de la fe, pero luego, al inicio de la Segunda Guerra Mundial, se dio cuenta con exactitud de lo que Martín Luther King Jr. afirmó posteriormente sobre la ley de Dios como fundamento para juzgar las acciones humanas. Auden había abandonado la fe en Dios y se había convertido a la idea secular de que uno mismo crea su identidad y valor, más que cualquier creencia en un orden moral para el universo. Esto lo dejó sin salida para condenar el fascismo en ascenso en Italia y España, y a los mismos nazis, que defendían sus acciones al recurrir a las mismas fuentes del autoexpresionismo que él defendía. Yo relato la historia de Auden en *Encounters with Jesus: Unexpected Answers to Life's Biggest Questions* (Nueva York: Dutton, 2013), 13-16. Ver además Charles Taylor, «The Slide to Subjectivism», en *The Malaise of Modernity* (Ontario, Canadá: Anansi Books, 1991), 55-69. Taylor no menciona a Auden, pero describe las raíces del fascismo y la fascinación con la violencia que proceden del autoexpresionismo del romanticismo.

37 «Beethoven [...] produjo piezas de exactitud impresionante. Exactitud, ¡esa es la

palabra!». Cuando sientes que cualquiera sea la nota que ocurra después de la última es la única nota posible que puede darse justamente en ese instante, en ese contexto, entonces lo más probable es que estés escuchando a Beethoven. Las melodías, las fugas y los ritmos, déjalos a los Chaikovskys y los Hindemiths y los Ravel. Nuestro hombre tiene todo lo bueno, esa cosa del cielo, el poder de hacerte sentir al final: algo anda bien en el mundo. Hay algo que lo controla todo, que sigue su propia ley siempre: algo en que podemos confiar, que nunca nos decepcionará». Leonard Bernstein, *The Joy of Music* (Nueva York: Simon & Schuster, 2004), 105.

38 Thomas Nagel, *The Last Word* (Nueva York: Oxford University Press: 1997), 130.

39 Andrew Delbanco, *The Death of Satan: How Americans Have Lost the Sense of Evil* (Nueva York: Farrar, Straus, and Giroux, 1995), 3.

40 *Ibid.*, 190-92.

41 Citado en Stuart Babbage, *The Mark of Cain: Studies in Literature and Theology* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1966), 17.

42 Mientras tanto, considera el gran peligro de la motivación equivocada en esta área. Las supuestas referencias culturales (el uso de citas de películas, música popular, periódicos, sitios en Internet, medios sociales de comunicación, revistas y libros) se pueden presentar en la mayoría de los casos para que el orador gane credibilidad personal. Puedes hacerlo parecer sofisticado o erudito o a la moda. Puedes esperar que la gente te acepte como «uno de ellos» porque estás al tanto de las cosas o simplemente eres accesible y normal. Si esa es la respuesta que obtienes de la gente (o peor, es lo que quieres o necesitas de ellos), entonces debes admitir y cambiar tus motivaciones. Con eso como tu motivación, escogerás las referencias culturales para llamar la atención y no para hacer visibles y desafiar las creencias de la cultura secular, así como para dejar al descubierto los corazones de tus oyentes. Ese debería ser el único objetivo.

43 Un gran ejemplo es la escritora católica Flannery O'Connor: «Pienso que no debería escribir algo tan extenso como una novela sobre algo que no sea de gran preocupación para ti y los demás; y, para mí, este algo es siempre el conflicto entre una atracción por el Santo y la incredulidad en esto que respiramos en nuestros tiempos. Es difícil creer siempre, pero mucho más en el mundo en que vivimos ahora. Algunos de nosotros tenemos que pagar por nuestra fe a cada paso del camino y entender con muchísimo esfuerzo cómo sería sin la fe y si estar sin ella sería al fin y al cabo posible o no». Citado en James K. S. Smith, *How (Not) to Be Secular* (Grand Rapids, MI: Wm. Eerdmans, 2014), 10-11.

44 Karen H. Jobes, *1 Peter*, Baker Exegetical Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Baker, 2005), 231.

45 Ver más exposición y ejemplos de desafío y confrontación a la cultura en Timothy Keller, *Center Church: Doing Balanced, Gospel-Centered Ministry in Your City*, 124-28. Algunos de los ejemplos están tomados de esta sección de *Center Church* al igual que de Timothy Keller, *The Reason for God: Belief in an Age of Skepticism* (Nueva York: Dutton, 2008); en español *¿Es razonable creer en Dios?: Convicción en tiempos de escepticismo* (Nashville, TN: B&H Publishing Group, 2017).

46 Más del pasaje: «Este mundo [natural] que funciona al azar y hacia la muerte, a toda velocidad y a ciegas de la nada hacia la nada, de alguna manera nos produjo. Yo vine del mundo, me arrastré fuera de un mar de aminoácidos y ahora debo dar la vuelta y levantar el puño a ese mar y gritar ¡qué vergüenza! [...] O este mundo, mi madre, es un monstruo, o yo soy un fenómeno [...]. No hay una persona en el mundo que se comporte tan mal como las mantis religiosas. Pero, ¡espera! —dices—, no hay bien o mal en la naturaleza; ¡el bien y el

mal son conceptos humanos! ¡Precisamente! Nosotros somos criaturas morales en un mundo amoral [...]. O considera la alternativa [...]. Los sentimientos humanos son los que están monstruosamente mal [...]. De acuerdo, entonces [...] son nuestras emociones que están mal. Nosotros somos fenómenos; el mundo está bien; entonces vayamos todos a que nos hagan lobotomías para restaurarnos a un estado natural. Podemos irnos [...] lobotomizados, regresar al arroyo y vivir en sus márgenes tan apacibles como cualquier rata almizclera o cualquier junco. Tú primero». Annie Dillard, *Pilgrim at Tinker Creek* (Nueva York: Harper Perennial Modern Classics, 2007), 178-79.

47 El punto de contacto de Volf es nuestro deseo desesperado de establecer la paz sin violencia entre enemigos. Su punto de contradicción de manera ilógica se basa en eso. Él concluye: «Se requiere la tranquilidad de un hogar en los suburbios para el nacimiento de la tesis de que la no violencia de los hombres es el resultado de un Dios que se niega a juzgar». ¡La creencia en un Dios de juicio y venganza es realmente un recurso importante para la no violencia! Estas citas están tomadas de Miroslav Volf, *Exclusion & Embrace: A Theological Exploration of Identity, Otherness, and Reconciliation* (Nashville, TN: Abingdon, 1996), 303-4. C. S. Lewis hace un planteamiento diferente a las personas que son escépticas a la idea de un Dios de ira y juicio. En un pasaje en *El problema del dolor*, Lewis argumenta que, cuando amamos a alguien, nos enojamos si algo le causa dolor o lo perjudica. Si un padre ama a su hija y él la ve arruinando su propia vida, se enoja no a pesar de su gran amor por ella, sino por causa de ese amor. El punto de contacto con las personas seculares es consolarlas con el concepto de un Dios amoroso. Pero Lewis pasa del contacto a la contradicción al declarar: «Si crees en un Dios amoroso, *tendrás* que creer en un Dios de ira contra el pecado». (Yo cito este ejemplo en *Center Church*, 126).

48 Taylor, *Malaise of Modernity*, 72. La cursiva es mía.

49 Taylor, *Secular Age*, 103-9, 594-617.

50 Ver Donald B. Kraybill y otros, *Amish Grace: How Forgiveness Transcended Tragedy* (San Francisco: Jossey-Bass, 2007).

51 Robert Bellah y otros, *Habits of the Heart: Individualism and Commitment in American Life, with New Preface* (Berkeley: University of California Press, 2007).

Capítulo cinco: La predicación y la mente moderna (tardía)

1 P. T. Forsyth, *Positive Preaching and the Modern Mind* (Exeter, Reino Unido: Paternoster Press, 1998), 20-21.

2 *Ibid.*, 30. Forsyth ofrece útiles consejos sobre cómo predicar a la mente moderna. Afirma que la gente moderna no estará de acuerdo en ceder a Dios la autoridad sobre sus vidas a través de la aplicación de la mera culpa, la presión o la fuerza. Depondrán sus armas y se rendirán solo si sus corazones están convencidos y ablandados. ¿Qué hay que hacer? Debemos enseñar a la gente que nuestro referente es parecido a nosotros: «[Dios, que es mi referente,] no es un otro, sino que Él es mi otro [uno con el que puedo relacionarme]». Esto es porque fuimos creados para conocerlo y servirlo; por eso, Su poder es un «poder propicio», que es favorable a nuestra naturaleza y necesidad. Las personas deben ver la «homonimia de Su autoridad [...], Su afinidad con su[s] alma[s]». Además, debemos demostrarles que, si Dios no es nuestra autoridad, algo más lo será. «Si dentro de nosotros no encontramos nada por encima de nosotros, sucumbiremos a lo que está alrededor nuestro». Forsyth sorprende con una observación sin lugar a dudas agustiniana: si no reconocemos a Dios como nuestro sentido de la vida, «les daremos a las cosas externas un poder esclavizante sobre nosotros». Estas se convierten en nuestros «amos». Si vivimos para una carrera o profesión, o para la familia o la

política, entonces estas cosas se enseñorearán de nosotros. No seremos capaces de vivir sin ellas. Nos agotaremos en nuestro afán por alcanzarlas y nos asustará o nos amargará de modo incontrolable si algo nos impide tenerlas. *Ibíd.*, 29-30.

3 Aunque todo lo escrito por P. T. Forsyth merece la pena ser leído, creo que su doctrina sobre la Escritura y la revelación divina lo dejaron menos preparado para confrontar la «mente moderna». Por un lado, expresa: «El ministro ideal debe dominar la Biblia». *Ibíd.*, 46. Él argumenta que, en nuestro ministerio a la mente moderna, «no solo debemos ajustarnos a los textos», sino que debemos ofrecer la «predicación expositiva: para un texto largo y el esclarecimiento de un pasaje. El público pronto se cansa de la predicación temática, o del periódico, donde los eventos de la semana suplen el texto». *Ibíd.*, 5. Él critica a los que permiten que los temas contemporáneos establezcan la agenda y luego recurren a la Biblia, la que se considera importante solo en la medida de que ayuda a pensar sobre temas favoritos. Por otro lado, Forsyth argumenta que el predicador a la mente moderna debería enseñar la Biblia tan a fondo y con tal destreza que la viera como «el único manual de vida eterna, una sola página que resplandece mientras toda la vida empalidece y el único libro cuya riqueza nos reprende más cuanto más envejecemos porque la conocimos y la amamos demasiado tarde». *Ibíd.*, 24. Pese a estas poderosas exhortaciones, él también escribe: «No creo en la inspiración verbal. Estoy con los críticos, en principio». Sin embargo, añade, de modo sorprendente, «pero el verdadero ministro debe encontrar las palabras y las frases de la Biblia tan llenas de bien y dicha espirituales que tenga dificultad para no creer en la inspiración verbal». *Ibíd.*, 24. Parece que Forsyth está expresando que, aunque la crítica histórica moderna hace que sea imposible para él sostener que la Biblia es la revelación plenaria, infalible de Dios, el predicador debe predicarla como si la fuera. Esta contradicción, pienso, tendría con el tiempo su efecto negativo en el predicador. Para un resumen, evaluación y crítica equilibrados sobre el pensamiento de Forsyth, ver Samuel J. Mikolaski, «P. T. Forsyth», en *Creative Minds in Contemporary Theology*, Philip E. Hughes, ed., 2.^a ed. (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1969), 307-40.

4 *Planned Parenthood v. Casey*, 505 U.S. 833, 851 (1992). A esta organización, Planned Parenthood, se la responsabiliza de haber realizado millones de abortos. Promueve la «libertad de escoger» por parte de las mujeres.

5 Charles Mathewes y Joshua Yates, «The “Drive to Reform” and Its Discontents», en Carlos D. Colorado y Justin D. Klassen, *Aspiring to Fullness in a Secular Age: Essays on Religion and Theology in the Work of Charles Taylor* (Notre Dame, IN: University of Notre Dame Press, 2014), 156, 159.

6 C. S. Lewis, *The Abolition of Man* (Londres: Fount Paperbacks, 1978), 46.

7 Un simple ejemplo es Charles Taylor, cuyo trabajo es la base para gran parte del resto de este capítulo. Él coloca la palabra *posmoderno* entre comillas, la denomina «de moda» y la ve como una intensificación extrema y, por tanto, temporal e insostenible del individualismo moderno. Ver Charles Taylor, *A Secular Age*, 716-17. Los tres libros escritos por Taylor que están detrás del resto de este capítulo incluyen *Sources of the Self: The Making of the Modern Identity* (Cambridge, Reino Unido: Cambridge University Press, 1989); *A Secular Age*; y *The Malaise of Modernity*.

8 Mark Lilla, «Getting Religion», *New York Times Magazine*, 18 de septiembre de 2005.

9 Los argumentos de Taylor contra las teorías (o relatos) de «sustracción» permean todo el libro. Taylor introduce el concepto de la «sustracción» en la página 22 de *A Secular Age*. Lo resume así: «[S]eres humanos que han perdido o se han desprendido o liberado de ciertos horizontes limitados previos, o ilusiones, o limitaciones en el conocimiento». El ascenso de la ciencia parecía hacer indefendibles las explicaciones de Dios (por ejemplo, la teoría de la

evolución) o innecesarias y obsoletas (por ejemplo, el uso de la ciencia médica, y no la oración, para curar la enfermedad). Una vez que la ciencia apenas sustrajo la superstición de creer en Dios y lo sobrenatural, entonces (se piensa) vimos lo que estuvo allí todo el tiempo: el valor y la igualdad de los seres humanos y la vida humana, el poder del yo para razonar y el orden social, etc. Terry Eagleton, desde una perspectiva marxista, coincide con Taylor en rechazar la idea de que la secularización solo sucedió una vez que las personas se dieron cuenta de los hechos científicos.

10 Mark Lilla, «The Hidden Lesson of Montaigne», en *New York Review of Books*, n.º 5 (24 de marzo de 2011), citado en James K. A. Smith, *How (Not) to Be Secular*, 1.

11 Terry Eagleton, *Culture and the Death of God*, 33-34.

12 Ver además Alasdair MacIntyre, *After Virtue: A Study in Moral Theory*, 3.ª ed. (Notre Dame, IN: Notre Dame, 2007); Alasdair MacIntyre, *Whose Justice? Which Rationality?* (Notre Dame, IN: Notre Dame, 1989); y el más reciente Thomas Pfau, *Minding the Modern: Human Agency, Intellectual Traditions, and Responsible Knowledge* (Notre Dame, IN: Notre Dame, 2013). Terry Eagleton también rechaza la idea de que la secularidad no tiene una historia de construcción, que solo se refiere a «los hechos». Ver Eagleton, *Culture and the Death of God*, cap. 1, «The Limits of Enlightenment», 1-44.

13 Sobre este término, ver Taylor, *Secular Age*, 427.

14 Un ejemplo de esto son «los diez no mandamientos» compilados por dos autores ateos que querían presentar los ideales sobre los cuales las personas seculares pueden construir sus vidas. De Lex Bayer y John Figdor, *Atheist Mind, Humanist Heart* (Nueva York: Rowman and Littlefield Publishers, 2014); enumerados en Daniel Burke, «Behold Atheists» *New Ten Commandments*, CNN.com, 20 de diciembre, 2014. http://www.cnn.com/2014/12/19/living/atheist-10-commandments/index.html?hpt=hp_t4. Más de la mitad de ellos son, irónicamente, principios éticos que han surgido de las grandes religiones del mundo, entre ellas, el cristianismo: «Ten en cuenta las consecuencias de todas tus acciones y reconoce que debes asumir la responsabilidad de ellas [...]. Trata a los demás como quisieras que te trataran y como sería razonable que ellos quisieran ser tratados. Considera su punto de vista [...]. Tenemos la responsabilidad de considerar a los demás, incluso a las futuras generaciones [...]. Que el mundo sea un mejor lugar que como lo encuentres». Ver «Appendix: Illustrations of the Tao», en C. S. Lewis, *Abolition of Man*, 49-59. El filósofo ateo John Gray ha sostenido recientemente que estas propuestas solo tienen sentido si hay un Dios. «La fuente de estos valores no es la ciencia. En realidad, como el pensador ateo más leído de todos los tiempos sostenía, estos valores liberales por excelencia tienen sus orígenes en el monoteísmo». John Gray, «What Scares the New Atheists», *Guardian*, 3 de marzo de 2015. <http://www.theguardian.com/world/2015/mar/03/what-scares-the-new-atheists>. Los otros «no mandamientos» surgen más directamente de la narrativa cultural básica de la modernidad tardía y son tratados posteriormente en este capítulo, por ejemplo: «Toda persona tiene el derecho de controlar su cuerpo», «Dios no es necesario para ser una buena persona o para vivir una vida plena y significativa», y «No hay una sola manera correcta de vivir».

15 Alan Ehrenhalt, *The Lost City: The Forgotten Virtues of Community in America* (Nueva York: Basic Books, 1995), 2, citado en Taylor, *A Secular Age*, 475.

16 Taylor, *A Secular Age*, 475.

17 *Ibid.*, 275-80.

18 *Ibid.*, 278.

19 Ver los capítulos «The Immanent Frame» y «Cross Pressures» en Taylor, *Secular Age*, 539-617. Para un resumen de la crítica de Nietzsche, ver Gray, «What Scares the New

Atheists».

20 Ver Alvin Plantinga, «Deep Concord: Christian Theism and the Deep Roots of Science», en *Where the Conflict Really Lies* (Nueva York: Oxford University Press, 2011), 265-306; y C. John Sommerville, «Science Gets Strange», en *The Decline of the Secular University* (Nueva York: Oxford University Press, 2006), 75-84. Ver además Diogenes Allen, *Christian Belief in a Postmodern World* (Louisville, KY: John Knox, 1989).

21 C. S. Lewis, *Surprised by Joy: The Shape of My Early Life* (Nueva York: Harcourt and Brace, 1955), 207-8.

22 Taylor, *Secular Age*, 582-98.

23 Robert N. Bellah y otros, *Habits of the Heart: Individualism and Commitment in American Life*, 2.a ed. (Oakland, CA: University of California Press, 2007).

24 Estas jerarquías se justificaron en un principio como el reflejo del orden cósmico. Taylor escribe: «La libertad moderna se dio por el desprestigio de tales órdenes». Taylor, *Malaise of Modernity*, 3.

25 Por ejemplo, ver Krister Stendahl, «The Apostle Paul and the Introspective Conscience of the West», *Harvard Theological Review* 56, n.º 3 (julio de 1963): 205.

26 «Let It Go» [Libre soy], de Robert Lopez y Kristen Anderson-Lopez, fue interpretada en la película animada *Frozen* [Una aventura congelada] y ganó el premio Oscar en 2013 por la mejor canción original. Es al mismo tiempo interesante e irónico comparar la letra interpretada (original en inglés) por el personaje Elsa en *Frozen* y el discurso de Martín Lutero delante del emperador del sacro imperio romano. Ambos dicen: «Heme aquí». Pero Lutero quiso decir que él era libre del temor y de las otras autoridades porque él estaba obligado por la Palabra de Dios y sus normas. Elsa habla en nombre de la cultura contemporánea al expresar que ella puede ser libre solo si no hay límites.

27 «Una característica crucial [de la secularidad] es la sensación de que todas las respuestas son frágiles o inciertas, que puede llegar un momento cuando ya no sentimos que el camino que escogimos es convincente o no podamos justificarlo para nosotros mismos o para otros». Taylor, *Secular Age*, 308.

28 Gail Sheehy, *Passages: Predictable Crises of Adult Life* (Nueva York: Bantam Books, 1976), 364 y 513, citado en Taylor, *Malaise of Modernity*, 44.

29 Taylor, *Malaise of Modernity*, 44.

30 *Ibid.*, 47.

31 Ver Alain de Botton, *Status Anxiety*. Este es el punto de Botton. Como filósofo ateo, él sostiene que la identidad moderna, con su énfasis en el éxito a través de la competencia, crea mucha más ansiedad que las identidades tradicionales.

32 Taylor, *Secular Age*, 67-73. Primero, la doctrina de la justificación por la fe cambió la vieja distinción sagrado-profano, la idea de que la vida cotidiana en el mundo era profana y deshonrosa y solo el trabajo dentro de la iglesia era sagrado y supremo y ennoblecedor. Los reformadores protestantes creyeron que la estructura dual de la iglesia medieval no solo conducía a la superstición y a la idolatría y el elitismo espiritual, sino además a la denigración de la vida humana cotidiana (trabajar, cultivar, comer y construir una familia). La perspectiva medieval era que estas cosas eran «inferiores» y distraían de los asuntos espirituales «superiores». Taylor observa que este elitismo y denigración de la vida y el trabajo cotidianos fueron en gran parte fruto del dualismo mente-cuerpo de los griegos y no una comprensión bíblica del pecado y la gracia. Los reformadores protestantes liberaron a las personas de la creencia de que la privación de los placeres materiales era inherentemente útil para alcanzar la salvación. Lutero y Calvino suprimieron la distinción entre lo sagrado y lo profano o, como

declara Taylor, «lo sagrado repentinamente se amplía: para el salvo, Dios está santificándonos en todas partes, por ende también en la vida ordinaria, nuestro trabajo, en el matrimonio, etc.». *Ibíd.*, 79. Segundo, la justificación por la fe supuso un nuevo énfasis en la acción individual. Ahora no era suficiente solo ser parte de la iglesia en que naciste o solo llevar a cabo deberes mínimos. Debes arrepentirte y creer, y eso puede hacerse solo de manera personal, como un actor individual. La visión católica era que la salvación venía por incorporarse a la iglesia visible. En ese sentido, eras salvo literalmente por ser parte de una comunidad, por ser bautizado como un infante y ser incorporado en la iglesia, no directamente por la acción individual. La salvación solo por la fe suponía que la salvación venía antes de pertenecer a una iglesia visible. Eso fue profundamente «individualizador». También debilitó la idea de que te relacionas con Dios a través de tu grupo, clase, familia o comunidad (a través de ser un buen miembro de tu clase). Taylor con razón añade que identificar a la Biblia como la única autoridad, y no a la iglesia, también socava la antigua tendencia a formar grupos sociales. Además, esto condujo a la creencia de que los individuos pueden ir directamente a la Biblia y a Dios sin incluir a la iglesia.

33 Taylor, *Secular Age*, 484.

34 *Ibíd.*

35 Smith, *Lost in Transition: The Dark Side of Emerging Adulthood* (Nueva York: Oxford University Press, 2011), cap. 5, 195-225.

36 Taylor, *Secular Age*, 484.

37 David Friend y los editores de *Life, The Meaning of Life: Reflections in Words and Pictures on Why We Are Here* (Nueva York: Little, Brown, 1991), 33.

38 Thomas Nagel, *What Does It All Mean? A Very Short Introduction to Philosophy* (Nueva York: Oxford University Press, 1987), 95-96.

39 Ferry es citado en Taylor, *Secular Age*, 308.

40 Ver Timothy Keller y Kathy Keller, *The Meaning of Marriage: Facing the Complexities of Commitment with the Wisdom of God* (Nueva York: Riverhead, 2013), 1-46. En estas páginas, exploramos con algún detalle por qué las narrativas culturales de la libertad y la identidad no concuerdan con las realidades de las relaciones o satisfacen nuestras aspiraciones para el matrimonio. Este libro también está disponible en español, *El significado del matrimonio: Cómo enfrentar las dificultades del compromiso con la sabiduría de Dios* (Nashville, TN: B&H Publishing Group, 2017).

41 D. A. Carson, *The Gospel According to John, Pillar New Testament Commentary* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1991), 350.

42 Para más sobre cómo predicar este tema, ver «Christianity Is a Straitjacket» en Keller, *Reason for God*, 35-50.

43 Taylor, *A Secular Age*, 371.

44 *Ibíd.*, 581. «En otro tiempo, los seres humanos tomaban sus normas, sus bienes y sus estándares de valor supremo de una autoridad fuera de sí mismos: de Dios, o de los dioses, o de la naturaleza del Ser o del cosmos. Pero luego vieron que estas autoridades superiores eran sus propias ficciones y se dieron cuenta de que tenían que establecer sus normas y valores por ellos mismos, con su propia autoridad [...]. Ellos determinan los valores supremos por los que viven». *Ibíd.*, 580.

45 *Ibíd.*, 588.

46 Charles Taylor, «A Catholic Modernity?» en *Dilemmas and Connections: Selected Essays* (Cambridge, MA: Belknap Press, 2014), 182.

47 *Ibíd.*

48 «Ante la realidad de las carencias humanas, la filantropía [...] puede poco a poco llegar a invertirse con indiferencia, odio, agresión. La acción es interrumpida o, peor, continúa pero se invierte con nuevos sentimientos, lo que la hace más coercitiva e inhumana poco a poco. La historia del socialismo despótico está repleta de este trágico giro [...] como son] una gran cantidad de instituciones “de ayuda”, desde el orfanato hasta [...] las escuelas para los aborígenes». *Ibid.*, 183.

49 *Ibid.*, 184.

50 *Ibid.*, 185.

51 Greg Epstein, *Good Without God: What a Billion Nonreligious People Do Believe* (Nueva York: William Morrow, 2010); y Lex Bayer y John Figdor, *Atheist Mind, Humanist Heart: Rewriting the Ten Commandments for the Twenty-First Century* (Nueva York: Rowman & Littlefield, 2014).

52 Mari Ruti, *The Call of Character: Living a Life Worth Living* (Nueva York: Columbia University Press, 2014), 36.

53 Taylor, *Malaise of Modernity*, 18.

54 Taylor, «Conditions of an Unforced Consensus on Human Rights», en *Dilemmas and Connections*, 123.

55 *Ibid.*

56 Ver Timothy Keller, *Generous Justice: How God's Grace Makes Us Just* (Nueva York: Riverhead, 2012). Ver en particular el capítulo 7, «Doing Justice in the Public Square», para ideas sobre cómo hablar a los amigos seculares que coinciden en la importancia de la justicia social, pero que no pueden apoyar sus convicciones en alguna fuente moral fuera de ellos mismos.

57 Ver Richard W. Wills, *Martin Luther King, Jr., and the Image of God* (Nueva York: Oxford University Press, 2011).

58 Trato de manera amplia esta tesis en *Generous Justice*.

59 Alasdair MacIntyre, *After Virtue*, 3.^a ed. (Notre Dame, IN: Notre Dame, 2007) puede también ser de ayuda. MacIntyre es famoso por sostener que la ciencia no puede determinar cómo deberíamos vivir porque no puede diferenciar si la conducta en un ser humano es buena o mala a menos que sepamos nuestro propósito, para qué estamos aquí. La ciencia no puede diferenciar esto, y por eso la razón empírica es inútil para ayudarnos a saber la mejor manera en que debe funcionar la sociedad o para que se haga justicia.

Capítulo seis: Predicar a Cristo al corazón

1 Gordon Wenham, *Genesis 1-15*, vol. 1, Word Biblical Commentary (Waco, TX: Word Books, 1987), 144.

2 Donald Hagner, *Matthew 1-13*, vol. 33A, Word Biblical Commentary (Nashville, TN: Thomas Nelson, 1993), 158.

3 D. A. Carson, *The Expositor's Bible Commentary: Matthew, Chapters 1-12* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1995), 177.

4 Dos libros recientes que abogan esto, escritos por James K. A. Smith, *Desiring the Kingdom: Worship, Worldwide, and Cultural Formation* (Grand Rapids, MI: Baker Academics, 2009); e *Imagining the Kingdom: How Worship Works* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2013). Smith se basa en la idea de Agustín de que lo que nos hace lo que somos es el orden de nuestros afectos, y por eso lo que nos cambia es cambiar lo que amamos, no lo que pensamos. Smith con acierto critica un concepto del ministerio que es demasiado racional y se enfoca en la transmisión de información y la transmisión de doctrina y creencias

correctas. Su respuesta es que nosotros cambiamos no al cambiar lo que pensamos tanto como al cambiar lo que adoramos, lo que amamos y con lo que llenamos nuestra imaginación. Le presta mucha más atención, sin embargo, a la liturgia y a la forma de los servicios de adoración, y poca a la predicación. Creo que la predicación puede tener mucho peso en la tarea del ministerio de transformar el corazón. No obstante, fiel a la crítica de Smith, hay una relativa escasez de libros evangélicos sobre la predicación al corazón, en comparación con cómo hacer la exégesis y explicar un texto bíblico. Algunas excepciones son Sinclair Ferguson, «Preaching to the Heart», en *Feed My Sheep: A Passionate Plea for Preaching* (Grand Rapids, MI: Soli Deo Gloria, 2002), 190-217; Samuel T. Logan, «The Phenomenology of Preaching», en *The Preacher and Preaching* (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed, 1986), 129-60; y Josh Moody y Robin Weekes, *Burning Hearts: Preaching to the Affections* (Ross-shire, Escocia: Christian Focus, 2014). Añadiría que «predicar al corazón» no solo es bíblico, sino que es además una manera importante de adaptarse a nuestra época secular, en la cual la religión heredada estará en descenso. Las personas vendrán a la iglesia no porque deban, como una consecuencia lógica de ser parte de un cuerpo social o comunidad, sino solo si lo deciden de corazón.

5 Dos grandes sitios para obtener una explicación breve y amena sobre los afectos de Edwards son «Editor's Introduction», en John E. Smith, Harry S. Stout y Kenneth P. Minkema, *A Jonathan Edwards Reader* (New Haven, CT: Yale, 1995); y el artículo de Sam Logan sobre la predicación y los afectos, «The Phenomenology of Preaching», en *The Preacher and Preaching: Reviving the Art in the Twentieth Century*, Samuel T. Logan, ed. (Phillipsburg, NJ: Presbyterian and Reformed, 1986). El resumen en esta sección sigue de cerca *Edwards Reader*, xix-xx.

6 Con razón Edwards, en una de sus pocas reflexiones teológicas sobre la misma predicación, afirma: «El principal beneficio que se obtiene al predicar es la impresión que se hace sobre la mente en ese momento, y no por un efecto que surge después al recordar lo que se presentó. Y, aunque recordar lo que se oyó en el sermón es a menudo provechoso, la mayoría de las veces ese recuerdo es de una impresión que las palabras hicieron en el corazón en ese momento; y la memoria saca provecho, porque se renueva y aumenta esa impresión». Jonathan Edwards, «Some Thoughts Concerning the Present Revival of Religion in New England», en *The Great Awakening*, C. C. Goen, ed., vol. 1., Works of Jonathan Edwards (New Haven, CT: Yale, 1972), 397.

7 Ver Jonathan Edwards, «A Divine and Supernatural Light», 111-14, y «The Mind», 22-28, en *Jonathan Edwards Reader*.

8 Edwards, «A Divine and Supernatural Light», 112.

9 Wilson H. Kimmach, «Jonathan Edwards's Pursuit of Reality», en *Jonathan Edwards and the American Experience*, Nathan O. Hatch y Harry S. Stout, eds. (Nueva York: Oxford University Press, 1988), 105. El inglés de Edwards en esta cita refleja el idioma vernáculo de la época.

10 *Ibid.*

11 Para más sobre subtextos y otros asuntos relacionados a «predicar con afecto», ver capítulo 7.

12 Ver Timothy Keller, *Prayer: Experiencing Awe and Intimacy with God* (Nueva York: Dutton, 2014); en español, *La oración: Experimentando asombro e intimidad con Dios* (Nashville, TN: 2016).

13 Wilson H. Kimmach, Kenneth P. Minkema y Douglas A. Sweeney, «Editors' Introduction», en *The Sermons of Jonathan Edwards, A Reader* (New Haven, CT: Yale University Press,

1999), xxi.

14 *Ibíd.*, xviii.

15 *Ibíd.*, xix.

16 Kinnach, Minkema y Sweeny, *The Sermons of Jonathan Edwards*, 56.

17 Thomas G. Long, *The Witness of Preaching*, 2.a ed. (Louisville, KY: John Knox, 2005), 295.

18 Ver Robert A. Harris, «A Handbook of Rethorical Devices», VirtualSalt.com, 19 de enero de 2013. <http://www.virtualsalt.com/rethoric.htm>.

19 Un importante consejo de seguridad: si la persona o las personas que estás visualizando van a estar de verdad en la audiencia que escuchará el sermón que estás preparando, asegúrate de no dar detalles que hagan parecer que estás usando el púlpito para reprender a un individuo en público. ¡Eso no es bíblico! (Mateo 18 y 5 nos indican que nos acerquemos a la persona en privado si tenemos algo contra ella). Tú quieres que tu sermón se aplique a una gran cantidad de personas, no solo a una. Usa la idea de los grupos de individuos para estimular aplicaciones específicas, pero no las escribas de manera que provoquen que la audiencia juegue a las adivinanzas sobre las personas a las cuales te estás refiriendo.

20 A continuación hay diferentes tipos de personas con los que podrías hablar. ¿Le habla el texto a alguno de estos?

- No creyente consciente: sabe que no es un cristiano.
 - Pagano inmoral: vive un estilo de vida ilícito/descaradamente inmoral.
 - Pagano intelectual: afirma que la fe es indefendible o irracional.
 - Pagano imitador: es escéptico porque es popular entre la gente, pero no es profundo.
 - Pensador genuino: tiene objeciones serias y bien concebidas.
 - Religioso no cristiano: pertenece a una religión, culto o denominación organizada con doctrinas verdaderamente erróneas.
- Cristiano nominal que no va a la iglesia: cree en las doctrinas básicas cristianas, pero con ninguna o con una remota conexión con la iglesia.
- Cristiano nominal que va a la iglesia: participa en la iglesia, pero no es regenerado.
 - moralista semiactivo: es moral de manera respetable, pero su religión es sin garantías y es solo cuestión de deber u obligación.
 - Moralista activo: está comprometido y participa en la iglesia, con la seguridad de la salvación basada en las buenas obras.
- Despierto: está inquieto y convencido de su pecado, pero sin la paz del evangelio todavía.
 - Curioso: está inquieto ante todo intelectualmente, lleno de preguntas y diligente en su estudio.
 - Convencido de una falsa paz: sin entender el evangelio, le han dicho que, por caminar hacia el altar, elevar una oración o hacer algo, está ahora bien con Dios.
 - Incómodo: es sumamente consciente de sus pecados, pero no acepta o entiende el evangelio de la gracia.
- Apóstata: estuvo activo en la iglesia, pero ha repudiado la fe sin remordimientos.
- Nuevo creyente: se ha convertido hace poco.
 - Dudoso: tiene muchos temores y dudas sobre su nueva fe.
 - Entusiasta: está comenzando con gozo y fervor por aprender y servir.
 - Demasiado entusiasta: se ha vuelto un tanto orgulloso, crítico con los demás y confiado en exceso de sus propias habilidades.
- Maduro/en crecimiento: pasa por casi todas las condiciones mencionadas abajo, pero avanza a través de ellas porque responde con rapidez al trato pastoral o sabe cómo tratar consigo mismo.
- Afligido: vive con una carga o un problema que socava la fortaleza espiritual. (Por lo

general, llamamos «afligida» a una persona que no buscó ella misma el problema).

- Físicamente afligido: está experimentando decadencia del cuerpo.
 - Enfermo
 - De edad avanzada
 - Discapacitado
- Moribundo
- Desconsolado: ha perdido a un ser querido o ha experimentado una pérdida mayor (por ejemplo, se le incendió la casa)
- Solitario
- Perseguido/abusado
- Pobre/problemas económicos
- Abandonado: está espiritualmente seco por la acción de Dios, que remueve un sentido de Su cercanía, pese al uso de los medios de gracia.
- Tentado: está luchando con un pecado o pecados que siguen siendo atractivos y fuertes.
 - Sobrepasado: es tentado en gran medida en el ámbito de los pensamientos y los deseos.
 - Absorbido: ha tenido un pecado que se ha convertido en una conducta adictiva.
- Inmaduro: es un bebé espiritual que debería estar creciendo, pero que no lo está.
 - Indisciplinado: es perezoso en el uso de los medios de gracia y los dones para el ministerio.
 - Presumido: ha tenido orgullo que ha ahogado su crecimiento, es autocomplaciente y quizás se ha vuelto cínico y despectivo con muchos otros cristianos.
 - Desequilibrado: ha llegado a enfatizar en exceso el aspecto intelectual, o emocional o volitivo de su fe.
 - Devoto de doctrinas excéntricas: se ha dejado absorber por una enseñanza distorsionada que obstaculiza el crecimiento espiritual.
- Desanimado: no solo está experimentando sentimientos negativos, sino que además está eludiendo las obligaciones cristianas y desobedeciendo. Si es un nuevo creyente, o está siendo tentado, o está afligido o es inmaduro, y no recibe un trato adecuado, se deprimirá espiritualmente. Además de estas condiciones, los siguientes problemas pueden conducir a la depresión:
 - Ansioso: está abatido por la preocupación o el temor manejados de manera inapropiada.
 - Agotado: se ha vuelto indiferente y ha perdido el fervor por el exceso de trabajo.
 - Enojado: está deprimido por la amargura o el enojo descontrolado manejados de manera inapropiada.
 - Introspectivo: está obsesionado por los fracasos y los sentimientos y la falta seguridad.
 - Culpable: tiene una consciencia lastimada y no ha llegado al arrepentimiento.
- Reincidente: ha ido más allá del desánimo al abandono de la comunión con Dios y con la iglesia.
 - Sensible: todavía se declara con facilidad culpable de sus pecados y es susceptible a los llamados al arrepentimiento.
 - Endurecido: se ha vuelto cínico, despreciativo y difícil de convencer.

21 Ver el apéndice para más información sobre los movimientos lógicos del evangelio: «Lo que debes hacer», «Pero no puedes», «Sin embargo, hubo uno que lo hizo», y por último «Solo ahora podemos cambiar». Seguir esta lógica en un sermón implica que a menudo incluyas aplicaciones prácticas en más de un lugar.

Capítulo siete: La predicación y el Espíritu

1 D. M. Lloyd-Jones, *Preaching and Preachers*, ed. del 40.º aniversario (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2011), 68.

2 Sobre Colosenses, ver Peter T. O'Brien, *Colossians-Philemon*, vol. 44, Word Biblical Commentary (Waco, TX: Word Books, 1982); Douglas J. Moo, *The Letters to the Colossians and to Philemon*, Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans,

2008); y Andrew T. Lincoln, «The Letter to the Colossians: Introduction, Commentary, and Reflections», en *The New Interpreter's Bible*, vol. 11 (Nashville, TN: Abingdon Press, 2000), 553-669. Para el pasaje paralelo de 1 Corintios 1:20-2:5, ver Anthony C. Thiselton, *The First Epistle to the Corinthians: A Commentary on the Greek Text*, The New International Greek Testament Commentary (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2000); Roy E. Ciampa y Brian S. Rosner, *The First Letter to the Corinthians*, Pillar New Testament Commentary (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 2010); y Gordon D. Fee, *The First Epistle to the Corinthians*, The New International Commentary on the New Testament (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1987).

3 Lincoln, «Letter to the Colossians», 616.

4 Moo, *Letters to the Colossians*, 161.

5 Thiselton, *First Epistle to the Corinthians*, 222.

6 Jonathan Edwards, «Sermon 2: Love More Excellent Than Extraordinary Gifts of the Spirit», en *Charity and Its Fruits*, Kyle Strobel, ed. (Wheaton, IL: Crossway, 2012), 62, 66-67.

7 Jonathan Edwards, «The Excellency of Jesus Christ», en *The Sermons of Jonathan Edwards: A Reader*, Kinnach, Minkema, Sweeney, eds., 161-96.

8 Sir Thomas Malory, *Le Morte d'Arthur* (1485), Libro XXI, capítulo xiii.

9 C. S. Lewis, «The Necessity of Chivalry», en *Present Concerns* (Londres: Fount, 1986), 13.

10 Ver la lista de subtextos (significados subyacentes) de Derek Thomas (aunque él no los llama así) en su ensayo «Expository Preaching», en *Feed My Sheep: A Passionate Plea for Preaching* (Grand Rapids, MI: Soli Deo Publications, 2002), 80-83. Él los describe de manera hilarante, y hay bastante coincidencia con lo que expreso en esta sección.

11 Charles Kraft, *Communication Theory for Christian Witness* (Nashville, TN: Abingdon, 1983), 78.

Apéndice: Cómo escribir un mensaje expositivo

1 Cabe mencionar, en orden cronológico, los siguientes buenos libros sobre predicación expositiva: William Perkins, *The Art of Prophesying*; Alan M. Stibbs, *Understanding God's Word* (Chicago, IL: InterVarsity Press, 1950), *Obedying God's Word* (Chicago, IL: InterVarsity Press, 1955), y *Expounding God's Word* (Chicago, IL: InterVarsity Press, 1960) (estos tres breves volúmenes constituyen un curso sobre predicación expositiva); D. M. Lloyd-Jones, *Preaching and Preachers* (Grand Rapids, MI: Zondervan, 2011); Haddon Robinson, *Biblical Preaching* (Grand Rapids, MI: Baker, 1980); John R. W. Stott, *Between Two Worlds: The Challenge of Preaching Today* (Grand Rapids, MI: Wm. B. Eerdmans, 1982); J. I. Packer, «Why Preach?», Samuel T. Logan, «The Phenomenology of Preaching», Edmund P. Clowney, «Preaching Christ from All of Scripture», Sinclair Ferguson, «Exegesis», Glen C. Knecht, «Sermons Structure and Flow», y John F. Bettler, «Application», todos en *The Preacher and Preaching: Reviving the Art in the Twentieth Century*, Samuel T. Logan, ed. (Phillipsburg, NJ: P&R Publishing, 2011); Bryan Chapell, *Christ-Centered Preaching: Redeeming the Expository Sermon* (Grand Rapids, MI: Baker Academics, 1994); Peter Adam, *Speaking God's Words: A Practical Theology of Preaching*; William Philip y Dick Lucas, *The Unashamed Workman: Instructions on Biblical Preaching*, talleres sobre predicación en video serie 1 (Londres: Proclamation Trust, 2001); William Philip, ed., *The Practical Preacher: Practical Wisdom for the Pastor-Teacher* (Ross-shire, Escocia: Christian Focus, 2002); David Murray, *How Sermons Work* (Welwyn Garden City, Reino Unido: Evangelical Press, 2011); Mark Dever y Greg Gilbert, *Preach: Theology Meets Practice* (Nashville, TN: Broadman and

Holman, 2012); Gary Millar y Phil Campbell, *Saving Eutychus: How to Preach God's Word and Keep People Awake* (Sydney, Australia: Matthias Media, 2013); Alec Motyer, *Preaching? Simple Teaching on Simply Preaching* (Fearn, Tain, Ross-shire, Reino Unido: Christian Focus, 2013); David Helm, *Expositional Preaching: How We Speak God's Word Today* (Wheaton, IL: Crossway, 2014).

2 Estos cuatro pasos se resumen de Motyer, *Preaching?*; Helm, *Expositional Preaching*; Robinson, *Biblical Preaching*; Chapell, *Christ-Centered Preaching*; Millar y Campbell, *Saving Eutychus*; Stott, *Between Two Worlds*; Logan, *Preacher and Preaching*; Stibbs, *Expounding God's Word*; Dever y Gilbert, *Preach*; y Thomas G. Long, *The Witness of Preaching*, 2.a ed. Hay considerables diferencias individuales entre estos libros. Algunos proponen escribir una «idea principal» para el sermón y otros no. La mayoría tiene más pasos y todos tienen instrucciones más explícitas. Sin embargo, estas cuatro instrucciones básicas, y casi en este orden, son presentadas por todos los escritores de una u otra forma.

3 No estoy aquí dando consejos sobre la selección de textos para predicar (excepto por lo que está en esta nota). Un «texto para predicar» o «porción para predicar» es una sección de la Escritura seleccionada para leerse y sobre la cual predicar. Un texto para predicar es demasiado corto si no puede explicarse sin la referencia constante a los versículos adyacentes. Si eso ocurre, entonces esos versículos deberían haberse leído y considerado como parte de la porción para predicar. Un texto para predicar es demasiado largo si (a) simplemente hay demasiado que cubrir y (b) hay múltiples «grandes ideas» en la porción para predicar. Aquí la selección de una idea central ayuda con la determinación de cuántos versículos deben leerse y abordarse. Si estás predicando sobre el perdón, entonces selecciona los versículos que apoyan la discusión sobre el perdón y no vayas más allá donde otros temas importantes eclipsan el tema del perdón. Para un buen resumen sobre cómo seleccionar un texto, ver David Murray, «Selection: What Is a Text» y «Variation: Varying the Sermons», en *How Sermons Work*, 21-33, 59-66. Murray aconseja buscar textos para predicar que tengan ideas completas y verdades importantes (corren a lo largo de toda la Biblia) que sean breves (suficiente para cubrir en una predicación), claras (suficiente como para que no requieran que el predicador recorra toda la Biblia para esclarecerlas), variadas (de manera que no se mantenga a la congregación trabada en un libro, género o tema por meses) y adecuadas espiritualmente (para la ocasión y las necesidades y capacidades de las personas) (págs. 31-32).

4 Para este paso en la preparación del sermón, recomiendo especialmente a Sinclair Ferguson, «Exegesis», en Logan, *Preacher and Preaching*.

5 Si puedes hacerlo, tradúcelo del griego o del hebreo y luego estudia el texto que has preparado. Esto es deseable, porque te lleva a ver enseguida los términos griegos o hebreos que a menudo se dejan fuera o tienen matices que la traducción al español no comunica. No obstante, incluso si puedes hacer esto, debes también estudiar la traducción al español de la cual estarás leyendo y predicando.

6 Algunas personas hacen su comentario constante en la pantalla de una computadora al cortar y pegar el texto bíblico, y luego escriben en otro color, como rojo, debajo de cada versículo. Otros escriben el texto a mano en la mitad de la hoja de un cuaderno (está comprobado que escribir a mano te ayuda para aprender y retener de una manera que no lo hace el escribir usando un teclado) y escriben sus comentarios en la otra mitad de la hoja.

7 Quizás la mejor fuente de referencia en internet es www.BibleStudyTools.com. Las mejores herramientas a la venta son Logos Bible Software y BibleWorks.

8 Leland Ryken y todos, *Dictionary of Biblical Imagery* (Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1998). Al usuario de esta obra le parecerá sorprendente cuántas de estas imágenes se

refieren a Cristo.

9 El mejor recurso para esto es G. K. Beale y D. A. Carson, eds., *Commentary on the New Testament Use of the Old Testament* (Grand Rapids, MI: Baker Academic, 2007). Este libro es excepcional. Hay un artículo sobre cada libro del Nuevo Testamento escrito por un erudito que no solo aborda de manera exhaustiva cada cita que hacen los autores del Nuevo Testamento sobre el Antiguo Testamento, sino que además indica todas las alusiones al Antiguo Testamento, incluso si no se mencionan o son citas directas. El libro puede usarse en ambas direcciones. Si estás predicando sobre un texto del Nuevo Testamento, recibirás ayuda para ver el trasfondo del Antiguo Testamento; pero, si estás predicando sobre un texto del Antiguo Testamento, puedes localizar tu texto en el índice de textos bíblicos al final del libro y encontrar el autor del Nuevo Testamento que lo trata. Esta es una manera excelente de distinguir de verdad los temas intercanónicos que corren a lo largo de toda la Biblia y que de modo indefectible encuentran su cumplimiento y clímax en Cristo y la salvación que Él ofrece.

10 Motyer, *Preaching?*, 61-62.

11 Robinson, *Biblical Preaching*, 31-50.

12 Millar y Campbell, *Saving Eutychus*, 64.

13 Ferguson, «Exegesis», en Logan, *Preacher and Preaching*, 197.

14 Stibbs, *Expounding God's Word*. Él escribe: «El aspirante a predicador expositivo [...] debe [...] discernir cuál es, para la ocasión de ministerio que tiene en mente, la idea central o el clarísimo mensaje de Dios en el pasaje en que está trabajando. Algunos pasajes son muy fértiles. Son susceptibles a varios tratos selectivos de acuerdo a los puntos que se escogen para enfatizar y al propósito específico correspondiente y la aplicación que el predicador podría prever. Lo que es importante es que el predicador decida sobre un tema concreto o un énfasis para cada ocasión particular de ministerio y entonces use, del material y las ideas que ha recopilado a través de su trabajo en el texto, solo aquello que sin duda se relaciona con su tema. En un sermón, a diferencia de un *comentario constante*, la referencia a puntos que no guardan relación con el tema escogido debe omitirse sin consideraciones [con el fin de lograr] brevedad y coherencia, pero también un desarrollo significativo y un avance [hacia] su objetivo y aplicación final previstos» (págs. 40-41).

15 David Jackman, «From Text to Sermon», en *The Practical Preacher: Practical Wisdom for the Pastor-Teacher*; William Philip, ed., 66.

16 Hay otros que ofrecen el mismo consejo que Jackman, es decir, que cada sermón debería basarse tanto en lo que el texto declara como en las necesidades y capacidades de los oyentes. El teólogo del siglo XIX Robert Dabney afirma: «La unidad retórica requiere estas dos cosas. El expositor debe, primero, tener un tema principal del discurso, al cual atenerse y hacer referencia a lo largo de dicho discurso. Pero esto no es suficiente. Él debe, en segundo lugar, proponerse dejar una impresión evidente en el alma del oyente, a lo cual apunta todo en el sermón [...]. El discurso [...] concluye al indicar al oyente: “Haz esto”, que su punto de llegada está en una decisión y que su propósito es pasar a través del entendimiento a los motivos del alma. La unidad del discurso requiere, entonces, no solo el carácter único de un tema dominante, sino también el carácter único de una impresión práctica. Para asegurar lo primero, se debe procurar que toda la discusión admita la reducción a una sola proposición. Para asegurar lo segundo, que el predicador ponga delante suyo, a través de todo el proceso de la preparación del sermón, el efecto práctico que quiere producir en la voluntad del oyente». Robert Dabney, «Cardinal Requisites of the Sermon», en *Sacred Rhetoric: or a Course of Lectures on Preaching*, 109. La reimpresión del facsímil se titula *Evangelical Eloquence: A Course of Lectures on Preaching*. Mucho más reciente, y en el otro extremo del espectro

teológico, Thomas G. Long indica que deberíamos buscar el enfoque y la función de un texto. Estos son más o menos similares al «tema» y la «impresión práctica» de Dabney. Long, *Witness of Preaching*, 99-116.

17 He adaptado y combinado el material de Stibbs de esta manera:

En una boda: Stibbs se enfocaría ante todo en el versículo 2: Jesús fue invitado a la celebración de un matrimonio. El punto o tema principal: Jesús debería ser invitado a tu vida de casado. El bosquejo: (1) la diferencia que hizo la presencia de Jesús; Él no fue un «aguafiestas». (2) Qué hacer con los problemas en el hogar o el matrimonio. Haz lo que hizo María: trajo sus problemas a Jesús. Haz lo que ordena en Su Palabra. (3) Sin embargo, Él se refirió a un gozo mucho mayor que el *vino*: Su propio matrimonio y amor conyugal por ti. (4) Necesitas confiar en Él como lo hizo María. (5) Como esta boda resultó ser una señal para todo el mundo de la gloria de Jesús, así también tu matrimonio puede ser un testimonio de Jesús, al mostrar a otros el camino hacia Él.

En una reunión de oración: Stibbs se enfocaría en el versículo 3: María se dirige a Jesús con una necesidad («Ya no tienen vino»). El punto o tema principal: las características importantes de la oración. El bosquejo: (1) lleva a Jesús tus necesidades, pero también lleva a Jesús las necesidades de tus amigos. (2) Reconoce Su poder y espera que Él haga lo que tú no puedes, pero también reconoce Su sabiduría, como lo hizo María (v. 5), y confía en Él, aun cuando Su tiempo y Sus acciones sean difíciles de entender. (3) A Jesús se le denegó una oración. «Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo». Jesús puede contestar nuestras oraciones, pese a nuestros pecados, porque Él murió en la cruz. El vino hace referencia a Su sangre. (4) Ahora, debes estar preparado para actuar en obediencia a Su Palabra.

En un discurso a trabajadores cristianos: Stibbs se enfocaría en el versículo 5: «Hagan lo que él les ordene». El punto o tema principal: mostrar lo que se requiere para ser útil en el servicio cristiano. El bosquejo: (1) María y los sirvientes fueron usados por Jesús para ayudar de manera milagrosa a los novios. (2) Los requisitos: preocupación por las necesidades de otros. Ir a Cristo en oración de fe. Disposición para hacer lo que Él pide, incluso si no concuerda con nuestra sabiduría. Disposición para atreverse a creer, al contar con Dios. (3) Los resultados: el poder del Señor se manifiesta. Nosotros nos convertimos en Sus colaboradores. A menudo recibimos el crédito por lo que Jesús ha hecho (el «encargado del banquete» alaba al novio). (4) Y esta es una imagen de la salvación que ofrece Jesús. Nosotros recibimos el crédito por lo que Él ha hecho. Su justicia se nos imputa. Esta es nuestra verdadera fortaleza.

Al predicar a una congregación local (con no cristianos presentes): Stibbs se enfocaría en el versículo 11. Deberíamos ver en este texto a la persona extraordinaria de Jesús. El incidente es el «principio» de Su ministerio y, por lo tanto, una breve pero completa mirada a quien es Él. El punto o tema principal: el vino da testimonio sobre ciertas verdades. El bosquejo: (1) el vino viejo. A fin de cuentas, cualquier cosa en la que confiemos para la felicidad en la vida se acabará. No importa cuánto tratemos de construir una gran vida, algo se presentará y la arruinará. Nuestros esfuerzos nunca serán suficientes. (2) El vino nuevo nos habla sobre la persona de Cristo. Él tiene poder sobre el orden creado porque es el Creador que vino a la tierra. Él puede hacer todas las cosas nuevas. (3) El vino nuevo nos habla sobre la obra de Cristo: (a) Él viene a traernos bendición, no juicio. En contraposición, el juicio de Dios sobre Egipto (Ex. 7:17-21). En este caso, Dios convirtió el agua en sangre, por lo que no pudieron beberla. En Caná, Jesús convierte el agua en vino, y pueden beberlo. (b) Él ofrece este gozo, este vino, mediante Su muerte. (En el versículo 4, como siempre, «hora» se refiere a la hora de

Su muerte en el Evangelio de Juan). Las tinajas de agua se usaban para purificación, y por eso Su sangre nos limpia y perdona nuestro pecado. (c) Antes de que Jesús pueda darnos la copa de bendición, tendrá que tomar la copa de la ira divina. (4) La enigmática declaración de Jesús muestra que, sentado en medio de esta celebración, este gozo, Él anticipa Su próxima tristeza. Pero, si creemos en Jesús, entonces podemos sentarnos en medio de un mundo de tristeza y anticipar nuestra próxima alegría. Algún día, nos sentaremos con Él en la gran fiesta de las bodas del Cordero.

18 Motyer, *Preaching?*, 64-65.

19 *Ibid.*

20 La NVI (Nueva Versión Internacional) traduce *hilasmos* (propiciación) como «sacrificio por el perdón». Esto enmascara el significado de esta fundamental palabra bíblica, que denota apartar la ira de Dios.

21 La predicación cristiana más temprana se basó más en la práctica rabínica de comentar la lectura de la Torá de esa semana que en la tradición de la retórica griega y romana, en la cual se anunciaba, se dividía, se defendía y promovía una proposición.

Pero, en la época medieval, los predicadores comenzaron a dividir y organizar su material en un bosquejo que reflejaba la *dispositio* de la retórica clásica: la organización más formal del material. Las personas de la época contemporánea podrían sorprenderse al enterarse de que fueron los órdenes religiosos medievales (en particular, los dominicos y los franciscanos del siglo XII) las que introdujeron algo que damos por sentado hoy. «Las órdenes de los predicadores —escribe Hughes Old— empezaron a descubrir la importancia del bosquejo del sermón». Hughes Oliphant Old, *The Reading and Preaching of the Scriptures in the Worship of the Christian Church: Vol. 3, The Medieval Church*, xvii.

Las razones para esto son complejas. Una fue que muchos de los monjes predicaban en lugares públicos, no solo en los servicios de adoración, por lo que buscaban formas para captar la atención de la audiencia. Además, la teología medieval se había convertido en una forma altamente sistemática que consistía de *loci* (puntos) o tópicos desarrollados a través de muchos subpuntos, divisiones y comparaciones. El bosquejo del sermón (en el que se anuncia un tema, se divide en sus partes y luego se desarrolla) era entonces una consecuencia natural del método escolástico de hacer teología, método que estuvo en deuda con el aprendizaje y la retórica clásica. Sea como sea, como afirma Old, «nada podría ser más medieval que un bosquejo del sermón con tres puntos». *Ibid.*

22 La oratoria clásica griega y romana buscaba descubrir la manera más convincente de hacer presentaciones orales. Un aspecto crucial de la oratoria eficaz (a menudo llamado uno de los «cinco cánones») era la *dispositio* u «organización». Se refería a la estructura y la organización de un discurso. El consenso (presentado por Cicerón y Quintiliano) era que el discurso debería tener las siguientes divisiones:

Exordium. La introducción. El objetivo es captar la atención y despertar el interés en tu asunto de manera que el oyente esté motivado a oírte.

Narratio. La presentación de la esencia de tu tema. Puede ser una única proposición o puede ser la presentación un poco más extensa de una serie de hechos (en esencia, un «caso») seguido por un resumen de la *propositio*.

Partitio. La división de tu tema en sus componentes a abordar en el resto del discurso.

Confirmatio. La parte del discurso en que confirmas tu proposición al demostrar y sustentar cada elemento o componente del caso.

Refutatio. La parte del discurso en que debilitas el (los) punto(s) de vista que sostiene la parte contraria al contestar cada argumento en contra u objeción a tu posición.

Peroratio. La conclusión, en la que resumes tu punto, al reiterarlo con claridad y firmeza a fin de despertar la simpatía y lograr la participación activa del oyente.

Phillipp Melanchthon, un compañero de Martín Lutero, fue un destacado estudioso de las ciencias humanas. Él, junto con otros como Agricola y Erasmo, trabajaron para recuperar y adaptar los métodos de la retórica clásica de Aristóteles, Cicerón, Séneca y Quintiliano para la iglesia de la época. Los esfuerzos de Melanchthon confluyen en particular en su *Institutiones Rhetoricae* («Elementos de retórica», 1521), que presenta una nueva síntesis de la antigua oratoria para el uso de los predicadores cristianos. (Esta obra importante se tradujo al inglés como *The Art or Crafte of Rhetoryke* en 1532. Un facsímil de esta edición fue publicada por EEBO Editions/ProQuest el 13 de julio de 2010).

Él pide al predicador que comience con un único tema o tópico doctrinal, el cual debe demostrar que procede del texto bíblico. Una vez que el predicador demuestra a través de la exégesis cómo la proposición se fundamenta en la Biblia, entonces debería proceder, de manera sistemática, a definir sus términos principales, distinguiéndolos de otras alternativas, y luego a identificar sus diferentes aspectos o causas. Melanchthon aconsejó usar las cuatro causas de Aristóteles: la material o «qué», la formal o «cómo», la motriz/eficiente o «quién», y la final o «por qué». Por último, el predicador debería aplicar lo que significa la doctrina a su audiencia. Scott Manetsch, *Calvin's Company of Pastors* (Nueva York: Oxford University Press, 2013), 157. El planteamiento de Melanchthon es algo como esto:

Introducción exegética. *Esta sección usa la exégesis para sacar una única proposición doctrinal del texto, por ejemplo, de Romanos 3:10-20: «Nuestras buenas obras no pueden salvarnos; nosotros necesitamos un Salvador».*

¿Quién? *Los agentes.* ¿Cuál es la causa eficiente? Es decir, según el texto, ¿quién vive así? Todos: «No hay un solo justo, ni siquiera uno» (v. 10). Esto incluye a todas las personas sin excepción: judíos y gentiles; religiosos y no religiosos.

¿Qué? *Descripción.* ¿Cuál es la razón (material) por la que nuestras buenas obras no pueden salvarnos? Es decir, ¿de qué consisten nuestras acciones? ¿Cómo son? Están mezcladas con las malas acciones. Incluso las personas religiosas tienen lenguas engañosas y malintencionadas, etc., y no buscan la paz, sino más bien la discordia (vv. 13-17).

¿Cómo? *Los elementos subyacentes.* ¿Cuál es la razón (formal) por la que nuestras buenas obras no pueden salvarnos? Es decir, ¿qué pasa con las buenas acciones que en sí mismas son insuficientes? Son nuestras motivaciones: «nadie que busque a Dios» (v. 11) y «No hay temor de Dios delante de sus ojos» (v. 18). Incluso, cuando de manera explícita hacemos buenas cosas, no estamos buscando a Dios en ellas.

¿Por qué? ¿Cuál es la razón final y definitiva por la que las buenas obras no pueden salvarnos? Es la santidad de Dios. «[N]adie será justificado en presencia de Dios» (v. 20).

Bajo cada encabezamiento, debe construirse un caso, por lo general a través de versículos tomados en otra parte de la Biblia. Pero pueden utilizarse otras ilustraciones y argumentos.

Aplicación: ¿Qué significa esto para nosotros? Significa que necesitamos un Salvador. Significa que deberíamos dejar de intentar de idear una justicia salvífica por nuestra cuenta. Significa que deberíamos arrepentirnos de nuestros flagrantes pecados y de tratar de salvarnos a nosotros mismos a través de «buenas acciones» insuficientes.

El planteamiento de Melanchthon fue una modificación de las convenciones de la *dispositio* clásica u organización del tema. Tenía un *exordium* o introducción, que trazaba el tema desde la Escritura. Luego desarrollaba las formas de la *narratio*, la *partitio* y la *confirmatio*, separando el tema en puntos a través de los cuales se aclaraba, se examinaba a fondo y se

defendía. Por último, estaba la *peroratio*, en la cual el tema se enfatizaba con exhortación y apelación. Este planteamiento fue inmensamente popular entre la nueva generación de predicadores protestantes, en particular los puritanos ingleses. Ellos comenzaban con un texto cortísimo, a menudo solo un versículo, que se estudiaba brevemente para sacar la «doctrina»: una proposición. La proposición se dividía en varias inferencias y aspectos (puntos y subpuntos), y se demostraba cada uno desde la Biblia. Por último, a cada inferencia se le daban varias aplicaciones prácticas. Hughes Old afirma que esta forma no era «tanto expositiva como escolástica o temática». Old, *Reading and Preaching of the Scriptures: Vol. 4, The Age of Reformation*, 284. Seguía el escolasticismo medieval y la retórica clásica, aunque los argumentos usados eran casi citas de otras partes de la Biblia. No fue el modelo patristico que usaron los reformadores, en el que los puntos múltiples doctrinales y prácticos se sacaban de un pasaje de la Escritura y se trataban en serie. En cambio, los puritanos modificaron y mantuvieron la forma escolástica medieval del sermón, sacando un punto y un tema, dividiéndolo en muchas partes y analizando cada parte de manera exhaustiva. *Ibid.*, 327. Entonces, como Old concluye, esto por lo general implicó que, aun cuando se presentaban a sí mismos como predicadores expositivos, los puritanos que hacían múltiples sermones sobre un solo versículo, en realidad estaban haciendo predicación temática o tópica, predicación catequística, sean cual fueren sus intenciones. Además, histórica y finalmente, llevó «al desarrollo gradual de la predicación temática» y no a la exposición. *Ibid.*

23 Para este paso en la preparación del sermón, recomiendo en particular a Glen C. Knecht, «Sermons Structure and Flow», en Logan, *Preacher and Preaching*.

24 Motyer, *Preaching?*, 79-80.

25 En los últimos 40 años, se observa una reacción importante en contra del bosquejo del sermón tradicional dentro del protestantismo histórico (que surge en la Reforma del siglo XVI). Thomas G. Long, profesor de predicación en la Universidad de Emory, hace un buen trabajo al trazar el surgimiento y el descenso imperante del movimiento de la «predicación narrativa» dentro de las iglesias blancas y protestantes históricas (que nacieron en tiempos de la Reforma) de la pasada generación. Este movimiento se rebeló con gran fuerza contra el bosquejo del sermón tradicional, que se basaba en una proposición central que se explicaba y se defendía. Long indica que una de las razones por la cual los predicadores y los teólogos del protestantismo histórico rechazaron, en las últimas décadas, los bosquejos de los sermones fue su escepticismo ante la sola idea de la revelación proposicional, y a esta visión de la Biblia la llamaron con desdén la «caja de las ideas». Rechazaron la idea tradicional de un pasaje como «un depósito de ideas o verdades teológicas» de donde el predicador podría «recoger la verdad teológica fundamental». Thomas G. Long, *The Witness of Preaching*, 2.^a ed. (Louisville, KY: John Knox, 2005), 101. Se opusieron al bosquejo del sermón altamente estructurado, prolijo y racional.

Aunque esta crítica se basó en gran medida en una comprensión no evangélica sobre la revelación bíblica, algunos de los argumentos impactaron. Uno fue que el bosquejo del sermón altamente estructurado no se ajustaba a las porciones narrativas de la Biblia. «Ninguno que lea una buena novela o vea una obra poderosa o vea una película estimulante estaría tentado a meter esas ricas vivencias en una sola idea principal». *Ibid.*, 101. En otras palabras, ¿acaso alguien piensa que una única proposición «resumida» es un sustituto para una película? Por ejemplo, en vez de ver la película *All Quiet on the Western Front* [Sin novedad en el frente], ¿por qué no resumirla en «La guerra es terrible y no conduce a nada»? ¿Esa proposición comunicaría su significado tan bien como la película de 138 minutos, en particular la última escena, cuando el protagonista extiende el brazo para acariciar una mariposa, pero se expone a

un francotirador y este le dispara y muere? Por supuesto que no. La narrativa comunica mucho más significado que el que puede reducirse a una simple declaración verbal.

Long hace referencia al libro emblemático de Fred Craddock *As One Without Authority* como un libro crucial en el protestantismo histórico que luchó contra el bosquejo del sermón tradicional. El libro instaba a «una revuelta general contra la predicación proposicional». *Ibíd.*, 103. Craddock insistía que los sermones no estuvieran marcados por la «deducción» (en los que se anuncia una tesis y luego se explica y se sustenta). En cambio, él quería «inducción» (el desarrollo gradual de una historia o de una metáfora). Quería riqueza de imágenes, predicación no discursiva, cualquier cosa menos «una tesis de tres puntos». *Ibíd.* Long señala que esto se convirtió en un punto de inflexión, y la propuesta de Craddock se extendió por las iglesias protestantes históricas. Se vieron influenciadas por la «nueva hermenéutica» de la época que vio la interpretación como un evento o encuentro existencial. Uno de los seguidores más influyentes de Craddock fue Eugene Lowry, quien insistió en que la Biblia era en general «no proposicional» y que tratar de dividir un pasaje en principios o verdades «distorsiona e incluso modifica el significado vivencial del evangelio». *Ibíd.*, 104. Aunque el mismo Craddock esperaba que el predicador al final llegara a «*el punto* que el autor [bíblico] intentaba establecer» [Fred Craddock, *As One Without Authority* (Nashville, TN: Abingdon, 1971), 100], muchos otros rechazaron incluso ese grado de «racionalidad». Muchos estudiosos de la predicación dentro del protestantismo histórico insistieron en que el predicador debería básicamente narrar y dejar que los oyentes sacaran sus propias conclusiones mientras se enfrentaban con el texto en su forma única.

Long admite que, por más emocionante y liberador que pareciera cuando se presentó por primera vez, mucho fue «confuso para los predicadores y los estudiantes», y concluye que es equivocado insistir, como lo hace Lowry, en que el impacto de un texto no guarda relación con sus ideas prácticas y el contenido proposicional. Long, *Witness of Preaching*, 107. Long cita a Lowry, que declaró: «Quizás fuiste a la iglesia y te sobrecogió el canto de “Sublime gracia”, y no debido a las particularidades del contenido proposicional de la tercera estrofa». Lowry tiene razón en que el impacto de un himno en el corazón no puede reducirse solo al contenido de la letra. Pero, mientras el poder de un himno es más que su contenido, no puede ser menos que eso. Long sostiene que afirmar que la experiencia de cantar el himno no tiene que ver con el contenido proposicional es ir demasiado lejos. Con astucia, pregunta si nosotros pensamos que cantar «María tenía un corderito» o cualquier otro canto infantil en la iglesia tendría el mismo efecto en los que cantan. «Lo que un texto *declara* con claridad gobierna lo que este *hace*», concluye Long. *Ibíd.*, 107.

¿Qué ofrecen los predicadores del protestantismo histórico en lugar del bosquejo del sermón? Long examina a varios estudiosos de la predicación dentro de la iglesia protestante histórica de la pasada generación y traza cómo cada uno de ellos trató de sustituir el bosquejo del sermón tradicional. Fred Craddock y Eugene Lowry propusieron que el sermón debería predicarse como una respuesta a una pregunta o un problema. Craddock solía colocar el problema como el significado real del texto, mientras que Lowry prefería algún problema de una «necesidad percibida» personal en las vidas de sus oyentes. En cualquier caso, se responde la pregunta o se resuelve el problema en una serie de «movimientos» que son perceptibles, pero que no se anuncian como encabezamientos, tópicos o puntos. Un prominente predicador del protestantismo histórico, David Buttrick, proporcionó un análisis detallado de cómo deberían ser estos «movimientos». Buttrick pensaba que ningún movimiento debería tomar más de 4 minutos (al sostener que las personas no mantienen la atención por más tiempo) y que un sermón debería durar 20 minutos, con no más de 5 o 6 movimientos. Él también dio instrucciones para

cada movimiento e insistía en que cada uno estuviera claramente definido con un sencillo inicio y con declaraciones resumidas. Long, *Witness of Preaching*, 131-34. Long describe cómo el movimiento de la «predicación narrativa» es confuso o poco claro. Ver Thomas G. Long, «A Likely Story: The Perils and Power of Narrative in Preaching» en *Preaching from Memory to Hope* (Louisville, KY: John Knox Press, 2009), 1-26.

¿Qué podemos aprender de este episodio en la iglesia? Los escritores del protestantismo histórico no escapan realmente a la exigencia de un bosquejo. Los «movimientos» son todavía puntos en un bosquejo que deben pensarse y que dan estructura al discurso. En lo que coinciden los pensadores del protestantismo histórico, sin embargo (y aparece en el término «movimientos»), es que el sermón no debería ser una recitación de hechos ni solo debería presentar un lado del debate. Debería no solo meterse en las mentes de los oyentes, sino también en sus corazones. Debería llevar a los oyentes a algún lado. Esta idea, pese a los tropiezos y errores del movimiento de la predicación narrativa, es algo que vale la pena.

26 Eugene L. Lowry, *The Homiletical Plot, Expanded Edition: The Sermon as Narrative Art Form* (Louisville, KY: John Knox Press, 2000).

27 Esto ha sido seleccionado de varias fuentes, pero ver en particular a N. T. Wright, *The New Testament and the People of God* (Minneapolis, MN: Fortress Press, 1992), 47-81.

28 Esto es similar al «enfoque en la condición caída» de Bryan Chapell en *Christ-Centered Preaching*, 40-44. Chapell está más interesado en encontrar lo que expresa el texto en sí sobre el problema inducido por el pecado y luego predicar la solución en Cristo. Lowry está más dispuesto a escoger primero el problema y luego encontrar un texto que nos ayude a discutirlo.

29 Lowry, *Homiletical Plot*, 44-47.

30 *Ibid.*, 65-68, 100-103. Me refiero al famoso ensayo de J. R. R. Tolkien, «On Fairy-Stories», en *Tree and Leaf* (Nueva York: HarperCollins, 2001), 1-82. «El consuelo [...], el gozo del final feliz [...], el repentino y gozoso «giro» [...], todo este gozo que [...] los cuentos de hadas pueden producir extraordinariamente bien no se basa ni en la “evasión” ni la “huida” [...]. Hay una gracia súbita y milagrosa con la que ya nunca se puede volver a contar. Los cuentos de hadas niegan la existencia de la *discatástrofe*, de la tristeza y el fracaso, pues la posibilidad de ambos se hace necesaria para el gozo de la liberación; rechazan (ante las numerosas pruebas, si así lo quieres) la derrota final universal y es, por tanto, *evangelium* al ofrecer una visión fugaz del Gozo, Gozo que los límites de este mundo no encierran y que es penetrante como el sufrimiento mismo. Lo que caracteriza a un buen cuento de hadas, a los mejores y más completos, es que, por muy insensato que sea el argumento, por muy fantásticas y terribles que sean sus aventuras, cuando viene el «giro», puede hacer contener la respiración al lector, puede acelerar y encogerle el corazón, y llevarlo casi al borde (o sin duda acompañado) de las lágrimas, como lo haría cualquier otra forma de arte literario, pero manteniendo sus cualidades específicas [...]. Cuando llega el inesperado «giro», nos atraviesa un atisbo de gozo, un anhelo del corazón, que por un momento traspasa el marco, atraviesa realmente la misma telaraña de la narración y permite la entrada de un rayo de luz». Tolkien, «On Fairy-Stories», 68-69. Más adelante, Tolkien sostiene que la historia definitiva, el evangelio, es la esencia de todas las otras historias con un final feliz. «Este “gozo” merece mayor consideración. La cualidad particular del “gozo” en un cuento de hadas que se precie de serlo puede [...] explicarse como un súbito vistazo de una realidad [...] subyacente [...]. El evangelio contiene [...] una historia de un género más amplio, que abarca toda la esencia de las historias de fantasía. Contiene [...] la mayor y más completa eucatástrofe que pueda concebirse. Pero *esta* historia ha entrado ya en la historia y en el mundo primario [...]. El nacimiento de Cristo es la eucatástrofe de la historia del hombre. La resurrección es la

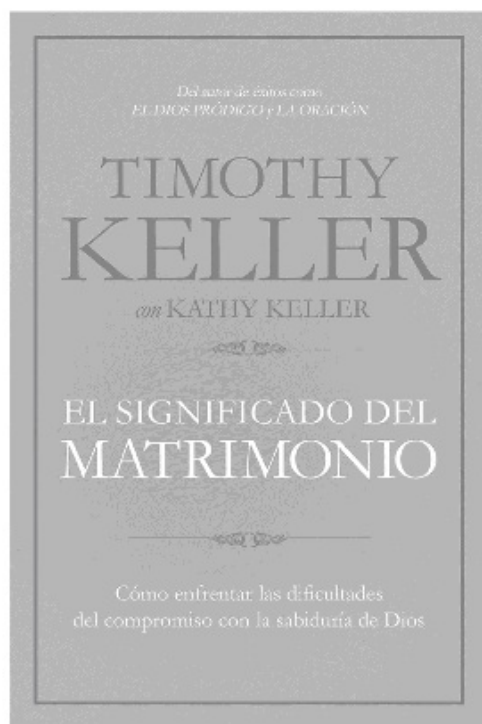
eucatástrofe de la historia de la encarnación [...]. Es una historia que termina en gozo [...]. Nunca los hombres han deseado más comprobar que el contenido de una historia resulta cierto ni hay relato alguno que, por sus propios méritos, tantos escépticos hayan aceptado como cierto. Porque su arte ofrece la índole suprema y convincente del arte primario, es decir, de la creación. Rechazarlo solo conduce a la tristeza o a la ira [...]. [*E*]sta es una historia excelsa y es cierta. El arte se ha autenticado. Dios es el Señor, de los ángeles y de los hombres, y de los elfos. La leyenda y la historia se han encontrado y fusionado. Tolkien, «On Fairy-Stories», 71-73.

31 Lowry, en la edición ampliada de su libro en el año 2000, afirma que debería haber cuatro etapas en el argumento de la narrativa del sermón: conflicto, complicación (bajar al corazón las razones para la naturaleza insuperable del problema), la buena nueva y la revelación. Según su punto de vista, debería haber un cuarto movimiento en el sermón después de revelar a Cristo como el «héroe» o la solución al problema. La cuarta etapa propone cómo deberían vivir los oyentes en el futuro a la luz de esta presentación particular de la naturaleza y el poder del evangelio. Es decir, esta es la etapa de la «aplicación».

32 Nueva Biblia Latinoamericana de Hoy (NBHL).

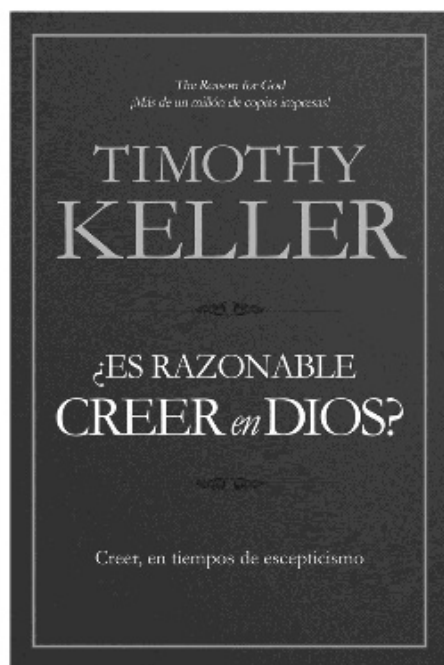
COALICIÓN POR EL EVANGELIO es una hermandad de iglesias y pastores comprometidos con promover el evangelio y las doctrinas de la gracia en el mundo hispanohablante, enfocar nuestra fe en la persona de Jesucristo y reformar nuestras prácticas conforme a las Escrituras. Logramos estos propósitos a través de diversas iniciativas, incluyendo eventos y publicaciones. La mayor parte de nuestro contenido es publicado en www.coalicionporelevangelio.org, pero a la vez nos unimos a los esfuerzos de casas editoriales para producir y colaborar en una línea de libros que representen estos ideales. Cuando un libro lleva el logo de Coalición, usted puede confiar en que fue escrito, editado y publicado con el firme propósito de exaltar la verdad de Dios y el evangelio de Jesucristo.

TGC | COALICIÓN



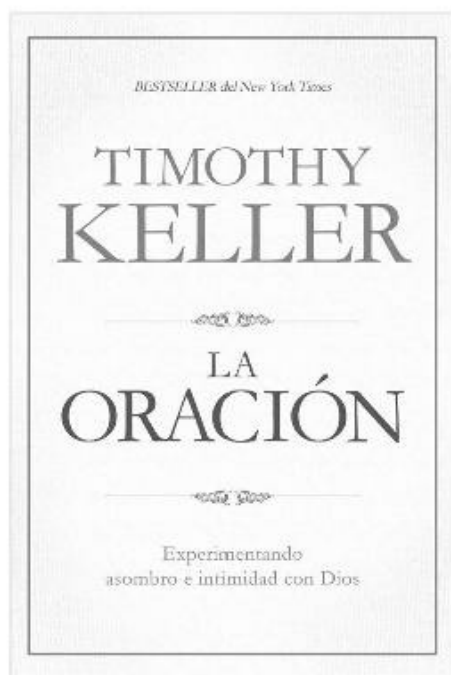
Este libro se basa en la reconocida serie de sermones de Timothy Keller. Revela a toda persona (cristianos, escépticos, solteros, matrimonios veteranos y quienes apenas están por comprometerse) la visión de lo que debe ser el matrimonio según la Biblia.

978-1-4336-4496-2



Los escépticos e incrédulos, con frecuencia plantean dudas al mundo de la fe. Mediante la literatura, la filosofía, la antropología, la cultura popular y el razonamiento intelectual, Keller explica cómo la creencia en un Dios cristiano es, de hecho, una creencia racional y sana. A los creyentes auténticos, el autor les ofrece una sólida plataforma sobre la cual resistir el contragolpe que la era del escepticismo ha engendrado contra la fe. Y a los escépticos, ateos y agnósticos les presenta un desafiante argumento para determinar si es razonable creer en Dios.

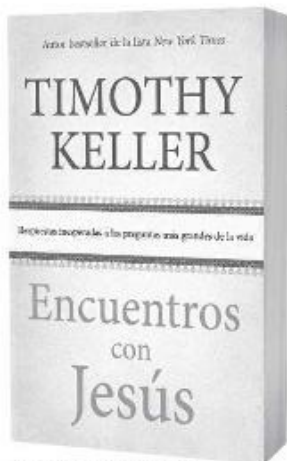
978-1-4336-4497-9



Con las reflexiones y la energía que lo caracterizan, Keller ofrece orientación bíblica como así también oraciones específicas para ciertas situaciones, tales como lidiar con la muerte de un ser querido, las pérdidas, el amor y el perdón. El autor expone no solo sugerencias para que la oración sea más personal y poderosa, sino también cómo adquirir un hábito de oración que funcione para cada lector.

978-1-4336-4457-3

Descubre el evangelio Descubre a **Jesús**



ISBN: 978-1-944586-09-6

Encuentros con Jesús

Respuestas inesperadas a las preguntas más grandes de la vida

¿Cuál es mi propósito en la vida?

Jesús cambió la vida de cada persona que conoció cuando se encontró con él y les dio respuestas inesperadas a sus preguntas más grandes. Hoy, estos encuentros todavía pueden responder nuestras preguntas. *Encuentros con Jesús* muestra cómo las vidas de muchas personas fueron transformadas cuando se encontraron con Jesús personalmente —y cómo nosotros podemos ser transformados hoy a través de un encuentro personal con Él.

¿Vas a querer regalar este libro a todos tus amigos!

ISBN: 978-1-944586-26-3

Los Cantos de Jesús

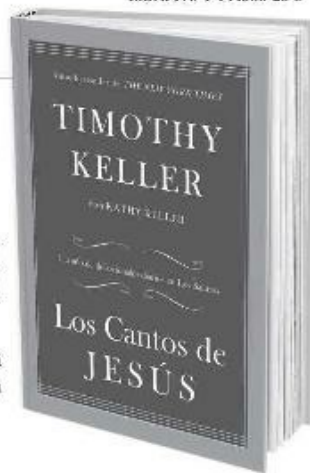
Un año de devocionales diarios en los Salmos

¿Sabías que Jesús cantaba Los Salmos en Su vida diaria? Él conoció los 150 Salmos íntimamente y los recordaba para enfrentar cada situación, incluyendo Su muerte.

¡Los Salmos son los Cantos de Jesús!

Es difícil separar un tiempo cada día para orar y meditar en la Palabra de Dios. Y cuando sí lo hacemos, sentimos una atracción especial hacia *Los Salmos*, el libro de canciones de la Biblia.

De esta manera, *Los Cantos de Jesús* te mostrará profundidades en Los Salmos que te llevarán a tener una relación más íntima con Dios.



TÍTULOS DE LA SERIE

LA PALABRA DE DIOS PARA TI

“Todo Gálatas habla del evangelio: el evangelio que todos necesitamos durante toda la vida. ¡Este evangelio es como dinamita! Oro para que su poderoso mensaje explote en tu corazón mientras lees este libro”.

- Timothy Keller



ISBN: 978-958-58452-0-6



ISBN: 978-958-58812-1-1

“Jueces muestra que la Biblia no trata de seguir ejemplos morales. Trata de un Dios de misericordia que trabaja en medio de nosotros a pesar de nuestra resistencia a Sus propósitos. ¡Este libro es para nuestras vidas hoy!”.

- Timothy Keller

Índice

Introducción: Los tres niveles del ministerio de la Palabra	8
Prólogo: ¿Qué es una buena predicación?	14
Primera parte: Servir la Palabra	28
capítulo uno: Predicar la Palabra	29
capítulo dos: Predicar el evangelio siempre	47
capítulo tres: Predicar a Cristo utilizando toda la Escritura	68
Segunda parte: Alcanzar a las personas	86
capítulo cuatro: Predicar a Cristo a la cultura	87
capítulo cinco : La predicación y la mente moderna (tardía)	113
capítulo seis: Predicar a Cristo al corazón	148
Tercera parte: Con demostración del poder del Espíritu	176
capítulo siete: La predicación y el Espíritu	177
Apéndice: Cómo escribir un mensaje expositivo	194
Notas	219